

Biblioteca
de Don A. Cánovas del Castillo

ANT
XIX
1364

XX-352-35 láminas

R.C.

De la Congregacion de la
Doctrina Cristiana =

VIDA

del glorioso Padre

San Juan de Dios.



S. IOANNES DE DEO
Religionis Hospitalitatis Fundator

I.s a Palom.e sculp.t Reg.s del. et incid.

21 cm
R-91.992

PASMOSA VIDA,
HERÓICAS VIRTUDES,

Y SINGULARES MILAGROS

DEL ABRAHAM DE LA LEY DE GRACIA,

PATRIARCA Y FUNDADOR

DE LA SAGRADA RELIGION HOSPITALARIA,

EL GLORIOSO

SAN JUAN DE DIOS.

LA MANDÓ SACAR Á LUZ

EN SEGUNDA EDICION,

Y la consagra á su paternal amor, como el mas humilde y agradecido hijo, el Rmo. P. Fr. Gonzalo Jimenez, General de dicha sagrada Religion en estos reinos de España, Indias y Portugal, por eleccion canónica y confirmacion apostólica.

SU AUTOR

El P. Manuel Trinchería, de los Clérigos Menores, Lector dos veces jubilado, Examinador sinodal de los obispados de Barcelona, Gerona, Vich, y Arciprestado de Ager, y predicador de S. M.

MADRID: 1829.
EN LA OFICINA DE DOÑA MARÍA MARTINEZ DÁVILA.

Glorioso Padre

Y PATRIARCA MIO.

Por contemplarme indigno de ser hijo y sucesor vuestro, segun lo poco que á vuestros beneficios y mis grandes obligaciones correspondo, saco á luz, y os consagro esta Obra, que contiene la historia de vuestra inocente Vida, pues así imito en algo las heróicas virtudes que adornaron á uno de los mas singulares espíritus que escogió para sí la Soberana Mano. Libros fueron, entre otros medios, los

que eligió vuestra caridad ardiente para ganarle á Dios almas, formando de los devotos como redes, para pescarlas, libertándolas de las borrascas del vicio (1); *y á la verdad (ínclito Padre mio amantísimo) que no me anima distinto norte, así en haberse compuesto éste á instancias mias, como en darle á la pública luz, y consagrarle, poniendo á vuestra imagen por decorosa fachada. Idea fue del célebre Othon Venio colocar sobre un libro abierto la efigie del venerado* Jano (2), *sin duda para que si le creyeron con dos rostros, segun Plutarco, por haber transformado, viviendo, las desenfrenadas licencias de los hombres en costumbres virtuosas y laudables; lograse la tinta, aun despues de muerto, no desiguales efectos* (3). *Dicho queda con esto (esclarecido Padre mio) que vuestro anhelo mientras corriais la arena de esta mortal vida, se dirigio enteramente á la mayor gloria de Dios, que resulta de la conversion de los pecadores y remedio de los pobrecitos enfermos:*

(1) En su Vid. (2) Othon *in Embl. Simb. emb.* 169.
(3) Plut. *in Vit. Num.*

patrimonio que heredamos cuantos nos gloriamos de hijos vuestros; por consiguiente es notorio que procuró vuestro corazon abrasado echar redes al proceloso mar de este siglo, con el fin de pescar racionales peces para el cielo. Una alma (*segun consta de vuestras cartas*) vale mas que todo el tesoro del mundo (1) *y para ganar ésta, llenó el pasmo vuestra trabajosa vida. Tengo presente el caso de cierto pescador devoto (quien imitando al Apóstol san Pedro, cuando en nombre del Salvador echó las redes al mar)* (2), *tendió las suyas en nombre vuestro; y llorándose antes infeliz, sacó un lance tan venturoso, cual no vió jamás* (3). *No es menester que trabaje la pluma para que me entienda cualquiera. Solo añado, que á vos, sagrado* Jano ó Juan de Dios *verdadero, y venerado Padre mio, os pongo en esta Obra por sobrescrito, á fin de que corra con no inferior fortuna para la salvacion de las almas, que es el lance que mas importa; y si las historias son mo-*

(1) Cart. 2. (2) Luc. c. 5. (3) Vid. del Sant.

numentos eternos, en sentir del Doctor Máximo (1), *porque lejos de las injurias del tiempo, segun Varron* (2), *avisan y amonestan, desde el levantado cedro humano hasta al abatido humilde hisopo; nadie podrá escusarse en el Tribunal Divino por esta falta, pues en el libro de vuestra Vida se perpetúa una voz, que á todas horas clama. Recibid, escelso Padre mio, este reconocido y debido rendimiento, eternizándole en vuestro pecho, como prenda del menor hijo de vuestra Familia Hospitalaria: sea todo para gloria de Dios y vuestra, intercediendo para que rendido á vuestros pies os adore por eternidades en la gloria.* Amen.

(1) D. Hieron. *Ep. ad Marc.* (2) Varron lib. 5. *de Ling. latina.*

PRÓLOGO AL LECTOR.

Sacrifico gustoso á la pública censura este desaliñado volumen, que contiene la pasmosa vida del Patriarca Hospitalario *san Juan de Dios*, no solo por la generosa fuerza de quien quiso remontar mi pluma á esta decorosa empresa, sino por el deseado fin de acabar de enriquecer los ámbitos del Orbe con el tesoro de virtudes, milagros y santidad de este Taumaturgo Lusitano. No es tan breve la Obra, que la devocion pueda concebir queja, repitiendo la de doña Sancha de Toledo, Camarera mayor de la Serenísima Infanta doña Catalina, al ofrecerle, pasando por Saboya, un tomo pequeño el R. P. Juan Silva, Provincial de la Religion que fundó este caritativo Patriarca: ¡*Ay, Padre* (exclamó dando un suspiro), *y cómo han andado cortos en lo que escriben de este Siervo de Dios*! *por cierto que de lo que yo sé de él se podia escribir un libro grande* (1). Tampoco tan difusa, que lejos de la enseñanza de Ciceron, á los delicados genios de estos tiempos cause fastidio (2). Procuro escoger el camino medio, como pauta infalible del acierto: regla que dió por universal el Metamorfósico (3). El estilo, aunque natural, lleva alguna erudicion de toda variedad de noticias; y á la verdad, si es rara, ó ninguna la flor de la cual no saque la laboriosa abeja porcion de jugo para sus panales; no deja de servir al que lee con ánimo de aprovechar la amenidad de

(1) Vida del Santo. (2) Cic. ad Brut. (3) Ovid. 2. *Metam.*

cualquiera clase (1). Corre ésta el tegido de la vida y preciosa muerte del Patriarca; pero verás que perecea el paso al entrar en la poblada selva de las maravillas que obró Dios por los méritos é intercesion del Santo; porque á no ser así, me convencia reo contra lo que prometo. Para la recoleccion de virtudes reservo algunos casos de su vida, que no digo en la serie de la narrativa, con el motivo de que la repeticion sea menos pesada. En cuantos sucesos pongo, me he valido, ademas de la Crónica de la Religion de la Hospitalidad, de los Autores y documentos mas clásicos y verdaderos que se me han franqueado. Sabe Dios, que no apetezco aplausos del vulgo, ni temo sus monstruosos desprecios; pues para conservarme tranquilo, basta un Platon sabio y de buena intencion que la aprecie; máxima que practicó el celebrado Antimaco para quedar contento del famoso volumen que compuso (2). Solo me resta ponerte á la vista, como católico romano, la protesta indispensable, confesando, que si en el discurso de esta Historia diese el título de *Santo*, *Siervo de Dios*, ó *Venerable* á quien la Iglesia hasta ahora ha omitido, no es mi ánimo prevenir el juicio de la Silla de san Pedro, sino en todo bajar rendidamente la cabeza; y sin esto nada. VALE.

(1) Sen. *epist.* 84. (2) Lil. Giral. *Dial.* 1. *de Poet.*

CANCION

AL ESCELSO PADRE Y PATRIARCA

SAN JUAN DE DIOS,

POR EL GRAN POETA ESPAÑOL

Fr. LOPE FELIX DE VEGA CARPIO,

Caballero del Hábito de S. Juan.

Pobre el mas rico, que vistió de cielo
Su espíritu evangélico divino,
De quien es fundamento la pobreza:
Rico el mas pobre, que con santo celo
Pasó por este mundo peregrino
A conquistar la Celestial riqueza:
Tú, que mayor firmeza
A la fábrica eterna que fundaste,
En el desprecio, que en el oro hallaste;
Hoy, que mi rota barca al mar conduces
De tu alabanza, en fé de que te mueva
El título de pobre, que te envio,
Vuelve los ojos con que bebes luces
De la Deidad que estático te eleva,
Divino *Juan*, al pobre ingenio mio;
Que en este nombre fio,
Que si pudiera ser, por ayudarme,
Los quitáras de Dios para mirarme.

A ser, divino *Juan*, Pastor Supremo
De aquel ganado, que esparcido agora,
Naciendo esteril, se aumentó fecundo
Para el Montemayor, de cuyo estremo
Cayó el lucero en su primera aurora,
de otro Montemayor saliste al mundo:
Que tú, como segundo
Moysés, en los ganados te enseñaste
A tantos, que de Dios despues guardaste;
Ensayo celestial, para que luego
Christíferas banderas tremolases,
Capitan de su pobre infantería,
Y que descalzo aquel ardiente fuego,
Coronado de zarzas, trasladases
A tu instituto santo en profecia;
Que pastor te queria,
Pues á Belén, y al Hospital te llama
Dios niño en cuna, y Dios enfermo en camā.
Aun no eras *Juan de Dios*, si bien tenias
Fundado en ser de Dios tu pensamiento,
Que confirmar con obras deseabas,
Y por tantos discrímines corrias,
Yá pastor, yá soldado, que violento
De su divina luz te recatabas:
Mariposa llegabas,
Y luego dabas á otra parte el vuelo;
Cuando la pura Emperatriz del Cielo
En forma de Raquel, pisando estrellas
Cándida luna descendió amorosa,
En vez de Lathmo, al monte de Navarra,
Y en los marfiles de sus manos bellas
Te dió puro cristal, fuerza piadosa
Contra la furia del Francés bizarra,
Que entre parda pizarra

Te sepultára entonces fugitivo:
Tanto importabas á los Cielos vivo.
Que como ya de la futura guerra
Tan ásperas batallas te esperaban,
Tambien te quiso prevenir soldado:
La mar besó tus pies, que de la tierra
Sus estampas las aguas envidiaban;
Y por mares y tierras arrojado,
Parece que en cuidado
Pusiste á Dios, dónde parar podia
Un hombre, que imitar le pretendia:
En fin á Mercader te inclina el Cielo,
Principios de Francisco, imagen suya,
De libros, no de joyas, ni de aromas:
¿Qué librería como fue tu celo?
¿Qué libro, *Juan*, como la vida tuya?
Pues quiere Dios, que dulcemente comas
(Cuando su oficio tomas)
Libro que vuelve de ignorantes sabios;
Tan dulce fue su ley entre sus labios.
Pues luego como al Aguila escuchaste;
Avila no, que Juan y Evangelista
El nombre mudó ya con una letra,
¡Con qué facilidad la red dejaste
Para seguir á Cristo, cuya vista
Cuanto esclarece luz, rayo penetra!
Y como dél impetra
Tan presto la humildad lo que pretende,
Así, Fenix de Amor, tu pecho enciende,
Que tu propia ceniza resucitas:
Vives á Dios, y á tus sentidos mueres:
Tan cortés homicida amor te mata;
Y tan enamorado solicitas
Con finezas á Dios, que le prefieres

A cuanto el mundo en ídolos retrata;
Y como quien desata
Arroyo, que parado estuvo mudo,
Corriste suelto hasta quedar desnudo.
Así el Padre mayor de los Menores
Te dió la forma de su gran manía,
Y el rudo vulgo te vistió de lodo:
Eras tú Portugés, y con amores
(Y mas de Dios, que en tu sentido ardía)
Con vivo afecto lo perdiste todo:
¡Qué peregrino modo
De hallar á Dios, el despreciarse tanto!
¡Portugués, y humillarse! causa espanto;
Pues dejando los golpes insolentes,
Sufrir de Castellanos tal deshonra,
En Portugués fue cosa nunca oida;
Porque son tan honrados, y valientes,
Que á no tomarla Dios sobre su honra,
No sé cómo pudiera ser sufrida:
Y así fue repartida
Entre él y Dios, porque si así no fuera,
En cuanto Portugués no la sufriera.
Pues luego que llegaron, ¡que insolencia!
Formando letras de carmin los dedos,
Al rostro venerable agenas manos,
Allí de Cristo la ejemplar paciencia
Te dió en su imagen atrevidos miedos
Contra el honor y sus preceptos vanos;
Los soldados romanos,
Y el duro golpe en la Divina Cara,
Que el movimiento de los Cielos pára,
Miraste en el Pretorio: sacrilegio
Tremendo, y fiero de las duras palmas,
Que en púrpura bañaron sus jazmines;

Y así ni de la patria el privilegio,
(Que no tiene poder sobre las almas)
Ni del honor intrépido los fines,
Que á responder te inclines
Obligaron tu voz para quejarse;
Que no hay venganza, como no vengarse.
Preso por loco, y para Dios tan cuerdo,
Tormentos desiguales padeciste,
Azotado, escupido, y afrentado;
Pero volviendo en tu primero acuerdo,
El vuelo de aquel Aguila seguiste,
Hasta que hallaste el Serafin sagrado
Descalzo, aunque calzado
De luz inaccesible, á cuyas plantas
Vinieron grandes tus sandalias santas;
Que sobra todo á Dios, donde Dios cabe.
Niño en efecto, Antonio, y Juan testigos,
En Portugueses hace tierno empleo:
Dístele el hombro, que cifrado sabe
Medir su inmensidad con sus amigos,
Y el Niño se ajustó, que no Eliseo;
Y fue tan gran trofeo,
Que Sacerdote, ¡que notable asombro!
Te consagró, si no la mano, el hombro.
Allí viste la Cruz y la Granada:
(Símbolo al fin de su costado abierto)
Tus hijos *Juan de Dios*, fueron sus granos:
Allí quedó la caridad fundada,
De tu navegacion primero puerto,
Que prosiguen humildes tus Hermanos;
Y á las sagradas manos
Del Pontífice Santo á tu memoria
Dedica accidental corona y gloria,
Viendo el fruto divino, que resulta

De tus trabajos, penas y desvelos,
Que ya por todo el mundo se dilata:
Perdona el genio de mi pluma inculta,
Porque á ser hojas de papel los Cielos,
Y letras sus caracteres de plata,
Fuera por breve ingrata;
Que reducir á número tus glorias,
Ni pueden versos, ni podrán historias.
Cancion pobre, aunque rica
De devocion, amor y sentimiento,
Hoy al pobre mas rico te dedica,
Pobre de erudicion y de ornamento,
Que por pobre hallarás acogimiento;
Porque amó la pobreza de manera,
Que si un Angel, y un pobre juntos viera,
Dejára al Angel, y abrazára al pobre:
Animo, pues, tu pobre estilo cobre,
Y dile humilde: Portugués del Cielo,
No mireis mi valor, mirad mi celo.

SONETO DEL AUTOR.

Animе alientos al eco del clarin
Sonoro estruendo en glorias de *San Juan*,
Aquien el Cielo, cual segundo Abrahan,
No menos hizo de Santos un jardin:
Juan Bautista acompañando al Benjamin,
Un Crisóstomo y Climaco juntos van,
Al Damasceno, al Patriarca, y al del Pan,
Número de treinta y seis *Juanes* (*) en fin:
De tantos con muchos mas sale un vergel,
En donde habrá que escoger por bien de nos
Doradas flores que adornan al laurel;
Si no te contentasen una ó dos,
Quisieses de los *Juanes* el cuartel,
Sabe qne es el Flos Sanctorum *Juan de Dios.*

SAN JUAN DE DIOS

(*) S. Juan Bautista, S. Juan Evangelista, S. Juan Crisóstomo, S. Juan Clímaco, S. Juan de Ortega, S. Juan Limosnero, S. Juan hermano de S. Pablo MM., S. Juan Papa y M., S. Juan Gualberto, S. Juan Nepomuceno, S. Juan Francisco de Regis, S. Juan de Mata, S. Juan de Sahagun, S. Juan de Capistrano, S. Juan Romano M., S. Juan de la Cruz, S. Juan Obispo Gerundense, S. Juan M. de Córdoba, S. Juan de Prado, S. Juan de Dukia, S. Juan de Perusio, S. Juan Therista Abad, S. Juan M. de Aragon, S. Juan Cirita Monge, S. Juan Calabita Monge, S. Juan Obispo Ingles, S. Juan Obispo de Nápoles, S. Juan Bueno, S. Juan Cancio, S. Juan Hermitaño de Bohemia, S. Juan Abad Reomaense, S. Juan Canónigo Reglar Inglés, S. Juan M. del Japon, S. Juan Egipcio, S. Juan Obispo de Colonia, &c. *S. Juan de Dios.*

Vid. Eruditiss. *Laurentium Surium*, *Joan. Tamayo de Salazar Martyrol. Baron. Villeg. & Breviar. pro varietate.*

***

TABLA

DE LOS CAPITULOS

QUE SE CONTIENEN EN ESTA OBRA.

Pág.

CAP. I. *Pátria, padres, nacimiento, bautismo y educacion del Santo, con las singularidades que ocurrieron.* 1.

CAP. II. *Deja san Juan de Dios su pátria y padres: pasa á Castilla: sirve en la carcel de Oropesa: abraza el ejercicio de Pastor, y sienta plaza de soldado.* 7.

CAP. III. *Llega san Juan de Dios á Fuenterrabia: desgracias que padece: celestiales favores que goza: vuelve á Oropesa: repite el ser Pastor: marcha de aquí á Alemania; y vuelve á España, con lo demas que le sucedió hasta pasar á Ceuta.* 17.

CAP IV. *Pasa á Ceuta el glorioso Patriarca: estraños sucesos en aquel presidio, hasta que le deja, y se vuelve á España.* 37.

CAP. V. *Ocúpase el Santo en nuevo método de ganar la vida: aparécesele el Señor en figura de niño: viage que hace á Granada, en donde se convierte: fíngese loco, y llévanle al Hospital para curarle.* 52.

CAP. VI. *Es azotado el Patriarca en el Hospital: visítale el Maestro Avila: declárase mejoría: sale, y vase á Montilla: toma el camino para Guadalupe; y de lo que sucedió hasta su vuelta á Granada.* 75.

Cap. VII. *Acaecimiento en la entrada de san Juan de Dios en Granada: celestiales favores que recibe: dá principio á la asistencia de los pobres: empieza la hospitalidad: baja á ayudarle el Arcangel San Rafael: toma forma de habito el Patriarca; y el renombre de Juan de Dios.* 101.

Cap. VIII. *Limosnas que el glorioso San Juan de Dios recibe, y cómo las emplea. Aparécele otra vez el Arcangel san Rafael. Ejercicios de caridad, en que se ocupa. Encuentra á Cristo en figura de pobre; y varias conversiones que hace.* 127.

Cap. IX. *Persiguen á san Juan de Dios por las conversiones que hace: suceso de cuatro mugeres fingidamente convertidas: libra el Santo á los enfermos del Hospital del fuego: mudanza del de san Juan de Dios de sitio: viage á Andalucia y á Valladolid, con otro á Málaga, y dá la vuelta á Granada.* 155

Cap. X. *Enfermedad y tránsito feliz del glorioso Padre san Juan de Dios: particularidades que sucedieron: entierro del sagrado cadáver, y translacion de éste á su Hospital y convento de Granada.* 176.

Cap. XI. *Recoleccion de las virtudes, dones y gracias con que Dios enriqueció al Patriarca glorioso san Juan de Dios.* 206.

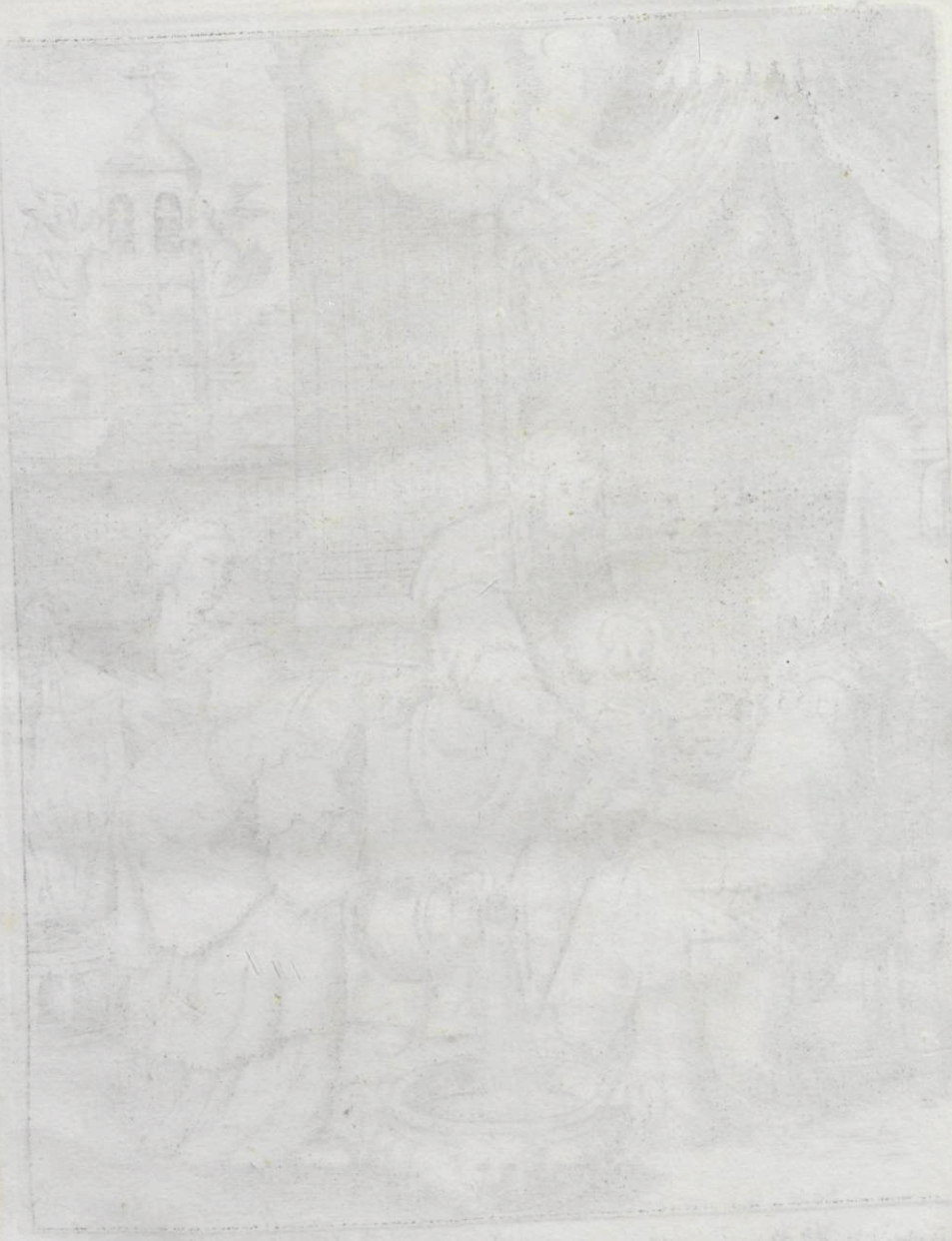
Cap. XII. *En que se prosigue y concluye la materia del pasado.* 231.

Cap. XIII. *Coleccion de los milagros que ha obrado la Divina Magestad por los méritos é intercesion del Patriarca san Juan de Dios despues de su feliz tránsito.* 251.

CAP. XIV. *En que se prosigue la materia del pasado, añadiendo el olor del hábito, cama, casa en que murió, y bóveda en que fue sepultado, y el aceite de la lámprra, con los demas prodigios que ha obrado la divina mano.* 277.

CAP. XV, Y ULTIMO. *Translacion de las reliquias del Patriarca san Juan de Dios á su nuevo Templo: epílogo de las cartas que viviendo escribió á varios sugetos, y de las que recibió del Venerable y Apostólico Maestro Juan de Avila.* 304.

CARTAS, *que el gran Patriarca san Juan de Dios escribió á varias personas, cuyos originales se guardan en los archivos de su ejemplar religion, trasladadas para su mayor veneracion al pie de la letra; y otras que recibió de su Director y Maestro Juan de Avila, llamado segun voz comun, el Apóstol de Andalucía.* 445.





Nacimiento del Patriarca San Juan de Dios, acompañado de Maravillas.

Vida

del Patriarca

SAN JUAN DE DIOS.

CAPITULO PRIMERO.

Patria, padres, nacimiento, bautismo y educacion del Santo, con las singularidades que ocurrieron.

La soberana mano de Dios, que tomó por divisa de su poder (1) sacar luz de las tinieblas, y de las sombras resplandores (2): que cifró como en un rasgo para el asombro, saber producir de las piedras hombres, y formar de la nada la brillante república de los cielos (3): aquella que sin el menor estorbo proporciona para gloriosas empresas las criaturas mas frágiles (4), hasta vincular en lo débil de unos cabellos robustísimas fuerzas; quiso ostentarse singularísimamente portentosa en la formacion de un héroe de los mayores de la gracia, de un *san Juan de Dios*, eslarecido patriarca de la ínclita é ilustre Religion Hospitalaria; escogiendo por basas de su agigantada es-

(1) 2. Corinth. 4. (2) Luc. 3. Basil. sup. Isai. c. 4. (3) 1. ad Corinth. 1. (4) Judic. c. 16.

tatura, lo que solo atiende el mundo para el desprecio: nacido en pobre cuna, pastor rudo, jornalero abatido, mercader necesitado, condenado á una horca, vil escarnio del vulgo, reputado por necio, y castigado por loco.

De esta materia le labró la Divina mano columna hermosa y fuerte, que al paso que adornase y sustentase la espiritual fábrica de nuestra Madre la Católica Iglesia (como las de Salomon la material del mejor templo) (1), sirviese al pueblo cristiano al modo de la del pueblo hebreo de guia y farol luminoso (2), dirigiendo y alumbrando con sus heróicos egemplos tantas almas, ya de amados hijos, ya de pobrecitos enfermos, que, ó fatigase su número al guarismo, ó á imitacion de Abrahan únicamente fuese capaz de contarse su fecunda prole, como las estrellas y arenas (3). Con esto nos puso delante la liberal y generosa mano del Altísimo un palpable documento para que se diese al Señor toda la gloria (4), aplaudiéndole admirable en sus santos (5).

Nació, pues, este grande héroe en la calle Verde de la villa de Montemayor el nuevo, una de las cuatro principales, que al reino de Portugal franquean no escaso lustre: pertenece á la provincia de Alentejo, que cuentan los geógrafos por quinta de las seis que componen aquel feliz reino: la jurisdiccion es de la ciudad de Evora su Metrópoli, nombre que le pusieron los fenicios por su fértil campiña, antiguo trono de los Monarcas Portugueses y sitio de romanas, bien que ya arruinadas fundaciones. Lo que dista de esta Sede Arzobispal son cinco leguas, villa abundan-

(1) 3. Reg. c. 22. (2) Exod. c. 13. (3) Gen. cap. 22. (4) Psal. 113. (5) Psal. 67.

tísima de frutos, celebrada por populosa, como que á tres mil asciende el número de sus vecinos: goza el privilegio de voto en córtes; y lo que mas estima entre las muchas glorias (en que no me dilato) es haber nacido en ella *san Juan de Dios* por los años de mil cuatrocienios noventa y cinco, lunes 25 de marzo, segundo dia de Pascua Florida, gobernando la Nave de san Pedro Alejandro VI: en España gozaban la corona los católicos Reyes don Fernando y doña Isabel, y en Portugal don Juan el II, que murió á 25 de octubre del mismo año, siguiéndose don Manuel, su primo y cuñado, con no menos acierto en manejar el cetro.

Llamóse el padre del niño Andres Ciudad: el apellido de su madre fué Duarte, cuyo nombre enteramente se ignora, sin que sirva de feo lunar sino de prenda; porque es claro testimonio de su recato, y alcanza tal vez el mejor nombre por no ser nombrada, pues algunas por muy nombradas suelen quedar sin nombre. Enriqueció el cielo á entrambos consortes, no tanto de bienes de fortuna cuanto de virtudes. Su ocupacion era el simple cultivo de los campos: de sangre limpia sí, y sana, sin que hiriese ni menoscabase su honrado esplendor alguna vil espina: providencia especial á la verdad, para que con alguna semejanza á las del estado feliz de la inocencia (1), brotase *Juan de Dios* fragrante rosa. Salió, pues, llegada la hora, del natural alvergue de su virtuosa y noble madre, al estilo que guarda la vanidad con la pobreza, sin oirse por ello el menor alborozo en todo el pueblo: singular dicha en cierto modo; pues si al nacer en la tierra la blanca flor de Jesus entre

(1) Basil. in Exam. (2) Sap. cap. 18.

oscuros silencios (1), como sonrojado el cielo, suplió con priesas esta su notable falta, en el nacimiento de *san Juan de Dios* se repitió el prodigio, como reprendiendo la esfera tan gran descuido. Asombro fué que la madre de san Sibiberto, cuando embarazada del niño viese una estrella, que buscase en sus entrañas hospedage: asombro que se apareciese en la concepcion de san Francisco de Paula un globo de lisonjero fuego: asombro que al nacer san Cárlos Borromeo despidiesen resplandores los tejados de su casa: asombros por fin los sucesos que se advirtieron en los nacimientos de santo Domingo de Guzman, de san Benito, de san Bernardo, san Vicente Ferrer, Camilo de Lelis y otros, sin que se escluya al ínclito padre y patriarca mio beato Francisco Caraciolo; pero si á la verdad fueron asombros por gloriosos pronósticos de repartidas gracias; en el oriente de *Juan de Dios* se doblaron los escesos (2).

Abriéronse con soberano impulso del alcazar celestial las trasparentes puertas: bajaron escuadronadas luces sobre la casa de sus felices padres: por espacio de diez dias se tocaron las campanas de la torre de santa María del Obispo, su parroquia, con superior oculta mano; y fué tal el estruendo, bien que sonoro, que ademas de conmoverse toda la villa, oyó el repique desde la nevada sierra de Oca un hermitaño egemplar de la congregacion de san Felix Anacoreta, que como oráculo vaticinó tiempo antes aquel prodigio. Con esto se vió claro que tomó á su cargo el cielo, no solo el despique del pasado silencio, disponiendo que se hiciesen lenguas las campanas (ya que no las piedras) por haber callado los hombres (2),

(1) Vidas de los Santos. (2) Luc. cap. 19.

sino que quiso que cual de otro Bautista se admirase celebrado el primer paso (1); á no ser que digamos, empezó ya el sonido de las bocas del insensible metal á convocar los fieles para las suntuosas fiestas de su solemne canonizacion. Aquí se añade, segun la relacion que se presentó á la Santidad de Urbano VIII, que un sacerdote de la misma parroquia, y de ajustada vida, descubrió una columna de fuego, que bañaba toda la casa; el cual no pudo contener el regocijo en la estrecha margen del labio, y comunicó la noticia á otros sacerdotes, acercándose todos á la cuna del infante, no menos que Moysés á la zarza, para evidenciar la maravilla (2); y hallaron entre incendios la cabeza y el cuerpo del niño, tan lejos de ofender su delicada ternura, que mas y mas le hermoseaban.

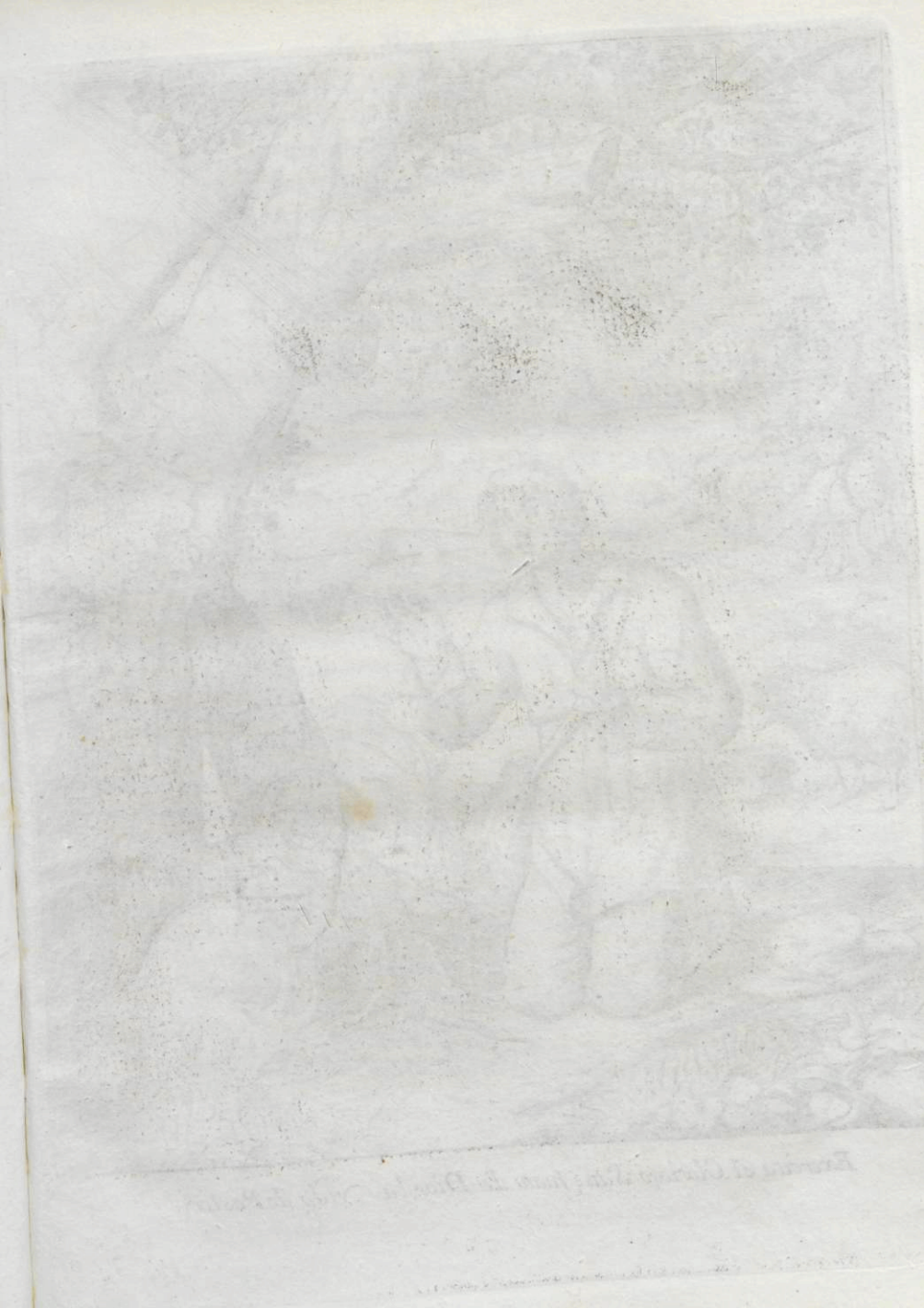
Diez dias corrieron ocupados de los júbilos, que publicaron las campanas; y al postrero recibió el niño las claras aguas del bautismo. Disposicion altísima, pues ahogando mejor que el fingido Hércules en la cuna las enroscadas sierpes del original delito, no era regular faltase ahora el aplauso: ahora digo, que triunfante del comun enemigo renacia hijo á la gracia. Trasladáronse, pues, los resplandores desde la casa á la iglesia al administrarle el sacramento; y para acrecentar el portento formaron una gruesa y ardiente pirámide de fuego; la que desatando rayos de luz hasta la pila, bañó el cuerpo del niño y le tejió corona. Pusiéronle por nombre *Juan*, sin duda por divina inspiracion. Costumbre fué, pero muy antigua, poner á los varones los nombres de los padres (3), ya

(1) Luc. cap. 1. (2) Exod. cap. 3. (3) Beyerl. V. Nom. Corn. Alap. sup. Luc. cap 1.

para que se acordasen para la imitacion de sus costumbres, ya para que agradecidos al que les dió el sér le fijasen en sus memorias. En el dia décimo de nacidos se juntaban para esta celebridad los gentiles (1). De los egipcios lo refiere Pausanias (2): de los atenienses y romanos Alejandro ab Alejandro (3): de los antiguos ingleses Polidoro (4); y ascendiendo á las Historias sagradas, basta la repugnancia de los parientes del Bautista al nombre de Juan (5), para convencer que era costumbre comun.

Siendo tan buenos como sabemos los padres de *san Juan de Dios*, devotísimos de María Santísima y san José, sumamente amantes de hospedar en su casa peregrinos, nadie estrañára que le pusieran el nombre de su padre, que era *Andres*, y mas destinándole el cielo por patriarca de una Religion Hospitalaria; pero ponerle *Juan*, fiesta que celebra la iglesia en dia tan distante del de su nacimiento, sin llamarse así alguno de la familia, encierra mayor misterio. Observó el docto Estela que al Evangelista san Juan se le puso el nombre del Bautista, no llamándose así alguno de su linage (6); y lo atribuye á que considerando los padres los prodigios que en el Precursor obró la gracia (que el nombre de Juan significa) fué especial instinto, con que dió á entender que la gracia con singular propiedad le hacia suyo. Empezó *Juan* á dar los primeros pasos en la risueña mañana de su infancia. Las gracias naturales del cuerpo eran mano de relox, que manifestaba los rayos ocultos del alma. Crecia el niño á esfuerzos de la naturaleza, y empezaba á correr en seguimiento del Autor que le destinó

(1) Celio Rodig. lib. Antiq. lec. (2) Paus. lib. 5. (3) Alex. 5. Dier. Gen. cap. 4. (4) Pol. Virg. lib. 9. de Serv. Juv. (5) Luc. cap. 1. (6) Didac. Stella in cap. 1. Luc.





Exercìta el Glorioso San Juan de Dios, la vida de Pastòr.

á la mayor dicha. El primer efecto que reconoció, aun cuando flor tierna, fué el amor grande á la Magestad Suprema: una inclinacion á la pureza de vida dominaba con suave fuerza en su pecho. ¡Mas cómo no habia de salir con feliz rumbo aquella navecilla, dirigiendo su timon el Espíritu Soberano! Juntábase á este beneficio la instruccion de la madre en los rudimentos de la Fé Católica; y el padre con los egercicios de la hospitalidad le entrañaba el afecto á esta virtud. Dedicáronle á la escuela, procurando por varios medios darle una honrada y suficiente educacion. Benditos padres, que conociendo ser los hijos en su puericia como el papel blanco, que con facilidad recibe la letra, y despues es dificil el borrarla (1): que conociendo ser los hijos como la tabla lisa, que admitidos los primeros colores se pudre antes que dejarlos; y en fin, que conociendo ser como la blanda cera que recibe sin trabajo el sello, pero endurecida resiste á la impresion; no omitieron de su parte cuanto juzgaron conducente para que *Juan de Dios* les coronase de gloria (2), saliendo bien instruido en el catolicismo.

CAPITULO II.

Deja san Juan de Dios su patria y padres: pasa á Castilla: sirve en la carcel de Oropesa: abraza el ejercicio de pastor; y sienta plaza de soldado.

Fiero tirano llamó el filósofo al amor paterno (3): mas cariños inspira la naturaleza en los padres, que se merecen los hijos, aun siendo porciones de su co-

(1) Jacob. Mart. in Hort. Fast. t. 8. (2) D. Bas. in Regul. Interp. (3) Arist.

razon y entrañas ; porque si estiman sus fortunas con antelacion á las propias , sienten con exceso sus infelicidades y tragedias. Testigo de esta verdad (ademas de muchos otros) pudo ser Cambises, si creemos las historias (1) ; pues el llanto que á uu Rey cautivo suyo daba consuelo , por ser desahogo , no tuvo lugar al presentarle un hijo en igual cadena. Iba creciendo en años nuestro *Juan* , y en cada año tomaban los padres del Infante mas dichosa posesion. Se les aumentaba el gozo y regocijo, y con su amable compañia llevaban su pobre y trabajosa vida con singular consuelo. No erró el que fabricó la imagen de la fortuna de fragil vidrio (2): no pudo manifestarnos con mayor viveza lo inconstante , vario y endeble de su sér , como la llamaba Plinio (3). Asi se acreditó con los padres de nuestro Patriarca. Trocóse la dulce harmonía de su lira en lúgubre y funesta Cinira del quebranto. Les sobrevino inopinadamente el mayor , cual fue dejarlos , juntamente con su patria , un hijo , que hasta allí hizo el oficio de claro y lucido espejo. No ocurrieron sus padres á la pluma para significar lo agudo del sentimiento, sino diciendo que como al apartarse Benjamin del maternal claustro espiró su hermosa madre Raquel (4); á ese modo, al cabo de veinte dias de la ausencia de *Juan* murió la honesta Duarte , porque con el hijo se le ausentó el corazon del pecho. Cargó el padre la consideracion sobre tan fuertes golpes; y juzgando que tal vez eran aldabadas que daba Dios á las puertas de su alma, para que le ofreciera mas franca entrada , tomó con resolucion gallarda el hábito del Se-

(1) Herod. lib. 3. Hist. (2) Corn. in Isai. 55. v. Alex. v. Fort.
(3) Plin. lib. 2. cap. 5. (4) Gen. cap. 35.

rafin Francisco en el convento de Enjabrega, extra muros de la corte de Lisboa, en donde acabó con olor de santo.

Patria llamé la que con comun y singular sentimiento de su casa dejó nuestro Santo. Donde quiera que al sabio le vaya bien, allí (decia Séneca) tiene su patria natural (1). En otro mas vulgar estilo: *Todo el mundo es pais*, estila casi por adagio el idioma castellano. Patria suya, hablando de Cristo, llamó san Mateo en opinion de algunos á la ciudad de Cafarnaum, siendo así que en realidad quien lograba esta gloria era Nazaret, dicen con el Crisóstomo otros Padres (2). Con todo que ningun Profeta es acepto en su patria, es verdad tan cierta, como que salió de la boca de Cristo (3): bellamente se concilia una enseñanza con otra, porque como envidiosa la tierra, que no es patria, quiso serlo usurpando este famoso timbre por el agrado y benignidad con que aficiona al estraño: por tanto, dice el Astrólogo, que ningun astro se exalta en su casa propia, sino en la agena: Mercurio en casa de Marte, en la de Mercurio Saturno, Venus en la de Júpiter: baste decir que llega hasta los astros la desgracia de no tener estrella en la que reconocen patria suya.

Salióse por fin, cual otro Abrahan, nuestro inocente *Juan* de su tierra y casa; y si penetramos los motivos, parecen uniformes los impulsos en uno y otro Patriarca glorioso de la hospitalidad. Inficionada la tierra de *Ur* con la idolatría, destina Dios al primero para que vaya peregrinando á Canaan, pais estraño, como que le apartaba de aquel peligro (4), y

(1) Sen. ad Gal. (2) Chrys. hom. 3. in Matth. Euth. Teoph. Hugo, &c. (3) Luc. cap. 4 (4) Gen. cap. 21. 22.

habiendo echado los católicos reyes Don Fernando y Doña Isabel diez y siete mil familias de judios de Castilla, las que se componian de ochocientas mil personas; tempestad que desaguó en el reino de Portugal la mayor parte; dispuso la Providencia Divina libertarle de este riesgo. Empezó su viage *Juan de Dios*: prontamente encontró un clérigo, que en trage de peregrino llevaba el rumbo á Oropesa; y advirtiendo que *Juan* para seguirle abreviaba el paso, preguntóle, ¿que de dónde venia, y adónde caninaba? "De »Montemayor vengo (respondió el niño): mis padres, »que son muy pobres, aumentaban con mi educa»cion y cuidado sus trabajos; y deseando aliviarles, »he tratado de pasarme á Castilla, para ganar con »el sudor de mi rostro un bocado de pan en algun »decente egercicio."

Con gusto oyó el sacerdote peregrino la respuesta, y con ella reconoció en *Juan* mas fondos que á su edad correspondian. La modestia, la humildad, la gracia, el donaire del niño en cuanto hacia y hablaba, juntaron el ser á un mismo tiempo pasmo y hechizo; y si la Magestad de Dios infante, con la gracia de sus labios, llevaba mejor que con las cadenas de oro, que fingió el humano, pendientes á los oyentes (1); se iba formando *Juan* hermosa copia, contemplándose el afortunado clérigo entre dulces suspensiones. No hay acasos para Dios: preciso es que confesemos, que dejára de serlo si los hubiera. De siete años saca al Bautista de su patria para el yermo, de catorce á san Benito para una cueva: de doce llega á sus manos san Mauro, y san Plácido de siete: de catorce recibe al bendito Hilarion el santo Abad

(1) Luc. cap. 2. & 4.

Antonio, y de trece busca la vida solitaria san Francisco de Paula; siendo todos estos, al parecer acasos, altísimas providencias. Ocho años, ni mas ni menos, fueron los de *san Juan de Dios*, cuando movido de superior destino pasa á Castilla pidiendo limosna, y le publican pastor los campos de Oropesa. Era ensayo por las innumerables ovejuelas que con el tiempo conduciria á la gloria. El primer pastor, el primer martir del mundo fue Abel, pastor fue el patriarca Jacob, pastores los principales de las doce Tribus, pastor Moysés, pastor David: de pastor tuvo el Apostol san Pedro el primero honroso cargo, y para decirlo todo, buen Pastor se llamó á sí mismo la Soberanía de Cristo.

Fatigado, pues, del largo camino de mas de cincuenta leguas llegó *Juan* á Oropesa, villa en aquel tiempo muy grande del reino de España, á la entrada de la provincia de Estremadura, y seis leguas distante de Talavera de la Reina. Apartóse de su compañía, no sin mucho sentimiento el buen sacerdote, prosiguiendo su romería: quedóse en Oropesa el Patriarca, y pidiendo todos los dias limosna con humildes súplicas á los vecinos, se ofrecia á servirles si alguno le necesitase. Llegaba frecuentes veces á la carcel, taller en donde la caridad se perficiona con los pobrecitos encarcelados. Con esta ocasion tratóle el carcelero (cuyo nombre era Francisco Mayoral), y prendado de sus amables costumbres, le hizo quedar en su casa para que le sirviese. Algunos años ocupó el Santo en este ejercicio, visitando á cuanto pobre gemia en la dura estancia: imponderable gusto para quien abrigaba en su pecho toda una hoguera, pues solo admite semejante desahogo tan viva llama. Aficionado el carcelero de la corte de Egipto al patriarca

antiguo José, cuando mozo (1) le dejaba libre entre los que lloraban sus hierros en la mazmorra; y no falta quien refiere que era tal la compasion y lástima que le causaban (2), que se cargaba voluntariamente de prisiones para que lograsen el alivio de verle compañero en las penas. Iba logrando la caridad en el corazon de *Juan* ensanches: segun se aumentaban los años, crecian en robustez sus nervios, y la caridad profundizaba las raices. Con palabras y obras procuraba el ingenio de su amor cuantos consuelos se le proponian, sin que perdonase fatiga alguna, y tomára como dulce regalo acompañar á los pobrecitos presos en la pena, á vuelta de darles alivio.

Así se conservaba nuestro Patriarca, sirviendo de consuelo á los pobres, y cumpliendo exactísimamente con las obligaciones de la casa de su dueño Francisco Mayoral; cuando movido éste de sus santas inclinaciones y modestia parecióle que era mejor tratarle como hijo, que en el ejercicio de criado, y asegurarle en su compañía para siempre. Para salir con el intento trató de que tomase el estado del matrimonio con una hija que Dios le habia concedido, única de su casa, y con esto se dice que rica, pues sobre la hacienda que habia grangeado el padre, se esperaba notable aumento. No dejó de causar algun combate en el corazon del Santo mozo la propuesta: conocia la excelencia del sacramento del matrimonio; pero la inclinacion á mas levantada cumbre le retraia y servia de rémora. Habia nacido el ínclito *Juan* en el dia de la Anunciacion de María Santísima, y en parroquia consagrada á esta Soberana Reina, la cual le queria vírgen, y le alcanzaba auxîlios de su bendito Hijo para

(1) Gen. cap. 40. (2) Paul. Oliv. & Lyr. sup. Gen. ibid.

que lo fuese. Habia de gozar tan envidiable parentesco con los Angeles, que le tratasen como hermano suyo. Estas nobilísimas prerogativas y venidera dicha le empeñaban en apartarse enteramente del barro. Amante, pues, de la vida angelical, respondió *Juan* con el mayor agradecimiento á su amo, por un favor tan grande, como quererle trasladar de sirviente á dueño, y viendo que se repetian las flechas para que su corazon condescendiese, le dió á entender con indecible humildad y respeto, que no trataba por entonces de entrar en nuevo estado, hasta que Dios le iluminase para el que fuese de su mayor servicio; y que ese era su único deseo. Aunque sentia nuestro glorioso Patriarca esta interior repugnancia al estado del santo matrimonio, puso por obra consultarlo con Dios, suplicándole que para tomar estado (asunto del cual depende el acierto ó desacierto del cristiano) le comunicase luz. Entregábase regularmente á la oracion, derramando cual otro Jacob en la lucha tiernas lágrimas (1). Desde sus primeros años habia egercitado como arma tan útil la devocion al santísimo rosario de María Santísima: á esta añadia otra, que era rezar cada dia veinte y cuatro padre nuestros con otras tantas Ave Marías en reverencia de los veinte y cuatro años, que segun Autores, estuvo aquella purísima Reina sin la prenda de su querido Hijo, esto es, desde la Ascension admirable del Señor á la Asuncion de esta Celestial Señora, y redoblando entonces tan santos egercicios, mereció del Padre de las Luces tan eficaz y clara ilustracion, como que á impulsos de ella dió á su amo la última respuesta de que su Divina Magestad le queria libre del conjugal yugo.

Con esta resolucion que tomó el Santo entró en

(1) Gen. cap. 32.

otra que fue dejar la asistencia de su amo. Por lo mismo que éste le queria, no dejaba de labrarle el sentimiento: era imposible no dárselo á entender, aun queriendo disimular, ya fuese por quitarle de la vista el motivo de la pena, ya para asegurar con la ausencia su determinacion santa. Trató, pues, *Juan* de despedirse de la casa y carcel, y ocuparse en nuevo ejercicio. En la misma villa de Oropesa habia unas familias bastante delicadas y poderosas de ganaderos, parientes todos, y entre los del lugar los mas principales llamábanse los Ferrús y Navas. De estos se contaba por mas rico Juan Ferrús de Navas. Entró, pues, en su servicio de zagal, con ánimo de ascender con el tiempo á pastor. El mayoral de este Juan Ferrús, dicen algunos que fue el mismo carcelero, á quien antes tuvo por dueño; pero sea este ú otro, que poco importa, dió el nuevo zagal tan buena cuenta en esta ocupacion, que le hicieron pastor por las notables medras que se conocian en los hatos que habia pastoreado. Hermosa estampa se hacia nuestro Patriarca de Jacob, cuando esplicaba Dios en los ganados su admirable virtud: iba aumentándose la hacienda de Laban (1) mientras cuidó de apacentar sus rebaños aquel héroe de la nueva Ley; y se conciliaba, á pesar de opuestas inclinaciones la mayor veneracion. Como cuatro años sirvió de zagal el santo mozo *Juan de Dios*, y como otros cuatro estuvo de pastor, dando en todo singular egemplo. Bien se conocia que le habia Dios llevado á la soledad para hablarle al corazon como al alma santa (2). Iban las virtudes de dia en dia descollando mas: los cielos, las estrellas, la tierra, las flores, no menos que al Profeta David le

(1) Gen. cap. 30. (2) Oseæ cap. 2.

convidaban, dándole el punto sonoro para las divinas alabanzas (1). Hasta los rebaños que apacentaba ocasionaban que levantase á mayor esfera su espíritu; y de todo lo visible formaba, siguiendo la doctrina del Apostol, facil escala para entender lo invisible de Dios (2). Veinte y dos años habia corrido nuestro glorioso Padre, cuando soltando de la mano el cayado pastoril, le trocó en instrumento marcial. Fue el caso que el ganadero amo suyo consiguió la gracia de Capitan del Conde de Oropesa, para que con un tercio de soldados vasallos suyos fuese al socorro de Fuenterrabía. Habíase coronado Monarca de Francia el Rey Francisco por sucesion á Luis su augusto padre; y con los ardores que inspiraba la juventud, y anhelo de aumentar sus dominios, movió un ejército formidable, socorrido del Inglés, contra el Milanesado. Dióse allí la celebrada batalla del Mariniano, tan referida en las historias, como famosa por haber sido una de las mayores victorias que cuenta Milan en sus Anales. En medio de estas invasiones murió nuestro Rey Católico, subiendo al Trono de España y dominio de Milan el Archiduque Carlos de Austria, que felicísimo en las armas restauró cuanto habia quitado el Rey Francisco. Por fallecimiento de Maximiano se coronó Carlos Emperador de Romanos, esplicándose así á su favor la fortuna.

Ni los Monarcas quedan esentos de las pasiones que dominan en los plebeyos. Abrasó la emulacion y envidia el corazon del Rey Francisco, que aspirando al mismo Imperio, hizo patente la pretension al reino de Nápoles, y conociendo que la dicha le favorecia en todas partes muy poco, movió contra Na-

(1) Psalmo 8. (2) Ad Roman. 1.

varra lo mas escogido de sus tropas, y aparentando neutralidad, para tener suspensas nuestras armas, declaróse poniendo sitio á Fuenterrabía, la que tuvo precision de rendirse al ejército Frances que mandaba Diego de Vera, General de la Artillería. Con esta ocasion se enviaron de toda España tropas para favorecer á aquella importante plaza, y entre ellas fueron algunas de parte del Conde de Oropesa Don Fernando Alvarez de Toledo. Confió éste el empleo de Capitan á Juan Ferrús de Navas, con quien tomó plaza de soldado *san Juan de Dios*, y trocando las tranquilidades de pastor en las inquietudes del pífano militar, hizo la jornada con su gefe hasta Fuenterrabía. No se sabe á punto fijo el motivo que tuvo el Santo para semejante mudanza; solo como verosimil se discurre que el mismo oficio de pastor sirvió para que su dueño le conociera por mozo de mucho valor y brios; propiamente Lusitano, que no lo fuera si diera á entender un ánimo femenil, enteramente ageno de la portuguesa nacion. Su estatura famosa, alto de cuerpo, bien formado, sin que sirviese de imperfeccion el ser membrudo y fornido, de buena cara, el rostro abultado, la frente espaciosa, grandes los ojos, gruesos los labios, la nariz bien sacada, las manos fuertes, el talle con arte, ó de labrador infatigable, ó de militar invencible: con esto que tenia presente su Capitan, quiso que sentase plaza en su compañia, y junto con la edad, que por ser de veinte y tres años aun no cumplidos, era la mas proporcionada, le pareció que aseguraba el mas dudoso lance; á lo que se añade, que como el glorioso Patriarca entre las muchas prendas con que el cielo le adornó, fue una la de gran docilidad de genio, condescendió con dar gusto á su dueño entrando en la milicia.

CAPITULO III.

Llega san Juan de Dios *á Fuenterrabía: desgracias que padece: celestiales favores que goza: vuelve á Oropesa: repite el ser pastor: marcha de aquí á Alemania; y vuelve á España, con lo demas que le sucedió hasta pasar á Ceuta.*

Salió formada ya la compañía de Oropesa, tomando por Burgos su marcha; y fatigados cuantos soldados iban, ya por lo largo del camino, ya por la poca conveniencia, llegaron al sitio de la Plaza. Iba *Juan* hecho cargo de que servia al Rey; pero mas principalmente á Dios. Meditaba cuan facilmente puede ser santo el soldado: el camino de la cruz, que es la escala para la gloria, le abrazaba gustoso. Continuas las penalidades, las mortificaciones, mala comida, peor cama, obediencia ciega, arriesgada la vida, no solo por expuesta á toda inclemencia, sino por correr en busca de su enemigo; todo esto se lo ofrecia á Dios en sacrificio. Mal juzga quien llama la vida de la milicia viciosa, cuando á cada paso ofrece ocasion para lo perfecto. Esta siguieron de entrambos Testamentos los mayores santos: del antiguo Josué, grande segun su nombre, y del Salvador anticipada copia (1): el gran caudillo Moysés, muy agradable á los ojos de Dios (2): David, gran soldado, que por diez mil valia, héroe cortado á la medida del corazon divino (3): los valientes Machabeos, todos santos, de lo sagrado devotísimos, de la oracion amantes; y que por el ho-

(1) Eccles. cap. 46. & seq. (2) Actor. cap. 13. (3) Mach. 1. & 2.

nor del culto debido á la mayor Magestad dieron las vidas (1). En el Nuevo Testamento un Centurion, cuya fé no tuvo semejante en Israel (2). Un Cornelio, Comandante de la Brigada Itálica, y de los gentiles gloriosa primicia (3): el gran Theodosio, que empezó á servir de soldado raso, y en cuyo elogio se esmeró la pluma de san Ambrosio: san Fernando el Católico, singular gloria de este nuestro reino de Epaña: en fin, si fuese dable detener la pluma, se pudiera formar un Flos Sanctorum abultadísimo de Santos, que resplandecen en la Iglesia, habiendo seguido el militar estruendo de la campaña. Conténtome para rematar, con la Legion fulminante en tiempo de los Romanos (4), la Tebea con su caudillo san Mauricio, y aquellos diez mil soldados que en tiempo de los dos azotes del cristianísmo Diocleciano y Maximiano sacrificaron sus alientos por la verdadera Fé entre inhumanos martirios.

A imitacion, pues, de todos estos egemplares seguia *san Juan de Dios* la vida del soldado. Estando en el sitio, comenzó á padecer la falta, que por tan frecuente ha perdido inumerable tropa. Acabáronse los bastimentos, tocó al arma la urgencia, y era preciso valerse de las correrías para sobrellevar los trabajos. Túvose noticia que en un lugar á distancia de dos leguas habia ganados y bastante variedad de otros comestibles para abastecerse algunos dias. Escusábanse todos los del rancho: motivo por el cual se ofreció nuestro soldado á ir solo. Habíale caido en parte de las pasadas correrías de sus compañeros una yegua francesa de las famosas; y advirtiendo la distancia que

(1) 1 Mach. c. 4. & 2. & seq. (2) Luc. c. 7. (3) de Obit. Theod. (4) Tod. Codor. lib. el B. Sold.

habia, para abreviar la comision, y hacerla con feliz suceso, determinó montar en ella sin hacer alto en si era fiel y segura, como verdadero visoño. Una legua habia andado, cuando reconociendo la yegua su terreno propio, empezó un violento trote, pretendiendo burlar el freno: llegó á desbocarse; y como *Juan* no era diestro caballero, no supo estorbar que con el impensado movimiento de dos corcovos, le arrojase de la silla con tal fuerza y en tal parage, que no haberse hecho pedazos, pudo tenerse por cosa milagrosa. Así se quedó como dos horas, por haber caido encima de unas peñas, que le maltrataron la cabeza y cuerpo: de suerte que le robó el golpe sus sentidos: arrojaba sangre por narices, boca y oidos: ya pudo cobrarse algo, y viéndose bañado en sangre, solo, quebrantado, y en país estraño, se le renovó la congoja, y á ser otro, sin duda le ocupára algun mortal parasísmo. Ya con mayor advertencia conoció bien que la tierra en que estaba era del francés, á vista de los lugares en donde pretendió hacer la correría: temia caer prisionero: con todo, se puso en pie, y hecho cargo de tan deplorables circunstancias, que ni un paso podia dar, levantando sus ojos al cielo, como que únicamente al Señor reconocia por su refugio (1), y que es tan bueno que á nadie niega sus benignidades por mas pecador que sea, como llegue á implorarlas con humildad y rendimiento, empezó á escudriñar, examinando en su conciencia los defectos que habia cometido, para conseguir el perdon que solicitaba: ofreció á su Madre Santísima la regular devocion del Rosario, que quizá aquel dia se le habia olvidado; y sirviendo esta falta de mayor torcedor pa-

(1) Dav. Psalm. 30.

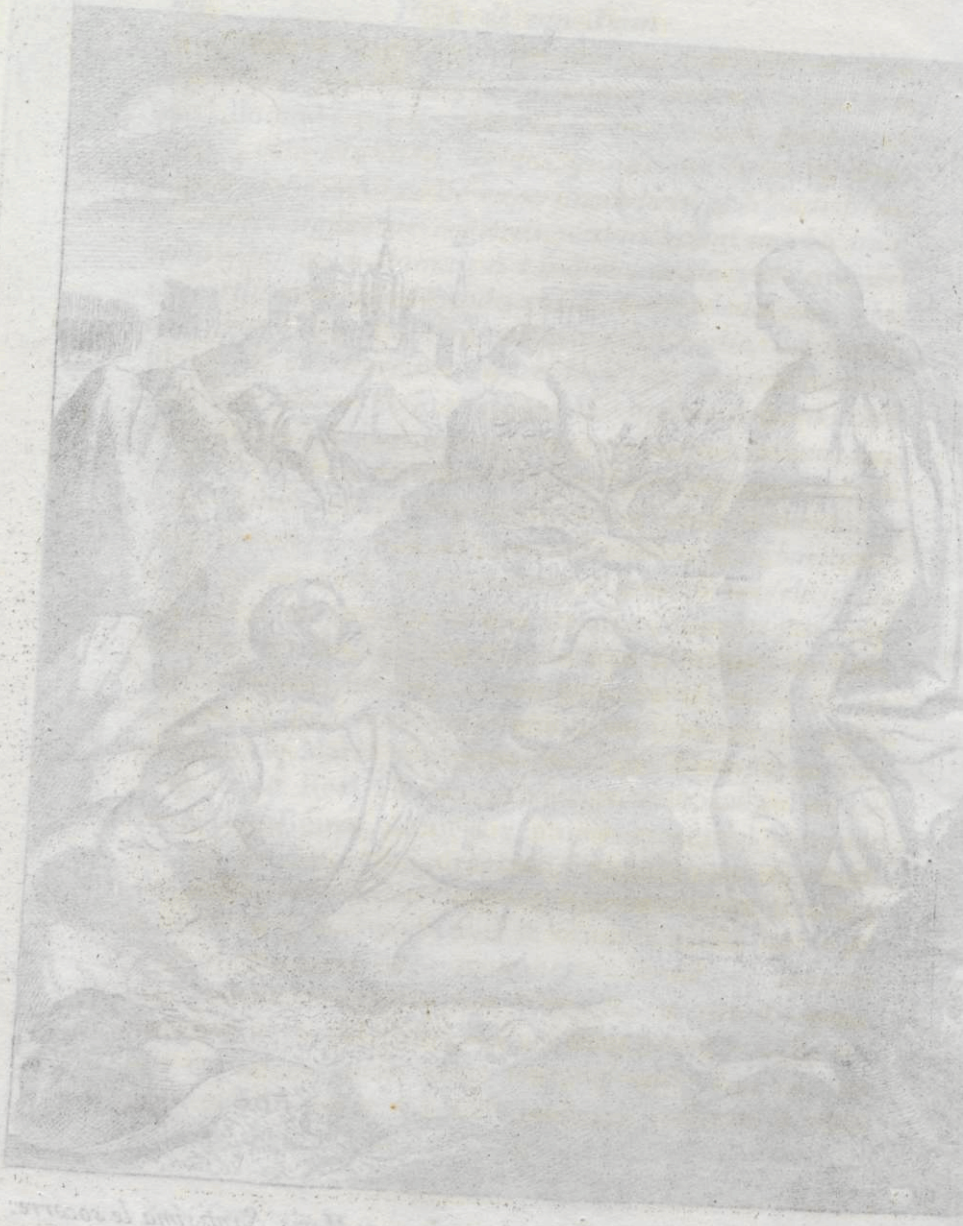
ra su desconsuelo, se puso, aunque con bastante dificultad, de rodillas; y arrojando el corazon por los ojos, llorando sus descuidos, decia: *Madre de pecadores, consuelo de afligidos y alivio de atribulados, ahora es la ocasion de experimentar con singularidad las dulces aguas de vuestras piedades; mi mucha miseria y afliccion llaman á las puertas de vuestra misericordia y alivio; siendo vos Estrella de la mar, la amargura de mi dolor os busca para salir de tanta tormenta. No mireis, Madre mia, mis ingratitudes, sino que á vos dirijo todas mis ansias. Ancora sois, para que ningun delincuente viva sin esperanzas; ¿cómo puedo yo dejar de prometerme seguridades? En vos, Madre mia, confio, en vos espero, vuestras luces necesito, para que mis enemigos no hagan burla de mí, y salga con vuestro amparo al puerto de felicidad.*

Así lloraba, y pedia el Patriarca afligido á la que es puerta del cielo; y como la oracion fervorosa es penetrante saeta, que velocísimamente se entra por aquella region gloriosa, herido dulcemente el tierno corazon de María Santísima, bajó, como amante madre, de su Real Palacio, y deponiendo toda la Magestad de Reina, se dejó ver de *Juan* en el humilde trage de pastora. Es regular que no dejase el Señor de darle algun aviso de quién sería aquella hermosura campesina, cuyos pasos le causaban aliento y regocijo: advirtió que sonaba en su oido aquella voz dulce, que deseaba en sus epitalamios el Esposo (1): preguntóle ¿por qué estaba tan triste y afligido? No fué capaz de responderla el contristado jóven, porque acompañaba su quebranto una nueva suavidad y embeleso, un gustoso desasosiego, una suspension, y al

(1) Cant. cap. 2.



Siendo el Santo Patriarca Soldado, cae de una legua y, Maria Santisima le socorre.



parecer deliquio, que sellándole el labio, le aprisionó la lengua. En este medio arrobo prosiguió expresando cariños la pastora; y sacando un barro ó búcaro lleno de agua, le dió de beber á *Juan* con liberal mano. Recobró el Santo con la bebida un singular aliento; y con desembarazo la preguntó ¿quién era? Entonces aquella Madre piadosa, que explica su amor, y dá á conocer sus ternuras en seguir las huellas de sus ganados (1) con disimulos de volverse á la sierra, le respondió estas palabras: *yo soy aquella á quien tu te has encomendado; pero advierte, que no caminas seguro entre tantos peligros sin el arrimo de la oracion.* Dicho esto, desapareció la celestial Pastora.

Aquí se hace preciso detener algo la pluma para disipar cierta nieblecilla, que pudiera ofuscar en parte la verdad de nuestra historia. No falta autor (bien que estrangero), el cual con la ocasion de haber tomado el Santo la noble carrera de la milicia, le pinta, si hasta entonces inocente, en este tiempo vicioso, y no como quiera, sino que *la licencia militar, y el mal egemplo de sus camaradas, le precipitaron presto en los mayores desórdenes* (2) Confieso que á ser esto lo mas verosimil, no habia para que repugnarlo. Ni la negacion en el Apostol Pedro, ni en san Pablo la persecucion contra el nombre cristiano, ni en santa María Egipciaca las disoluciones, ni en san Bonifacio y David los adulterios, ni los hurtos en el santo Dimas, ni en san Agustin las liviandades; por fin, ni las hechicerías en san Cipriano les disminuye en un ápice sus glorias; antes bien, segun refiere santa Gertrudis, hablando de la vision que tuvo de

(1) Cant. cap. 1. (2) El Rmo. Croiset en su Año Cristiano, traducido por el Rmo. Isla, á 8 del mes de marzo.

santa María Magdalena, las culpas lloradas son preciosísimas piedras para el mayor adorno de sus galas (1). Mas como en la Historia es la verdad la que se pretende escribir, es preciso buscar la luz mejor. Los autores, asi portugueses como españoles, que son los que dan fé en este punto, por paisanos del Patriarca los unos, y por testigos oculares de la mayor parte de sus acciones los otros, nos le presentan en este período de dias distraido, cuando mas de la ocupacion de sus devotos ejercicios. Véase entre todos el Ilustísimo y Reverendísimo don Fr. Antonio de Govea, portugués famosísimo, uno de los mayores hombres de su siglo en virtud y letras, dignísimo Obispo de Sirene, en Asia, hijo de la Religion de san Agustin, y primer historiador de nuestro Santo, cuya obra ha merecido tantos aplausos, que hasta hoy por cinco ó siete veces ha hecho sudar las prensas. Mas: en la Bula de Canonizacion de este excelso Padre se pone, como es costumbre, un epítome de su vida; y siendo así que comienza desde su feliz nacimiento, solo dice: *que desde su principio habia tomado un modo de vivir algo relajado.* ¿Y para esto es menester haber caido en el precipicio de los mayores desórdenes del soldado? Nada de esto: bastará (una vez que la significacion de las voces excluye enorme delito) no haber proseguido en la devocion acostumbrada. Aun cuando esta razon no sufragára, lo convence la aparicion de la Divina Pastora. Habló la Señora al soldado *Juan*, reprendiéndole sus defectos con suavidad y dulzura; mas no le trató como oveja precipitada ni perdida. Era muy regular que lo practicase su clemencia, si le hallase en este infeliz estado, al modo

(1) Vidas de los Santos.

que lo ejecutó el Redentor con Saulo cuando le derribó del caballo (1). El defecto que le reprendió su cariño pastoril y maternal fué el olvido de la oracion: *Advierte* (le dice) *que entre tantos peligros no caminas seguro sin el arrimo de la oracion.* No le dijo: advierte que vives precipitado: confiésate, llora, porque sin esto no andarás por el camino del cielo. Basta ya de ligera pausa para rebatir el dicho de un escritor, que oponiéndose á la corriente de los demas, no alega fundamento alguno.

Vuelvo, pues, al hilo de mi historia. Quedó el Santo con la presencia de María Santísima confuso y alentado: contaba por dichosísima su desgracia, porque fué ocasion de tan alta fortuna. Volvia la vista á todas partes por si descubria la mejor luz de sus ojos (2) en la belleza de aquella Reina, aclamada por los ángeles; y viendo que no, enviaba tiernos suspiros por los ayres, pareciéndole que tal vez serían mas dichosos. La alegría antecedente avivaba las espuelas á la tristeza con la ausencia del bien pasado. Revolvía en su memoria las penetrantes voces de la Pastorcilla, que como saetas hirieron sus entrañas: argüíase defectuoso, considerando que en aquel dia, distraido con la correría que ejecutó para el pillage, habia dejado de rezar á María Santísima, su abogada, las devociones que tenia de costumbre. Tocó el dolor mas vivo al corazon; soltaron los ojos amargas aguas de llanto; y comenzó á rezar de rodillas el santísimo Rosario, y los veinte y cuatro Padres nuestros y Ave Marías, acompañadas de otras oraciones; y acabando, tomó otra vez el camino para el rancho. Aunque habia el Patriarca logrado la anterior dicha, no dejaba

(1) Actor. cap. 9. (2) Psalm. 120.

de poseerle el miedo de caer prisionero en manos del enemigo, considerando que el Señor gusta de mezclar con la miel de los consuelos el acibar de las tribulaciones (1); mas la liberalísima Tesorera de la gracia para sacudirle el temor del pecho, le hizo un nuevo favor, dándole un Pasaporte Real por medio de la voz de un angel, que le dijo: *camina seguro* Juan, *de que no caerás en manos de tus contrarios.* Conoció *Juan de Dios* que le aseguraba aquel eco la promesa: desterróse el pavor con que se hallaba sobrecogido; y levantando los ojos al cielo para agradecer los muchos favores, imitando al Apostol Pablo, cuando despues de la caida de un generoso bruto se consagró á seguir enteramente las divinas luces (2), ó á un san Pedro Gonzalez, que cayendo igualmente de un famoso caballo, se le avivó el ánimo para dar de mano á cuanto celebra el mundo por pasatiempo (3); así dijo: *Engrandecido seais, Señor y Rey supremo, que habeis socorrido en las tribulaciones á este pecador miserable: seais bendita, ó vos Reina Inmaculada de los Angeles, que tomando por mi amor el trage de pastorcilla, me procurásteis dirigir por la senda segura de la gloria: vuestra intercesion reconozco, y humilde recibo tantos favores como me habeis hecho: ayudadme á que no corresponda ingrato mi pecho, sino siempre rendido y devoto á vuestra soberanía.*

Prosiguió el Santo su camino, y ya llegó por fin á las tiendas de sus compañeros, que le esperaban ansiosos. No es ponderable la turbacion que recibieron al verle tan maltratado y herido: todos discurrian variamente sus desgracias, y uniformes les pesaba que no hubiese traido víveres con que socorrer su ham-

(1) Ad Corint. 2. cap. 1. (2) Actor. cap. 9. (3) Lect. Brev.

bre. Refirió el suceso de la yegua, dejando al silencio las celestiales mercedes que habia disfrutado: procuró curarse algunos dias; y cobrado de los dolores de la caida, renovó cuantos propósitos habia hecho con fervorosísimo espíritu, los que poniendo por obra, vivia con indecible tranquilidad y consuelo. Huía de todo lance en que pudiera ofender á alguno, aun al enemigo, á no ser que la ciega obediencia de soldado le obligase. Mas en medio de esta bonanza, vióse aquella navecilla en la mas furiosa tormenta. Uno de los Capitanes con quien tenia singular conocimiento, habia quitado al enemigo porcion de ropa: parecióle á á éste que en manos de nuestro Soldado quedaba segura; y se la entregó con la obligacion de dar cuenta de ella. Entró el Santo en hacerse responsable: supiéronlo sus camaradas; y movidos de la avaricia determinaron robarla. En efecto lograron el tiro, y cabalmente á tiempo que venia el Capitan por ella. Pidióla: y al buscarla el ínclito Padre, echóla menos: empezó á turbarse y confundirse, sin atinar cómo pudo ser tan pronto y bien ejecutado robo; por fin, ya cierto y seguro de él, dijo al Capitan con notable humildad el atentado. Montó el Oficial en cólera: parecióle que era poco castigo el tratarle mal de palabras; y para satisfacerse, mandó que al punto del primer árbol le ahorcasen. Entonces fué de ver el cariño que le profesaba la demas tropa. Intercedian los Capitanes y soldados con las mayores instancias para que revocase la sentencia: poníanle presente al Comandante lo irreprensible del glorioso Patriarca en sus acciones, y que no cabia en su bondad ningun pensamiento infame: mas al modo de la fragua, que con la frescura de la agua mas se enciende, se irritaba el enojo del Capitan cuanto mas se interponian para el per-

don. Entretanto el inocente Soldado buscaba el favor del cielo: tal vez se gloriaba en la cruz de Cristo, como el Apostol, con la consideracion de que en ella se ofreció víctima inocente (1): por otra parte, reputándose el peor de los hombres, hacia juicio de que le deparaba Dios un suave castigo á vista de sus muchas culpas: tampoco olvidaba los beneficios de que era deudor á María Santísima, reverdeciendo mas y mas su firme esperanza. En estos pensamientos se ocupaba el no culpado reo, cuando un caballero, amigo íntimo del Gefe, acertó á cruzar por donde estaba el suplicio: los soldados enternecidos del caso, le informaron, suplicándole se interesase para el perdon. Así lo hizo, consiguiendo que se anulase la sentencia, bien que con la condicion de que sacase licencia para dejar el uniforme del Rey. Convinieron todos en ello: atribuyó *Juan* la libertad del peligro á nuevo favor de María Santísima; y á la verdad sería así, ya porque no siendo aquel sitio paso para parte alguna, se presentó con pretexto de viajar aquel caballero; ya porque despues de conseguido el perdon, desapareció sin poderle dar las gracias de aquel bien. Angel, sin duda, que para asemejarse en aquel socorro al que ablandó la terquedad de las cadenas de san Pedro (2), ó al que transformó en aura suave la voracidad del fuego de Babilonia (3), tranquilizó el corazon que ardia en llamas de enojo de aquel Capitan poco compasivo.

Libre ya de aquel lance tan apretado, determinó alejarse de los peligros de la milicia, y volverse al sosiego de las incultas selvas. Pidió licencia para ausentarse del ejército, que fácilmente consiguió con tan

(1) Ad Galat. cap. 6. (2) Act. Apost. c. 12. (3) Dan. c. 3.

justo motivo. Despedido urbanamente del cuartel, tomó el camino de Oropesa: seguia éste con la complacencia de verse solo, pareciéndole sueño lo sucedido: repetia incesantemente gracias al Señor, renovando cuantas promesas le habia ofrecido, como tambien á la Divina Pastora. Contristábale con todo especialmente el vil crédito de ladron, por cuyo motivo se fulminó contra su vida sentencia de horca. Esto llevaba tras sí la rueda de pensamientos tristes de cuanto pasó en la campaña, capaz de derribar un bronce; y pudo tanto el tropel de sus imaginaciones, que estrechándole, como al padre de la paciencia Job, todos los brios (1), de manera le cortaron las facultades, que rindió casi las fuerzas. En este estado se advirtió el nuevo paisano; y en atencion á su conocida debilidad, se retiró con pasos perezosos del camino, buscando algun parage para tomar descanso. A pocos reconoció en un árbol una cruz labrada de madera tosca; y como imágen viva de aquella en que Cristo murió por la redencion de todo el mundo, recostóse como la esposa á su favorable sombra (2): oprimióle el peso de la afliccion en tal manera, que casi enagenado de los sentidos, y sin el uso comun de las potencias, se pasó sin comer ni beber dos dias naturales. Dispertó al fin de ellos como de un recio letargo, y de resultas no cesaba de ofrecer á Dios sus agonías, que así pueden llamarse, pidiendo el perdon de todos sus desaciertos bañado en lágrimas. Ya por último, no pudiendo resistir mas la carne enferma, cayó en mortal desmayo: por singular providencia del Altísimo se recobró un poco, cuando vió que tenia tres panes á su lado con un vaso de generoso vino.

(1) Job. cap. 7. (2) Cant. cap. 2.

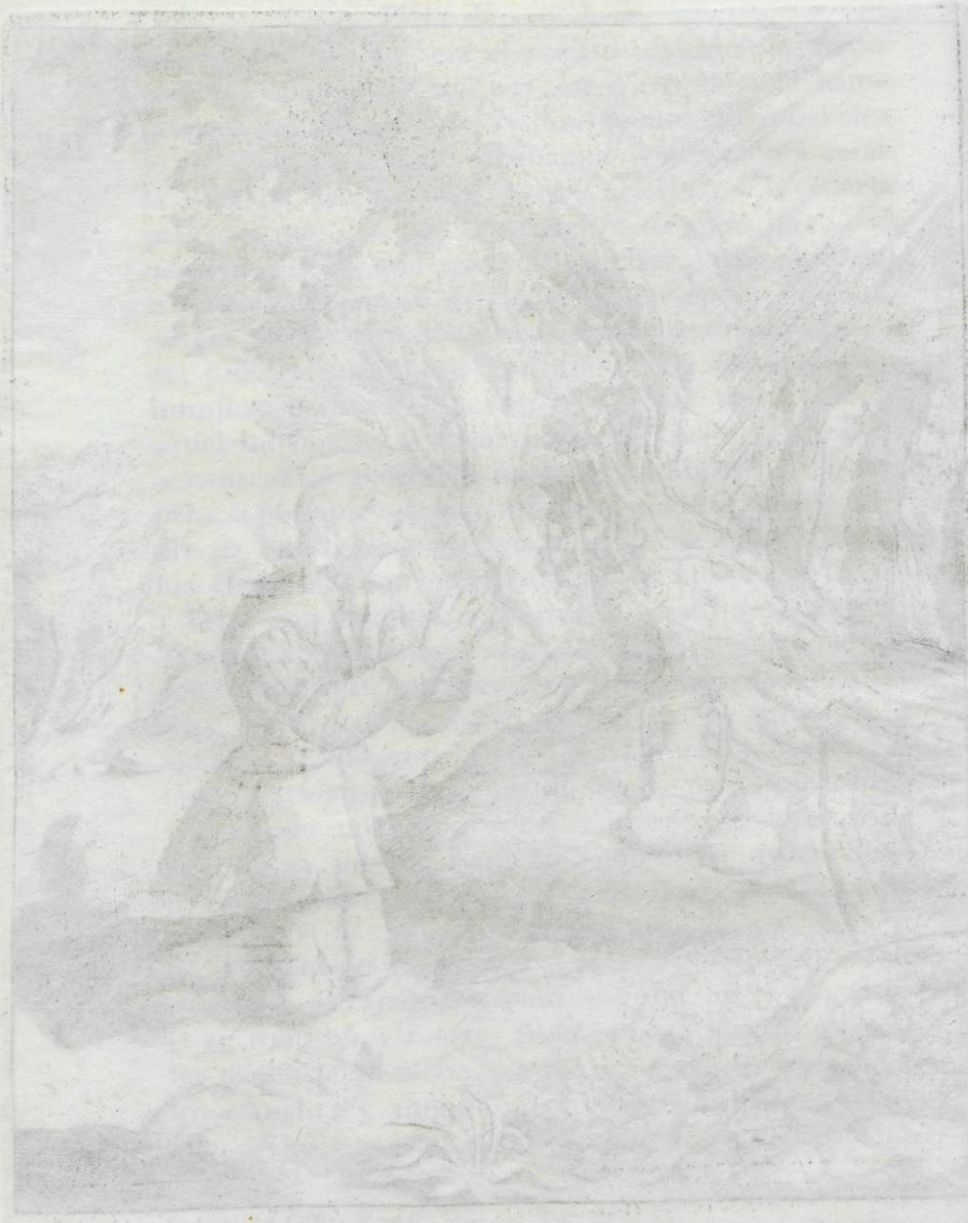
Hecho juicio de que era el preciso sustento de algun labrador de aquellos campos, escogió perseverar hambriento antes que llegar á ellos. Pronto logró del cielo el desengaño; porque habiendo comenzado á rezar la oracion del Padre nuestro, al llegar á la cuarta peticion, que dice: *El pan nuestro de cada dia, dánosle hoy*, sonó una voz dulce y clara, que le dijo: *si dá*, Juan, *porque á tí te envia ese pan y vino para que comas y te alientes.* Lleno de gozo el Patriarca, perplejo entre mil confusiones, y formando un humilde parangon de sus culpas por una parte, y aquel imponderable favor por otra, no se atrevia ni á comer ni á alargar la mano á aquel licor prodigioso; pero contemplando con reflexion madura que la Madre de las Misericordias en la sierra de Francia le habia favorecido con otras asombrosas mercedes, comió y bebió con resolucion gallarda una vez que veía puesta la mesa, no como á san Pablo, primer hermitaño, con medio pan solamente (1); no como al Profeta Elías con un pan entero subcinericio y un vaso de agua (2); sino con tres panes blancos y hermosísimos, y un vaso de riquísimo vino, para que bastase, cuando no para llegar al monte de Oreb, sí de Oropesa; y sobrase para los pobres, á quien *Juan* habia de alimentar en sus Casas Hospitalarias como á hijos.

Fortalecido *Juan* con aquel sustento admirable prosiguió su camino, y para asegurar en el largo viaje su robustez y fuerza, llevó consigo los dos sobrantes panes del prodigio, porque no mas que uno se habia comido; y aunque no se sabe que hasta que arribó á Oropesa le aconteciera alguna singularidad no-

(1) In Offic. Eccles. (2) 3. Reg. cap. 19.



Precisado el Santo â dexàr el Real serricio, le asalta un desmayo, y el Cielo le favorece.



table, se supone que continuaria en favorecerle el Cielo. Llegó, pues, á largas jornadas á Oropesa, y buscando á su antiguo amo, despues de haberle hecho relacion de sus trabajos, se ajustó segunda vez para servir de pastor. Hablábase en estos tiempos de que el Gran Turco Soliman el Cuarto, sucesor de Selin en el Turbante Otomano, habia puesto sitio á Viena, Corte del Emperador de Alemania, con ánimo de estender mas sus medias lunas. Ofrecióse el Conde de Oropesa para el socorro: reclutaron gentes en todos sus dominios; y asentando plaza los mas vasallos, si no por lisonjear á su Señor, á lo menos por pelear contra un enemigo tan poderoso de nuestra Santa Iglesia, entre ellos la tomó tambien el glorioso *Juan*. No dejan de confundirse algunos Autores en los motivos que obligarian al Santo para imitar á Jacob, repitiendo con su suegro los servicios (1). Lo mas razonable es que le hicieron fuerza dos motivos, uno el gusto del Conde en que tomase plaza; cuya prueba es haberle tenido en su compañía, hasta que dejando en paz y sosiego el Imperio, le volvió á España: otro, que dirigiéndose aquella guerra contra los enemigos de nuestra santa Fé, levantado en su pecho el estandarte de esta virtud, tocó al arma, como á Elias, el zelo de la honra de Dios (2), que fomentaba la llama de su caridad grande. Marchó, pues, á Alemania con el Conde de Oropesa, en cuyo militar servicio ocupó dos años de soldado raso; y visto que el enemigo retiró sus bárbaras tropas, se deshizo el ejército christiano, volviendo á su pais toda la gente.

Treinta y tres años, á corta diferencia, contaria el Patriarca cuando volvió á España, edad perfecta, en

(1) Gen. cap. 30. (2) 3. Reg. cap. 19.

la cuál la prudencia ocupa el regio trono, dirigiéndo las acciones en el pequeño mundo del hombre, sin que falte la valentía y vigor para que la razon egercite su viveza. Salieron de Alemania, cruzaron el Milanesado, embarcáronse en Génova, y aportaron con felicidad á la Coruña. Llegada la nave á este puerto, noticioso san *Juan* de la corta distancia, como que no era mas de diez leguas para llegar á Santiago, pidió licencia al Conde para visitar aquel famoso santuario, la que le concedió con el mayor gusto. No me parece que haré gravosa la lectura, aunque en brevísimo plan ofrezca alguna noticia de su magnífico Templo. Repártese esta ilustre Catedral en tres cuerpos ostentosos: deposita el último, como en abultada concha, la rica perla de nuestro glorioso Patron de España, concurriendo de todo el mundo innumerables peregrinos que dan testimonio de la grande devocion que anima sus corazones. Una de las mas antiguas de la Europa es tan célebre Iglesia; cuyo asiento, si antes fue en Iria Flavia, lugar en donde aportó el Santo Apostol cuando vino á España, está hoy en Compostela, adonde fue trasladada por la Santidad de Leon Tercero, con súplicas del Rey Don Alonso el Casto, é intercesion del Emperador Carlo Magno; cuyo motivo fue haberse hallado en esta poblacion el Santo cuerpo. En esta se fabricó un suntuoso Templo, el que se ha aumentado cada dia, levantándose de bastantes años á esta parte con la gloria de competir en estructura, en grandezas, en riqueza, en reliquias, en privilegios, con la que mas descuella en esta parte del terrestre globo. Con la licencia del Conde llegó á esta maravillosa y devotísima casa de Dios nuestro excelso Patriarca: nueve dias estuvo con especial consuelo y gozo en esta puerta del Cielo, y no careció de alu-

sion misteriosa, porque en gloria de los nueve Coros de los Angeles (1) (entre cuyas Gerarquías debia entrar como hermano), quiso consagrar aquellos reverentes cultos (2), para expiar por medio de una confesion general las mas ligeras manchas. Metido en aquel sagrado sitio, logró el indecible tesoro de las gracias é indulgencias concedidas por varios Sumos Pontífices. Recogido interiormente, desprendia del incensario de su alma agradables aromas, que repartidas como en diversas varitas de humo, penetraban las esferas. Con el motivo de haber emprendido el ejercicio de la guerra esta vez contra los Turcos, revolvia en su mente los gloriosos triunfos que consiguió la nacion Española por la proteccion de este Apostol valiente de las marlotas Sarracenas: saludábale, vertiendo lágrimas de gozo, por fulminante hijo del trueno, segun le llamó la Magestad de Cristo (3); y no le cabia en el pecho el imaginarle pavoroso rayo á la frente de sus escuadras, montado en un blanco caballo animando los ejércitos, y hollando menguadas lunas. Con esto el Patron glorioso premiaba su devocion con documentos internos, fortalecia su espíritu, y era medio para que el Altísimo le concediera la dulzura de sus dones. Llegó el novenario á su término: hizo cantar el último dia una Misa; y habiendo repartido algunas limosnas á los pobres peregrinos, besando los umbrales de las puertas de aquel sagrado, salió no solamente del Templo, sino tambien de la ciudad de Compostela.

Cumplida con este método egemplar aquella visita, empezó á caminar por la Provincia mas célebre del Reyno de Portugal llamada *Entre Duero y Miño:*

(1) Pol. Diar. S. Prof. 7. Febr. (2) Libi. Rosin. apud eun. Pol.
(3) In Offic. Ecclesiæ.

desde ésta se entró en la de Alentejo, que reconoció por su patria. Llegó despues de muchas jornadas á la villa de *Montemayor*, que le dió cuna; y con la ausencia tan larga, y falta de trato con los vecinos, por haberse querido apartar de toda carne y sangre, entró en la villa como estrangero: figura no distante de san Alejo, desconocido en su Ciudad propia. Recogióse en una posada, y tomando alguna noticia, halló un tio suyo llamado Alfonso Duarte, hermano de su madre, hombre anciano, y estimado, no solo por su noble sangre, sino por su porte. El tio, que, ó por sus años de flaca memoria, ó ageno de la especie, por haberle llorado muerto, como Jacob á su querido hijo (1), con dificultad le reconocia por sobrino; mas dándole algunas señas, cayó en la cuenta. Echóle los brazos, no menos que el padre del Hijo Pródigo (2), en cuanto la comparacion cabe; y llevándole á su casa para el regalo que á un amor grande corresponde, le refirió la desgracia de la arrebatada muerte de su madre por su ausencia, y del retiro de su Padre al claustro del Seráfico Francisco. A vista de este conjunto triste, no dejó de esplicarse en *Juan de Dios* el sentimiento: ya se culpaba parricida por la ocasion que dió á esta tragedia: ya templaba el sentimiento, hecho cargo de haber sido disposicion divina, como lo fue en el Patriarca Virey de Egipto no enjugar las lágrimas de su anciano Padre (3). La consideracion de hallarse huérfano de padres le impedia á decir con el Serafin Llagado, que con esto en la Oracion Dominical á boca llena llamaria Padre al de los Cielos (4). Proseguia dándole gracias por haberle llamado por tan seguro rumbo. El

(1) Gen. cap. 37. (2) Luc. cap. 15. (3) Gen. cap. 44. (4) Vid. de S. Franc. de Asis.

tio le animó á que le refiriese cuanto le habia sucedido: prosiguió instándole á que le confiase la determinacion que tomaba: persuadíale que viviese desde entonces en su compañía con tranquilidad y sosiego: ponderábale los riesgos de la milicia, por si queria volver á ella; pero nuestro Glorioso Padre, movido de superior mano para mayores empresas, agradeció al tio con rendimiento tan recomendables ofertas, y respondió, que determinaba probar nueva fortuna lejos de su tierra: que se ponia nuevamente en manos de Dios, y de María Santísima; y que con entregar el timon de su navecilla á tan Soberanos Pilotos no tenia que temer, aun cuando contra él se levantasen infinitos ejércitos (1). No fue tibio el sentimiento del tio, no pudiendo embarazar la resolucion del sobrino; y con esto echándole su bendicion, partió el Patriarca por el camino de Andalucía, tierra que por lo abundante mereció el elogio *de granero, bodega y caballeriza de España* (2). Entró, pues, en aquella fértil Provincia, y al pisar su hermoso suelo, llenó su pensamiento con nuevo alborozo. Sería feliz anuncio por lo que en aquel Reyno habia de obrar en honra de nuestra Religion Católica. Llegó á Ayamonte, famosa poblacion, por donde paga tributo al mar el rio Guadiana. Dista noventa leguas del Estrecho de Gibraltar, de muchos vecinos y comercio, como acomodado puerto para navios mercantiles. Habia un hospital en aquel tiempo, aun mas famoso que hoy en dia; y dejándose llevar nuestro Santo de aquel impulso, que el Soberano Espíritu derrama en donde quiere (3), se introdujo en aquella casa de la Misericordia á ejercitar la mayor con el pobre enfermo. So-

(1) Psalm. 26. (2) Metod. Geograf. por M. Fran. (3) Joan. cap. 3.

lo en el trabajo descansa la caridad (1). Detúvose la de Juan en aquel hospital, como en su centro, algunos dias : advirtió con todo que era corto el socorro de los necesitados, al paso que los ricos y poderosos del lugar gastaban vanamente en la ostentacion de caballos ; y penetrado de dolor, empezó casi con el mismo sentimiento del coronado Profeta (2) á decir: *¡Que sea tan excesivo el fausto de estos nobles, desperdiciando su hacienda en lo que tan poco importa, y no hagan caso de los pobres Lázaros mendigos, que suspiran por las migajas de pan que caen, ya de sus mesas, ya de los pesebres de sus caballos, que mantienen para la vanidad tan gordos y lucidos! ¡Es posible que habiéndole merecido á todo un Dios tanto cuidado formar al hombre semejante á su grandeza, antepongan estos nobles una bestia á la alma que destinó el Altísimo para su Celestial Casa! ¡O pobrecitos enfermos, dos veces imágenes de Dios! ¡Cuándo llegará el dia que yo pueda remediaros, y con vosotros á mi Señor Jesucristo, ya que este Redentor soberano toma esta causa como propia!* Estos pensamientos dolorosos le servian de acibar á nuestro Santo, y con esta por entonces irremediable tristeza se salió del hospital de Ayamonte. Era regular, porque el corazon humano solo en Dios halla descanso (3).

Dirigió, pues, el rumbo para Sevilla, Metrópoli de aquel vasto Reino, y pasmo de cualquier estrangero, por su grande y bella planta, por el clima, por el trato, por la riqueza y por cuanto puede concurrir á formarse una ciudad al gusto de la mas delicada fantasía. En breves dias llegó á esta Capital, que merece serlo de todo el Orbe : mas como el Patriar-

(1) Ad Cor. 1. cap. 13. (2) Psalm. 19. (3) August. in Confes.

ca no habia aprendido oficio alguno, vióse precisado para el sustento á servir otra vez de pastor, y fue en los ganados de doña Leonor de Zúñiga, señora de bastante clase. En esta ocupacion pasó algunos dias, sirviéndole la soledad de los desiertos para contemplar la que María Santísima padeció despues que su Hijo subió á los cielos. Ejercitaba la compasion con las ovejuelas enfermas; y cargándolas sobre sus hombros, meditaba en el amor de Cristo, cuando cargó sobre los suyos la oveja perdida del Género Humamano (1) para llevarla al cielo, á vuelta de su dolorosa pasion y muerte. Un dia pastoreaba sus rebaños sobre la mansa ribera de un arroyo, que conducia la corriente de su cristal hasta la de Guadalquivir, que por ser caudalosa se hace nombrada. Desataron las nubes una tempestad de agua tan horrorosa, que desvanecido el arroyo, se creyó rio muy grande. Un coche venia por el camino, que en fuerza del aguacero perdió el rumbo, y fue á dar á la lengua del agua, en donde se hallaba el Pastor Santo. Ya el cielo estaba sereno; y viéndole los del coche arrimado á la ribera, preguntáronle ¿si habia vado para la orilla opuesta? Respondióles el Patriarca que no, hasta que el arroyo aflojase su hinchazon soberbia. Oyendo esto, se apeó el dueño del coche, y acercándose á nuestro Pastor, comenzó á hablarle. Pasmábase el Caballero de ver debajo del rústico pellico un entendimiento tan claro y una cordura suma: gran documento para el mundo, pues hasta la Magestad del Sumo Bien quiso aparecer debajo del humano tosco sayal (2). Tanto se aficionó el forastero, que le ofreció á san *Juan* su compañía y casa. Puso en su noticia como

(1) Luc. c. 15. (2) Ad Rom. 8. 3.

iba á Ceuta, presidio en las fronteras de Africa, y que iba á servir al Rey en calidad de desterrado, por cierto infortunio que le habia sucedido: explicóle que le acompañaban su muger é hijas: repetíale varias veces que eran todos portugueses, y que no era razon que tan claros talentos y gallardos brios se deslustrasen con el trato simple de los ganados; sino que puesto que sabia lo que era servir á la Magestad Católica, aprovechase los años peleando contra los moros, enemigos de la Fé conocidos, y á cuyo presidio intentaban hacer suyo con los torcidos alfanges. Agradecido quedó nuestro Santo á las ofertas del Caballero; pero disculpándose con razones de hombre de bien para la ejecucion pronta, empeñó su palabra, en que despues de haber cumplido con la señora del ganado, se partiría en su seguimiento; y para el efecto, que en el puerto de Gibraltar podia esperarle. Así sucedió: despidióse del Santo el nuevo amigo; y quedando algunos dias en el mismo ejercicio de pastor, revolvia las razones que le hacian fuerza, ó para no revocar su determinacion de pasar á Ceuta, ó para continuar con el sosiego de los pastos. Venció la primera parte, enardecido de poder con la presente ocasion ganar la corona del martirio: resolvióse á dejar el cayado, y partirse para Gibraltar, en cuya Plaza le esperaba el Caballero con su muger, cuatro hijas y un criado.

CAPITULO IV.

Pasa á Ceuta el glorioso Patriarca: estraños sucesos en aquel presidio, hasta que le deja, y se vuelve á España.

Llegó nuestro deseado *Juan* dentro de algunos dias al puerto de Gibraltar: recibióle el Caballero con agradable rostro; y mas hubiera sido, si supiera que con él llegaba el remedio de su venidera desgracia. Tan á buen tiempo llegó, que soplando un aire fresco, se hicieron el Caballero con toda su familia, y el nuevo compañero á la vela: arribaron con fortuna á Ceuta: tomó *Juan* plaza de soldado, empezando el noble portugués á cumplir su destierro. Aunque describa en bosquejo lo que es aquel presidio, estorbará lo breve de la pluma cualquier fastidio. A vista, pues, del Estrecho de Gibraltar, en la misma barrera, que ya es Africa, erige sus murallas el puerto de Ceuta. Segun autores es fundacion de un nieto de Noé, llamándose *Zeit* en lengua caldea, que corresponde en nuestra castellana á *Principio de Hermosura.* Fué esta la primera fundacion de aquella parte del mundo; y en una zanja se halló una inscripcion que decia: *yo poblé de mi linage esta ciudad: sus moradores serán famosos: tiempo vendrá en que sobre su dominio se verterá mucha sangre, y hasta al siglo mas remoto llegará su nombre.* Profecía, que segun el sentir de varios, en la mayor parte queda cumplida, por haber pasado á fuerza de armas á distintas coronas. Hoy dia sobre muchos años la poseen los Reyes de España, confesándola invencible, á pesar de sus prolongados sitios, las tropas mauritanas

por lo valiente de sus heróicos defensores. Destemplado clima para los recien venidos es el de aquel cielo, y por esta razon enfermó con toda su familia el Caballero amigo del bendito *Juan*. Con todos los de la casa empezó el Patriarca á desabrochar los ardores de la caridad, que desde niño animaba su pecho: ¡qué liberal! ¡qué sufrido! ¡qué solícito! ¡qué agradable! ¡con qué fé! ¡con qué esperanza trabajaba en su asistencia! No puede ponderarse sino diciendo que resplandecian en sus acciones todos los atributos, con que nos la describe el Apostol Pablo (1). No quedó con esto satisfecho su fuego; el cual, al modo del material, jamas dice basta. Como el Caballero por sentencia estaba en el presidio, no cobraba sueldo alguno; el del soldado por tan corto, apenas bastaba para sustentar al Santo; y esto en el corazon de *Juan* armaba tal tormenta, que no daba lugar ni de dia ni de noche al mas ligero descanso. Sin duda tenia Dios por sus insondables juicios cerrados los ojos de la Reina de las Virtudes, para que en el Santo sirviese de mérito no manifestar ni su ingenio ni sus industrias (2). En igual desconsuelo se hallaba el Caballero: queria ocultar su miseria, como imaginado medio para la estimacion de su persona. Locura del mundo, imaginar que los nobles, los grandes, los reyes no están sujetos á la mas baja fortuna: locura, que mas tiene de necedad perniciosa. A una vuelta de ojos se han visto Monarcas respetadísimos en el solio, y han bajado desde allí, ó á la mazmorra, ó al suplicio. Para todo basta el egemplar de Belisario, General romano: vióse lleno de opulencias, de dichas, de victorias; y á una vuelta

(1) Ad Corinth. cap. 13. (2) Ovid. Metam.

de la rueda se vió infeliz, pobre, ciego, y metido en una triste cabaña, precisado á pedir limosna públicamente (1). La reflexion de que Dios es Gobernador universal sirve para disipar estos crasos vapores, que distraen al cristiano; pues acordándose de aquella verdad irrefragable, no estrañará, que aquel Señor Supremo á su gusto trueque las manos, como hizo Jacob con sus dos nietos (2). Ultimamente estrechó tanto el cordel la necesidad, que determinó, rompiendo la dificultad del empacho, llamar á nuestro glorioso Padre, y manifertar la opresion que le acongojaba. No hay maestro mejor que los trabajos, dijo el Profeta Isaías; porque éstos, ademas de la doctrina, dan entendimiento al que aprende (3). Así fué con aquel enfermo, á quien el bienaventurado *Juan* asistia, porque el aumento de su calamidad le abrió los ojos para que cayese en la cuenta. Llamóle, pues, y le habló de esta manera: yo vine, amigo *Juan*, á este presidio con cortísimo caudal, y éste ha llegado á la mas deplorable extenuacion: nací noble, y con esta prenda no me es lícito avasallarme á lo que no habiendo nacido así, fácilmente pudiera. La miseria de mis pobres hijas y muger, con tantos dias de enfermedad, me llevan al último lance: he experimentado vuestro amor y caridad, con que con el corto sueldo habeis acudido á nuestra necesidad, y la tendré presente mientras viva: esto me ha avivado la confianza de suplicaros, que adelanteis el socorro, si bien á costa de sudores, sirviendo de peon de albañil en la obra de esta fortificacion.

Contenta, y de algun modo satisfecha la caridad de *Juan*, viendo la industria ó ingenio, que si no in-

(1) Vid. Pueyo Esp. Evang. (2) Gen. c. 48. (3) Isaiæ c. 28.

ventó su llama, ofrecia la ocasion, procuró dar las gracias al Caballero; y animándole, verificó quitarle todo temor, efecto tambien de aquel divino fuego (1). Justísimamente quedó el enfermo agradecido, y mas conociendo inexplicable el gusto de nuestro Santo en trocar la plaza de soldado con la de peon, para socorrerle mas bien. Entró, pues, el glorioso Padre en esta ocupacion, trabajando en el reparo que se estaba haciendo en el presidio; y tal vez en las reglas y práctica de construirse aquella material fábrica, perfeccionaba su alma los documentos del espiritual edificio, para el cual le tenia Dios reservado: de suerte, que cuanto mas habia de descollar su pasmosa cúpula, procuraba en aquel mismo ejercicio abrir con mayor profundidad la mística zanja: enseñanza que nos dió Agustino (2). Ganaba el Patriarca peon su regular diario jornal, y cada noche lo llevaba á su enfermo para socorrer toda la familia, reiterando Dios en premio, acaso de uno y otro, la multiplicacion del pan en el desierto (3); porque á la verdad, para tanta gente era escaso, y debiendo tratarse, para dar á entender el Caballero portugués su no vulgar clase, con alguna decencia. Algunos meses se mantuvieron con algun gusto y desahogo á costa de los sudores del peon Santo. No cesaban de darle gracias, y principalmente á Dios, por aquella puerta del socorro, que les deparó con la ocasion de la pasada tempestad; mas como en esta vida todo se acaba, todo fenece, y solo permanece la virtud, sentencia cierta y tan útil, como que Urbano III entre los Sumos Pontífices de este nombre concedió indulgencia para el que la pro-

(1) Epist. 1. Joan. cap. 4. (2) Aug. serm. 10. de Verb. Dom. (3) Joan. cap. 6.

nunciase, con el fin que nunca se apartase de la memoria, dispuso el Autor de la Naturaleza que se acabasen los reparos de las murallas y baluartes del presidio, y con ellos la ocupacion de nuestro Peon caritativo. El sentimiento, la afliccion y congoja de entrambos con facilidad se discurre. Animaba el Santo al Caballero, para que confiára en la providencia de Dios, que viste á las flores y sustenta las avecitas, sin que cuiden de telares aquellas, ni de llenar troges éstas (1): que pone la mesa á las fieras, y abastece de alimento á los polluelos de los cuervos (2). No dejaba el Noble portugués de conocer estas verdades; pero no por esto le dejaban tristísimos pensamientos, y con especialidad con los temores de que tan extremada calamidad podia ocasionar en ofensa de Dios lamentables efectos. Combatido así de amargas olas, solicitaba el ínclito *Juan* que tomase con paciencia aquellos trabajos, y quedase seguro con la conformidad del sufrido Job, que cuando se juzgase ya consumido, entonces le levantaría el Señor á la claridad y hermosura del mas brillante lucero (3). Proseguia nuestro Patriarca en decirle, que la mano misma que hasta entonces aumentó el jornal, que por sí no era bastante para mantener su casa, en adelante no dejaría de providenciar, aunque fuese á costa de otro milagro; y entretanto, para reparar la urgencia vendería dos capas que tenia, sin que le quedase otra para su consuelo. Capa es la caridad, que cubre los defectos, dijo el Apostol Príncipe de la Iglesia; y la caridad de *Juan* se dá á conocer no en una, sino en doble capa para disimular las calamidades (4). En par-

(1) Matth. cap. 6. (2) Psalm. 146. (3) Job. cap. 11. (4) Petr. cap. 4.

tir la capa con el pobrecito manifestó el glorioso san Martin los quilates de su caridad grande (1): en dársela entera á Eliseo explicó Elías la ardiente llama de su cariño, cuando aquel lloraba su triste desamparo (2). A uno y otro imita nuestro Patriarca, al parecer con ventaja; porque ni se contenta con partirla, viendo la necesidad, ni con una, sino con dos, lo agigantado de su heróica virtud. Atónito estaba el Caballero viendo tan acrecentado el fuego que Dios habia traido á la tierra en el corazon del Santo (3); y pareciendo mas angel que hombre, entre admiraciones le dijo: *En verdad*, Juan, *que si la caridad se pierde, se puede hallar en vuestro pecho.* Sacó por fin nuestro misericordioso *Juan* de las dos capas cantidad de dinero, con el cual salió el miserable Lusitano de aquel aprieto. Mas en esta ocasion cargó Dios sobre sus hombros tal torbellino de desconsuelos, que se vió precisado por el órden de la caridad que profesaba, no solamente á dejar el presidio, sino tambien á la necesitada familia, y ejércitarla consigo (4). Al tiempo que se dedicó á la ocupacion pasada de peon, dejóse llevar de la amistad de un compañero suyo, de nacion portugués, y á su parecer hombre de bien. Era natural de la ciudad de Evora; y como el Patriarca habia nacido en aquella Diócesi, el dulce amor á la patria enlazó un amistoso trato en uno y otro, como verdaderos portugueses, que en este particular se distinguen entre todos. Con esta inclinacion amaba con ternura á Gonzalo Diaz (que este era el nombre del compañero) nuestro bendito Padre: tratábale como verdadero israelita, sin que en su co-

(1) In Offic. Lec. 2. Noct. (2) 3. Reg. cap. 10. (3) Luc. c. 17. (4) D. Thom. 2. 2.

razon hallase acogida el menor engaño (1). No así el portugués Gonzalo Diaz; pues ageno de corresponder á la sencillez de paloma que nos mandó Cristo, y abrigaba el Patriarca en su virtuoso seno (2), se portaba como fariséo, hecho lobo carnicero, vestido de piel de oveja (3). Ofrecíale el demonio con la viveza que sabe tentar las almas, lo miserable de aquella fatigosa vida: disparó toda la artillería, ó bocas de fuego, con persuasiones para que procurase la libertad de ella; y rendido ya el infeliz Portugués, tomó la vuelta de Africa: entróse en los moros: apostató de la Fé de Jesucristo: á pocos dias consiguió ver libre su cuerpo del trabajo, y entregada su alma á la mas tirana servidumbre.

Ageno estaba de recelar esta lastimosa desgracia el Patriarca, segun el buen concepto, propio de la caridad (4) que habia formado del compañero. Llegó á pocos tiempos de haber sucedido la noticia á la Plaza de Ceuta, y fué universalmente sentida por aquel pueblo. Como éste habia observado la comunicacion que con el recien renegado tuvo nuestro *Juan*, le daban el pésame de aquel caso tan fatal; y se aumentó de tal modo la amargura de su alma, que cada palabra que oía era nuevo puñal que le daba interior muerte. ¡Qué lágrimas! ¡qué sollozos! ¡qué suspiros! Reo se hacia de haberse perdido aquella alma: convencíase culpado por no haberle dado consejos, por no haber sobrellevado sus miserias, por no haberle confortado en sus desconsuelos. Yo, Señor, (le decia llorando á Dios) yo merezco de tan grande ofensa el castigo: mia es la culpa, que no estorbé pu-

(1) Joan. c. 1. (2) Matth. c. 10. (3) Matt. c. 7. (4) Ad Cor. cap. 3.

diendo, y es preciso que de algun modo la satisfaga, ó á costa de mi sangre, ó de mi perpetuo llanto. De este modo al impulso de la caridad se cargaba las culpas agenas, estando tan lejos, como que ni en sombras fué ocasion de ella. No habia de ser única la gloriosa santa Catalina de Sena en achacarse agenos delitos, como sucedió cuando se acusaba con su confesor, el ínclito Fr. Raimundo de Capua, de que era suya la culpa de abrasarse la Iglesia en el cisma de Roma acaecido en sus tiempos, imaginando, que si tuviera, como debia, abrasado el corazon en fuego de amor de Dios, hubiera encendido con él á los demas, y no ardiera en ofensas aquella capital del Orbe (1). Este lance tan funesto para *Juan* le pareció ser el mejor para derribarle el enemigo comun; y empezando como á leon sangriento á dar vueltas á su afligido pecho (2), le proponia como medio acertado la desesperacion que pretendia: las conveniencias del compañero apóstata, ¿con qué colores las pintaba? Ya dejó el remo pesado de tanto trabajo, de tanto desprecio y afan Gonzalo Diaz; y en el catre de la estimacion, sosiego, delicias y riquezas se halla recostado: supuesto que yo fuí la causa de su atentado, poco hay que esperar en la Misericordia Divina. Por otra parte, habiéndome visto con el uniforme del Rey, en cuyo ejercicio era fácil, imitando á muchos héroes, fabricarme por mis manos el baston de general, me miro abatido y pobre entre el asqueroso cieno de la abominacion mas grande. Pues aquí de mi valor. Pasarme á los moros, compañero en todo de mi amigo antiguo, y contarme para mientras viva en la cumbre de la felicidad y grandeza. Estas imagina-

(1) Vid. de la Santa. (2) Ep. 1. Petri, c. 5.

ciones sugeria el demonio á nuestro Santo, el que mejor que Ulises al mastil del navío para evadir el canto de las sirenas, se arrimaba al arbol sagrado de la cruz de Cristo, verdaderamente atribulado; pero como Dios se entra en la misma tribulacion para acompañar al justo (1), salió *Juan de Dios* victorioso del combate. Avergonzado quedó el demonio de haberle salido mal su maldita pretension; y obstinándole mas su natural perfidia, quiso vengarse echando todo el resto de su engañosa arte (2). Conforme con la voluntad divina estuvo nuestro Santo venerando con el mas profundo respeto sus juicios incomprensibles, cuando le salió un dia al camino un gallardo mozo, de buen talle, regular estatura, porte bueno, el cual le saludó bizarro; y preguntándole cómo se llamaba, le entregó una carta. Prosiguió diciéndole que era del mayor amigo suyo, y que tenia encargo de favorecerle en todo hasta ejecutar lo que en ella veria: que atendiese, que era para su mayor bien, porque él hablaba de experimentado. Con bastante cuidado le observaba nuestro glorioso Patriarca, y no dejaba el Señor con ocultas voces de hacer que recelase alguna ficcion maliciosa. Aumentó mas el recelo al abrir la carta, ver que la firma era del renegado Gonzalo, y todo el contesto persuadirle con eficacia que le siguiese, con las mismas razones que le proponia la sugestion antecedente. Esto bastó para que juzgase el Santo, que al modo que en el desierto tentó el demonio á la Magestad de Cristo en figura humana (3), habia tomado el enemigo la de un jóven agraciado, con la carta supuesta para salir victorioso. Con grande agudeza llamó Agustino perro al

(1) Psalm. 90. (2) Aug. Greg. & alii Patr. (3) Matt. cap. 4.

demonio, y perro atado á la cruz del Redentor como cadena; porque le sujetó de tal suerte, que no puede morder á los temerosos de Dios por mas que ladre (1). Así sucedió con nuestro invicto *Juan*; pues bastó para desvanecer al fingido correo levantar los ojos al cielo, y decir con un suspiro: *favorecedme, Señor, en tan grande aprieto;* pues al acabar estas palabras ya habia desaparecido Lucifer, y con él la carta.

De este modo cantó la virtud de *Juan* esta segunda victoria, y atribuyéndola al cielo, no menos que Sanson cuando arrojó al aire la quijada del bruto que le sirvió de montante (2), en sentir de san Ambrosio (3), dió rendidas gracias al Altísimo, y á María Santísima por tan frecuentes beneficios. No quedó aún satisfecho el corazon de nuestro Santo, y así dispuso para su mayor sosiego llegar á las aguas de la penitencia con una confesion general para purificar mas y mas su alma. En efecto, la hizo con un sacerdote de la mejor opinion, religioso de la Orden de san Francisco; y habiendo referido el tropel de tentaciones que le habia combatido en Ceuta, y que juzgaba por mas conveniente apartarse del precipicio, temeroso de que le sucediera la desgracia que de Eleazaro cuenta el sagrado texto, el cual si triunfó de un elefante dándole muerte, por no saber apartarse, le oprimió el peso de la bestia (4); aprobó tan sabio dictamen el confesor, determinándose el glorioso Padre á salir. Contento se levantó el Patriarca de los pies del confesor, y al punto fué al Caballero portugués á comunicarle la noticia de su resolucion discreta: sobrecogió así al Caballero como á toda la fa-

(1) Aug. ser. 197. de Temp. (2) Jud. c. 5. (3) Ambr. Ep. 70. (4) Machab. c. 6.

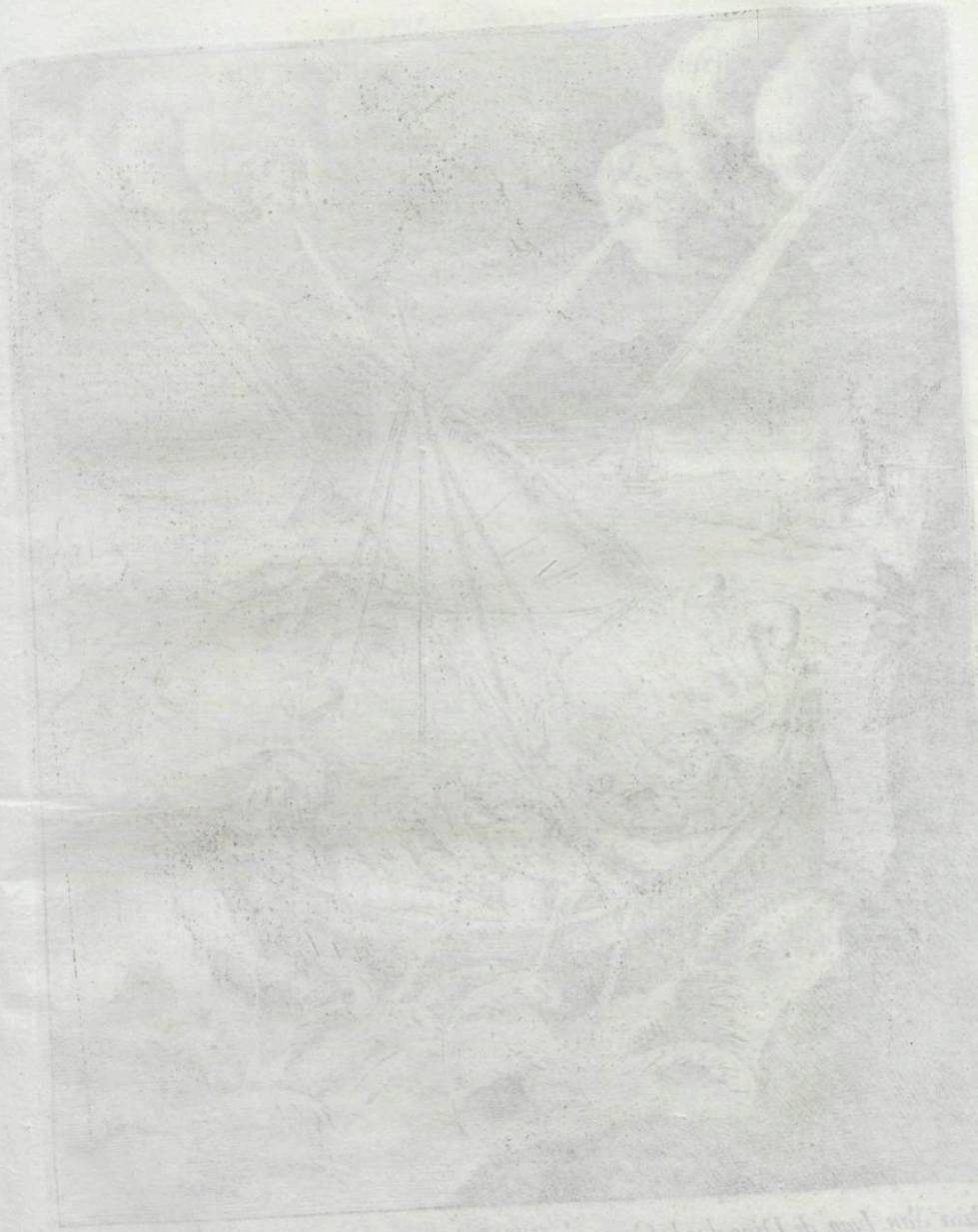
milia, la mayor confusion y tristeza por el desamparo, que con su ausencia juzgaban cierto. Por mas que el Santo encarecia que se iba para su mayor bien, y que era disposicion del Altísimo, no por eso dejaban de meditar que de un golpe perdian consuelo, remedio, socorro y alegría. El llanto le embarazaba la articulacion para ponderar los motivos de la pena. Como las lágrimas son sangre del corazon vertida por los ojos en pluma de san Ambrosio (1), y el Patriarca era tan compasivo, no dejaba de enternecerse, y por consiguiente consolando á aquella familia afligida, ejercitaba su misericordia; pero siempre insistiendo en que su marcha era precisa, porque cuando menos dependia de ella el negocio mas importante. Les persuadia la confianza en Dios, cuya providencia se estiende hasta la hormiga mas despreciable: que en el desierto dió comida al hebréo con el milagro del maná que llovió del cielo (2): que salió agua abundantísima de un pedernal, cuando le oprimia la sed mas cruel (3): que á Daniel en el lago de los leones (4): que á Elías en el Torrente de Carit (5): en fin, que á muchos otros bastó la necesidad, para que Dios les franquease abundancias; y que tocarian esta verdad con sus manos, porque no tardarian en volverse á su patria Portugal á gozar con el descanso y honor todos sus bienes. Como profecia calificaron estas palabras de nuestro Padre; porque si con ellas se iban quitando á todos los nublados de melancolías, se desvanecieron hasta las mas leves ráfagas, dando fondo en la rada de aquel puerto un navío portugués, en que venian los despachos

(1) Greg. Nissen. apud. Cabr. ser. Mar. Magdal. (2) Psalm. 77. (3) Psalm. 77. (4) Daniel cap. 6. (5) 3. Reg. cap. 17.

del perdon del Caballero, levantándole el destierro, y con licencia del Rey para volver á su tierra y disfrutarla. Tan grande fué este gozo para el Patriarca, como el quebranto de antes por quedarse aquella familia sola. Es la medida regular entre la pena y consuelo, dijo san Pablo (1). El noble Lusitano, ya desnudo de la triste túnica de su congoja, con la feliz noticia corrió para encontrar al Santo, el cual ya se habia despedido, y trataba de embarcarse. Encontróle en el muelle; y dándole muchos abrazos, le dió cuenta de su fortuna. Empezóle á persuadir con la mas verdadera eficacia, que supuesto que habia de ejercitar pronto el embarco con la familia para restituirse á su casa, suspendiera el irse solo, y que no le restaba por entonces mas que apetecer, sino que lo quisiese acompañar, que le llevaría á su tierra: que dispondría de sus bienes y casa como dueño: y para acabar, que á su arbitrio quedaba cuanto poseía. Ningun motivo hizo fuerza al Santo para suspender su resolucion anterior: respondió al Caballero con el mayor agradecimiento, y viendo éste que ni su eficacia, ni las lágrimas de la muger é hijas bastaban para que el Patriarca retrocediese, ni para que, á excepcion de lo preciso, tomase dinero para el viage, embarcáronse todos con diferencia de pocos dias en distintas naves; la familia portuguesa arribando con felicidad á su país, y nuestro bendito *Juan* experimentaron una borrasca atroz.

Levantóse ésta despues de haber cruzado toda la ensenada, que hace estado al presidio, en donde la mar siempre está baja, porque los aires, mas que de azote, le sirven de lisonja. Descubrieron la punta del

(1) Ad Cor. cap. 1.





Pasa San Juan de Dios desde Ceuta, á Gibraltàr, y padece una gran Borrasca.

Estrecho sin desgracia: y al intentar montarla, se alborotó el viento: el cielo se ofuscó bastante: ya daba el mar bramidos: levantaban montañas las verdinegras hondas, y el mísero navichuelo se estremecia entre furiosos vaivenes. La prevencion que éste llevaba era muy corta: la turbacion de los marineros mucha; llenos de terror los pasageros, y daba voces el pilòto, levantando al cielo los gritos toda la chusma. No se acertaba con alguna de las maniobras, porque el pavor preocupaba los sentidos: crugía el infeliz leño, ya subiendo á las estrellas, ya barriendo las arenas; y llenándose el buque del clamor mas espantoso, esperaban la prontitud del naufragio, como término que por acabar cuanto antes aligeraba el infortunio. Entre tanto enojo de aquel asombroso monstruo, á que sola la Magestad de Dios pudo poner freno (1), estaban sin excepcion los de la nave en el último desconsuelo, pidiendo al Señor favor y gracia para arrepentirse de las culpas, y haciendo muchas promesas; pero entre todos descollaba la humildad de *san Juan de Dios*, revolviendo los azares y tragedias lastimosas que en Ceuta le habian sucedido: tan pronto se comparaba á Jonás, cuando se enfureció el mar por su inobediencia (2), como avivando la infelicidad de Gonzalo, se figuraba culpable en la falta de su fé, y que se levantó aquella borrasca, como la que refiere san Matheo (3), para corregirle de los desmayos que entibiaron esta virtud. A tal extremo llegó este imaginado delito, que saliendo á la cubierta del navío, empezó á decir con voz levantada: *Dios permite esta tormenta por mis muchos y gravísimos pecados; y para que sosiegue, arrojarme al mar es el úni-*

(1) Psalm. 103. (1) Joan. cap. 1. (3) Matth. cap. 8.

co remedio: ea, arrójenme pronto y verán como queda en leche el piélago: arrójenme, qué esperan. Mis muchos delitos son los aires tempestuosos que han enojado las aguas, y han de tragarnos á todos. Tanta era la eficacia con que articulaba estos sentimientos, que creyeron ser verdad algunos navegantes. Acrecentaba el motivo aquel tristísimo paso, en el cual hasta los mas desalmados suelen confesar públicamente sus vicios: veían á nuestro *Juan* robusto, mozo, de buen arte y de valor, y le juzgaban un pecadorazo singular: con este juicio determinaron arrojarle los de la nave. Ya le cogieron para entregarle á las hondas, y ya le llevaron al mismo borde para dejarle caer, y ofrecerlo á los peces; y entonces, hecho místico Arion, del cual se dijo, que antes de lanzarle los marineros al mar pidió licencia para cantar al son de su cítara (1), suplicó á los navegantes que suspendieran su destino en cuanto rezase la oracion del *Ave María.* Comenzóla el Santo, y apareció de repente el deseado san Telmo (2). Quiso María Santísima manifestar que por medio de *Juan de Dios* reprimia las furias del desbocado elemento, como soberano Iris de paz (3): iba serenándose el cielo, sosegándose la agua, suavizándose el aire, al paso que nuestro Patriarca continuaba la salutacion angélica del *Ave María*; y concluida, se concluyó la tormenta. Era preciso, derramando su favorable influjo la estrella mas propicia (4). Asombrados quedaron los navegantes de haber visto aquel milagro, y quedó *Juan de Dios* con un favor tan estraño muy ageno de los temores que afligian su alma, y en opinion de Santo, segun los que le acompañaron en la tormenta.

(1) Teatr. de los Dioses, p. 1. (2) Offic. Eccl. (3) Ricar. de san Lor. (4) Ber. Hom. 2. sup. Missus.

Esta fue la que escogió Dios para acrisolar el espíritu del Patriarca, como la que padeció el Apostol Pablo en la nave de Alejandria, cuando iba á Roma (1): fue un documento de bulto, para que tuviera muy presente que en esta vida no hay parage sin peligros y trabajos, ya sea en la mar, ya en la tierra, ya en la soledad, ya en poblado (2); y al mismo tiempo quiso ensarzarle á la gloria que hasta los marineros le tributasen el elógio, que con mayor razon dijeron de la soberanía de Cristo, segun san Mateo: *¿Quién es este á quien el mar y los vientos rinden vasallage?* (3) Respiraban ya llenas de gozo todas las gentes del navío, el cual sin otra desgracia dió fondo en el puerto de Gibraltar. Saltaron con gusto en tierra; y unos besando la arena, otros abrazándose con ternura, fueron á su destino. *Juan de Dios*, como que era de este Señor infinito, se fue derechamente á su casa, que es el templo. Al entrar por las puertas advirtió que la capilla y altar primero estaban cansagrados á la Magestad de Cristo en una imagen de un devotísimo Crucifijo muerto. Enmudeció el Patriarca, al modo que sucede al hijo querido con su padre, al verle despues de larga ausencia. Pudo ya desahogar la represa del pecho por los ojos y labios: *Alabado y glorificado seais* (empezó á decir), *Dios y Señor Omnipotente, que padeciendo en el árbol de la Cruz por mí pecador el mas ingrato, me habeis librado de los riesgos que me asaltaron en Céuta contra el alma, y de los de la tormenta pasada contra el cuerpo. Mis pecados, Señor, fueron la causa de tan grande amargura; y viéndome ahora libre de una y otra pena, vuestra grande misericordia imploro para agradecer este imponderable be-*

(1) Actor. cap. 27. (2) Ad Cor. cap. 12. (3) Math. cap. 22.

neficio. A vos, Señor, deseo consagrarme con todo mi corazon, con toda mi alma, y con toda mi mente (1): *vuestra voluntad, Dios mio, ha de ser único norte para caminar toda mi vida; porque no quiero mas vida que vuestra bondad infinita y amor inesplicable: nada quiero sin Vos, y con vos todo; pues en vuestro divino ser todo lo bueno se encierra* (2): *como Luz, como Padre, como Médico, como Guia, como Rey, y como Maestro, á vuestros benignísimos pies me pongo, no os acordeis, Señor, de mis ofensas* (3). Acabadas estas jaculatorias, prosiguió el Santo rezando el santísimo rosario: estuvo despues bastante rato en la fragua de la oracion mental, y salióse de la iglesia á buscar posada Ocupó algunos dias sin particular destino, entregado todo á cuantas devociones se pueden imaginar de un hombre tan lleno de ardientes y santos deseos; y para asegurar mas la dicha de ascender á la cumbre del olimpo de la serenidad de conciencia, disipando cualquiera nube que intentase ofuscarla, volvió á hacer despues de un largo exámen una confesion general de toda la vida, medio que aconsejan los Santos Padres muy provechoso para el que teme como monstruo grande el pigmeo de la mas ligera culpa.

CAPÍTULO V.

Ocúpase el Santo en nuevo método de ganar la vida: aparécesele el Señor en figura de Niño: viage que hace á Granada, en donde se convierte: fingese loco, y llevanle al Hospital para curarle.

No hay en el mundo raiz para el vicio como el ocio. El Crisóstomo enseña que á nuestro padre Adan le

(1) Marc. cap. 12. (2) Ad Rom. cap. 11. (3) Tob. cap. 3.

puso Dios en el Paraíso para el trabajo, porque la ociosidad es maestra de toda malicia (1). Que trabajemos siempre nos enseña el Máximo Gerónimo, para que nos halle ocupados el demonio (2). La destruccion de Cartago por las armas de Roma labró la mayor ruina de aquella capital del orbe; porque en sentir de Agustino fue causa de una seguridad, que parió al ocio: por eso le llamó Séneca muerte, y sepultura del hombre (3); por consiguiente la ocupacion es fuente de todo bien, segun Eurípides escribe (4). Bien penetraba el Patriarca *San Juan de Dios* una máxima tan importante. Quedó con la serenidad de conciencia que despues de una repetida confesion general puede imaginarse: pasó en Gibraltar bastantes dias con el empleo fatigoso de jornalero, sin que esta ocupacion le estorbase para visitar los templos, y aumentar, como ascendiendo por una escala, las virtudes. Discurria continuamente, en si acertaba con otro medio mas proporcionado para el servicio de su divino y amado dueño, suplicándole luz para el logro. Hecho cargo de alguna ganancia que los jornales le habian adquirido, le ocurrió comprar porcion de librillos, cartillas y estampas, para vender así por las calles de Gibraltar, como por los lugares de su comarca. Dedicóse el Santo á este ejercicio mas que á otro con dos impulsos: el primero de ganar la comida por competentes medios; el segundo de instruir con particularidad á los tiernos niños en la devocion á los Santos; á no ser que añadamos, que si dieron motivo las cinco salas del hospital de la Piscina, para entenderse en ellas otros tantos libros para la mas

(1) Chrysost. homil. 14. in Gen. (2) D. Hieron. apud Salian. Fruct. Sanct. (3) Sen. apud Salin. (4) Eurip. ibid.

útil enseñanza (1), quiso Dios manifestar con expresion enigmática en los libros con que repartia *Juan de Dios* la doctrina, las salas de los enfermos con que habia de enriquecer á todo el mundo. Como el Santo con el pequeño caudal, que con tanto trabajo ganó, comprase algunos juegos de libros, se vió precisado á tomar entre los mas, que eran devotos, algunos que eran profanos. Muy presente tenia el estrago que estos causan en las repúblicas; pues basta el revolver sus hojas para cerrar los ojos del cristiano. Debian castigarse, no menos que arrojándolos, ó al fuego, ó á lo profundo de una corriente impetuosa, acampañando en la pena al que arrojó Saraia en el Eufratres por dictamen de Jeremías (2); y á la verdad pueden llamarse libros de maldicion, como el que vió Zacarías, que volaba por los aires con la prisa que es propia del mayor mal (3). *¿Qué provecho causarán para el alma* (decia con lágrimas en los ojos Agustino) *unos libros, de los cuales solo se aprende los estupros de Júpiter, las torpezas de Venus, los ensayos de Apolo, los celos de Juno, los engaños de Marte, las maldades de Saturno, los fraudes de Mercurio, y tantas abominaciones de los Dioses del Gentilismo, y que tomó por asunto la relajada pluma del profano* (4)? Por tanto el sagrado Concilio Lateranense prohibió en las escuelas la lectura de libros de doctrinas no sanas, sí nocivas á las buenas costumbres (5); y en el Concilio Provincial Griego, que refiere Nicéforo Calixto, se mandó que se rasgasen los que tratasen de amores ilícitos (6). No se le ocultaba á nuestro mercader de libros la verdad de este docu-

(1) Aug. Serm. 42. de Verb. Domini. (2) Jer. c. 5. (3) Zach. c. 5. (4) Aug. lib. 1. Conf. c. 16. (5) Conc. Later. ses. 9. (6) Nicef. Cal. lib. 12. Hist. Eccl. c. 34.

mento. Ponia su tiendecilla en los parages públicos, y al modo que las laboriosas abejas sacan dulcísima miel de la misma flor que para las arañas fue veneno, segun pintó en sus emblemas el insigne matemático Bejerano (1), los libros profanos eran estímulo para aficionar á los devotos. Llegaban los mas á comprar aquellos, y el Santo mercader empezaba á desacreditarlos. Decíale al comprador: *¿Para qué, hijo mio, quiere llevar un libro, que no solo no aprovecha, sino que es declarada peste para los demas; y cuando no produzca algun afecto malo, sabe usted que lo que contiene es fingido, lleno de mentiras, y embelecos sin sustancia? ¿Quánto mejor le será á usted comprar un librito devoto, que costando menos aprovecha mas: tómelo por Dios, que le daré una estampa de un Santo de valde, para que junto con el gusto de ver una imagen bien hecha, avive el deseo de imitarle en lo inculpable de la vida?* Con estas y otras razones aseguraba el Patriarca unas ganancias, que merecian el nombre de celestiales usuras, poniendo singular desvelo en que los padres no omitieran tomar cartillas y otros libros de doctrina cristiana (que solia darlas de regalo) para que educasen bien sus hijos.

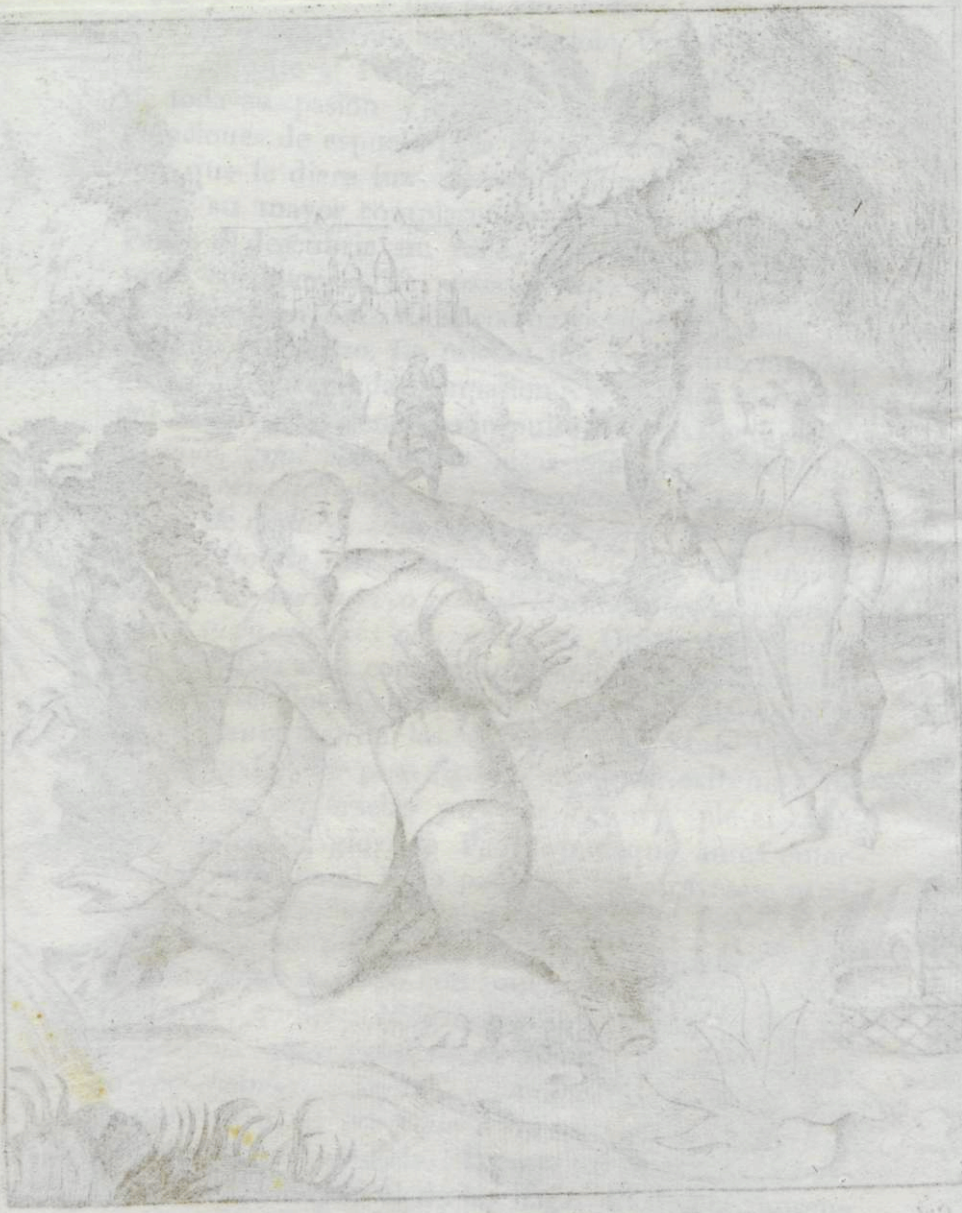
De este modo continuaba el Patriarca buscando á Dios para sí, y compradores para sus géneros: cruzaba despoblados, padecia soles, y de lugar en lugar hacia frecuentes viages Mas siendo Dios tan bueno, que de los que no le buscan se deja hallar (2), se hace increible que para el que le busca se llegue á esconder. Atravesaba cierto dia de los rigurosos del verano por un desierto, ó soledad, contemplando las fatigas y contratiempos que padeció Cristo para redimir al hom-

(1) Lib. de Mete. (2) Isaiæ cap. 15.

bre en el desierto, mortificándole la sed y el ardor del sol junto al Pozo de Samaria; en fin los Misterios de toda su pasion y muerte, sirviéndole estas consideraciones de espuela para suplicar á aquel Divino Señor que le diera luz, tomando la ocupacion que fuese de su mayor complacencia; y llegando el glorioso Padre á descubrir un valle, que ocultaba la tosca, y vasta corpulencia de unas peñas, vió que le salia al camino un niño de rarísima hermosura, muy mal vestido y descalzo. Lo mismo fue verle que anegarse en su acostumbrada compasion, y ternura el corazon del Santo, y al generoso impulso de éstas, le dijo: *Niño mio, ¿qué buscais por estos caminos no trillados, siendo tan delicado, y poco robusto! ¿Acaso podrá dejar de rendiros tan gran calor como hace? Aguardad, hijo de mis entrañas, que yo os daré mis alpargatas, porque veo que os lastimais con la aspereza del suelo vuestros pies inocentes.* Quitóselas al punto, y se las dió; mas como eran grandes, no se ajustaban á sus piesecillos. Caminaron juntos, y el tierno Niño con el embarazo de las alpargatas del Santo llegó casi á no poder dar paso alguno, en tanto extremo, que fue preciso quitárselas para proseguir á pie el camino. Mirábale el glorioso Padre mas que antes enternecido: no daba el Niño paso que no atravesase su alma acongojada, contemplándole con un dolor vehemente. Ya no pudo contener su pecho, y cogiéndole en brazos, se le cargó con imponderable cariño en los hombros, y dijo: *Niño hermoso, y bendito, supuesto que mis alpargatas no os sirven, os servirán acaso mis hombros: venid, y caminemos, que mas importa llevaros á vos, que á cuantos libros hay en el mundo.* ¡Misterioso dicho! Porque no es menester buscar mas libros que el de las llagas del Señor, apren-



Sele aparece al Patriarca el Niño Jesus, y el Santo le lleva en Ombros.



diéndose en éstas doctrina mas provechosa que en cualquier otro, segun el mismo Redentor habló al bendito Bernardo de Corleon Capuchino (1). Iban continuando su viage, y á corto trecho empezó nuestro compasivo caminante á sentir la carga que le brumaba. Dulce sin duda era y suave; mas con esto llamaba á las puertas del alma, para que reconociera ser aquel Supremo Conservador, en cuya mano estriba todo el peso del Universo (2). Recibia aumento el calor y fatiga del glorioso Padre cuanto mas andaba, y sudaba excesivamente con la congoja: gustábale al Niño, porque en esto iba abriendo los cimientos de su caritativo edificio, y en premio llegaba á su frente con aquellas manos divinas, que fabricaron los cielos (3); y bien se puede creer que limpiaria sus sudores. ¿Qué es esto Patriarca? ¿Con quién se podrá comparar vuestra fatiga dichosa? Será con un san Cristóbal, descansando en sus hombros el mismo Cristo al pasar de un caudaloso rio la corriente, segun el pincel nos presenta (4); ó con el Patriarca José, Esposo de Maria Santísima huyendo de Herodes la tirania, y tomando sobre sí la misma Celestial Prenda? (5) No lo resuelve mi devocion tierna; lo cierto es, que despues de caminar bastante tiempo, advirtió el glorioso Padre una clara y fresca fuentecilla, con que brindaba á los pasageros la falda de una sierra vecina; y con el deseo de aliviar la sed, y el cansancio, para poder proseguir el Patriarca, se llegó junto á un pomposo árbol, al beneficio de cuya sombra, dejando al Niño, le dijo: *Niño de mi corazon, y querido hermano, cierto que me habeis hecho sudar: esperad aqui un poquito mientras yo*

(1) Vid. del Penitente Corleon c. 12. (2) Psalm. 94. (3) Psalm. 101. (4) Villeg. Flos. Sanct. (5) Matth. c. 2.

voy á beber á aquella fuente, y proseguiremos el viage. Llegó á ella; y apenas humedeció sus labios, cuando oyó apacibles, bien que altas voces. Volvió el rostro ácia el sonido de ellas, y vió que el Niño le enseñaba una granada abierta con una Cruz encima, diciéndole: *Juan de Dios, Granada será tu Cruz.*

Facil es de hacerse cargo cualquiera de la confusion en que quedaria el Patriarca. Ya algo sobre sí, despues de un rato, volvió la vista al lugar en el cual dejó al Niño, y quedó con la seguridad de haberse desaparecido. Sentia y lloraba: lo primero de afligido; y lo segundo de dichoso. Empezaba á revolver los pasages del caso recien sucedido; y al modo de los discípulos de Emaus, cuando la aparicion del Salvador en forma de Peregrino, atendia á las particularidades del suceso, y culpaba su inadvertencia (1). Daban golpes á su corazon las circunstancias que atribuyó á lo casual. Haberse un Señor infinito dignado de poner su calzado, cuando el Precursor, que fue grande en su presencia, publicó no ser digno ni de desatar una cinta de su zapato (2); y no solo esto, sino dar á entender, que para aquella grandeza, que en tierra y cielos no cabe, en las alpargatas de *san Juan* le sobró espacio. ¡Quién soy yo, Señor, decia (como el enamorado Agustino), y quien sois Vos, para que una criatura tan desconocida como yo, reciba tan señaladas mercedes de vuestra misericordia (3)! Acordábase de la hermosura del Niño, y hablando consigo decia: *¿No es verdad, que el corazon te avisaba, de que era sobre humana* (4)? Daba vueltas á las palabras del Infante, y nuevamente se consagraba á padecer la mayor cruz por el Niño aparecido. En la ribera del mar se apareció

(1) Luc. c. 24. (2) Luc. c. 3. (3) Vid. de S. Ag. (4) Luc. c. 24.

el Niño á la Aguila de los doctores Agustino, y desapareció al darle un desengaño (1): á san Antonio de Padua en figura de un Niño le trataba cariñoso, aprobándole su estudio (2): á muchos otros santos y santas ha aparecido tambien con variedad de intentos; mas al Patriarca *Juan de Dios* en figura de Niño cansado, mal vestido, descalzo, y se deja poner sobre sus hombros para enseñarle cómo habia de andar lo restante de su vida llevando el peso de los pobres enfermos, conduciéndolos á sus piadosísimos hospitales. ¡*Qué gloria para mí* (decia el felícisimo Padre) *llevar sobre mis hombros aquel corderillo, á quien el Bautista solo logró por gran favor señalarle con el dedo* (3)! Adelantaba el pensamiento sobre el nombre de *Juan de Dios* que le puso, haciendo reflexion de la obligacion á que le estrechaba. Jacob llamaron al nieto del Patriarca Abraham, que es lo mismo que *luchador*, por la riña que tuvo con su hermano Esau estando en el maternal claustro; con todo, despues le muda el Señor el nombre en el de *Israel*, que significa *fuerte con Dios, ó el que ve á Dios*, segun variedad de pareceres (4), ya sea por la vision que tuvo de su soberanía, ya porque con él explicó su fortaleza (5). Al Patriarca *Abram* le mudó Dios el nombre en *Abraham*, por su liberal inclinacion á hacer bien, añadiéndole una letra, como letra, que para dársela se la quitó Dios de la palabra *Jehovah*, segun reparó san Gerónimo, nombre inefable suyo (6). A nuestro *Juan* no se contenta con esto, sino que le da todo el nombre de Dios por sobrenombre. Al Bautista dió el Divino Oráculo nombre de *Juan*, y la boca

(1) Vid. de S. Agust. (2) Vid. de S. Anton. (3) Joan. cap. 3. (4) Gen. cap. 34. (5) Vid. Exp. in hunc loc. (6) Hier. ibid.

del Redentor el apellido de *Elías*, segun la explicacion de Orígenes, resultando para el Precursor el nombre de *Juan Elías* (1). A nuestro preexcelso Patriarca llama el Divino Niño *Juan de Dios*, que es mucho mas. *Cefas*, que es lo mismo que *Piedra*, y por consiguiente propio de Cristo, segun escribe san Pablo (2), quiso que se llamase Simon Barjona, porque le destinaba para piedra fundamental de su Iglesia (3). A san Pantaleon le mudó igualmente el nombre en *Pantaleemon*, para que sirviese de elogio y estímulo á su gran misericordia (4). Por fin, en los nombres y apellidos que Dios pone resalta un pronóstico de las grandes acciones del sugeto, estrechándole con ellos, como con ataduras de una ley honrosísima: motivo por el cual divertia su pluma san Ambrosio en las alabanzas de la gloriosa Virgen y Martir Santa Inés, diciendo que se descollaban tanto, que hasta su nombre merecia elogio (5). Ya se levantó nuestro Patriarca, y volvió al pie del arbol adonde dejó á Dios Niño: besaba al suelo, que mereció tanta dicha, y con sus lágrimas regaba el arbol, para que como el mas noble de aquellas selvas aumentase sus ramas, ufano hasta de sus sombras. La granada junto con la cruz que le enseñó el hermosísimo Infante, le avivaba las ansias de abrazarse con la de Cristo, y ya se le retardaba, á imitacion de aquel Señor, la hora de padecer (6). La granada, á cuyo bello fruto comparó el Espíritu Santo las megillas del alma enamorada (7): ¿cómo daria vuelo á las finezas de aquel corazon encendido? Símbolo de los Profetas, dijo Picinelo, que eran sus

(1) Luc. 1. Orig. hom. 3. (2) 1. Ad Cor. (3) Mat. cap. 16. (4) Lect. 2. Noct. in Offic. (5) Ambr. de Virgin. lib. 1. (6) Luc. cap. 22. (7) Cant. cap. 4.

granos, emblema de abrasados corazones, epígrafe de heroicos Santos, idea de ejemplares religiosos (1); y bastaba para ser poderoso fundamento la vision que tuvo santa Catalina Flisco y Adorno, de mi Religion sagrada, en un regio arbol de esta especie, cuya multitud de granadas ocultaban su vistoso cogollo, por ser tantas (2). Quisiera que fuera lícito detenerme algo en poner á la vista los apretados lazos que unen las dos religiones; quiero decir la del excelso Patriarca san *Juan de Dios* con la de los Clérigos Menores, una vez que el cielo consagró al granado para que fuese puntual diseño de entrambas. Hacíase cargo el Santo de que se ofreció á los ojos abierta la granada; y en el conjunto que vió, tal vez llegaba á brujulear, no solo lo abrasado de su espiritual futura prole, sino los grandes trabajos á que el cielo le conducia. Con estas consideraciones resolvió el Patriarca seguir el comenzado camino, hasta llegar á la Capital de aquel Reino la Ciudad de Granada. Como treinta leguas dista de Gibraltar esta famosa poblacion, en otros tiempos Corte. Aunque los caminos que desde aquel puerto siguen para Granada son escabrosos y cubiertos de malezas, el gusto que llevaba san *Juan* los suavizaba, y ponia tratables. Detenía-se por algun espacio en los lugares que eran paso, para vender algun libro de los que desde Gibraltar llevaba, y se portaba en las ventas con el mismo método que antes. Proseguia repartiendo imágenes de santos y estampas; y para quitar venideros motivos de amargos llantos en los compradores, como lloró Julio Cesar al ver en los riscos de Gibraltar una imagen de Alejandro, por no haber en la edad que éste

(1) Picin. Mun. Simb. lib. 12. & 9 & alib. (2) Cron. de los C. Men.

conquistado al mundo (1) ; les persuadia cuánto les importaba , sin retardar tiempo , imitar las virtudes y hechos que les merecieron la gloria, no mundana, sino eterna (2). Continuando, pues , su camino y ocupacion, llegó á Granada con tal colmo de caridad, que á poco tiempo no pudo ocultarse el fuego del amor divino, que iba labrando una alma para ser fenix místico de aquella virtud reina. Disparaba el Soberano Espíritu saetas muy aguzadas , que encerraba su infinita aljaba ; y flechando el arco de su irresistible fortaleza , le penetraba las telas mas secretas y escondidas de sus entrañas. Determinó vivir el Santo en esta ciudad , que aun cuando no tuviera otras dichas, podia solo por ésta rotularse entre las mas afortunadas. Empezó en ella á poner tienda de libros ; tomó para sí en la puerta que llaman de Elvira una casilla muy pequeña , hasta que el Señor le trasladase á otro empleo. De cuarenta y dos años de edad era entonces el Patriarca , que ni en su lozanía y perfecta juventud habia delinquido en los defectos miserables que son regulares en muchos jóvenes , siendo la causa que gobernaba su alma aquel Espíritu que visita los corazones (3). Con esto queda dicho que su ocupacion en este tiempo , cuando le dejaban libres las faenas , era aplicarse á los ejercicios devotos de visitar las iglesias , oir muchas misas , entregarse á obras de misericordias , y asi llenaba las semanas. Entre otras cosas que en Granada visitó , fue una el *Cerro Santo* , llamado así antiguamente , y hoy dia el *Sacro Monte* , habiéndole adquirido este nombre los muchos cristianos que por la fé de Cristo dieron allí sus vidas en tiempo que gemia debajo del tirano yu-

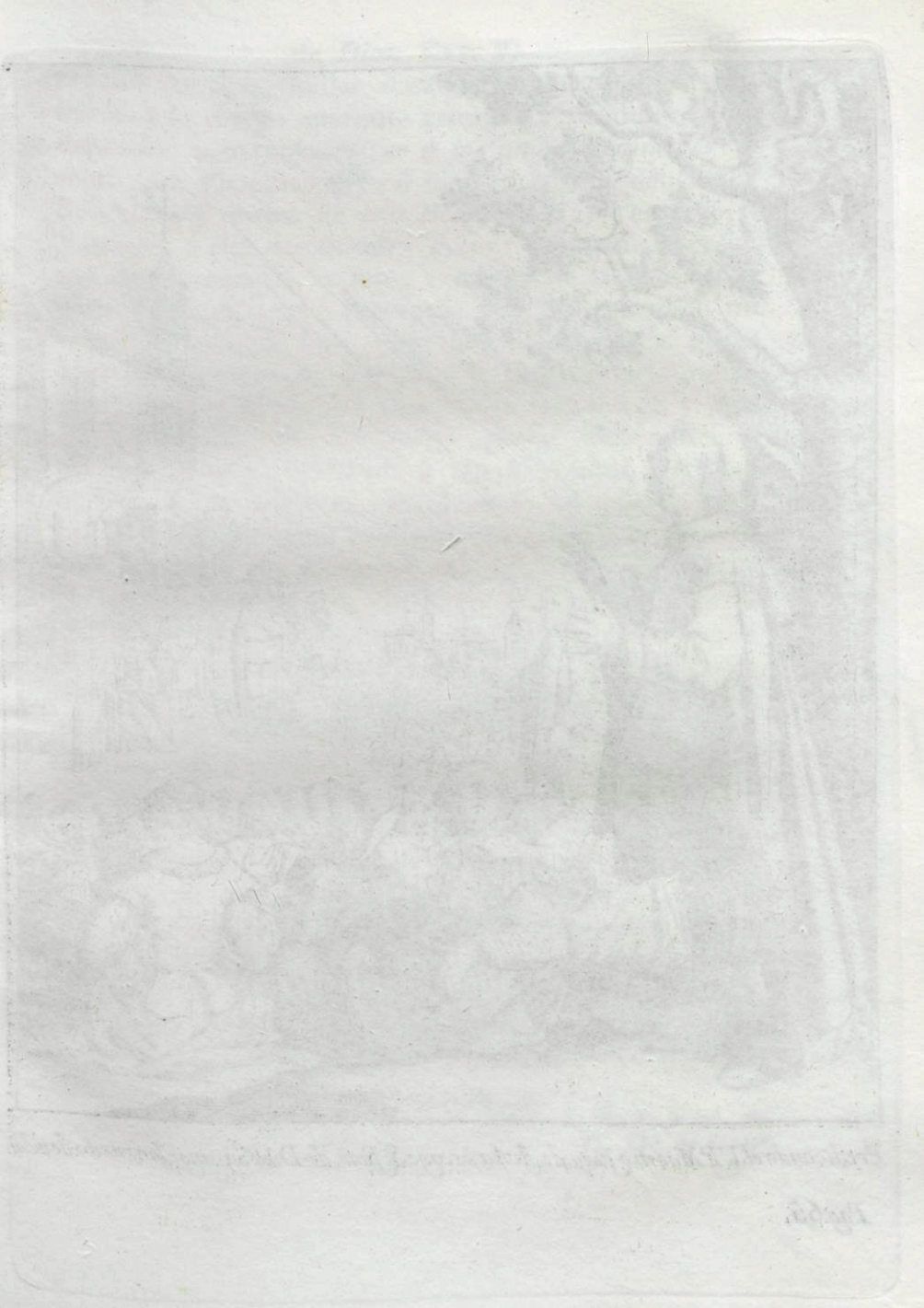
(1) Anac. Canon. p. 1. (2) Ibid. (3) Eccls. in fest. Pent.

go de los Moros. En este sitio, grato por todas partes á la vista, y próximo á la Casa Real de la Alhambra, fundaron los Católicos Reyes Don Fernando y Doña Isabel (cuyos nombres encierran las mayores alabanzas) una Ermita llamada de los *Mártires*, por los muchos que con su sangre enriquecieron aquel espacio. Estaba adornada de varias efigies: entre ellas la del glorioso Martir San Sebastian, á quien singularmente nuestra España venera con grande devocion: con ésta asistia á esta Ermita nuestro ínclito Patriarca los viernes y dias de fiesta. Floreció por estos tiempos en el Reino de Andalucía, entre los muchos que en todas edades ha contado, un Apostólico Varon, y de todos modos eminente, tan admirable en virtud y letras, tan lleno de los dones del Espíritu Santo para convertir almas con su ejemplo y eficaces sermones, que conocido en varios Reinos por el *Apostol de Andalucia*, por mas que le han tomado multitud de bien cortadas plumas Españolas por asunto, se han confesado cortas para el debido aplauso, á pesar de intentar remontarse hasta lo sumo. Fue este pasmoso varon el Venerable Maestro Juan de Avila. Nació en *Almodovar del Campo*: logra su sepulcro la poblacion de Montilla, en donsus cenizas con veneracion descansan, habiendo obrado Dios por su medio muchos portentos que acreditan cuanto se ha dicho; y me basta para dar señas de los frutos que con su predicacion cogió para el Cielo, presentar un San Francisco de Borja, Duque de Gandía; el cual oyendo un sermon que predicó en las honras de la Emperatriz Doña Isabel, con la ocasion de haber conducido su Real Cadaver á Granada, y contemplado en su cara el horror de la guadaña, se entregó á Dios de tal manera, que

renunciando quantos bienes ofrece el mundo, pasó á ser de los Príncipes milagro, y de las Religiones egemplo.

Predicó, pues, entre los muchos que acostumbraba, un dìa de San Sebastian, abogado de la peste, y gloria de la Milicia. Fue el sermon en la Ermita que dijimos, y el asunto el acerbo martirio que padeció aquel noble caudillo. Empezó por las saetas, que para darle muerte (bien que en vano) le disparó la crueldad del tirano: de éstas pasó á las del amor divino: aquellas, que si hieren, suavizan; si penetran, enamoran; si queman, no consumen; y si matan, avivan: aquellas, que á un Pablo derribaron (1), que á un Agustino convirtieron, que á una Magdalena transformaron, que á un San Felipe Neri conmovieron, que á una Santa Teresa atravesaron, que á un San Camilo de Lelis acometieron, y para acabar, que á un Francisco Caracciolo, mi gloriosísimo Padre, hasta las entrañas con tal divino arte lisonjearon, que se las comieron (2). Ponderaba, que de estas fue el corazon del invicto Martir el blanco. Con la eficacia que el predicador las puso en el vivo fuego de sus labios, redoblaron el triunfo, añadieron otro distinto blanco, ejecutaron diferente tiro, y prendieron con no menor acierto en el pecho de *Juan de Dios*; el cual, si hallaron de antemano encendido, le dejaron, ó convertido en vesubio, ó en la mas ardiente hoguera. Aparte su lima la censura, aunque diga, que animado por lo reducido de la capilla, y el gran concurso, segun tradicion, al tronco de un fresno, se dejo ver del mismo San Sebastian no vulgar retrato (4). No cupo tanta llama en aquella vital estancia: era

(1) Actor. cap. 9. (2) Vid. de los Santos. Vid. Chrys. hom. de Turture. (2) Vid. Fr. Alonso Parre y Cote.





Predicando el V. P. Maestro Juan de Avila, escoge S. Juan de Dios un singular rumbo de vida.

preciso que á no hallar desahogo prorrumpiese causando á lo menos aparente estrago; y siendo éste en decantado proverbio *volver á los amantes amentes* en sentir del Platónico (1), ó bien producir delirios y frenesíes en pluma de san Bernardo (2); empezó el Patriarca á dar desaforadas voces: acompañaba estas con descompasadas acciones: salióse de la iglesia con pasos fuera de tino; proseguia por las calles sin un punto de sosiego. Con estos tan desentonados gritos mezclaba arroyos de lágrimas y suspiros profundísimos; y arrebatando los pedernales mas toscos y mal pulidos, iba con inhumana porfia abriéndose el pecho á golpes, imitando á san Gerónimo (3). Arrojábase á los lodazares, revolviendo su cuerpo entre el cieno, en igual continuacion que en las espinas san Benito, y san Francisco (4). Levantaba de repente los ojos al cielo con clamores de piedad y misericordia, confesando las culpas de toda su vida, segun nos refiere el Evangelio del Publicano (5). Volvia los ojos á la tierra, y la besaba: ya tomaba una violenta carrera, ya andaba con suma pausa: por fin entróse por todo el pueblo tan amante, ó tan amente, que siguiéndole, y persiguiéndole numeroso concurso, mas que de crecidas gentes de muchachos, iban á una voz gritando todos: *Al loco, muchachos, al loco.* ¡Con cuánta razon dijeron del amor, si es excesivo, que con todas las dificultades atropella (6)! De esta al parecer tan furiosa locura se originaba, que los muchachos, pregoneros de su concebida demencia, tomasen á su cuenta tirarle pellas de barro. Tropezaba el fingido loco con una piedra, y los angelitos (que para esto les da la

(1) Plat. ap. Robl. (2) Bern. ap. Lezan. in lib. S. Magd. de Paz. (3) Hist. de S. Geron. y Pedro Bael. (4) Vid. de Santos (5) Luc. cap. 18. (6) Robl. Or. Sag. cap. 227.

naturaleza mucha gracia) le arrojaban con toda la fuerza de sus años muchedumbre de ellas. Daba un grito; y como si llevase la voz de unisono, correspondian con burlesco acompañamiento. Corrian tras él, si corria, y quedaban firmes centinelas, si paraba; últimamente de esta manera le sirvieron de escolta hasta su casa tantos cuerpos de juguetona infantería. Entró en ella, y lo primero que hizo fue echar mano del caudal que poseía en dinero, que aunque corto, no tanto, que no pagase las deudas de veinte y dos presos, que gemian en la carcel por no haberlas satisfecho. Siguierónse despues las imagenes, y estampas que repartió en la turba de los muchachos perseguidores; y de esta accion tomaban mas motivo para hacerle ultrages. Lo último fueron los libros, ya devotos, ya profanos, no para venderlos, sino con opuestos destinos: los primeros para darlos, y que sirviesen de estímulos para las virtudes; y los segundos para tomar venganza de ellos, empezando á rasgarlos con manos y dientes, y evitar de este modo sus conocidas crueldades. Así cumplia con lo que aconseja el Apóstol á los de Corinto, cuando dice: *Si alguno quïere ser sábio hágase loco* (1). No paró en esto la industria del amor en que ardia el Santo: pasó al mayor extremo; porque no habiéndole ya quedado otra cosa que el roto vestido que traía puesto, se desnudó de él para dárselo al primer pobre, y quedó desnudo, sin otro abrigo que la camisa, y unos calzones blancos para la decencia, con lo cual se tuvo por loco confirmado en opinion de ricos, pobres, grandes, y chicos de aquella ciudad insigne. Al escribir este suceso parece que la mano no halla ponderacion alguna para encomendar á la pluma. Cierto es, que al Patriarca

(1) Ad Cor. 1. cap. 3.

Noe los mas le tuvieron por loco porque fabricaba el Arca (1): que loco se fingió el Real Profeta, cuando cayó en poder del Filisteo (2): que al Precursor sagrado del Redentor por verle predicar casi desnudo, y en un trage no usado, le tuvieron por lo mismo (3): si tal vez quiso tomar nuestro Santo á estos sábios por prototipos de sus acciones, no lo discurro. Enseñóle el Niño Dios en el camino de aquella poblacion, que empezaba á ser teatro de las admiraciones por sus heróicos hechos, una cruz sobre una granada; y como este sagrado leño, en que murió por nuestro amor aquel Soberano Dueño, si para el judio fue escándalo, para el gentil fue locura (4); con esta memoria no le quedó al parecer eleccion, para hacerse traslado de distinto original. ¡Con cuánta razon podrá la devocion llamarle Serafin humano, cuando los abrasados Espíritus, que en un excelso trono vió Isaías, para explicar sus ardores, les pareció el mas acordado medio ocultar lo sábio con el rizado abanico de dos alas (5)!

Vestido así de color blanco, en comun sentir propio de loco, y en aquel ridículo trage, dejó á su casa, aumentándose tanto por las calles, y plazas la comitiva, que apenas le era posible dar paso. Continuaba esta (por no estarse ociosa) en el mismo ejercicio, á que se aplicó en la venida; una incesante tempestad de lodo, y piedras le cogia por todas partes, con la gritería de *al loco, al loco.* Las personas de distincion, y cordura, viéndole tan desaforado, y acordándose que el dia antes estaba tan juicioso y modesto, le miraban llenos de compasion y lastima, condolidos de la desgracia, con que Dios le afligia; pero el glorioso Pa-

(1) Gen. cap. 6. (2) Reg. 1. c. 21. (3) Luc. c. 3. (4) 1. ad Cor. cap. 1. (5) Isaiæ c. 6. D. Bonav. & Rupert. ibid.

triarca tomaba estas borrascas al modo que el Monte Olimpo las tempestades y nubes; las cuales si hacen estrago en sus dilatadas vertientes, queda su alta cumbre con tranquilidad y serenidades gustosas. Bastaba para esto fijar la consideracion en que lograba singularísima dicha, concediéndole el cielo verse afrentado, herido, maltratado, perseguido, escarnecido, vestido de blanco, tratado como á loco entre gritos y algazaras por las calles de Granada, como por amor al mundo padeció por las calles de Jerusalen la Magestad de Cristo. Despues de bastante tiempo llegó nuestro sábio loco á la santa Iglesia Catedral: pusose de rodillas delante del Altar Mayor, y en aquella positura empezó á dar tales clamores, que no será mucho decir llegaban hasta los cielos: *Señor, y Dios mio* (gritaba) *á quien tengo tan ofendido, tened misericordia de mi pecador el mas ingrato: yo soy aquella vil criatura, que á vuelta de innumerables mercedes he correspondido con infames alevosías.* Proseguia arañándose la cara con crueldad; dábase muchas desapiadadas bofetadas con prontitud: despues que se arrojaba en tierra, se daba golpes contra ella: arrastraba su cuerpo por los parages en que mas se maltrataba: gemia, lloraba, suspiraba, se estremecia, repitiendo continuamente con el Profeta arrepentido, y los clamores mas tristes, el Salmo de Misericordia, ó Miserere (1). Atónitos quedaban muchos viendo un conjunto de estremos casi opuestos. Por una parte las acciones, los gestos, el trage de loco, ó delirante; por otras las palabras sin mezclar un leve desacierto, añadiendo que se originó repentinamente aquel espectáculo de un sermon que predicó con el celo que acostumbraba el ínclito maestro Juan

(1) Psalm. 50.

de Ávila; y con esta perplegidad le levantaron del suelo, discurriendo llevarle por caridad á su casa, y dar cuenta al que ya conocemos por *Apóstol de Andalucía* de un suceso tan exótico. Así lo pensaron al primer impulso; mas luego tuvieron por mas acertado llevarle á la casa de aquel varon venerabilísimo, sin dar treguas, porque la caridad no sufre muchas, verificando con este piadoso ejercicio, que si dispuso la divina providencia que un celestial paraninfo avisase á Cornelio para que buscase al Apóstol Pedro en Joppe, con el fin de que practicase cuanto le dijese (1); y si mandó á Ananías en la ciudad de Damasco que fuese á visitar á Pablo, despues de la caida, para que le dirigiese (2); el mismo Señor en figura de Niño aparece á *san Juan de Dios*, para que vaya á Granada, inspirando al venerable Ávila que le enseñe. Puesto, pues, el fatigado Patriarca en presencia de aquel predicador, y maestro grande, que estaba ya enterado de lo que habia sucedido, le empezó á preguntar si era verdad todo: Respondió el Santo que sí; y sin poder contenerse en la respuesta, prosiguió diciendo, que si hiciera mucho mas, aun fuera poco por lo mucho que debia á Dios; porque habia de saber que no habia hombre en todo el mundo mas ingrato á vista de los imponderables beneficios, que habia recibido de la mano de aquel Señor Supremo: que aunque no fuese otro que haberle sufrido aquella bondad infinita, no tenia caudal para poder agradecerlo. ¡*O Padre mio* (exclamaba llorando), ¡*qué fuera de mí, si Dios no hubiera querido hacer alarde de su infinita misericordia, y me hubiera castigado como merece la multitud de mis pecados*! ¡*O Dios, Bondad suma*! ¡*O Dios, Misericor-*

(1) Actor. Apost. cap. c. 10. (2) De Actib. Apost. c. 9.

dia infinita! ¡O Dios, origen, y centro de todo bien! ¿En dónde estuviera, si me hubierais dejado de vuestra mano para mi mal? Dió fin á estos suspiros clamorosos, y empezó á referir por extenso toda su vida, concluyendo la relacion con el sermon que habia oido en la ermita el dia de san Sebastian. *Ahora bien, Padre mio, que lo habeis de ser de mi alma, despues de aquel que lo es de todos, y está en el cielo, por el amor grande que padeciendo hasta la muerte, explicó la Magestad de Cristo á todo el universo: por aquellos indecibles dolores que sufrió María Santísima, cooperando su amor á la redencion de todo el género humano; y por cuantos han abrazado los santos, singularmente los mártires, con especialidad el glorioso y esclarecido san Sebastian, cuyas flechas de amor divino, así ponderasteis, que hirieron mis entrañas, alma y corazon, levantando ardentísimas llamas, os suplico con el mayor encarecimiento que tomeis á vuestro cargo el importantísimo negocio de dirigir mi espíritu, con el fin de que no pierda la salvacion. No ignorais que el cielo se llena de gozo al emprender el alma de un pecador el camino seguro de la gloria* (1): *vos habeis de ser mi luz, mi guia, mi maestro, para que de tal modo acierte en seguir á Jesus, que no yerre un paso. Pobre quiero ser, desnudo le intento seguir, mortificado le quiero imitar, y crucificado quiero vivir: el cómo lo conseguiré, lo tomareis vos á vuestro cuidado: sabio sois, yo rudo; virtuoso, yo culpado: amigo del Señor, yo segun mis delitos, enemigo: caritativo, yo hasta aquí sumamente ingrato; y en esto, que el Señor os ha dado, fundo mi esperanza de que me dareis el sí, que de vos pretendo, para que de vos aprenda á morir, que es el verdadero bien.*

(3) Luc. cap. 15.

Maravillado y suspenso quedó el venerable maestro Avila viendo un espíritu tan fervoroso; y aunque sabia los distintos rumbos de la divina gracia, y que con variedad de estilos suele hablar Dios á las almas; verdad que para darla á conocer tomó forma de multiplicadas distintas lenguas al bajar sobre el Colegio Apostólico en el dia de Pentecostés (1); con todo procuró confortarle con razones eficaces, animándole á perseverar hasta la muerte; ya porque no hicieran los enemigos del alma la burla que del otro, que sin perfeccionarla despues comenzó á edificar la casa (2); ya tambien porque no padeciera la deplorable desgracia de tanta caterva de precitos, que si empezaron bien, acabaron mal. Hízole cargo de tantos egemplares, que se leen en unas y otras historias, y que en la virtud de la perseverancia se vincula la salvacion eterna (3), que la llama el sagrado Apostol á ésta, que es la mayor dicha, *corona* (4); porque si un círculo la forma en pluma del Blesense, juntando el fin con el principio (5), en unir estos extremos consiste el lógro de las eternas felicidades: que la perseverancia es la túnica talar de Aaron, que abriga desde los pies á la cabeza (6): que es la última porcion del animal, que mandaba el Señor se le ofreciese (7); y por fin, que es el carcañal que quebranta la cabeza del infernal dragon (8): que desde aquella hora le admitia por hijo, entendiendo que sería honra y gloria de su padre; y que para la mayor, que es la de Dios, se dedicaba desde aquel punto á enseñarle, corregirle y ejecutar cuanto con sus soberanas luces le diera á conocer. Con estas tan fuertes y santas palabras

(1) Act. c. 2. (2) Luc. c. 14. (3) Matth. c. 24. (4) 2. Ad Tim. (5) Blesensis. (6) Exod. cap. 28. (7) Levit. c. 7. (8) Gen. c. 7.

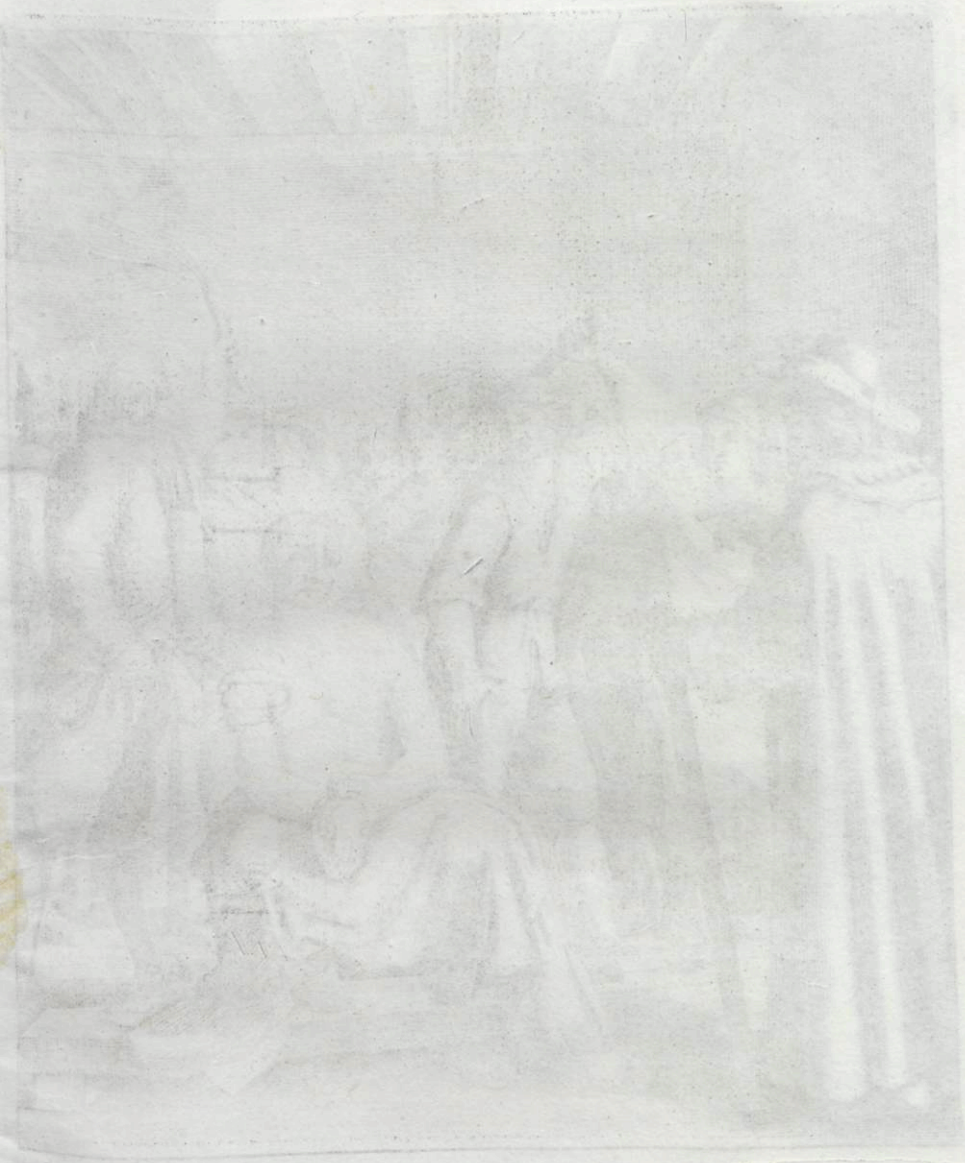
quedó consolado el espíritu del Patriarca, al mismo tiempo que enamorado de la dulzura, y atractivo del que empezó ya á ser su místico maestro y padre. Mas como en todo cuanto le amonestó por entonces, solo le ponderó cuanto importaba continuar en lo comenzado, sin que le mandase suspender el fingirse loco por Cristo, iba el Santo continuando en esta poco usada espiritual senda. Raras veces dejan conocerse estos poco vistos caminos de la gracia por las cortas facultades del hombre. Aquel asombro de los anacoretas san Simon Estilita, que estuvo tantos años sobre una columna de cincuenta y cuatro pies de altura, de noche y de dia en pie, sin dormir ni descansar mas de lo que permitia el peligro de caer: un san Marcos, que con valor intrépido se cortó él mismo un dedo por no ser sacerdote: el esconderse san Benito por espacio de tres años en una cueva oscurísima: santa Margarita, que vivió en trage de hombre en un convento de monges, hasta que acabó sus alientos: fingíase furiosa, amente, ó loca santa Dantia, por abatir y humillar su inclinacion á vanidad y soberbia: darse á conocer santa Isidora por sumamente tonta y fatua, para que las religiosas la empleasen en la cocina; y para no molestar, el santo varon Simon Saló de los mas locos en la reputacion de las gentes, y tan santo y querido del Señor, que por sus méritos é intercesion ha obrado innumerables milagros (1); todos estos son caminos de la gracia, ocultos á nuestros ojos, que mas que otra cosa debemos en ellos venerar profundísimamente las grandezas de un Señor, que es tan admirable en sus santos. Tal era el camino que emprendió el ínclito *Juan de Dios*,

(1) Vida de estos Santos y Santas.

y no solo perseveraba, sino que iba á mas. Bajaba á la plaza de Viva-Rambla, por lo comun llena de basura, cieno é inmundicias, y al modo de los animales de cerda, no solo se revolcaba en ella, sino que se llenaba la boca; y para que los muchachos y gentes amotinados se acercasen, daba desaforados gritos, publicando con repeticion de ponderosas expresiones sus pecados. Llamábase *traidor*, *ruin*, *ingrato*, *desconocido*, *digno de los mayores ultrages*, *desprecios*, *mortificaciones y castigos;* y con esto conseguia que le mofasen los grandes y los chicos, que acudian á ver el loco en numerosas cuadrillas, y le tiraban lodo y piedras, que recibia con suma paciencia y gusto; y aun avivaba las travesuras de éstos por cuantos medios se ofrecian á su pensamiento En medio de este pasage procuraba dar un brinco, corriendo por las calles, y otras plazas, entreverando abundancia de saltos en la carrera que emprendia. Los muchachos doblaban los alaridos: los cantos y las pellas abundaban en tempestades; y á todas estas tragedias, irrisiones y quebrantos correspondia con hacer adorar una cruz de palo, que llevaba en las manos, á cuantos encontraba. Añadia á esta forma de vida una comida tan parca, que le puso semejante á un esqueleto, pálido y descolorido, flaco y seco. Y es cosa rara, que cuando esto era capaz de ablandar el corazon de un sayon el mas tirano, servia de incentivo para la risa del pueblo, el terrero de los holgazanes, y el oprobio de los muchachos y mozos. Aunque así le tenia atropellado una vida tan mortificada, nada sentia; porque como era intensísimo el dolor de haber ofendido á Dios, segun su imaginacion humilde le proponia, y juzgaba haberle perdido por la gravedad de sus pecados; esta pena se sorbia las demas, y las ane-

gaba en sus amargos golfos. Verdaderamente le sucedia lo mismo que á la esposa, segun el Espíritu Santo nos la pinta; pues ni el haberla maltratado en la persona ni en la honra, ni en la hacienda bastó para acongojarla; porque la afliccion de haber perdido á su esposo no dió lugar á otro sentimiento (1). Reducido, pues, nuestro Patriarca á ser estatua, que convidaba á la compasion, no faltaron dos hombres honrados y temerosos de Dios, que copiando la de aquellos dos santos varones José y Nicodemus, trataron quitarle de una tan penosa cruz (2). Procuraron apartarle de las manos de sus perseguidores, y le llevaron con espíritu de amor al Hospital Real, donde se curan los locos de la ciudad. Hablaron al mayordomo, encareciendo los relevantes motivos que habia, no solo para recibirle, sino para cuidarle con el mayor desvelo y cariño; que el descanso y alimento eran eficaces remedios para curarle, porque á su parecer de la falta de uno y otro se habia originado en aquel pobrecito su lastimosa demencia. Recibióle con ternura el mayordomo; porque con dolor de su corazon le habia visto andar medio estropeado por las calles: entrególe á los enfermeros, que empezaron á tratarle con blandura y agasajo, bien que este trato duró poco, y se convirtió en crueldad y aspereza.

(1) Cant. cap. 7. (2) Matth. cap. 27.





Fingese Loco el Patriarca S. Juan de Dios, y sufre rigurosisimos Azotes.

CAPITULO VI.

Es azotado el Patriarca en el Hospital: visítale el maestro Avila: declárase mejoría: sale, y vase á Montilla: toma el camino para Guadalupe; y de lo que sucedió hasta su vuelta á Granada.

No hay regalo para el amor como el padecer por el amado: en el descanso se fatiga, y en la fatiga descansa (1): motivo por el cual dijo Isaías que correrian sin molestia, y caminarian sin desmayo (2) los que seguirian á Dios á impulso de sus ardores; y por esto escribió la dulzura de Bernardo que el ejercicio en servir es posesion de gozar (3). De esta manera lo enseñaron los serafines del trono, que continuando su buelo, quedaban firmes en el sitio (4). Profunda reflexion del Cartujano sobre el texto; y se vió con claridad, así en la mística doctora santa Teresa, como en san Juan de la Cruz, anhelando únicamente *ó morir, ó padecer* para poder sosegar (5). Viéndose, pues, el glorioso *Juan de Dios* tan bien tratado, con cama buena, alimento de sustancia, y con esto algo fuerte y robusto, proseguia en sus acciones como verdadero loco. Los enfermeros llegaron á cansarse de asistirle; y viendo que no explicaba mejoría, antes se acrecentaba su furia, determinaron ya que les salió frustrado el remedio del regalo y descanso, echar mano del rigor y mal tratamiento, con el vulgar y seguro documento de que *el loco por la pena es cuerdo* Amenazáronle á nuestro sabio loco, y llegaron las ame-

(1) Gran. del Evan. (2) Isai. c. 40. (3) Bern. ap. Orm. Gran. del Ev. (4) Isai. c. 6. (5) Vidas de los Santos.

nazas á ejecucion pronta; porque con presteza le ataron con inhumanidad de pies y manos, y con la misma empezaron á sacudirle fieros azotes. Esta fué la primera receta que aquellos enfermeros escribieron, mejor que en el papel, en las espaldas del fingido enfermo. De tan buena gana, y con mano tan liberal aplicaron la medicina, que no le dejaron hasta quedar rendidos y sin fuerzas; bien al reves del glorioso paciente, en el cual rebosaba por los sentidos el gozo; y por mas que se veía su cuerpo matizado de verdugones y cardenales, daba á entender que no quedaban aún satisfechas sus ansias. De esta manera se labraba nuestro Santo la immarcesible corona de la gloria, tomando acaso egemplar del Apostol Pablo, cuando decia con santa jactancia que las cárceles, los grillos, las cadenas, las piedras y demas tormentos le fabricaban la suya (1). Azotes no mas fueron los tormentos que padeció en esta ocasion el Santo; pero de tal calidad, que si los que dieron dos ángeles á Heliodoro, por sumamente culpado, merecieron que el sacerdote Onías rogase á Dios por su vida (2); no menos correspondia á vista del estrago que hicieron en *Juan de Dios* siendo inocente. ¿Quién no dijera que para desahogar su llama bastaba una receta tan dura? No fué así, porque dando á entender que su aparente locura cobraba nuevo fervor, estimulaba los enfermeros á que reiterasen el *récipe*. Tenia notado el Santo el modo con que aquellos ministros trataban á los enfermos: habíale avivado el vesubio de su pecho (en que ardió toda su vida de socorrerlos y aliviarlos) el trato con su padre maestro Avila. En los primeros dias que estuvo en el santo Hospital, habiendo como

(1) Ad Corint. c. 2. (2) 2. Mach. c. 4.

suspendido su discreto frenesí, derramaba lágrimas, viendo el descuido con los pobrecitos, el poco cariño con que se les asistia, el escaso y corto consuelo que se les daba, y la falta de caridad con que se servia en las salas. Este dolor no pudo dejar de manifestar á los enfermeros, valiéndose el amor de esta sutileza, para que doblasen los castigos y enmedasen su asistencia. Proseguian, pues, aquellos mancebos la curacion de nuestro *Juan*; y explicando los sentimientos de su corazon, les hablaba en esta forma: *Mas crueles sois conmigo, y los demas locos, que caritativos con los otros enfermos: el desvelo que procurais en azotarnos, y castigarnos á los miserables, mejor y mas acertado fuera que le empleárais en asistir á los pobrecitos enfermos de estas salas, que ademas de sus dolencias, padecen la mayor, que es de vuestra omision y olvido: no sé en qué se gastan tantas rentas y tan gruesos caudales, con que los piadosos Católicos Monarcas han dotado los hospitales para curar con solicitud y caridad los pobres.* Estas razones, que eran propias de un hombre heróico en sabiduría verdadera, amor de Dios y del prógimo, como las decia estando en concepto de dementado, solo las atribuían á la fuerza de su humor frenético. No dejaba con todo de conocerse la verdad que encerraban aquellas lacónicas cláusulas, y tal vez se acordaban, de que los niños y los locos acostumbran decir las mas evidentes verdades. Escogia el Patriarca aquellos dardos en tal sazon y circunstancias, con tal aire y desenfado, que les irritaba el ánimo, los desazonaba y ofendia, inculcándose en el dicho mientras le estaban azotando: y con estos coloquios, no solo no se acordaban de la compasion, sino que con espíritu de venganza des-

cargaban mas cruel tempestad de azotes, dejando aquel maltratado cuerpo lleno de heridas. No terminaba aun la industria de su amor y ansia de padecer; porque añadía, cuando los sentia mas encarnizados y crueles: *Castigad, hermanos mios, castigad con valor esta carne maldita, que ella tiene la culpa de todo, y no sanará, si la medicina no es fuerte.*

Ya por fin daban treguas á aquel desapiadado tormento, y desde allí pasaban los ejecutores á los verdaderos locos. Con gran sentimiento del caritativo Patriarca oía desde su estancia los golpes que les daban á aquellos pobrecitos; y siendo así, que los propios, sin dificultad alguna mas escesivos, le causaban gusto y complacencia, en cabeza agena á cada latigazo se le oprimia el corazon, y desahogaba en llanto. *¡O pobrecitos* (decia), *si yo pudiera aliviaros á costa de padecer vuestros trabajos! ¡Si yo pudiera asistiros, y regalaros, aunque fuese de rodillas! ¿Cuando será Dios y Señor mio, que yo consagre mi vida en dar alivio á tantos pobres enfermos, que llenan á todo el mundo con sus clamores? ¿Qué cosa para mí de mayor descanso, de mayor gusto, de mayor consuelo, de mayor honor, de mayor estimacion, y de mayor gloria? ¡Pero ay miserable de mi! que no merezco esta dicha.* Lamentábase así el Patriarca, y esplicaba la ardiente hoguera de su caridad de algun modo; bien que era preciso dilatarse los espacios de aquel pecho, porque era corto emisferio para un incendio tan grande. Con esta voluntaria mortificacion iba corriendo los plazos de su artificiosa locura el bendito *Juan de Dios*, cuando llegó á saberlo su santo maestro Juan de Avila. Fluctuaba el corazon de este varon insigne en una lucha de afectos: se alegraba sumamente de ver un discípulo suyo consumado en la humildad, y en el des-

precio de las cosas de este mundo: se admiraba del rigor con que era tratado, y del rumbo, que con el fin de padecer por Cristo habia escogido; por otra parte lo acerbo de los azotes á que se sujetó, y la crueldad de los enfermeros no dejaban de entristecerle. No hay motivo alguno para negar en el maestro Avila esta contradiccion afectuosa. Las dos porciones, que llaman superior é inferior, y tienen lugar en los del género humano, sin esceptuar ni aun á la magestad de Cristo, á esta verdad sirven de apoyo, y convence que nuestro Bien fue así, cuando con el gozo de su alma bienaventurada se entristeció en la agonía del huerto hasta morir (1). Condolido, y juntamente alegre aquel maestro espiritual, quiso confortarle, enviándole por medio de otros discípulos una visita de su parte, encargándole que le dijeran, que le contentaba su bien: que tenia entendido que estaba en el hospital padeciendo trabajos por amor de Jesucristo; y que bebia con gusto aquel caliz, del cual preguntó el Señor á los hijos del Zebedeo, si tendrian valor para beberle (2): que este debe ser el fin del buen soldado, que milita debajo de la santísima Cruz, estandarte glorioso del cristiano; y si antes se preció de cumplir las ordenanzas de un monarca de la tierra, procurase perseverar en la puntual observancia de las del Rey de los reyes, que es el del cielo (3). Ultimamente, que se apercibiese para salir á campo descubierto, y pelear hasta la muerte contra los enemigos del alma, confiando en que el Señor le asistirá en cualquier lucha (4). Quedó *san Juan de Dios* tan agradecido y lleno de consuelo con la visita doctrinal, que le envió su venerado maestro, que llo-

(1) Matth. c. 26. V. D. Thom. (2) Matth. c. 20. (3) 1. Timoth. c. 6. (4) 1. Cor.

raba de gusto. En esto se conocia que era efecto de la nobleza del espíritu divino el magisterio de aquel apóstol de Andalucía, y que á impulsos de esa persona tercera de la Trinidad augusta, se formaba *Juan de Dios* perfecto discípulo: *Consolador óptimo* le llama nuestra madre la Iglesia (1): *Maestro del género humano, que bajaria á enseñar las verdades menos claras*, dijo el Redentor tratando de su venida sobre el sagrado Colegio (2); y todo esto en raudales de lágrimas lo funda su amor sustancial é infinito (3). Respondió con estas, y otras señales de regocijo el glorioso *Juan: Decidle á mi buen padre, que nuestro Señor Jesucristo le pague la caridad que ejercita con este miserable pecador, teniéndome en memoria cuando me hallo preso, olvidado, abatido y castigado, no tanto como merezco; y que crece mi reconocimiento á superior altura, porque siendo el mas vil, y despreciable hombre que sostiene la tierra, se humilla en enviarme consuelos, y aliviar mis trabajos. Que espero de su bondad que proseguirá teniéndome presente en sus oraciones, con las cuales confio aprovecharme, mediante la divina asistencia.* De esta manera continuaron en tratarse los dos Santos, con bastante analogía á los recados que se enviaron el Redentor, y el Bautista cuando se hallaba éste preso (4). Nadie entendia el sagrado énfasis de las voces con que se correspondian, sino el maestro y el discípulo. Confortábale aquel en la perseverancia, y proseguia éste en su dura penitencia, la cual llegó al estremo de pasar de cinco mil los azotes que en tempestuosa lluvia descargaron los enfermeros sobre sus laceradas espaldas. Hecho cargo el Santo de

(1) In festo Pent. (2) Luc. c. 12. (3) Ad Rom. c. 8. (4) Matth. cap. 11.

que este número iba rayando con el de los azotes que por nuestro amor padeció la magestad de Cristo en su pasion dolorosa, por haber sido de cinco mil y tantos, no pudo dejar de resistirse su humildad profunda, sin duda acordándose del príncipe de los Apóstoles san Pedro, que condenado á morir en una cruz, como su Divino Maestro, quiso poner la cabeza donde aquel Señor los pies, juzgándose indigno de univocar el martirio con Jesus (1). A vista, pues, de lo que ocurria, dió cuenta á su virtuosísimo director, y padre; y como el recado no iba con aquel complemento que pedia el caso, para no salir defectuosa su inteligencia, practicó lo que en otra semejante ocasion el Evangelista san Juan (2). No quiso valerse de mensagero, ni carta, sino de visitarle en persona, y dirigirle boca á boca, en prosecucion de su espíritu. Faltan términos para declarar el alborozo de *san Juan de Dios*, al ver en su presencia á su amado Maestro, y correspondia éste con no menor contento y gusto. Bien se puede discurrir el estado en que hallaria al sabio loco, traspasado y molido, herido y macilento, flaco y casi exánime, por la tormenta de tanto azote como sufrió por Cristo; con todo, alegre y fervoroso para proseguir con este género de vida hasta el último aliento, y con este ánimo, le preguntó al santo director, que le mandase lo que debia hacer, si proseguir en el comenzado delirio, ó emprender otra carrera, que uno y otro haria con obediencia ciega. El venerable Maestro lloraba, viendo en *Juan* un fruto casi enteramente sazonado para el cielo. Las lágrimas le embargaban la lengua, viéndole tan aprovechado en todo género de virtudes: levantaba los ojos á Dios, dándole las debidas gracias

(1) Chrysost. apud. Metaphr. (2) Epist. 2. Joan. in fin.

por haberse valido del estéril barro para producir en sola aquella planta tan gran cosecha espiritual. Por fin mandóle como prudente médico, que ya bastaba de fingida locura, que diera á entender notable mejoria: que hecho esto, era conveniente para su alma salir del hospital, y seguirle á Montilla, para donde disponia viage, con el fin de tratar mas despacio lo mas acertado para el divino servicio. Con esto echóle la bendicion, dejándole instruido en lo que habia de ejecutar hasta Montilla.

No dejó de hacer eco, y bastante ruido en Granada la visita del Maestro Juan de Avila al que creían loco, pobre y desvalido. Poco presente tenian la doctrina del Apóstol de las Gentes Pablo, cuando dijo que eran como vidrios colorados nuestros ojos en esposicion de Cornelio (1); porque así como al que mira por un vidrio azul, todo le parece azul, y al que por uno verde, todo le parece verde; mirando á *Juan de Dios* no mas que por un medio teñido de locura, sacaban el interior por sola la corteza. Los enfermeros fueron de los mas engañados en este asunto, y por lo mismo, como estaba en manos del enfermo la dolencia, quedó al arbitrio del Santo que conocieran la mejoria. Como de repente le advirtieron sosegado y quieto, que preguntaba y respondia como el mas cuerdo, fundaba sus conversaciones en razones de mucho peso, y con esto declararon inopinada la locura; suspendieron el medicamento cruel. Sabida la salud del Patriarca por el mayordomo, mandó que le quitasen las prisiones, diesen la puerta libre, y le dejasen por toda la casa andarse solo. Con esta orden, que se puso en obra al momento, consiguió el Patriarca respirase, no

(1) 1. Ad Cor. c. 13. Alap. sup. Ep. Pauli.

solo su naturaleza, antes sumamente oprimida, sino su caridad, que por dias iba en aumento. Asistia á sus queridos los pobres enfermos, los consolaba, animaba á la paciencia, exhortaba á sufrirlo todo por aquel que padeció muerte en un infame suplicio. Hallábanle los enfermeros en uno de los ejercicios de la mayor piedad, le preguntaban cómo se hallaba, y la respuesta era esta: *Bendito y alabado sea para siempre Dios, me veo ya libre de la opresion que sentia en mi alma: el Señor, que es infinitamente bueno, da á conocer su liberal y generoso genio en una criatura, que por tan ruin no merece otra cosa que las severidades de su justicia: sea eternamente engrandecido su nombre, y le reverencien en los cielos, y en la tierra, estremeciéndose hasta los abismos.* Con estas razones, y otras dichas con espíritu de amor, no quedó en todo el hospital quien se apartase de tenerle amistad, y notable aficion. A los oficios mas humildes se aplicaba con mas agrado; las dolencias agenas le hacian mas impresion que si fuesen propias: no hay mas que decir, sino que se hallaba en aquella ocupacion tan bien, como en su centro natural; mas como por disposicion divina habia de ilustrar la Iglesia sobre el candelero de Patriarca, y fundador de una Religion, que en los cuatro ámbitos del mundo fuese muy útil; no bastaba ilustrar solamente á los de aquella casa, sino que era necesario que derramára su luz desde el Oriente al Ocaso, y del Septentrion al Mediodia. Llegó ya el plazo en que tenia determinada su partida para Montilla; despidióse con recíprocas ternuras y llanto, así del mayordomo, como de los enfermeros, y hasta de los enfermos. Pedíales perdon á todos de sus molestias, dándoles gracias por los buenos oficios que para su bien habian hecho; y entre suspiros le dijo el mayordomo:

No tiene duda, *Juan*, que os quisiera mas dias en esta casa; y uno de los motivos, dejando á parte mis utilidades, es para que cobraseis mas fuerzas; pero siendo vuestra determinacion diferente, Dios os guie, y derrame sobre vos su bendicion soberana. Una cosa me resta que decir, y es, que por si acaso alguno os viese de los que os conocieron loco, y quisiese atropellaros, y volveros á esta santa Casa, llevareis una cédula con mi firma, para que no os detenga. Agradeció tanto favor el Patriarca; y con el consuelo de haber tolerado por amor de Jesucristo aquella que el mundo tenia por locura, y era en verdad altísima sabiduria de la cruz; se salió de aquel hospital de Granada. Con mucho sentimiento quedaron los de aquella santa Casa con el bien perdido, y con igual gozo por el bien que les vino los de Montilla, singularmente los discípulos del Maestro Juan de Avila. Llegó á aquella ciudad famosa en el marquesado de Priego el Patriarca poco menos que cadáver con aliento, con suma flaqueza, el vestido roto, el cuerpo maltratado, los pies descalzos, y la cabeza descubierta. Bellamente le cuadra la ponderacion que se suele hacer de otros Santos penitentes, llamándoles por la figura *raices de árboles* (1). Recibióle el Maestro con amor de padre, y correspondió el Patriarca con cariño de hijo; pero tan respetoso, que juzgándose en su interior pecador el mas grande, le parecia ser indigno de disfrutar la presencia de aquel santo Maestro, al modo que San Pedro la del Redentor (2). Mandóle descansar algunos dias para repararse; preguntóle por los acaecimientos desde la vista, y trataron con tanto desvelo y eficacia del negocio de la salvacion de su alma, y gobier-

(1) Vid. de S. Teresa, de S. Pedro Alcántara, &c. (2) Luc. c. 5.

no de su espíritu, que con aprobacion del santo director se confesó con él generalmente. Corta fuera la pluma mas remontada para expresar con cuanto dolor, lágrimas, y señales de arrepentimiento. Me contento con decir, que al santo Maestro Avila le sirvió aquella confesion de pasmo y confusion propia. Esplayado así su espíritu, se dedicó enteramente á la oracion. Conocia ser esta la fragua, en la cual ardiendo el fuego divino, se fabrican las armas (mejores que las que fingió la antigüedad forjaban los Cíclopes en la herreria de Bulcano) (1), para combatir con los enemigos del alma. Meditaba vivísimamente en los beneficios recibidos: la diferencia entre lo temporal y eterno; y por consiguiente heria su alma aquella reflexion ponderosísima del Doctor Seráfico San Buenaventura; *Si quieres vencer las tentaciones, pasiones y aflicciones, procura ser hombre de oracion: si deseas conocer los engaños de satanás, y burlar sus lazos, procura ser hombre de oracion: si quieres caminar con alegria en el camino de la virtud, y pasar los trabajos sin trabajo, procura ser hombre de oracion: si quieres no distraerte, y desterrar de tu alma todos los pensamientos malos; si bañarla en devocion, llenándola de santos pensamientos, procura ser hombre de oracion; y finalmente para ahuyentar todos los vicios, alcanzar todas las virtudes, y llegar con rectitud á la cumbre de la perfeccion y santidad, procura ser hombre de oracion* (2)

Tanto se consagró á este santo ejercicio el Patriarca glorioso, haciéndose cargo de ser raiz de toda la perfeccion de espíritu, que no solo ocupaba los dias

(1) Teat. de los Dioses, lib. 1. part. 1. (2) Div. Bonav. in Medit. Vit. Christ.

en ella, sino las noches enteras. De este modo se conservó en Montilla bastante porcion de tiempo. Aconteció en el principio, que cierto discípulo del Maestro Avila vivia de compañero con él en su aposento, y reparando que toda la noche pasaba enagenado de las cosas de la tierra, hecho ya mística ave manucodiata, ó del paraiso (1), se quejó al ínclito Director de entrambos Avila, para que le reprendiera sobre no dejarle sosegar un instante. Aquel célebre y versado Padre le dió una respuesta como suya, *Déjele continuar* (le dijo con semblante serio) *que mas importa la oracion de Juan de Dios, que la falta de su sueño.* Entregado, pues, á la oracion: á este, si cabe llamarse, exceso, juntó el ayuno, que á la meditacion sirve de báculo. Doble arma, que se necesita muchas veces para el triunfo, segun dijo la Sabiduría infinita (2), y con el cual el alma levanta mas su generoso vuelo. Por esta razon escribió la boca, de oro el Crisólogo, *que el ayuno es de las virtudes nave, y llave del cielo, que lo franquea hasta colocar el alma en la divina presencia* (3); y de esta arma asi doble se valieron muchos Santos, con singularidad el Doctor Angélico Santo Tomas de Aquino (4); y no menos *san Juan de Dios*, vencedor de innumerables luchas, y triunfante de molestas bateterias, que fabricaba el infierno. Así se coronaba el Patriarca, Hércules invicto; y al mismo tiempo conseguia qualquiera favor de la Magestad Suprema, resplandeciendo la que del Redentor fue promesa, cuando dijo, que suplicando lograrian el deseado despacho (5). De este medio tan eficaz (dejando por mas

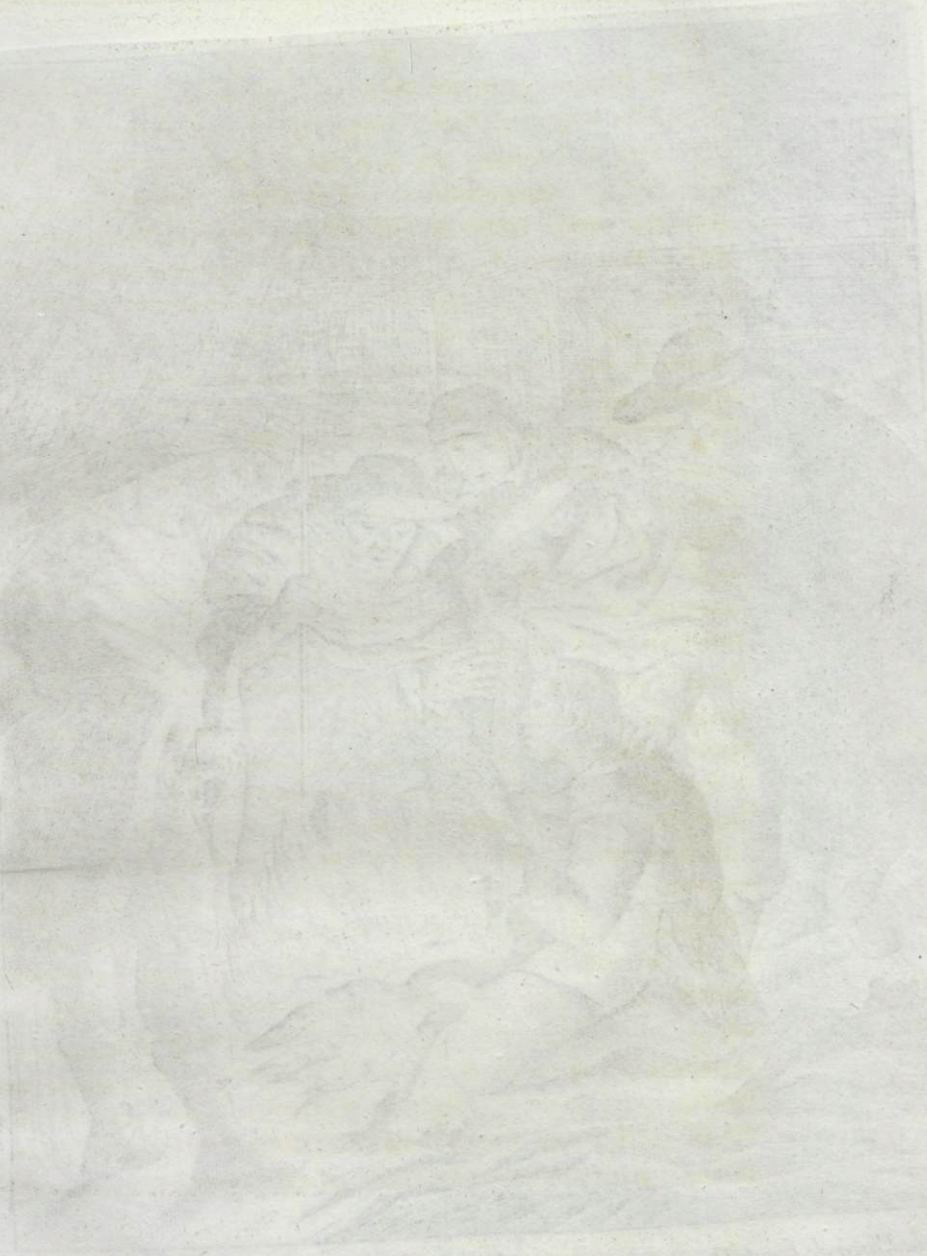
(1) Picinel. lib. 4. cap. 43. (2) Matth. cap. 17. (3) Chrisol. serm. 11. 12. 34. 41. y 43. (4) Vid. de S. Thom. de Aquin. (5) Joan. cap. 16.

notorios ejemplares la Reyna de los Angeles, San Pedro y San Pablo) se valió San Juan Evangelista para resucitar á Drusiana, puesta en las andas para el sepulcro: de éste para convertir unas ramas de árboles y guijarros del mar en preciosísimas piedras, y despues con nuevo prodigio para volverlas á su sér: de éste para derribar los cimientos del Templo de Diana: de éste para no dañarle el veneno; y de éste para que lográran segunda vez respirar los que habian padecido el indispensable horror. De este medio tan eficaz se valió San Mateo Apóstol y Evangelista para volver la vida á Exippo, hijo del Rey de Etiopia (1): de este medio se valió San Judas Tadeo para sanar á Abagaro Rey de los Medos, librando su alma de tinieblas, y su cuerpo de intensísimos dolores: de éste San Andres Apóstol para libertar á Nicolao del vicio de la torpeza: de éste San Bartolomé para dar perfecta salud á la hija del Rey Polemo en la India, lunática declarada: de éste Santiago, patron de nuestra España, para sanar á un paralítico: de éste San Bernabé estando en la Isla de Chipre; pues tocando á muchos enfermos con el Evangelio de San Mateo, escrito de su mano, por medio de la oracion quedaron sanos: de éste la gloriosa Santa Marta, que hospedó en su castillo la Soberanía de Cristo, logrando por la costumbre de orar cien veces al dia de rodillas imponderables mercedes (3); y para no detenerme mas, éste tuvo la mas clásica aprobacion de ser la *óptima parte*, cuando entregada á la contemplacion María Magdalena su hermana, quedó humildemente á sus pies extática (2). Armado, pues, *San Juan de Dios* con estas armas de luz, le conce-

(1) Vid. Abd. Euseb. & Marul. ap. Salian. Fruct. Sanct. (2) Luc. cit. (3) Act. cit.

dió el Señor manifestarle su gusto: y era saliese de Montilla para visitar la Imagen de su Santísima Madre, que se venera en aquel religiosísimo santuario de Guadalupe; mas como nuestro Santo profesaba al venerable Avila puntual obediencia en cuanto hacia, al punto fue á comunicarle la nueva inspiracion que sentia en su alma; y pareciéndole conveniente, dióle su licencia y bendicion para que fuese en romería á ver aquel devoto simulacro de nuestra Señora. Dió principio á su viage á pie y descalzo, descubierta la cabeza, el preciso vestido para la decencia, un palo ó báculo en las manos, ningun dinero, ni bagage; y con este ligero tren emprendió el camino. Aunque otras veces quiso sustentarse de pedir limosna por las posadas para el necesario sustento, determinó en esta ocasion que el sudor de su rostro lo agenciase; para cuyo cumplimiento escogió hacer en los bosques no muy apartados del paso un hacecillo de leña, al cual cargaba al hombro, y en el primer lugar le vendia, quedándose con lo que era menester para aquel dia, y repartiendo á los pobres el sobrante. De este modo juntaba los ejercicios de Marta y Magdalena, remontándose á no menor altura de espíritu, que con la precisa contemplacion lograba en Montilla. Semejante modo de vida escogió San Pablo cuando estaba en casa de Aquila y Priscila; pues si bien disputaba en las sinagogas, y en la contemplacion levantaba vuelos su alma, se ejercitaba en hacer lo que el texto llama scenofactoria (1). Aymon, declarando el capítulo once de la segunda Carta á los de Corinto, dice, que desde el canto del gallo trabajaba en obras de manos cinco horas, y desde aquella hora predicaba hasta la de vís-

(1) Act. Apost. cap. 18.





En la Plaza de Fuente Orejuna, enciende el S.to leña, estando lloviendo, y le prenden por Hechizero.

Pag. 89.

peras, y lo demas del tiempo lo repartia en orar, comer y dormir; siendo así que ninguno de estos ejercicios le estorbaba para estarse en continuas contemplaciones, segun la doctrina que enseñaba tambien á sus discípulos de que orasen sin *intermision* (1). Los Apóstoles San Pedro, Santo Tomás, Santiago y San Juan, aun despues de Sacerdotes se ocupaban en el arte de pescar con aprobacion del mismo Dios (2); y algun dia se les apareció la Magestad de Cristo, mandándoles, que descogiendo las redes echasen un lance; y en verdad que no les dejaba de ser lícito el vivir recibiendo limosnas, no obstante que enseñaban, segun la sentencia del Redentor, de que era digno de su estipendio el jornalero (3). Sucedióle, pues, á *san Juan de Dios*, continuando su viage, un singularísimo milagro. Llegó á un lugar llamado Fuenteovejuna en ocasion que estaba lloviendo de tan buena gana, que no halló ni comprador para la leña, ni quien le admitiese en su casa. Venia el Patriarca fatigadísimo del camino: el frio era insoportable, con lo cual se vió precisado á quedarse en la plaza, y pegar fuego á la leña para entrar en algun calor. Comenzó á arder la leña, y el cielo á porfia desatando mares de agua. ¡Cosa rara! que no habiendo merecido el Santo cuidado alguno de los del pueblo, ni para darle alvergue, ni para repararle del aire y lluvia, todos advirtieron que estándose calentando entre diluvios, no solamente no se mojaba la menor hilacha de la ropa, sino que tampoco se apagaba la leña, y que por instantes iba formando una hermosísima hoguera. Motivo era mas que suficiente para que pasmados los vecinos, se difundieran en asombrosas ve-

(1) Act. Apost. cap. 18. (2) Marc. Marul. l. 3. (3) Luc. cap. 10.

neraciones. A San Pedro de Alcántara la nieve quedó por maravilla suspensa, formándole techo contra su misma inclemencia (1). A San Merardo, siendo niño, una aguila le sirvió de resguardo contra la lluvia (2). En tiempo de Nehemías el agua dió fomento á un fuego, que originó universal pasmo (3). Al Profeta Jonás le preparó el cielo una sombra, para que el sol con sus rayos no le ofendiera (4). En *san Juan de Dios* se junta uno y otro prodigio, pues ademas de indemnizarle el agua, fomenta los ardores de la llama; pero como el mundo concibe al revés las cosas, cayendo en aquel horroroso lamento de Jeremías, con el que amenaza castigos á los que llaman bueno á lo malo, y malo al heroismo de las acciones; torcieron el favor maravilloso que el Cielo le estaba haciendo, no menos que los Fariseos el brillante ejemplo de virtudes y milagros que practicó el Redentor (5), en un tal enorme desatino, como decir que todo lo hacia el demonio, y la hechicería, que abrigaba el corazon del Santo. En fin supo el caso la Justicia, le metieron en la carcel, logrando por este medio posada y comida, contra el depravado fin de todo el infierno. En este triste sitio pasó el ínclito Padre toda la noche, y por la mañana volvió á visitarle la justicia. Comenzaron por aquel interrogatorio que se acostumbra hacer para certificarse: y convencidos por las ingenuas respuestas de su inocencia, no solo le mandaron salir libre, sino que le dieron dos panes, y algunos cuartos de limosna, para que dentro de media hora se ausentase. Así lo ejecutó el Santo, repartiendo con otros pobres el corto caudal con que se hallaba.

(1) Vid. de S. Pedro de Alcant. (2) Vid. de S. Merar. (3) 2. Machab. cap. 1. (4) Jonæ, cap. 4. (5) Joan. cap. 8. & D. Greg. hom. 18. in Ev.

Derecho á Sierra Morena tomó su derrota el Patriarca. En esta Sierra famosa por lo dilatada, no menos que por ser taller de muchas desdichas, ejecutaba la misma diligencia de componer haces de leña para alimentarse con el producto. Fue el caso que entrando en cierto lugar con su acostumbrada carga, encontró un hombre, al parecer de buen trato. Preguntóle este si vendia aquella leña? Respondióle que sí nuestro caminante; cuando apenas dió lugar á pronunciar la palabra, que sin concertar, ni esperar el cuánto valia, sacó un bolsillo, y le dijo: Hermano, tome todo este dinero, que yo se lo doy por el mucho trabajo que le ha costado. No dejó de hacerle novedad al Santo una liberalidad tan excesiva; y por si acaso, debajo de una buena capa se escondia algun veneno, le respondió: *Señor mio, yo no me compongo con tanto dinero, sino con el justo precio que la leña vale.* Con esto no quiso aceptar el bolsillo de ningun modo. Porfiaba con teson el hombre: se resistia con mayor el Patriarca: con tanto esfuerzo y terquedad prosiguió el comprador, que le dijo el Santo: *Hermano, yo no tengo necesidad del bolsillo; pero ya que tanto porfiais, le tomaré para no haceros desaire, con la condicion de que el justo precio de la leña será para mi sustento, y del resto mandaré decir Misas en el Santuario de la Virgen de Guadalupe, para donde camino.* Como rayo, nos dice Cristo que cayó Luzbel desde el cielo al abismo (1): como rayo, pues al oir aquellas palabras escapó avergonzado el fingido comprador, que era el demonio; porque como sonó el nombre de aquella Reina Inmaculada, que al infernal dragon quebrantó la cerviz erguida, no paró hasta el infierno

(1) Luc. cap. 10.

Cuán agradecido á esta Soberana Señora quedó el glorioso Padre, será facil discurrirlo: de rodillas dió gracias á Dios, y á aquella Madre amabílisima, de haberle librado de una tentacion, cuyo tiro fue contra la santa pobreza: renovó el ánimo á estimar esta virtud, como alhaja preciosísima; y continuó su viage hasta dar vista al magnífico, y devoto santuario de nuestra Señora con el título de *Guadalupe*. Aquí no deja de llamar la pluma alguna sucinta noticia de lo que es, y encierra aquella hermosa concha; sin que sea menester mas motivo que haber favorecido aquella Madre de Pecadores, por medio de su imagen, que se venera en aquel sitio, á nuestro preexcelso Padre, y fomentar, aunque sea con una brevísima descripcion, la devocion á esta Reina. En Estremadura, pues, provincia del reino de España, se halla el gran convento y casa santa de nuestra Señora que llaman de Guadalupe. Trajo esta Imagen el glorioso arzobispo san Isidoro desde Roma, dádiva del gran Pontífice san Gregorio el Grande en tiempo del Rey Recaredo, para que de su parte la regalase á su hermano san Leandro. En tanta veneracion la tuvo aquel Sumo Pontífice, y toda la Corte Romana, que estaba colocada en el Oratorio del Papa por el prodigio de haberse libertado aquella Cabeza del mundo de un funesto ramo de peste; y para que no dudasen del conducto de tan celestial favor, se aparecieron muchos Angeles, que en bien ordenados coros cantaron la Antífona *Regina Cœli, lætare*, &c. delante del simulacro. Llegó á España el Santo Arzobispo Isidoro, y en el camino, que hizo por mar, padeció tan cruel tormenta, que se iba á fondo el navio en que venia; pero sacando el soberano bulto, llenóse de resplandores toda la cubierta, quedándose el mar en leche, y la embarcacion segura. Aportó á Sevilla;

y cumpliendo San Isidoro con el encargo del Pontifice, entregó á su hermano San Leandro aquella Imagen milagrosa. Llegó con el tiempo la fatal pérdida de España; y escondiendo los Sevillanos, para evitar indecencias, las reliquias, juntamente con esta peregrina copia, hallaron una ermita entre las asperezas de una montaña, cuyas faldas ceñia el rio Guadalupe, y en ella el sepulcro de San Fulgencio. En aquel sitio la escondieron con las señas de una campana pequeña, y una lámina, que referia el suceso de aquella Imagen de María Santísima. Quedó allí mientras los Moros ocuparon estos reinos; y en el reinado de don Alonso se descubrió por medio de un pastor, el cual advirtiendo que una vaca se quedó muerta en el sitio en donde estaba oculta, queriendo quitarla la piel, á la primera entrada del cuchillo se levantó viva, y se dejó ver María Santísima encima de un risco, llenándole de luces. Pasmado el pastor, aun creció mas el motivo; porque le dijo esta Señora, que estaba su Imagen escondida en aquel parage, y que diese cuenta. Replicó el pastor, que no seria creido; y con las seguridades de que hallaria en su casa un hijo muerto, y que al dar á los clérigos el aviso resucitaria, se fue á la villa de Cáceres, en la que trataban del entierro de aquel difunto, y resucitó dando la noticia. Con esto fueron á buscar el prodigioso Retrato: siguióse fundar una Villa con el nombre de aquel rio, erigiendo una suntuosa Capilla para el culto; y en tiempo del Rey Don Juan Primero de este nombre, de órden Real se entregó á la Religion de San Gerónimo. Fabricóse un famoso Convento, y nueva Iglesia, en la cual permanece esta sagrada Imagen visitada de peregrinos de todo el mundo, con nuevos prodigios, que se digna hacer la Magestad Suprema por su medio.

Así, pues, que descubrió el glorioso *San Juan de Dios* la santa Casa, se arrodilló para saludar aquella Madre de clemencia, y del mismo modo anduvo larga distancia, hasta que llegó á las puertas de la Iglesia. Viéndose en aquellos sacros umbrales, se postró, y besó la tierra, reconociendo ser santa, por lograr la dicha de que en ella descansára la Zarza misteriosa de la imagen de María. Entró con el mas reverente respeto en aquel Templo: hizo fervorosa oracion al Santísimo Sacramento: despues ya de cerca, volvió Fenix amante (1) á saludar al Sol de aquella Reina pura (2); y rebosando ternuras hasta por los ojos comenzó la Salve; ¿pero con qué devocion? La hizo patente este favor grande, llegó al verso: *Ea, pues, Señora, Abogada nuestra, vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos*; y al pronunciarle, se corrió milagrosamente la cortina, dando lugar el velo, que la cubria, para que viese claramente aquellos hermosísimos luceros de la mejor mañana. No deseaba mas el Esposo, cuando con la ansia de amante suplicaba á su querida Consorte que le dejase ver su rostro, porque era de singular belleza (3). Quedó bañada con esta dicha el alma del Santo de espiritual inefable gusto y consuelo. Ruido grande sonó al correrse la cortina, y fue bastante para llamar la atencion del sacristan, y de algunos Monges, que no estaban lejos. Acudieron á la capilla sin advertir mas que un pobre desnudo, sin sombrero, y con un cayado junto al Altar. Ocurrióles al instante que seria haber hecho capa de verse solo para robar alguna preciosa alhaja, y haber corrido la cortina para este intento: por consiguiente le calificaron, cuando menos, de raterillo con el sobrescri-

(1) Erasm. lib. 4. (2) Cant. c. 6. (3) Cant cap. 2.



Al llegar el Patriarca al Santuario de Guadalupe recibe de Maria S.ma un favor grande.

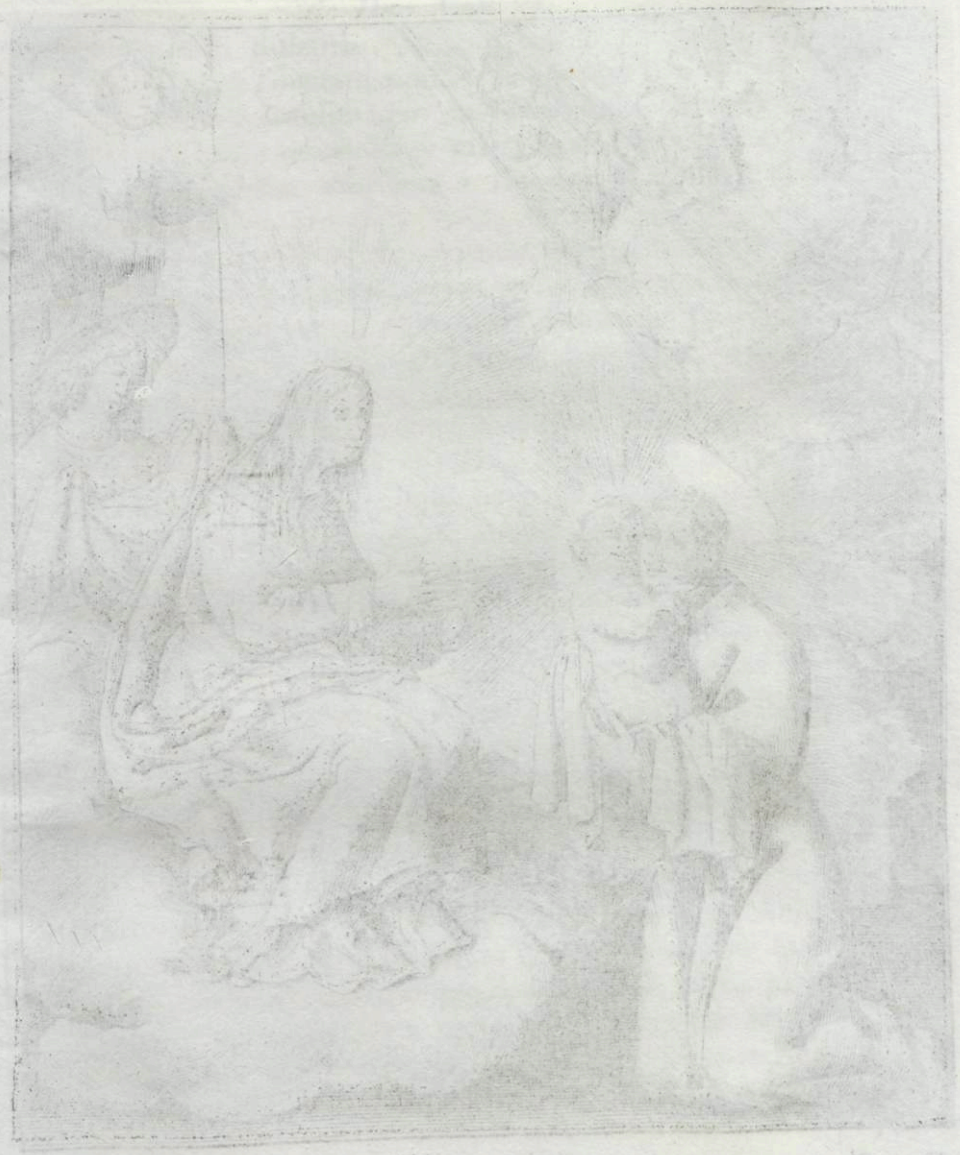


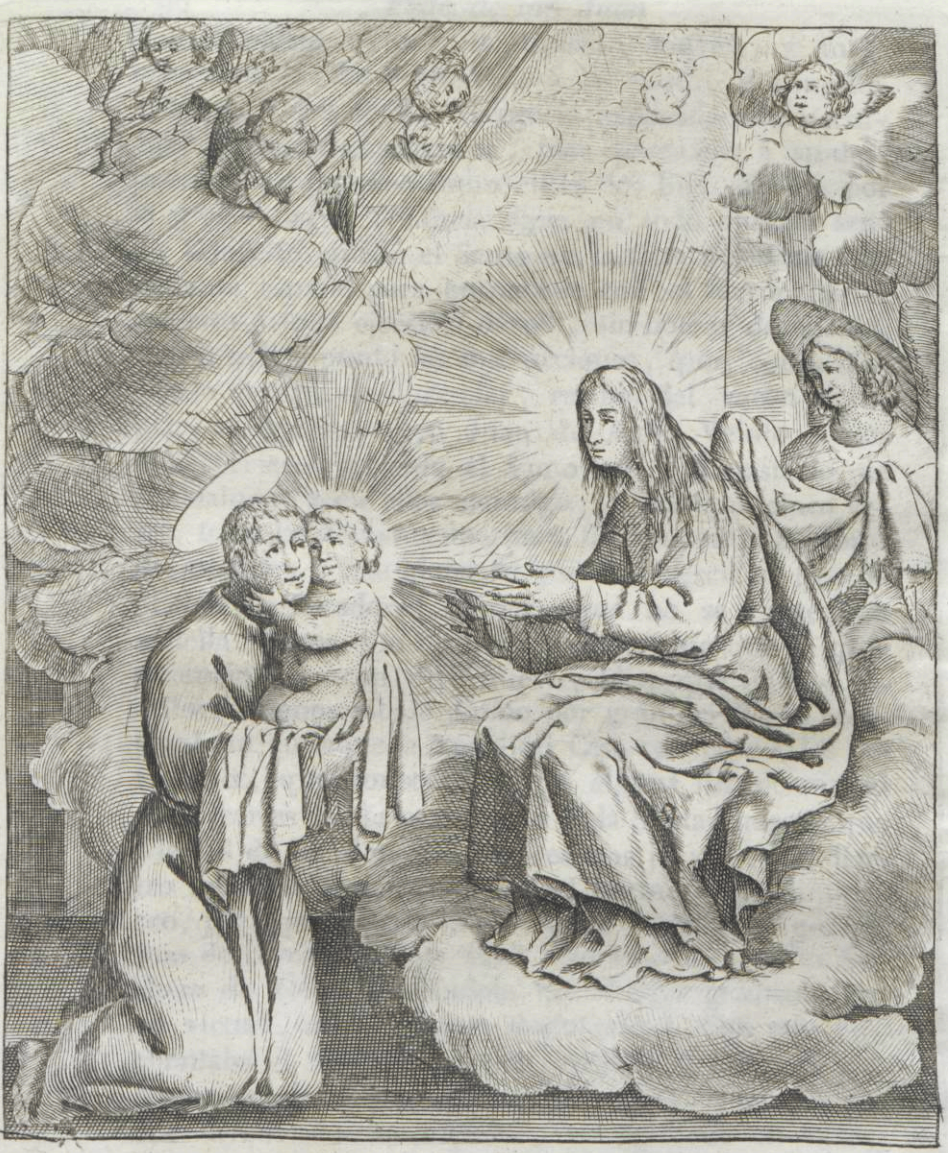
to de devoto peregrino. Enfurecióse con este concepto el sacristan: tratóle con indigno vocabulario: llamóle ladron, desvergonzado, atrevido, é hipocriton de marca. Callaba el Patriarca, y cuanto mas callaba, el sacristan (que debia ser algo iracundo) mas se enardecia; y á tal estremo llegó su cólera, que creyéndole delincuente por el silencio, quiso darle un puntapie con un aire mas que mediano. Pero ¡ó Dios! cuya soberanía se publica en exaltar los humildes, y humillar los soberbios (1), blason con que los Romanos ennoblecieron tambien sus Estandartes: al instante que el sacristan hizo la irreverente accion, el pié quedó seco y sin movimiento, como la mano de Jeroboan (2), imposibilitado para dar un paso, é incapaz de sentarle en el suelo. Daba voces el sacristan, á las que vinieron bastantes Religiosos; y absortos con el prodigio tan patente, reconociendo el ofensor su error y precipitacion, le rogaba con lágrimas que le quisiera perdonar, y le respondió el Santo con cara alegre y pacífica, que rezára una Salve á María Santísima en satisfaccion del desacato á que se habia propasado en su presencia. Rezóla con devocion, y quedó enteramente sin lesion alguna. Sabido el caso, tuvieron especial veneracion, así los Religiosos, como las personas que se hallaban en aquel Santuario, á nuestro Peregrino. A porfia le querian tratar, reconociendo en aquel pobre fondos, que le graduaban místico Doctor: nada sabio á lo del mundo, y sapientísimo á lo del cielo: rudísimo entre los hijos del siglo (cuya sabiduria llama al candor boberia, urbanidad á la malicia, discrecion á la audacia, á la falsedad advertencia, á la conversacion des-

(1) Luc. cap. 14. (2) 3. Reg. cap. 13.

honesta chiste, á la murmuracion donaire, y marcialidad á la desverguenza, á la estafa, y ninguna crianza). Vease en San Gregorio explicada esta perniciosa, é infernal sabiduría, para persuadir á su desprecio (1); y sapientísimo entre los hijos de Dios por la gracia, cuya sabiduría sigue en todo opuesta senda. Con esto quedó el Santo en la Casa de María con bastante espacio para entregarse con el fervor de su espíritu á todo ejercicio devoto, sin borrar de su memoria ni un punto las instrucciones, que, como discípulo deseoso de aprender, recibió del varon ejemplar, y maestro suyo Juan de Avila. Veinte y dos dias corrieron estando el Santo en el Monasterio de Guadalupe, y en ellos comulgó, y confesó cinco veces: todas las demas ocupaciones fueron continuas obras de religion; y este globo de gustosos ejercicios para la Madre de Pecadores mereció que no se contentase aquella Reyna con el favor pasado, sino que le quiso enriquecer con otro nuevo, bien que de los escritores menos sabido. Como por gran privilegio acostumbran en aquella Angelical Casa conceder á los Peregrinos, que conocen ser de alguna distincion, el de entrarles en el rico camarin de la Santa Imagen, que ademas de ser depósito de preciosas joyas, tiene dentro de sí la mayor, que es el hermosísimo Simulacro, para que de este modo logren la dicha de gozarle mas de cerca: en esta clase colocaron al bendito *San Juan de Dios*, habiéndole los Monges graduado por su virtud, de la mayor singularidad. Con esto frecuentaba el Santo el camarin, estando de dia y de noche en contínua oracion. Sucedió, pues, que una noche arrebatado de espíritu, y engolfado en mares

(1) Lib. Moral. 10. cap. 16. in cap. 12. Job.





Maria Santisima, pone en brazos de S. Juan al Niño Jesus, para que le embuelva.

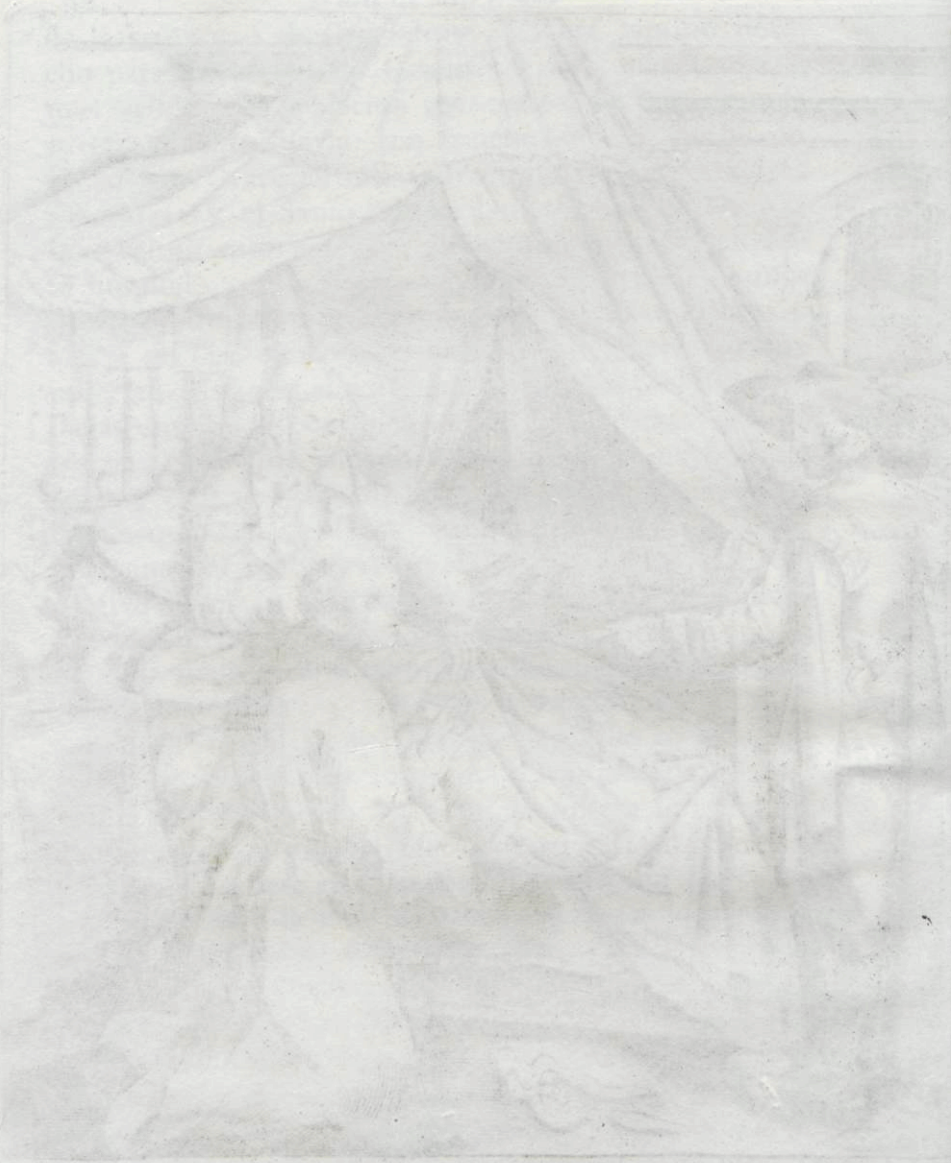
de celestiales dulzuras, se le apareció en forma visible la Señora, derramando resplandores, con su Santísimo Hijo desnudito en sus purísimos brazos, y en sus manos unos pañales mas blancos que la nieve. Llamó esta Reina soberana á nuestro Patriarca, diciéndole: *Llega, Juan, y recibe en tus manos á mi Hijo, y envuélvele con esos pañales para que aprendas á vestir y abrigar los pobres, y desnudos.* Cuanto mas han subido de punto las dichas del Patriarca glorioso San José, Esposo de María Santisima, se han contentado los devotos Autores con decir, que su capa sirvió al Niño Dios de pañales en la cueva del pesebre (1); mas no que el Santo le abrigase con ella: de otros Santos, que de María Santísima han ricibido la alta dignidad de ponerles en sus manos al Divino Niño, ninguno túvo la gloria de vestirle (2): se reservaba para *San Juan de Dios* esta excelencia. Recibió, pues, el Santo al Niño Dios desnudito; apretaba sus labios con su hermosura, bañado en lágrimas: tal vez acompañaba al anciano Simeon con el cántico, que cual místico cisne entonó en el Templo, al ver enriquecidas sus manos con tan preciosa joya (3) como la Magestad de Dios encarnado: envolviólo por fin; y reiterando bumilde besar sus plantas, le volvió á su Madre Santísima, que desapareció, dejándole el alma llena de espíritual gozo. Muy bien se hallaba *San Juan* en el Santuario de Guadalupe; mas pareciéndole que Dios le llamaba con apresuradas interiores voces para Granada, se despidió con la mayor ternura de María Santísima; y practicando con el Prior, y demas Religiosos lo que á la urbanidad corresponde, se salió

(1) Isolano. (2) S. Cayet. S. Felix de Cant. y otros. (3) C. Simeon. Luc. cap. 2.

de la santa casa de Guadalupe. No era camino derecho para la ciudad de Granada cruzar por Oropesa; mas siendo esta poblacion para su estimacion segunda patria, quiso visitarla: con mucho amor le recibieron los vecinos: ofreciéronle con el mas verdadero afecto sus casas; y el Santo, como tan amante de los pobres rehusó estos agasajos, sin admitir mas que el santo hospital, como propio alvergue. Allí pasó algunos dias con el destino regular de orar, añadiendo la asistencia de los enfermos de todas clases. Entre los que padecian bastantes dolores habia una muger llena de llagas envejecidas, é incurables, mayormente en una pierna, en la que padecia la probecilla el mayor quebranto. Ningun remedio le aprovechaba: los cirujanos la habian desahuciado: su nombre era Ana de la Torre, hermana del barbero de la villa. Compadecióse el caritativo *Juan*, y aquí se vió el *non plus* de su ardiente corazon. Determinó, ya que por entonces no curarla, á lo menos darla algun alivio: para esto escogió visitarla cada dia, y con la lengua chuparle la sangre, corrupcion y materia que en ellas se formaba, con lo cual quedaban limpias, y sentia la pobre doliente algun consuelo. Aunque la mísera le estimaba, como era razon, aquel efecto de su caridad, no juzgaba que sirviese para ponerse buena: con todo proseguia el Santo la curacion, á que asistia lo mas del pueblo, llenándose de horror y asco, y solia decir: *Hermanos, no alcanzamos la fortaleza de la caridad: no tuvo el Hijo de Dios asco de tomar sobre sí la hediondez de nuestras culpas, y la tendremos nosotros de la podre de nuestros hermanos. Si esto se hiciera con un perro, nadie lo estrañára. Yo aseguro que no se debe desechar esta y otras ocasiones semejantes.* ¡O caridad superlativa! Para esto es preciso tener la de san-



Sana S. Juan de Dios milagrosamente á una enferma, y la asiste con una Caridad notable.



ta Catalina de Sena, que se bebió una taza de podre (1); ó la de Santa Rosa de Lima, que hizo lo mismo; ó la de un Francisco Caracciolo, que limpió de este modo las materias de un leproso (2): ó la de *San Juan de Dios*, cuyo amor al próximo llegó á lo mas heróico. No respondieron á la exhortacion del Patriarca los circunstantes; solo en lugar de la respuesta miráronse unos á otros, y se esparcieron por la villa, publicando que aquel Varon, querido suyo, era de santidad especial. Reconocia la enferma notable mejoria de dia en dia, y el Santo iba multiplicando el remedio. Sirvióse, pues, su divina Magestad de dar á la enferma la mas perfecta salud, cediendo en aplauso y gloria de nuestro Santo. Se tropezaban los vecinos, sabida la maravilla, en ir á ver, así á la enferma ya sana, como al glorioso Padre; y como en otra ocasion las turbas (3), quedaban suspensas sin acertar á formar articulaciones. No pudo ni en esta ocasion lograr lucifer partido alguno, porque quedó sumergido en el pozo de la humildad mas profunda con la certeza de que aplausos vanos son mordeduras de la dipsa, que si no matan, hacen llagas, y es menester apartarlos, como lo hizo Santo Domingo de Guzman con los franceses tolosanos (4).

Para apartarse, pues, de este aire se salió de Oropesa, y divertido en santos pensamientos y reflexiones, llegó á Baeza, en donde estaba en la ocasion su padre, y maestro Juan de Avila. Hizo al punto cuanto le dió á entender Dios para gozar del agua clara de su doctrina, así ansioso, como desea la fuente el ciervo herido (5). Recibióle en su casa con aquel amor que

(1) Vid. de la Santa. (2) Vid. del esclar. Patr. (3) Marc. cap. 2.
(4) Vid. del Santo. (5) Psalm. 41.

suele engendrar el tener hijos, que lo dejáran de ser á no serlo para la gloria. Dióle cuenta de lo que le sucedió despues de la vista; lo que oido con agrado por el maestro, por verle tan aprovechado, no cesaba de darle á Dios todas las gracias. Los condiscípulos no solo admiraban tanta virtud, sino que recayese en un sugeto tan pobre, descalzo, y al parecer basto Estrañaban su vestído, que se reducia á un sayo blanco, que le dió el Prior de Guadalupe (*); pero en esto magnificaban á Dios, de donde desciende todo el cúmulo de maravillas, virtudes y demas bienes que reparte sin escasez á sus siervos. Singulares los habia comunicado Dios al santo Maestro Avila, y entre otros resplandecia el don de profecía. Con esta luz y penetrativo conocimiento de los rumbos y términos que lograria *San Juan de Dios*, fabricaba arsenales de armas en su pecho para que el Patriarca corriera la arena espiritual con valentia; y despues de haberle proveido de consejos, le dijo de esta manera: *Hermano Juan, cumplid con que diligente volvais á Granada, para donde os llamó Dios cuando le vísteis en figura de niño: su Magestad os encaminará en el modo que quiere ser servido; pero os vuelvo á amonestar lo que os tengo dicho. En órden al confesor que tomaréis en llegando á Granada, atendereis á que os debe dirigir de manera que sin su consejo no hagais cosa alguva de importancia: si acaso os pareciese que necesitais mi dictámen, me escribireis el asunto, y en cualquiera parte que me hallase, tendreis puntual respuesta segun el Padre de las Luces me ilumine.* Con esta doctrina, y de-

(*) *Sayo* se dice para que no entienda el lector que vistió el hábito de donado ó converso de la religion de San Gerónimo. Véase al Rmo. Parra y Cote en su libro: *Desempeño el mas honroso, &c.* impreso en Madrid año 1759.

cirle por última vez que convenia que diese la vuelta á Granada para vivir crucificado con Cristo, salió de Baeza, habiéndose despedido del santo Maestro Avila. Continuó en el camino prosiguiendo con los haces de leña para el sustento; y llegó á Granada para abrazarse con la cruz, sin que jamás hubiese concebido alguna repugnancia, ni aun aquella que tuvo lugar en el pecho del Apóstol Pedro para volver á Roma (1).

CAPÍTULO. VII.

Acaecimientos en la entrada de San Juan de Dios en Granada: celestiales favores que recibe: dá principio á la asistencia de los pobres: empieza la hospitalidad: baja á ayudarle el arcángel San Rafael: toma forma de hábito el Patriarca; y el renombre de Juan de Dios.

Como el demonio procura con mayor cuidado derribar las torres mas levantadas en santidad y virtud, ya porque estos le hacen mayor guerra; ya porque su soberbia le induce á no contentarse con triunfar como quiera, sino que fomente su loca presuncion la mayor victoria: motivo por el cual tentó con tanta astucia á San Antonio en el desierto (2); en la soledad á Benito; y segun se refiere en las vidas de los Padres (3), le vió el abad Arsenio descansando, y sin señas de tentar á nadie en la ciudad de Alejandría, al mismo tiempo que en el yermo una legion de estos infernales espíritus andaban con suma diligencia sobre su Monasterio para hacer caer á los penitentes anacoretas; procuró este descomunal enemigo disparar otro furioso

(1) Villeg. Flos Sanct. (2) Vid. de S. Ant. y San Benit. (3) Vit. Pat.

tiro contra la humildad de nuestro glorioso Santo. Como al tiempo de querer entrar en Granada llevase, segun costumbre, el haz de leña para su sustento: esto, que en los otros lugares habia practicado con facilidad, empezó á repugnarlo sin embargo de su descollada virtud. Habia llegado muy temprano, y le pareció no entrar entonces, discurriendo que era mejor al empezar á caer las sombras, y que no faltarian en aquel tiempo compradores. Adelantaba la dificultad contemplarse vestido con el saco que traia desde Guadalupe, enteramente ageno del ejercicio de leñador en que se ocupaba. La antigua persecucion de los truhanes y niños le ocupaba la imaginacion temiendo se renovase; y combatido de estos pensamientos en la puerta de los molinos se detuvo una noche y un dia. Tuvo contra sí esta batería, que levantó el demonio, hasta que como soldado veterano en la milicia de Cristo, rompió cuantos ejércitos de imaginaciones pretendian abrir brecha, añadiendo con este triunfo nuevos rayos á su prevenida corona. Entró, pues, en la ciudad entregando el haz de leña á una pobre viuda, por tan corto precio, que se redujo á una taza de potage de lentejas, porque no habia probado bocado en dia y medio; y entrada la noche, se recogió en la ermita de los Mártires (convento que es hoy de Carmelitas Descalzos), pasando la noche en santas meditaciones. Empezó á rayar la mañana; y siendo preciso entrar en la ciudad, le servia de aguijon la memoria de la tentacion antecedente; y avergonzado de haberle permitido la menor entrada, se despreciaba á sí propio, riñéndose; y en parte haciendo burla, hablaba consigo, y decia: *Señor don asnillo honrado, que tuvisteis vergüenza de entrar en la ciudad con el haz de leña, y no la tuvisteis de haber tantas veces ofendido á Dios,*

decidme: ¿tanto respeto teneis á los ojos de los hombres, y tan poco á los de Dios? ¿No considerais que anduvo este divino Señor por las calles públicas de Jerusalen, y salia por sus puertas con el haz de su cruz acuestas por vuestros pecados; y vos os avergonzais de entrar en Granada con el haz de leña de vuestro sustento? Pues en fé que si se os hizo dificultoso y agrio el vender ayer la leña en una calle particular, que hoy la vendereis en una plaza pública, adonde todos os vean y os traten segun mereceis. A esta humildad grande de tratarse cual otro Isacar de asno (1), pudiera decirse que no solo resplandecia esta virtud, que de las demas es fundamento, sino que habiendo dispuesto Dios que en lugar de este animal estólido supliese una oveja en sacrificio (2), por ser símbolo de la paciencia, fortaleza, sabiduría, vida apostólica (3) y salud que el pobre enfermo procura (4); fué aquel trato poner el epígrafe á todo el singular rumbo de la vida que empezaba. Al modo de un triste clamor desprendió su corazon para que palpitase, turbado del lugar que dió á la sugestion el Patriarca; y no solo se abatia hasta la mayor vileza, sino que se azotaba, gemia, y no hallaba penitencia que le pareciera bastante; y por esta razon tomó un medio ladrillo, sin duda para que como en aquel que de órden de Dios tomó Ezequiel, describiera la ciudad Santa (5). Cogiendo, pues, el medio ladrillo, con ademan valiente empezó á darse fieros golpes en el pecho, procurando que llevase el compas de aquella música triste el salmo lagrimoso de la penitencia del Profeta. ¿Quién dejará de advertir en este lance, que con los golpes del ladrillo

(1) Gen. cap. 49. (2) Exod. cap. 3. (3) Picin. ap. Robl. Or. S. (4) Pier. Val. Hier. lib. 12. (5) Ezeq. cap. 4.

se labraba un segundo doctor de la Iglesia San Gerónimo? Acabado, pues, este penoso ejercicio, oyó misa, rezó sus devociones, subió al monte, hizo su haz de leña: siguiendo su costumbre, cargóle acuestas, viniéndole tal vez á la memoria el paso de Isaac, cuando llevaba la leña para el sacrificio (1); y vuelto á la ciudad, empezó á sentir las mismas dificultades que el dia ántes. Tan léjos estuvo de disminuirle la corona este accidental contrapeso, que le sacó del Redentor mas perfecta copia. Temió el Señor en el huerto, y temió para darnos ejemplo de que en atropellar el temor de manera que no nos impida la obra, tiene sus creces el mérito (2). Así aconteció en el glorioso *San Juan de Dios*. Tomó intrépido su haz; y despreciando con valor inaudito los motivos del miedo, no quiso vender la leña en el camino, sino en la plaza pública de Viva-Rambla. En ella le descarga, sobre él se sienta, y con gran prontitud es conocido. Una cuadrilla de holgazanes y muchachos le rodea; y empezando á molestarle con ultrajes, risas y mofas, le hablan en estos términos: ¿Qué es esto, amigo *Juan*? ¿Qué os habeis hecho en tanto tiempo de ausencia? Cada dia haceis mudanza en vuestro modo de vida. Ayer mercader de libros, hoy leñador. ¿Cómo os trataron en el hospital los hermanitos enfermeros? ¿Teneis todavía el cuarto de arriba desocupado? Bien lo necesitais, que con eso quedais libre de alquilar posada. Quien haya leido las transformaciones del amor, dirá que no eran dicterios, sino alabanzas. En flor, dijo el Humanista, se convirtió Jacinto, Perseo en estrella, Dafne en laurel, Aegeria en fuente, Acis en rio, Celmo en diamante, Scila en peñasco; y hasta noventa

(1) Gen. c. 22. (2) Luc. c. 23.

y seis mudanzas numéra de los amantes (1). De esta imaginacion, ni las aras se vieron libres. De Venus decia que se convirtió en pez, de Diana en hiel, de Baco en cabra, de Júpiter en toro, en águila, en oro, en cisne, en fuego, en pastor y en serpiente; y si elevamos éstos, en verdad delirios, á cristianas piadosas reflexiones, el amor divino hizo que tambien contemplemos mudanzas en Cristo por la variedad de sus obras, de cazador, de pescador, de capitan, de pastor, de pintor y de custodio, segun la púrpura de Hugo (2). Con gran mansedumbre oia estas afrentas el Patriarca; y como si no le hiriesen ni en un hilo de la túnica que vestia, respondia con alegria y gracia de esta manera: *Hermanos, este es el juego de birlimbao, tres galeras y una nao, del cual, cuanto mas vereis menos aprendereis.* ¡Sapientísimo dicho por cierto! Si es verdad que quien ama juega, juego y juego mayor será el del amor divino (3). Que es juego la vida del humilde, tampoco falta quien lo asegura (4); y que jugó con los hombres la soberanía de Dios es verdad irrefragable (5). *Valentísimo caudillo:* no se puede negar á nuestro Santo el elógio; pues si para encarecer el valor de aquellos doce soldados que salieron á campal desafio en nombre de los ejércitos, se llamó juego su lucha (6); diciendo que fué juego la vida de *San Juan de Dios*, ¿qué mejor declaracion de su santo valor é intrepidez? Viendo los muchachos que hablaba concertado, y que no les daba las ocasiones que antecedentemente, le dejaron, y el Santo fué continuando por algunos dias su ejercicio de leñador, repartiendo el caudal que recogia, en alimentarse á sí y á cuantos

(1) Joan. Rav. text. tom. 2. Mut. (2) Hug. in Psalm. 9. (3) Berch. v. Ludus. (4) Alap. in Pent. cap. 44. (5) Prov c. 8. (6) 2. Reg. c. 2.

pobres alcanzaba, sin que dejase la oracion y demas espirituales ocupaciones, recogiéndose por la noche en la ermita de los Mártires.

Con este método de vida, en que ya se habia connaturalizado el Patriarca, proseguia; y una tarde, que despachó temprano con la venta de su leña, le llevó su devoto espíritu á la Iglesia Catedral, y á la Capilla de nuestra Señora del Sagrario. Venérase en este sitio un Simulacro tiernísimo de Cristo Crucificado con los de su Santísima Madre, y San Juan Evangelista á sus lados, segun se estila. Arrodillóse frente del altar con vivos sentimientos de servir á aquel Soberano Señor: suplicábale con las veras propias de sus ansias, que le ilustrára en tomar los caminos de su mayor agrado. Volvia los ojos á María Santísima, pidiéndola que por los dolores que traspasaron su corazon al pie de la Cuz, intercediese con su Santísimo Hijo, no olvidaba que San Juan Evangelista fue por antonomasia el querido del Señor (1), y que á su cuidado fió la prenda mas estimada su Madre purísima, y se valia de estos motivos para que le fuese medianero. En estos ruegos y deprecaciones pasó lo mas de la tarde; y sintiendo espiritual alborozo en su alma, llegó á confiar como seguramente, que su oracion habia sido oida en el supremo solio. Levantóse, pues, lleno de gozo; y al salir por la puerta, que está frente del Palacio Arzobispal, vió imaginariamente que la Reina Soberana de los Angeles María Santísima y San Juan Evangelista bajaban del Altar, y le ponian una corona de espinas en la cabeza, causándole un dolor tan sensible y verdadero, como que las espinas le pasaban las sienes, y le dijo la Señora:

(1) Joan. cap. 11.



Nuestra Señora, y S.n Juan Evangelista, coronan al S.to Patriarca con una Corona de Espinas.



Por espinas y trabajos, JUAN, quiere mi Hijo que merezcais mucho. Entonces vuelto el bendito Padre al Crucifijo, le habló así: *Trabajos y espinas venidos de vuestra mano, serán rosas y claveles para mí.* Una peregrina especie de espinas produce naturaleza, refiere Ateneo, que por sus agudas puntas brotan coronas de flores (1): y añade San Gregorio Turonense, que la mayor parte de las espinas que coronaron al Redentor, se han visto florecer (2). De las espinas de juncos, escribe Burgravio, que cebadas con sangre humana, despiden clarísimas luces (3). De las puntas del cambron notó Bercorio, que además producen llamas (4); y que de una y otra planta se compuso la de Cristo es opinion muy corriente (5). Coronado de espinas se admira *Juan de Dios* de mano de María Santísima, y San Juan Evangelista, como retratando la corona de Jesus, cuando suplica luz, y conocimiento del camino que á su Magestad mas agrade; y al ponerle la corona logra la ilustracion mas clara, y el incendio amoroso se acrecienta. Apénas acabó estas palabras el Santo, cuando desapareció aquel objeto. Referir las gracias que dió el Patriarca á Dios, á María Santísima, y á San Juan Evagelista, fuera por demas: el mas rudo podrá hacerse cargo. De la Iglesia se salió el Patriarca favorecido con una merced tan grande: echó por la calle que llaman de Lucena, y á poco reparó que en una casa estaba puesta una cédula: leyóla, y vió que decia: *Esta casa se alquila para pobres.* Atractivo imán para entrar en ella el excelso Padre fue el nombre de

(1) Aten. ap. Ceij. Coron. Imper. (2) Greg. Tur. ap. idem.
(3) Burg. ap. Joan. Jonst. Thav. (4) Berch. reduc. cap. 136.
(5) Vid. Ceijas cit.

pobres. Registró con cuidado su capacidad una vez y otra; y visto que era bastante para poner algunas camas, sin libertad casi le vino al pensamiento alquilarla para recoger pobres y enfermos, de los que sin tener amparo, ni abrigo andaban trabajosamente por las calles. Acordóse del favor de María Santísima cuando le puso en los brazos á su Santísimo Hijo para que le vistiese, y de otros muchos favores celestiales, que como lenguas le habian vaticinado, y persuadido tan heroicas empresas. Con tanta bizarría y deseo abrazó el pensamiento, que sin dificultar en los medios puso la mano en el lógro de un fin, que fluctuaba entre mil dificultades. Alquiló, pues, la casa, dispuso hacerla hospital, idcó la enfermería, empezó á buscar camas. y todo esto fiado no mas que en la Providencia Divina, como si ya tuviera cuanto era preciso para el intento. Con este ánimo, lleno de confianza se fue por la Ciudad en busca de limosnas, para salir del primer empeño, que era del alquiler de la casa, y de colocar algunas camas. Correspondió á la esperanza el efecto, porque con las aldabadas que dió el Provisor Universal á las puertas del corazon de uno de los Capellanes Reales, se vió con la primera limosna de trescientos y doce reales; y con estos, y otros que sacó de la piedad de algunos fieles, puso en la nueva enfermería cuarenta y seis camas pobres, y poco blandas, por no tener cada una sino una estera, dos mantas, una almohada, y sobre ella una cruz, sin duda para que se acordasen los enfermos de la cama tan dura, en que murió por nosotros el Redentor del Género humano. Ya vemos la primera planta, sobre cuyo cimiento habia de descollar una Religion tan grande, así en utilidad, como en extension, que penetraria, dando maravillosos frutos, to-

dos los anchos ámbitos del Orbe. En esta casa se repitió aquella piscina de Jerusalen, cuyos pórticos ocupaban enfermos de toda especie de mal (1): el tullido, que padeciendo como hombre, la dolencia le pone inmovil tronco: el hidrópico, que degenerando de su sexô, espera hinchado ser parto de la muerte: el asquerosamente llagado, del cual ya los gusanos tomaron posesion antes del sepulcro: los que con la cabeza podrida afean la porcion mas noble de su cuerpo, hecho esqueleto con alma: el incurable, que á fuerza de su dolencia burla de Hipócrates la medicina: el ciego, que tropezando por la calle, padece la infelicidad de la arrastrada culebra: los mudos, que desbaratando los rumbos regulares, no tienen mas lengua que las manos: los sordos, cuya tristeza les consume hasta los huesos, fiscales de sí mismos: acabo con los leprosos, paralíticos, frenéticos, pues á todos se estendia la caridad del gloriosísimo Padre. A buscar, pues, de toda especie de estos pobres enfermos salió nuestro Santo por las calles, consolando, alimentando, socorriendo, y remediando. Los llevaba á la casa y hospital, cargándolos sobre sus hombros; y ninguno se escondia de los rayos de aquel encendido cuanto benéfico sol (2), como Padre, Médico, y Maestro nniversal (3). Llenáronse las salas, ocupáronse las camas de esta especie de míseros, unos medio vivos, otros casi muertos: los gemidos y los suspiros rasgaban al paso que los aires, los corazones: no se contentaba *Juan* con ser uno: muchos se quiso hacer, como le pareció que era al Maestro Avila la primera vez que le tuvo presente (4). Imitando,

(1) Joan. cap. 5. (2) Psalm. 18. cap. 17. (3) Macrob. lib. Satnrn. cap. 17. (4) Vid. del Maest. Avila.

ó á aquel hombre del Hospital de Emaús, que siendo uno, era plural, segun afirman Sigiberto y S. Agustin (1); ó verificando aquel lema, que puso un discreto para explicar la llama mas amante, que fue juntar la multiplicidad con la unidad y la letra: *Uno muchos* (2). Con esta ansia acudia á los enfermos de casa, y corriendo buscaba al que habia quedado fuera. En todas partes se hallaba para el socorro del necesitado, repartia su amor, y alcanzaba á todos sin llegarse á agotar; no descansaba de dia, ni dormia por la noche: entregábase los ratos que le daba el tiempo á la armería de la oracion, en la cual cobraba fuerzas mejor que Anteon al abrazarse con la tierra, segun fingieron los Poetas (3). Pudo por fin tanto, que compuso las camas de los enfermos con colchones y sábanas: colocó una cruz en la puerta de la casa, como blason de su nobleza: repartió los enfermos en salas distintas, segun la diversidad de dolencias; y se admiró ya un hospital en forma, tomando desde allí mas levantado rumbo.

Como la caridad es la reina de las virtudes, ningun atributo le falta: ofrece el don de profecía, comunica el obrar milagros, es madre de la paz y concordia, fuente de sabiduría, y vida angélica, dice san Juan Climaco (4). Bastaba para conocer esta verdad, tener presente la de *san Juan de Dios*. Aunque tenia la casa, las camas, las alhajas y los pobres, carecia de medios para alimentarlos y asistirlos; pero no le merecia esta falta cuidado alguno, teniendo de su parte la providencia Divina. Distribuyó en cada sala las camas, que se iban aumentando por instantes, en dos

(1) Sigib. in Cron. (2) Celad. de Bened. Pat. y Tamay. Mart. die 8. Martii. Aug. de Gib. lib. 10. c. 5. (3) Teat. de los Dioses. p. 2. cap. 17. lib. 2. (4) Juan Clim.

lineas, no muy apartadas, ni muy juntas para la mayor facilidad del paso á asistir los enfermos. Estos cogian ya todo el hospital, y sin embarazarse salia por las calles, y llevaba á cuantos encontraba, acariciándolos. Era cosa de ver, que segun se aumentaban los pobres, crecian al parecer las salas; y al paso que su corazon se dilataba, se ensanchaba igualmente aquella piadosa fábrica. Así bizarreaba su caridad ardiente; y lo primero que con cada enfermo hacia al llegar al nuevo Hospital, era lavarle los pies, limpiárselos, y besarlos con mucho cariño y humildad: luego les exhortaba con suavidad y eficacia á que se confesasen, poniéndoles á la vista cuánto importa la salud del alma, y que las enfermedades son reliquias de la primera culpa. Les ponderaba la pasion y muerte de Cristo, que fué tan amarga, porque quiso el amor divino redimirnos de la esclavitud del demonio. Convencidos ya, y enternecidos, salia sin la menor demora por un confesor; y en llegando con él, proseguia diciendo: *Hermanos, aquí teneis el médico del alma, que importa sin comparacion mas que el del cuerpo: curad esta ahora, que para el cuerpo no faltará remedio: confianza, pues, en el Señor, que nos dará cuanto fuese menester.* Confesados, procuraba que les aplicasen las medicinas del cuerpo, les mudaba ropa, componia la cama, les metia en ella; y pasando á la curacion, quedaban todos con un consuelo y gozo especial. Así se acreditaba la caridad del Patriarca; pero como son pésimos algunos hombres, y tan contrarios á lo bueno, como que hasta contra el sol han echado maldiciones, y disparado polvo y piedras todas las mañanas (1), juzgando, ó destruir sus luces, ó cuan-

(1) Abul. ad c. 1. Gen. Garam.

do no, ofuscar sus resplandores, no faltaron lenguas malditas, que murmuraron de estos heroicos ejercicios. Refiere Amiano Marcelino que en presencia de Julio Cesar acusaron á un caballero. Negaba éste, como inocente que era. Apurado el fiscal, dijo: César invicto, ¿quién habrá culpado, si el negar basta? respondió el Cesar: Y si el acusar sirve, ¿quién habrá bueno (1)? Empezaron, pues, á acusarlos de desatinos, de atentados, de locuras. Valíanse para fundarse de la cortedad de medios, de la estrechez de las salas, de los vapores, que arrojados de tantas enfermedades distintas, bastaban para producir contagiosas epidémias. Esforzaban esto con haber visto al Patriarca con demostraciones de loco por las calles: publicaban con la mayor malicia por toda la ciudad estos dicterios, y de ellos se valia el demonio para estorbar las limosnas. Hasta los mismos pobres favorecidos estaban teñidos de semejantes maldades; y como, atendiendo á lo que penetran los ojos materiales, tenian fuerza los motivos, iba cundiendo la diminucion de las limosnas. ¿Qué otra cosa puede avivar esta empresa tan gigante en un hombre medio desnudo, decian, descalzo, sin capa, sin sombrero, y cargado con un esportillo, ó capacha, sino una declarada locura, ó frenesí, bastantemente exaltado? Alquilar una casa grande, poner cuarenta y seis camas en ella, traer á cuantos impedidos encuentra para curarlos, dar de comer á una multitud de gentes tan numerosa, como el conjunto que para todo esto es preciso, y sin hacer caso de embarazos, procurar el aumento cada dia: ¿qué otro impulso puede tener sino un delirio, un desvarío? Mas como estos ojos que así miran, son mas que de hom-

(1) Vid. Amian. Marc.

bre instruido en la fé, de torpe buho, ó de nocturna ave, que solo pueden percibir cuando la luz, ó es debil ó llega á flaquear; corta mella pudo producir en los corazones á quienes animaba la luz de la fé en un auge superior. Por este motivo, aunque fueron á dar querella al Arzobispo de Granada, y Presidente de la Real Chancillería, tan lejos hallaron su patrocinio, que informado de la asistencia, y singular cuidado que en el hospital se guardaba, favoreció desde entonces la santa empresa, y casa con generosa liberalidad, dando ejemplo. Proseguia cada dia el Patriarca en este glorioso ejercicio, tomando ejemplo de Cristo nuestro bien, que para dar limosna no escaseaba manifestar su poder, aunque fuese á costa de maravillas. A cinco mil personas, sin contar mugeres y niños, que no serian menos, mantuvo de limosna con solos cinco panes de cebada y dos peces; y quedando satisfechos, llenaron doce canastas de las sobras (1): con siete panes y unos pececillos dió de comer en otra ocasion á cuatro mil, escribe san Lucas; y habiendo comido lo bastante todos, y llevado para otro dia las faltriqueras, mangas y senos llenos, se recogieron ademas siete espuertas de los desperdicios (2). Repartidas tenia el ínclito Padre las horas para pedir por las calles: á prima noche salia con un grande esporton en los hombros, y dos ollas en las manos; y discurriendo por toda la ciudad, decia con voz alta y lastimosa: *Hermanos, haced bien para vosotros mismos.* Como la hora era de quietud, y por consiguiente grande el silencio, penetraban estas voces, no solamente los oidos, sino tambien los corazones. Iba entrando mas la noche, y al paso que mas caian las sombras, causaban efecto mayor en los pechos cristia-

(1) Joan. cap. 6. (2) Marc. cap. 8.

nos. Salian por las puertas y ventanas los vecinos de la ciudad, y enternecidos de ver y oir un objeto tan triste, como un hombre en aquel trage, y aparato para llevar limosna, no pidiendo para sí, sino para ellos mismos, todos le daban, á que correspondia con humildes gracias y rendimientos. Sin duda merecia la peticion del Santo otra pluma, para ponderar las penetrantes palabras de aquella encendida saeta. ¿Para los mismos que la hacen es provechosa la limosna? Sí por cierto: porque de un golpe socorre á varios, al pobre remedia la urgencia del cuerpo, y al que la dá apaga la culpa, como el agua al fuego (1). Es la mano del pobre el cepillo ó gaveta en donde guarda S. M. la limosna que se hace al mendigo, dijo el Crisólogo, y allí se tiene segura para el dia de la mayor urgencia (2): es una sagrada usura, escribió el mismo Pico de Oro (3), en la cual es corta ganancia ciento por uno, pues se da por una blanca un reino, por un poco de tierra un cielo, y por nada un todo.

Acreditó esta verdad un raro caso que sucedió. Una señora, verdadera viuda, como debe ser, segun san Pablo (4), y tan virtuosa, que merece inmortal elogio, segun el Espíritu Santo dice de la Muger fuerte (5); razon por la cual es preciso decir el nombre (doña Juana de Fusteros se llamaba), tenia un hijo, que con los ardores de joven, y pensamientos algo altos quiso hacer fortuna siguiendo la carrera de las armas. Acostumbraba esta heroína (que así la puede rotular el clarin de la fama) dar limosna á nuestro santo Patriarca todos los dias, y con tan santo teson, que nunca habia de volverse de vacío. Llegó,

(1) Eccles. cap. 3. (2) Cris. serm. 8. (3) Cris. cit.
(4) 1. ad Tim. cap. 5. (5) Prov. cap. 31. & Tirin. ibid.

pues, el tiempo de tomar su hijo el uniforme de la milicia, y para este efecto pasó á la Italia, empezando á servir en las banderas de Cárlos V, Emperador invencible. Experimentando que la fortuna le miraba con rostro nada afable, cansóse de la fatiga, y con algun motivo resolvió volver á España. En este tiempo acaeció, que continuando su piadosa madre con las diarias limosnas á nuestro Santo, hallóse un dia tan falta, que no tenia que darle. ¡Fuerte congoja era para un corazon tan dadivoso! Mandó á las criadas que escudriñasen las despensas; y al cabo volvieron á su Señora diciendo, que á un puñado de sal se reducia lo que habia. Pues dadle por Dios esa sal (les dijo) para que no se vaya sin limosna. Pasemos desde aquí al hijo, que ya caminaba á España. Pobre se hallaba el mozo, sin que pudiese apelar á otro medio para la vuelta que pedir limosna por los lugares que encontraba. Cierto dia llegó á un lugar, y pidiendo su limosna, no halló socorro alguno; solo al fin pidiendo en casa de una muger pobre, le dió lo que tenia, que era un puñado de sal. Ya, aunque con estos y otros trabajos llegó á Granada, y su madre le recibió con grande amor y ternura. Informóla el hijo de cuantos sucesos acompañaron su ida y vuelta: de la limosna que habia sido preciso pedir por la necesidad en que se hallaba; y como una muger le habia dado un puñado de sal, que fue la única casa que en aquel pueblo le socorrió. Empezó la madre como á estrañar la novedad, y preguntóle: Pues hijo mio, ¿tienes presente el dia en que te la dió? Acordóse puntualmente, y vieron ser el mismo en que la madre socorrió con el poquito de sal al glorioso *san Juan*; y con esto se llegó á inferir, que todas las limosnas que daba al Santo aquella señora, se las daba el Se-

ñor á su hijo cuando necesitado y pobre en el camino; verificándose la peticion del Santo: *Hermanos, haced bien para vosotros mismos.* ¡Que doctrina tan uniforme con la de Cristo! Limosna teneis que dar, les dijo á sus discípulos (1); pero juntamente hareis sacos *para vosotros mismos*: no para mí, esplica la púrpura de Hugo (2); como que para solos ellos era el interes, la utilidad y provecho en pluma del docto Silveira (3). Sacos, ó costales han de ser, no bolsillos, notó el Damiano (4); porque cuanto va de lo mucho que el costal coge, á lo poco que en el bolsillo cabe, tanto es el esceso de lo que el limosnero grangea, en comparacion de lo que distribuye. Por eso curiosas plumas á una piedra llamada *enidros* comparan los limosneros; porque segun observó san Isidoro destila continuamente agua, como si en el corazon tuviese una fuente perene, sin que le sirva de diminucion, sino de aumento (5). Divulgóse esto por la ciudad, y entonces entendieron la cláusula enigmática con que el Santo les pedia. Aumentóse la fama de la santidad del glorioso Patriarca, y de la utilidad de su piadoso y caritativo intento, al mismo tiempo que celebraron á aquella santa señora, ó por muger semejante á la otra viuda de Sarepta (6), ó á la pobrecita, tambien viuda, que ofreció al Templo el maravedí ó blanca (7). Con esta maravilla, pues, los ciudadanos de Granada iban entrando en aficion á la santa casa, y procuraban instruirse del método que el ínclito *Juan de Dios* observaba en asistir á los pobres enfermos del Hospital, sin faltar á los ejercicios de afuera, ni

(1) Luc. c. 12. (2) Hug. in Luc. c. cit. (3) Silv. tom. 6. in Evang. in addit. ad cap. 12 Luc. (4) Pet. Dam. op. 9. cap. 11. & serm. 21. (5) D. Isid. lib. 16. Etim. Vid. Vinc. Belvac. (6) 3. Reg. cap. 17. (7) Marc. 12.

á los pobrecitos vergonzantes, que le daban mucha lástima. Repartia las horas del dia con tanto acierto, que en esto se conocia que obraba la soberana mano. Muy de mañana se levantaba, despues de haber empleado en oracion la mayor parte de la noche: visitaba los enfermos, ejercitaba los oficios mas humildes, barria las salas y componia las camas. Despues prevenia los jaraves, segun las horas: esperaba al médico y cirujano, escribia lo que ordenaban, se bajaba á la cocina, ponia la olla, la dejaba con bastante lumbre, iba á la botica por las medicinas, volvia con ellas, daba vuelta á las enfermerías, cuidaba de las ollas, subiendo mientras cocian á repartir á los dolientes el desayuno. Llegaba la hora, y ministraba la comida con amor, con limpieza, con aseo, y tan singular gracia, que por ella se animaban á tomar sustento aun aquellos que les repugnaba el estómago. En acabando los pobres, comia el Santo de las sobras; pero tan poco, que podia dudarse si bastaba para conservar la vida. Empezaba despues á fregar los platos y vasijas con el mayor cuidado, y ya entendia en poner la cena: recorria las camas, visitaba los enfermos; y mientras dormian la siesta salia á pedir limosnas de los particulares. Volvia á la hora señalada por el médico y cirujano, acompañábalos á la visita de las salas, escribia sus mandados, traia los remedios, hacia las camas, y repartia las cenas. Habiendo cenado encendia las lámparas, cogia su esportillo y las ollas, y iba á recoger las ordinarias limosnas. Volvíase con ellas: recogíase á su oracion: dormia casi nada: en dispertando repetia el espiritual ejercicio; y al romper el lucero de la mañana continuaba como el dia de antes su ejercicio. Al sol, por estar en todos los parages influyendo, le pintó la antigüedad con cien ma-

nos (1): á Briareo le atribuyeron cien brazos (2): todo es poco para dar á entender que desempeñaba tantos ministerios un hombre solo.

Asistian al santo Hospital de *Juan* varios Capellanes Reales y el Cura del Sagrario, para que los enfermos tuvieran todo consuelo, no solo con la administracion de los santos Sacramentos, sino con sus suaves amonestaciones. Llegó por este conducto á noticia del Ilustrísimo Señor Arzobispo de aquella santa Iglesia don Gaspar Dávalos, varon en todo grande; y formando así del Hospital como de nuestro Patriarca el merecido concepto, espendió largas limosnas, hasta trasladar el Hospital para mejorarle á la calle de los Gomeles. No hay eficacia para el súbdito, como la que en el prelado, príncipe ó superior se advierte. Lo que en un particular ni atencion merece, en el Príncipe es blanco, que de todos se advierte. De Scipion notaron que roncaba cuando dormia: de Pompeyo que solo con un dedo se rascaba: de Simónides que hablaba muy alto: de Pannículo que escupia mucho: de Caton que comia á dos carrillos: de Anibal que iba desabrochado (3). Siendo el Obispo Príncipe, y Príncipe de la Iglesia, cuyas costumbres han de ser como rayos brillantes, ¿cómo podrá disimularlas la advertencia? Al ver que los Apóstoles acomodaban su capas sobre un bruto para mayor decencia de la Magestad de Cristo en la entrada de Jerusalen, los ciudadanos tendieron tambien las suyas por los suelos; sirviendo tanto el egemplo de aquellos á quienes Dios escogió para las primeras Mitras, que los que no tenian capas adornaron las calles con ramas de árboles (4). He-

(1) Pier. Val. Hier. c. de Man. vid. Teat. (2) Teatr. de los Dios. p. 1. (3) Torr. Philos. Mor. cap. 15. (4) Matt. c. 21. Vid. Dion. Cartus. & Cajet. ad cit. cap.

cho cargo de esta verdad aquel venerabilísimo Arzobispo, y que en letra de san Juan Crisóstomo por su dignidad no era mas que un mayordomo ó despensero de los pobres (1), hizo que sirviese su generosa mano de brillante egemplo; y con esto siguieron los Prebendados y feligreses dando copiosas limosmas para el fin santo. Mucha en extremo era la fatiga de *Juan*, cumpliendo exactamente con aquellas ocupaciones, de que tal vez no fueran capaces muchos hombres; mas como al amor todo le parece poco, le parecia que faltaba en la asistencia. A nadie se atrevia el santo Padre á suplicar que le ayudase, porque su profunda humildad servia de rémora para llegar, con el fin de que no tuviera ocasion para desvanecerse: con que de este modo encogido y sin valor para dar este temido paso continuaba su egercicio, sin hacer caso de la debil naturaleza. Mas, ó ¡Dios infinito! Aquel Señor que recibe á los hombres por coadjutores en el negocio altísimo, y sumamente importante de la salud de las almas, suele enviar Angeles que sirvan para conseguir los fines á que no llegan sus facultades. Un Angel envió á Agar para enseñarle una fuente en el desierto (2): tres llegaron á Abraham para darle un feliz anuncio (3): uno apareció á Jacob para que aprendiera el modo de nacer las ovejuelas manchadas (4), otros muchos le manifestaron el modo de caminar hasta el cielo (5): á Moysés un Angel se le hizo encontradizo, para reprenderle cuando omiso (6): otro al pueblo de Israel para dirigir su viage (7): dos se presentaron á Loth, el uno para libertarle del fuego, el otro para ejecutar cierto castigo (8): Angeles

(1) Joan. Chris. Apos. Pau. ad Tit. (2) Gen. c. 21. (3) Gen. c. 18. (4) Gen. cap. 31. (5) Gen. cap. 28. (6) Exod. c. 4. (7) Exod. c. 14. (8) Gen. cap. 19.

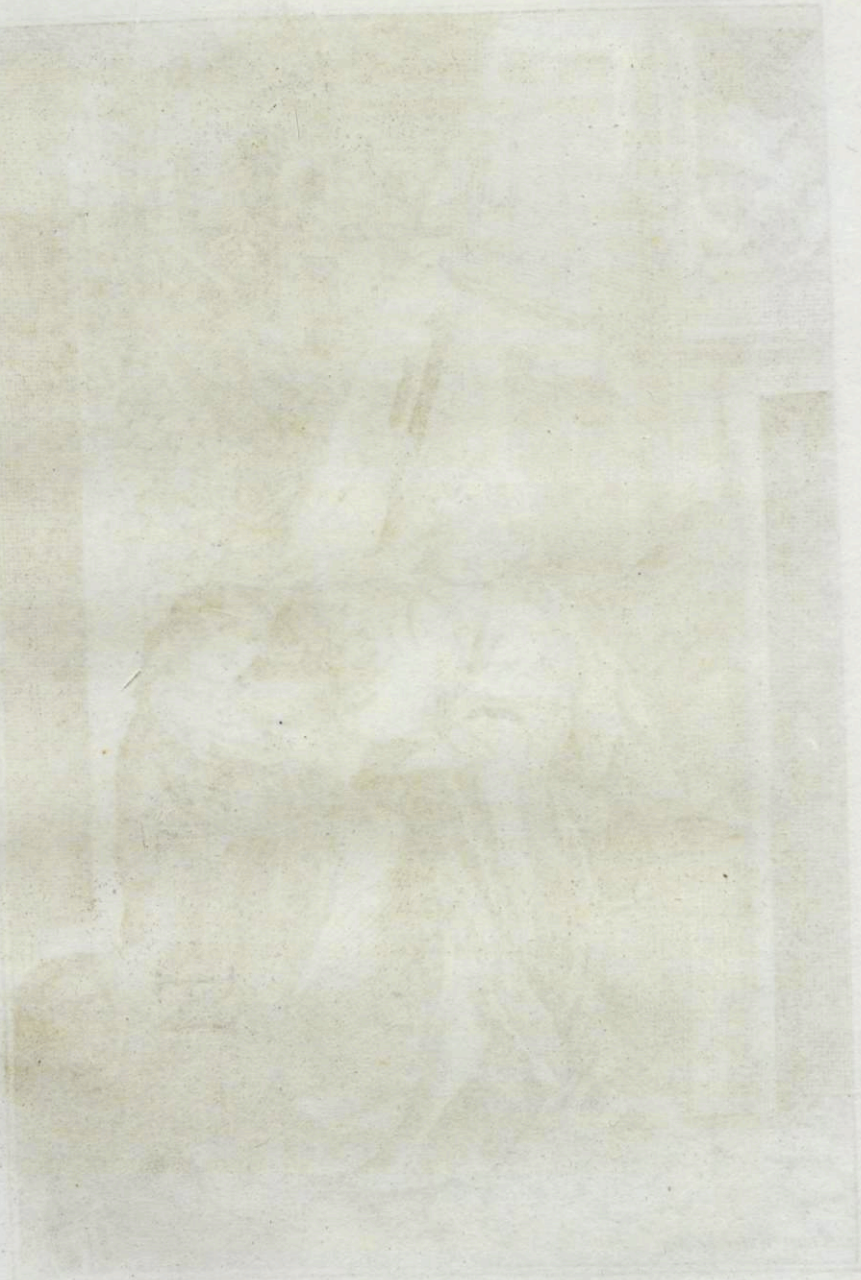
fueron los que al Propiciatorio daban decentísimo abrigo (1): á Balaan un Angel hizo que detuviera el paso (2): por fin á Elías un Angel le socorrió con el sustento (3): á Daniel el propio favor se le hizo (4): á Eliseo le sirvieron de defensa: á Josue, á Manue, á Isaías, á Ezequías (5), á los tres Niños del horno, al Sumo Sacerdote, á Zacarías, á los Macabeos, á Cristo, á María Santísima, á los enfermos de la Piscina, á los Apóstoles, á las Marías, á inumerables; mas últimamente al santo Tobías el mozo, como el mas principal para mi intento, no un Angel como quiera, sino el Arcangel san Rafael se le hizo compañero, para acreditarse en todo bienhechor suyo (6): con que ¡cómo le habia de faltar al gloriosísimo Patriarca *san Juan de Dios* este singular favor del Altísimo! Bajó, pues, con repeticion de veces el Arcangel san Rafael, cuyo nombre se interpreta *Medicina de Dios* (7), á ayudarle y favorecerle en sus caritativos ejercicios. Una noche carecia el Santo de agua de la fuente para la necesaria limpieza de las enfermerías, fué forzoso llegarse en persona á la plaza de Viva-Rambla, que está distante: dos cántaros llevó para traerla; y al volver con ella á buen paso para hacer las camas, fregar los platos, componer las lámparas y otras haciendas, lo halló todo compuesto, limpio y aderezado. Hízole novedad al Patriarca, por ser la hora intempestiva para entrar otra persona. Preguntó á los enfermos, ¿que quién habia andado en tanto aseo? Y respondieron que él mismo. Replicó el Santo, ¿que cómo pudo hacerlo, si acababa de llegar en aquel punto? Porfiaron entonces, que nadie habia entrado,

(1) Exod. c. 25. (2) Num. c. 22. (3) 3. Reg. c. 19. (4) Dan. c. 3. (5) 4. Reg. c. 19. (6) Tob. c. 12. (7) Greg. hom. 34. in Ev.

y que habian visto que él lo hacia. Ya por fin con muy alegre y risueño semblante oyeron que terminó el Patriarca la disputa diciendo: *En verdad, hermanos, que el Señor quiere mucho á sus pobres, pues desde el cielo envia Angeles que los sirvan.* Es cierto, que por este dicho no consta que fuese el Angel enviado san Rafael; pero por haberse este soberano Arcangel manifestado en otros semejantes sucesos al Patriarca, como por ser mas propio aquel ministerio, no queda arbitrio ni para la sospecha. Como corrió la voz de que los Angeles bajaban á cuidar de los enfermos para descansar á *san Juan*, fueron muchos los ciudadanos que se ofrecieron para acompañarle en aquellos caritativos ejercicios. Determinóse el Patriarca á impulso de sus ruegos á escoger algunos pocos, y fueron solo aquellos que le parecieron precisos para desahogar un tanto sus muchos afanes, con la principal mira de la mas cómoda asistencia de los pobres. Con gusto debió de volver el Paraninfo al cielo por haber descansado en parte al Patriarca; y el gusto debió de ser tanto que continuó en asistirle y ayudarle en las faenas. Del Zacatin (es una calle principal) salia una noche cargado con el esportillo ó capacha, y las ollas, lleno todo de las limosnas recogidas, y al doblar de una esquina oyó voces tristes y lastimosas de un pobrecito, que llenaba las sombras de quejas. Llegóse á él cargado como estaba, y preguntóle el motivo. Respondióle el pobre, que era verse traspasado de frio, estar lloviendo, no tener reparo para cosa alguna, ni haber quien se compadeciese, dándole siquiera un despreciado rincon de la casa para aquella noche. Enternecióse el corazon del Patriarca, y tal vez acompañado del llanto, le dijo: *Ea, hermano, buen ánimo, y no os desconsoleis: venios conmigo á nues-*

tro Hospital, que allí pasareis la noche, sin tantas descomodidades. Conocióle el pobre; y mirándole la cara, le pareció (segun despues dijo) como á los que miraban al Proto-Martir Esteban entre las piedras (1), de un Angel en la hermosura. Empezó nuestro *Juan* á darle la mano para que se levantase, y dijo el pobre que no era capaz de caminar por su pie. El Santo le respondió: Pues no nos desconcertaremos por eso: dos hombros tengo para llevaros: de modo lo compuso su amor, que todo el peso de la limosna cargó sobre un hombro, y al pobre sobre el otro lo mejor que pudo. Así empezó á caminar para su Hospital, gustando mucho del peso de aquella carga. Si esto viera el Profeta Sofonías, escasa le pareceria su profecía, cuando previno que los fieles con un hombro servirian á la Magestad Suprema (2). Como el Santo estaba tan mortificado de ayunos, vigilias, continuas fatigas, y tantas penalidades, flaquearon las fuerzas del cuerpo en mitad del camino. A la entrada de la calle de los Gomeles llegaba, cuando llegó á rendirse, y caer en el suelo con todo el peso. Igualóse en esta desgracia la pena con el anterior gusto de arrimar el hombro para la carga del pobre. Con sumo amor le preguntaba á este (sin atenderse á sí mismo) si se habia lastimado? ¿Si habia recibido algun golpe? Respondió el pobrecito que no; mas enojándose santamente, reñia á su cuerpo como á mortal enemigo: *¿Asno vestido* (decia) *acaso no habeis comido? ¿Pues cómo no podeis con la carga? Yo os trataré como mereceis, para que no seais poltron, que es de poltrones el comer y no trabajar.* Oía todas estas voces desde una casa cierta persona devota; y lle-

(1) Act. cap. 6. (2) Sophon. cap. 3.





En una Calle, se cáe S. Juan de Dios con un Pobre á cuestas, y S. Rafael le socorre.

vada de la curiosidad, salió queditamente á la ventana para ver el fin del caso. Mirando estaba con atencion, cuando advirtió, que pretendiendo el esclarecido Padre cargarse segunda vez el pobre con las limosnas, y dando suspiros, por parecerle sus fuerzas cortas, se llegó á él un hombre de buen talle y porte, el cual ayudándole á cargar todo el peso, le tomó por la mano, como en ademan de acompañarle, y le dijo: *Hermano Juan, Dios me envia á que te ayude en tu ejercicio, y ministerio; y para que sepas lo mucho que agrada á sus divinos ojos, entiende que cuanto haces por él, lo tengo á mi cargo para escribirlo en un libro.* Díjole entonces el Patriarca con su santa ingenuidad y sencillez: *Todo lo bueno es de Dios, hermano; pero quisiera que digais ¿quién sois? Yo soy* (le respondió lleno de resplandores) *el Arcangel Rafaél, uno de los que asisten delante de Dios, quien me ha mandado que sea tu guarda y compañero, como tambien de todos tus hermanos;* y diciendo estas palabras, se desapareció. Confuso quedó el Santo; pero consolado, y con nueva fortaleza caminó con la gustosa carga, que llevó á su Hospital para regalo del pobre.

Aunque iba distinguiéndose el Patriarca hospitalero entre los virtuosos y esclarecidos sugetos de la Iglesia nuestra Madre, por lo singular de su continuo ejercicio y asistencia; pero no así por el vestido que llevaba, y era aquella túnica blanca, que le dieron en el Santuario de Guadalupe, con la cual entró en el hospital de la ciudad de Granada. Como la compasion del Santo fue en tal extremo, que trocaba el vestido suyo menos malo, con el peor de cualquier otro pobre, encontró un dia con uno tan desnudo, que habiéndole dado el propio, no le sirvió el ageno para

nada. Precision fue esta para cubrirse y abrigarse, en lugar de vestido con una manta ó frada, hasta que los devotos le dieron uno de limosna. No le duró mucho tiempo este, porque encontrando otro tan miserable, que pudiera correrse de asqueroso y malo el pobre que le traía, igualmente le dió el suyo el bendito Padre, abrigándose, ó descubriéndose con el del pobre, de manera que se le veían todas las carnes. Ocurrió, pues, que andando tan destrozado, entró en casa del Presidente (que lo era en aquella ocasion el Ilustrísimo Señor Doctor Don Sebastian Ramirez de Fuenleal, Arzobispo-Obispo de Tuy, cuyos méritos para con Dios y los hombres quedan escritos, no solo en los corazones de los hijos de *san Juan de Dios* en la tierra, sino en el azul, y terso libro de los cielos) á pedir limosna, segun costumbre: el Arzobispo, que tenia formado de su virtud el concepto mas alto, estrañó mucho verle tan sumamente roto, y que los andrajos que llevaba oliesen tan mal, como que apestaban de puro sucios. Preguntóle el Presidente, ¿qué cómo vestía de aquel modo? El Santo le respondió la verdad: los criados le refirieron lo que con los pobres practicaba, de cuyas resultas determinó el devotísimo Arzobispo Presidente hacerle un vestido, que al paso que se distinguiese de todos, por lo mismo no pudiese trocarle con otro, y fuese con la decencia que merecia un varon por sus virtudes tan recomendable; así se puso por obra. Mandó traer un poco de jerga blanca, y parda, y que se cortase un hábito decente: desnudóse el vestido asqueroso, y roto; y habiéndose puesto uno interior, cortado de la jerga misma, entróse el Presidente en su Oratorio, y por sus manos vistió al Patriarca el hábito, ciñéndole con una correa, y de este modo anduvo el Santo hasta llevarle



Recibe S. Juan de Dios el Habito, y se confirma en el nombre que el Niño Jesus le puso



Dios al descanso eterno. A cualquiera le parecerá que el vestir al glorioso Santo con este vestido decente y pobre, fue como armarle caballero, poniendole celada, peto, y lanza, con todas las piezas correspondientes para salir con mas valor al campo contra sus declarados enemigos; ajustado parecer, y muy cristiano. Del alma santa escribió la pluma del Espíritu Santo, que sería terrible, formidable y espantosa como un poderoso ejército que presenta batalla (1): en sentir del Abad Ruperto el combate que se disponia, era contra todo el infierno junto (2), y se aseguraba la victoria en el vestido modesto, y pobre con que el alma salia armada, segun Novarino (3). Esta es la razon por que evaporaba, no hedor desapacible, é ingrato al sentido, sino olor de incienso; porque si el incienso es el que se ofrece á Dios (4); en el religioso decente, y pobre vestido acreditaba ser suya con resolucion, y gallardía tenaz. Este hábito mismo mandó el venerable Ilustrísimo Arzobispo que vistieran los compañeros, que lo eran en el Hospital, y en la asistencia de los pobres enfermos, y desde este año, que fue el de mil quinientos treinta y ocho, á dos de Octubre, se cuenta el principio de la sagrada Religion Hospitalaria. No quiere dejar la pluma de insinuar el nacimiento de San Carlos Borromeo en este tiempo, como Proctector primero de la Orden; cuya proteccion se vincula en las finezas que de tan santa púrpura ha recibido, é inmortalmente agradece. Vestido ya en esta forma el Patriarca con sus escogidos compañeros, mandóle el Presidente, que aquel dia disfrutase su mesa; no se atrevió su humildad á negarse, y hablando al tiempo de

(1) Cant. c. 6. (2) Abb. Rup. in Cantic. hic. (3) Novar. lib. 4. Sac. Elect. exc. 37. (4) Cant. cap. 4. & sup. Abb. Gibert.

la comida de diferentes materias, le preguntó el Arzobispo ¿cómo se llamaba? El Santo le respondió que su nombre, y apellido propio era el de *Juan Ciudad*, que el que usaba entonces, como bien merecido, era *Juan Pecador*; pero que encontró un Niño andando en la comarca de Gibraltar, el cual le mandó venirse á Granada, porque le esperaba aquí su cruz, y le habia llamado *Juan de Dios*; cuyo nombre no se atrevia á usar, considerando ser indigno de esta grandeza. Pues entended, *Juan* (dijo el Presidente Arzobispo), que así os llamareis de hoy en adelante: *Si haré, Señor, si Dios quisiere*, respondió el esclarecido Patriarca; y desde entonces por el nombre de *Juan de Dios* fue conocido. Supuesto que de este nombre ya se dijo algo, no me detengo en esplicar la soberanía que encierra, y paso á lo mucho que gustó Dios del hábito recien vestido. Pocos dias habian corrido desde que el Patriarca empezó á vestirle, cuando le apareció con el mismo el Arcangel San Rafael, y como rebosando gozo le dijo: *Hermano Juan, todos somos de una Orden.* ¡Rafaél, uno de los siete Espiritus que están delante de Dios (1)! ¡Rafaél, uno de los principales Ministros del Altisimo (2)! ¡Rafaél, una de aquellas lámparas hermosas, que resplandecen en el Celestial supremo Trono, haciéndose de la misma Orden de *San Juan*, vistiendo el hábito mismo, y confesándose hermano suyo! No me parece que cabe aprobacion ni mayor, ni mas claramente del cielo.

(1) Tob. cap. 12. (2) Apoc. cap. 4.

CAPITULO VIII.

Limosnas que el glorioso San Juan de Dios recibe, y cómo las emplea. Aparécele otra vez el Arcángel San Rafael. Ejercicios de caridad, en que se ocupa. Encuentra á Cristo en figura de pobre; y varias conversiones que hace.

Por mas que se encapote el cielo con densas nubes, es término natural que acaben éstas siguiéndose serenidades: por mas que la noche tienda el manto funesto de negras sombras (decia el Santo Job), no tiene que hacer, que yo espero brillantes luces y resplandores (1). La experiencia acreditó esta verdad, que pasó á ser adagio (2), no solo en el padre de la paciencia, sino tambien en el esclarecido *San Juan de Dios*, á quien ya vemos armado con las insignias de verdadero religioso. Cuantos odios, desprecios, dicterios, abominaciones é imposturas fraguó el demonio por medio de los vecinos de la ciudad de Granada, se convirtieron á esfuerzos del desengaño palpable en amor, ternura, elogios, socorros y benevolencia al Santo y su ocupacion caritativa; y como obras son amores y no buenas razones, empezaron á darle crecidas y varias limosnas para fomentar mas sus ardores: unos le daban dinero, otros mantas, unos colchones, otros sábanas, estos vidriado para las comidas de los pobres, aquellos alhajas para la cocina: tal pagaba al cirujano y médicos, cual se animaba á tomar de su cuenta la botica: por fin la Ciudad por cuerpo de Ciudad determinó pagar el gasto anualmente. Con esta mudanza de corazones le coronó

(1) Job cap. 17. (2) Post nubila, &c.

la caridad tan triunfante, como que fabricó su diadema de las puntas del enemigo, sirviendo para su mayor gloria los instrumentos de que se valió el infierno para el ultraje. Por eso asegura San Clemente Alejandrino, que en demostracion de su victoria llevó Cristo la corona de espinas en su sacrosauta Cabeza; pues si de espinas fué la cosecha que preparó el demonio para hacer con sus puntas el mayor tiro, de las mismas puntas resultó en aquella universal Cabeza su mayor decoro (1). Por este motivo acostumbraban los romanos por mas honrosa conceder á los conquistadores la corona *Graminea*; porque se formaba esta de las plantas de aquel pais que antes se oponia á sus armas (2). Recibia el Santo estos copiosos frutos de la caridad y misericordia de los fieles; y al modo que el sol derrama sus influjos con mano sumamente liberal, porque nace para los buenos y malos (3), sin mas interés que el provecho de cuantos individuos habitan entrambos emisferios; nuestro Patriarca caritativo derramaba los rayos de sus limosnas con benévolo influjo, sin distincion de sugetos: á los malos socorria para que fuesen buenos: á los buenos, para que fuesen mejores, esperando solo de Dios el retorno, no de la indigencia humana. La necesidad del sugeto era el motivo de mas peso para que abriese la mano el Patriarca: verdadero imitador de otro glorioso San Juan, obispo de Alejandría, conocido universalmente por el *Limosnero*. A éste, un pobrecillo le pidió una tarde, entre otras, por cinco veces limosna, motivando cada vez distinta necesidad: la cuarta y quinta lo advirtieron los Pages del santo Prelado, por si acaso le socorria

(1) Clem. Alej. lib. 2. Pedag. cap. 8. (2) Pier. libr. 27. ex Paus.
(3) Matth. cap. 5.

tantas veces inadvertido, cuando les dijo: *Dadle ahora cien escudos, porque los pide su necesidad, y ésta es la que yo advierto, no á quien la pide* (1). Para dar á entender esta plausible doctrina, quizá puso Salomon la madera del cedro en los lugares mas dignos de su celebrado Templo: de cedro vistió el altar (2), de cedro adornó las paredes (3), de cedro cubrió los techos. ¿Tanto caso de la madera del cedro, y tan poco de las de otros árboles? Esto fué obrando como tan sabio; porque este árbol (escribe el Pictaviense) teniendo pendientes muchos frutos de sus ramas, mientras le duran sanos igualmente les comunica el jugo, sin inclinarse mas á unos que á otros, pero si alguno enferma, ó se va agostando y empobreciendo, allá dirige toda la sustancia, todo el humor de sus vejetables venas para el socorro de sus necesidades (4). Nuestro glorioso *san Juan de Dios*, á quien se le puede dar el título de *Patriarca Limosnero*, miraba con ojos de lince las necesidades: conocia acaso en el Hospital las mayores, en estas empleaba mas sus compasiones: le parecian mayores las de afuera, allá iba de su piedad y socorro la principal parte. Buscaba el ínclito Padre las viudas pobres, y rodeadas de sus hijuelos: atendia al riesgo de las doncellas necesitadas y recogidas: le herian las entrañas los vergonzantes honrados, á los que su pundonor ata en la última grada de la pobreza. Los estrangeros le merecian tambien singular desvelo; por fin las malas mugeres, á quienes tal vez precipitó la necesidad: pues á todos estos socorria y aliviaba con el modo mas propio de un limosnero. Visitaba las casas cuando le llamaban; y cuando entendia

(1) De San Juan el Limosn. (2) 3. Reg. cap 5. (3) 3. Reg. cap. 5.
(4) Bercho. Reduct. C. de Cedro.

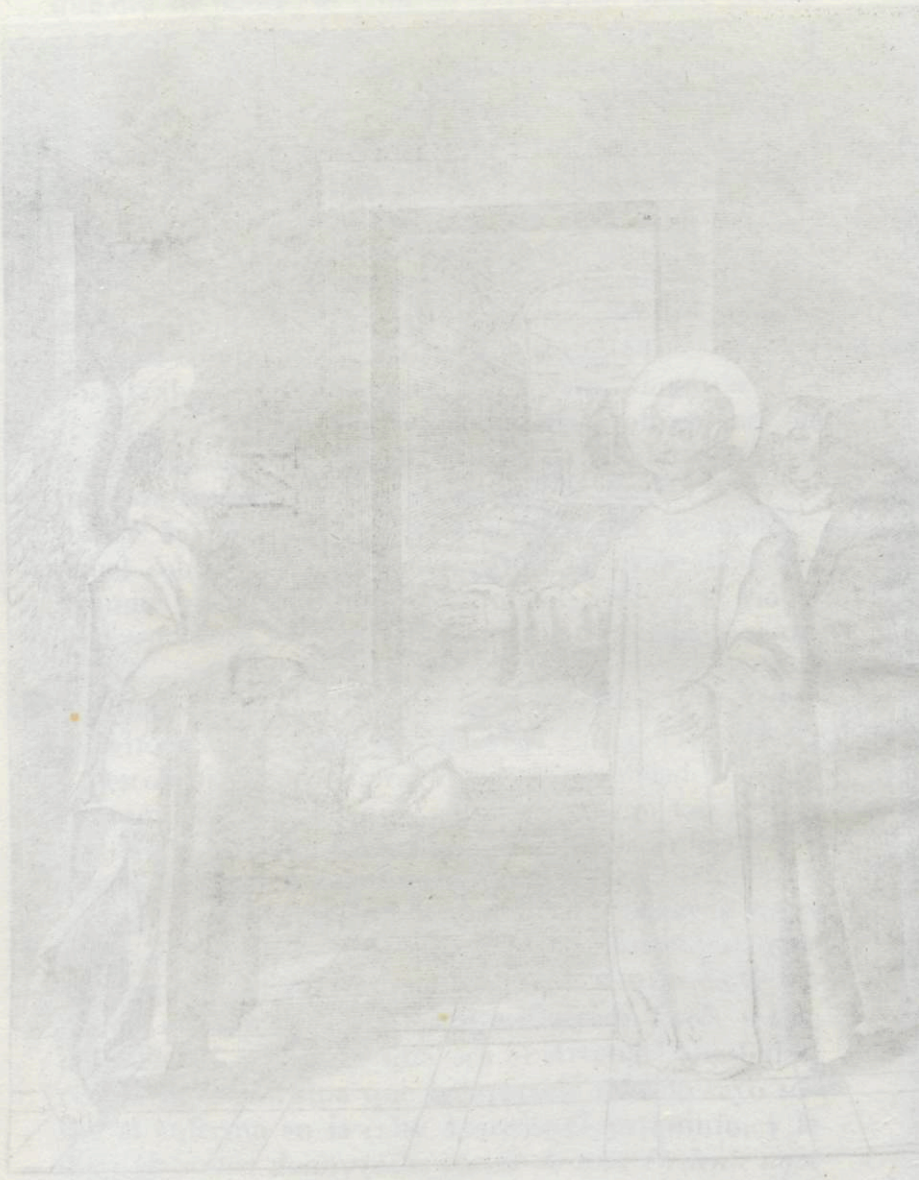
que era de pobre, la pobreza era el mas fuerte clamor para que el Santo la fuese á visitar. A los que tenian por quien traer lo necesario, socorria con dinero: á los que no, el Santo iba por agua, por carbon, por todo lo preciso; y esto lo practicaba mas con las doncellas pobres, con las viudas recogidas, y con las casadas enfermas, porque en estas es mas temible que la miseria les sirva de precipicio. A las que podian trabajar las llevaba camisas para que cosiesen, seda para que devanasen, ó lino para que hilasen, proporcionando siempre con sus habilidades las obras ó labores de manos. Trabajaban éstas, y trabajaba *San Juan* en que fuesen buenas, y tomasen con santa conformidad sus incomodidades. Así soplaba el aire de la abundancia la nave de nuestro Santo, en la que la caridad hacia caminar á remo y vela, cuando para dar á entender aquel soberano Señor con cuánta razon se llama el mundo inconstante mar, calmó el aire, y se vió el glorioso Padre en el mayor aprieto, tal vez para remediarle á costa de un prodigio.

Sucedió que un dia dando la comida á los pobres, le faltó pan para los mas de ellos: empezó el Santo á desconsolarse, y afligirse viendo la necesidad y la falta de remedio. ¡Qué congoja para un corazon tan abrasado! Volvió los ojos hacia las puertas de la enfermerías, por si acaso descubria alguna abierta para alivio de sus pobres; cuando advirtió un hermoso y gallardo mancebo, que vestido con el hábito que nuevamente se habia puesto el Patriarca, entraba con un ceston lleno de riquísimo pan. Reparó en la cara, talle y arte del cuerpo, y conoció que era el Arcangel san Rafael con la figura misma que le apareció cuando cayó sobre el enfermo en la calle. Acercóse el paraninfo, y le dijo: *Hermano Juan, todos somos de una Órden: aqui*



El Arcangel S Rafaèl vestido con el Havito de S. Juan de Dios, socorre la falta de Pan.

Pag. 130



traigo este pan de la despensa del cielo: recíbele, para que puedas remediar la necesidad que ahora tienes, dando de comer á tus pobres; y dicho esto, se desapareció. ¡Con qué alborozo quedaría *Juan* viéndose tan favorecidó! ¡Qué júbilo, mirando que sus pobres comian pan del cielo, y que se hacia pan de hombres el que podia llamarse pan de Angeles (1)! Pan del cielo se llamó el maná, con que el Señor socorrió en la ley antigua á su pueblo (2): pan de Angeles era tambien, porque los Angeles eran los que le ministraban, como copiosa lluvia á aquella heredad enferma y pobre; y siendo aquel favor igualmente ináudito que generoso, degeneraron aquellos pechos en ser ingratos (3). ¡Qué vileza! No así *Juan de Dios*: postrado reverentemente en tierra, daba incesantes gracias, humillándose hasta el polvo: llenos de agua sus ojos, se confesaba vil gusano, al tiempo que no cabia su corazon en el pecho de ver á sus pobrecitos enfermos con mercedes tan singulares. No en vano ya le juzgaban las gentes al Patriarca Angel en la tierra, viéndole tan virtuoso, socorrido y estimado de los del cielo. Pedíanle con esta confianza sus oraciones, y creían que como Angel podia con facilidad subirlas al empireo, y presentarlas en el tribunal Divina con seguridad del despacho (4). Con quien el Patriarca procuraba especialmente escitar su caridad, haciéndose cargo de la fragilidad del sexo, era con las mugeres, que por ser mozas y pobres corria peligro su alma. Entraba en una ocasion en la calle de los Gomeles: salióle al encuentro una moza de buen arte, y mejor cara: el trage daba á entender que era

(1) Exod. cap. 16. (2) Sap. cap. 16. (3) Num. c. 21.
(4) Tob. c. 12.

estrangera, y el espacio con que miraba las casas, no estar acomodada. Llegóse el siervo de Dios á ella, preguntándola por su ocupacion en Granada, y de dónde era. Respondió la moza que era forastera, y que por entonces su empleo era hacer nada, como recien venida á la ciudad, en donde no conocia persona alguna; y que estando así desocupada, se andaba por las calles pasando el tiempo. De la soltura y ningun empacho con que dió la respuesta, dedujo el Santo que corria su alma mucho riesgo. Una muchacha no conocida, pobre, libre, de buena cara y pocos años, ¿qué mayor ocasion para un deplorable fin? Empezóla con blandas persuasiones á ponerle delante los ojos la conveniencia que le tendria recogerse á una casa honrada, ya por hallar en donde acomodarse, ya por quedar seguramente libre de un deshonor, y lamentable tragedia: de tal modo surtió efecto la exhortacion del Patriarca, que consigo la llevó á casa de un honestísimo matrimonio, en donde cuidaban marido y muger de aquella bien parecida doncella. Corria por cuenta del Siervo de Dios todo el gasto, y salió de allí por su direccion muy honesta, honrada y puesta en donde pudo vivir con decencia: ¡así hubiera proseguido en el temor de Dios, con el cual habia empezado con mucho espiritual aprovechamiento! Viendo todos los vecinos que así iba en busca de miserias y necesidades, al modo que la medicina, de la cual dijo el sabio que vuela como ligera nube (1), para remediar al doliente; ó á la manera de la fuente del Paraíso, que sirviendo como de ama lechera para las plantas, á la fuerza suave de un soplo se comunicaba con velocidad á todas ellas (2); si no es que se le adapte mejor,

(1) Eccles. cap. 43. Tigur. vers. (2) Gen. c. 2. Rupert. ap. Bold. de Eccl. aut. legem.

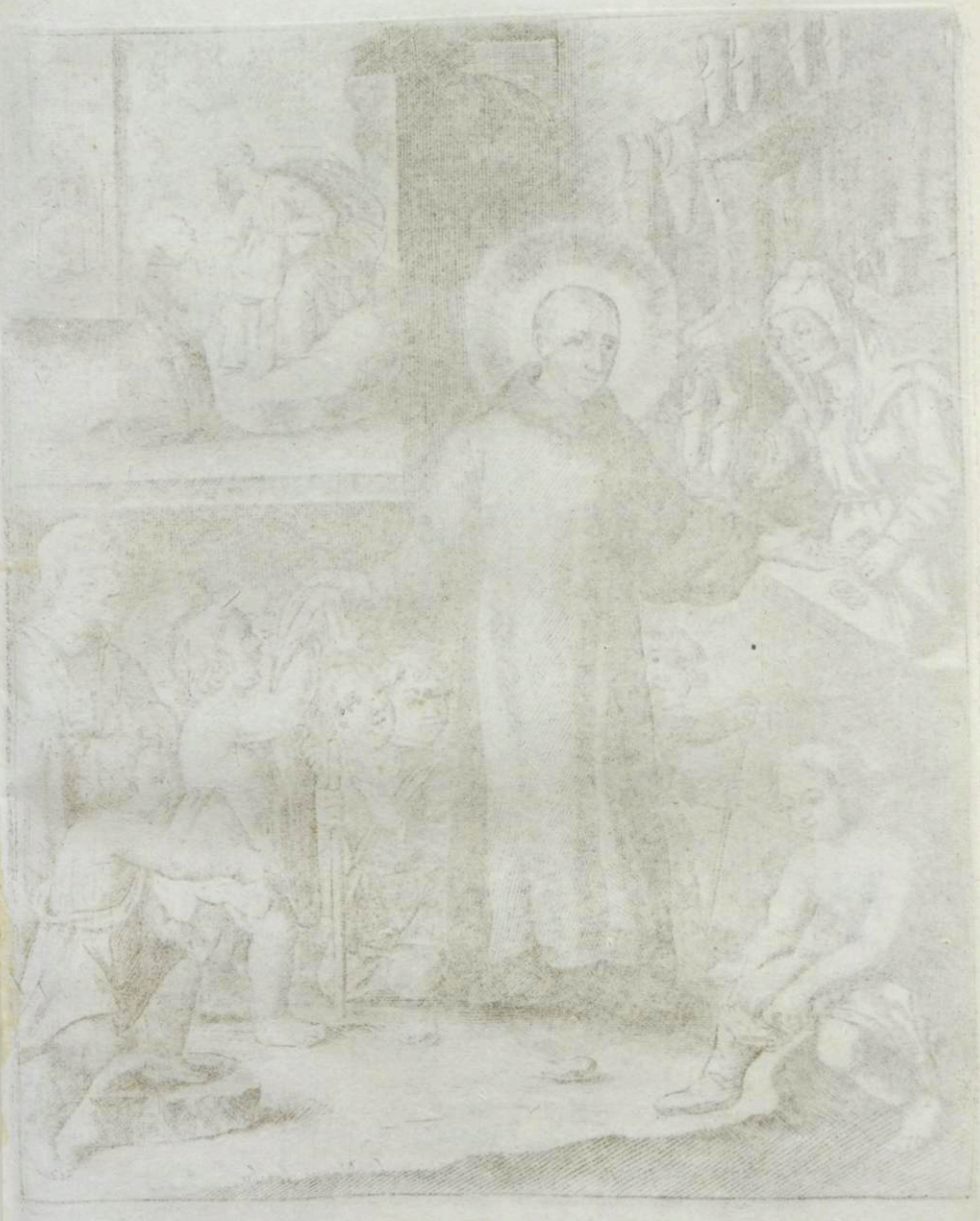
como el profeta Rey cantó del número Divino, que para salvar al mundo bajó con pasos arrebatados de gigante (1); parecióles que le hacian agasajo (como era verdad) en ponerle necesidades á la vista, para que procurase el alivio. Una niña casualmente, que habia quedado huérfana de padre y madre, y tan chiquita que estaba recien nacida, cuyo nombre era Ginesa Pulida, tan infeliz fue y desgraciada, que no hubo entre los vecinos de la calle quien la llevase consigo, y cuidára del sustento. Llevaron la noticia á nuestro glorioso Padre: fue luego por el angelito; y metiéndola en la capacha, la trasladó á un lugur fuera de la ciudad que llamaban Gavia la grande. Entrególa á una ama para criarla, concertando á mesadas la paga. Dejó por entonces todo cuanto era menester para la niña, y se volvió á la ciudad, prosiguiendo con su ejercicio. No la dejó tan al arbitrio de la ama, que no fuese á visitarla cada tercer dia (admirable cuidado de quien estaba por otras muchas partes brumado de ocupaciones). Con esta santa diligencia llegó á conocer que el cuidado con la huérfana era muy poco, que no cumplia con lo ajustado, y así se lo dijo algunas veces, para que se enmendase. No fue así, pues proseguia en su descuido, y quizá con algun cuidado; lo que visto por el Patriarca, le quitó la niña, y la encargó á otra ama, poniendo aparte cincuenta ducados, que buscó, en mano de una persona, para que acudiese con las mesadas qne con esta habia hecho el ajuste. Tan buena fortuna tuvo este caudal corto, que no solo abasteció para los meses, smo que se aumentó la ganancia hasta tan alto punto, que dió de sí para un crecido dote, si llegase el tiempo de tomar estado, como

(1) Dav. Proph. Psalm. 18.

sucedió casándose con un buen hombre, cuyo nombre era Francisco de Olivares. Bien se deja conocer en este suceso cómo se inclinaba Dios á que resplandeciese, en cuanto emprendia *Juan*, su alta providencia. Grande fue sin duda la caridad de san Nicolas, obispo de Mira, en introducir por las ventanas la dote de tres muchachas, con el fin de que tomasen estado de casadas, y viviesen santamente: singular negocio de la Divina Providencia, urgiendo el peligro de llegar á prostituirse (1): aquí sin amenazar este detrimento se vió mayor milagro, y providencia asombrosa, multiplicándose el dinero para dotar á una niña, que no habia dejado el pecho, pobre, inocente, precisamente porque quedó al cuidado de un *san Juan de Dios*, para acreditarle el cielo padre de pobres.

No resplandeció entonces este milagro solo: acompañóle la soberana mano de Dios con otro igualmente pasmoso, y de no poco chiste. Un dia cerca la alhóndiga se hallaba el Patriarca esperando la limosna; como la fama vuela, y mas la de remediar necesidades sin cortapisa, ni determinacion de especies, se llegó á él un hombre bien portado, honrado al parecer, y por consiguiente como el vilico del Evangelio, á quien el pedir le daba vergüenza (2), representándole las muchas necesidades que se padecian ocultamente en su casa, el poco remedio que percibia, el empacho por el buen crédito de su persona: pedíale que le socorriese por Dios con una de tantas limosnas como repartia á todo pobre. Dióle compasion al bendito Padre; el cual, aunque no llevaba ochavo, metiendo la mano en la faltriquera, la sacó llena de dinero, y se lo entregó sin contarlo. Claramen-

(1) Lect. 2. Noct. die 6. Decem. (2) Luc. c. 16.





Viste el Patriarca á muchos Niños, tan pobres, que iban descalzos, y desnudos.

Pag. 135.

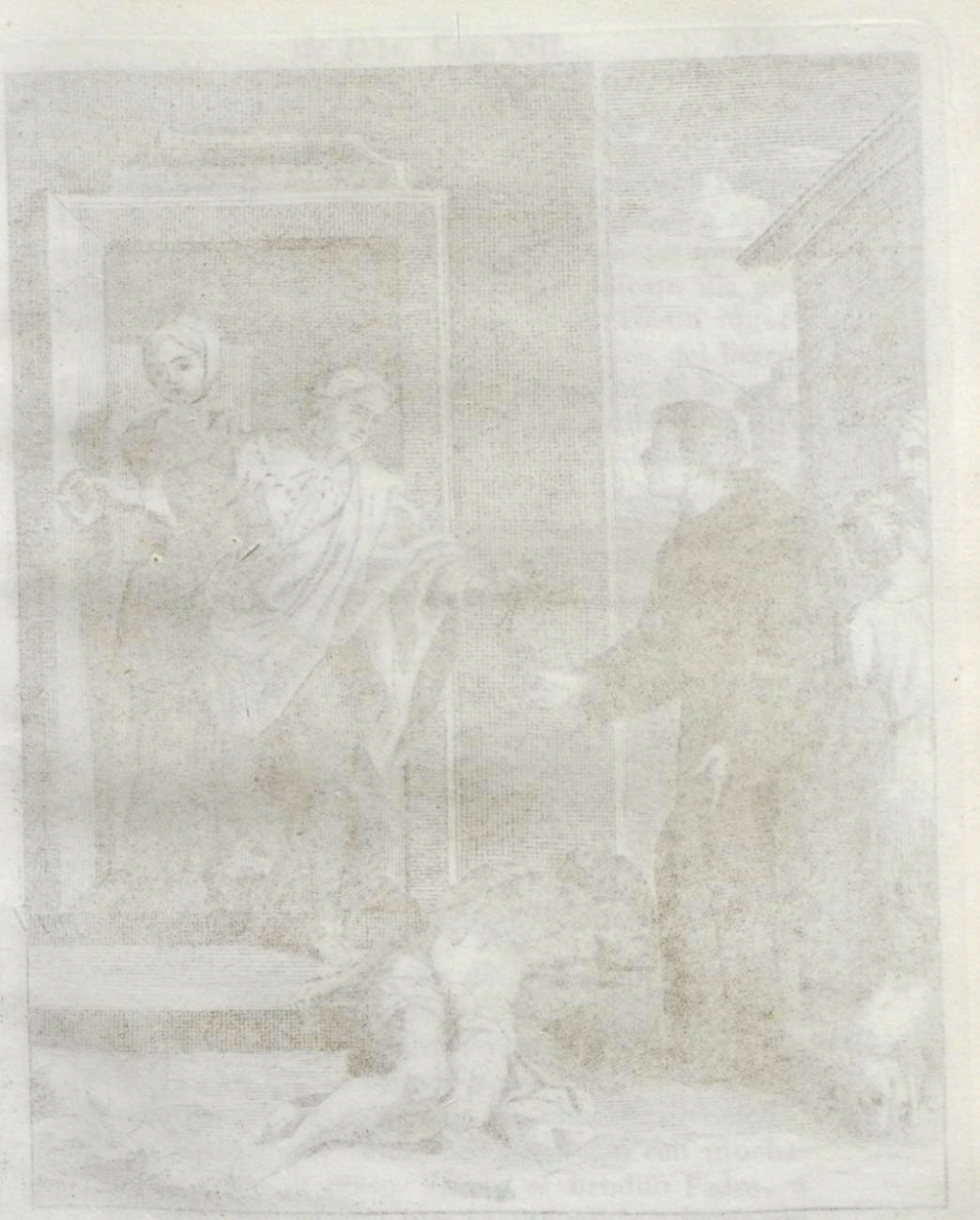
te se manifestaba en el Patriarca lo que se refiere en el Prontuario de egemplos de cierto Monasterio, que de muy rico, vino á la infelicidad de lamentable miseria. Llegó un venerable anciano á la puerta á pedir limosna; y aunque el portero le socorrió, no pudo abrir la mano con largueza. Ponderábale al anciano la estremada pobreza de la casa, y le respondió éste: Habeis de saber que esto consiste en que han echado de este Convento á dos hermanos, que andan siempre juntos: el uno se llama *Dad*; el otro *Recibid*, y hasta que vuelvan estos, no habrá abundancia (1). Cercóle otra vez una multitud de niños desamparados, maltratados, y tan rotos sus vestidos, que casi estaban desnudos. No se hallaba el Santo con caudal para remediarlos; pero como el de la caridad le enriquecia, los llevó á casa de una muger que vendia ropa, y los vistió á todos uno por uno, como si fuesen prendas de sus entrañas. ¿Con qué viveza le vendria á la memoria el favor de Guadalupe, cuando María Santísima le puso á su Hijo desnudito en los brazos, para que le envolviera en los pañales? Gran doctrina para los avaros del mundo. El Filósofo Cordobés decia: A la espiga la abundancia de granos le abate al suelo: las ramas con el mucho peso de la fruta se desgarran: la muchedumbre de cosecha en las plantas no deja sazonarla; y la nimia excesiva, inmoderada abundancia de bienes temporales abate, destruye, sufoca, y no admite sazonada fruta en la racional planta del alma (2). Por eso antiguamente llevaban, segun Plauto, los bolsillos colgados, para que se entendiese que era el dinero ó dogal ó verdugo para la infelicidad de un suplicio eterno (3). Confiado

(1) Salian. dis. 45. de Eleem. (2) Senec. epist. 39. (3) Plaut. in Trucu. act. 3. scen. 1.

en la providencia *Juan de Dios*, sin dinero alguno compró la ropa que fue menester para vestir aquellos pobrecitos niños: lo ejecutó por su misma mano; y como solo para remediar las necesidades del prógimo apetecia el dinero, antes de tenerle en el bolsillo, ya compró para gastarle. Agradecióle la muger su obra de caridad, porque de este modo vendió aquella porcion de ropa, que no tardó en pagarla el Santo. De las maravillas de Cristo nos dijo el Evangelista, que si todas se hubieran escrito, faltaban espacios en el mundo para los muchos libros que ocupáran (1): no digo tanto de las limosnas de *san Juan de Dios*; pero sí que tal vez faltáran prensas para que salieran á pública luz. Contentémonos con saber que por ser tantas mereció el título honroso de *Padre de los pobres*; mas digno de ser blanco de la envidia, que los soberbios *de magnos*, *máximos*, *augustos y poderosos*, que indignamente tomaron para sí muchos Césares vanos.

Que la puerta del cielo es angosta y chica es verdad, que hasta el vulgo la sabe: por esto se valió el Señor de tomar un parvulito para ejemplar de los que han de entrar en aquella ciudad deliciosa (2); mas esta puerta, que para todos es dificil, para los ricos tiene visos de cerrada, si no se entiende la letra de San Mateo (3): Mas facil le será, segun esta, á un camello entrarse por la regular abertura de una aguja, que al rico por la puerta de la gloria. Si se hablára del animal llamado *camello*, sin duda resultaba su entrada imposible; mas hablando de un cable de navio, que llaman los Náuticos *maroma*, el cual deshecho en sutiles hilos, puede servir para cualquiera aguja de pro-

(1) Joan. c. 21. (2) Matth. c. 18. (3) Matth. c. 19.





Encontrando el Santo en una Calle, á un Pobre Difunto, haze, que se le entierre.

Pag. 137.

porcionadas hebras; le es facil á cualquier rico, como desenrede, y reparta con los pobres la retorcida maroma de sus caudales. Esta entrada, ó puerta franca les procuraba la caridad de nuestro glorioso Padre. Un rico y poderoso, lleno de avaricia, y apego al dinero, tuvo la fortuna de contarse entre los que lograron este medio. Sucedió, que buscando un dia pobres para llevarlos á su santa Casa, encontró un muerto en una calle. Era regular que todos los del barrio fuesen gente mísera, porque en todo él no pudo recogerse el valor de una mortaja para aquel difunto. Viendo tanta desgracia, se encaminó á la casa de un ricote, y encontrándole en la puerta, le dijo: *Hermano, un pobre se ha quedado muerto en la calle, al cual he encontrado, sin que tenga quien le dé mortaja, ni para el entierro: por amor de nuestro Señor le suplico, que acuda con lo que pudiese á tan gran necesidad, para que este pobrecito no se quede sin sepultura, ni mortaja.* Respondió el rico miserable y ruin: Hermano Juan, le certifico, que en la hora no me hallo con cosa alguna que darle. Sabia muy bien nuestro Santo que era verdad lo contrario. No le porfió: bajó la cabeza, y sin mas palabras se fue donde estaba el cadaver: cargóle sobre sus hombros, y á buen paso (para no perder el lance) le llevó á la puerta del rico: echóle delante de ella, y le dijo; *Oiga, hermano, tanta obligacion tiene á este difunto, como yo, y mas con que socorrer su necesidad: hágalo por amor de Dios; y si no, ahí le queda*; y con esto volvió la espalda. El rico quedó cortado y confuso, viéndose con un muerto en la puerta de su casa; y advirtiendo que se iba el que lo habia traido, empezó con muchas voces á llamar al Santo. Volvió el bendito Padre, á quien prometió limosna para cuanto quisiese hacer con

el difunto, como se lo llevase de su puerta. Así lo hizo, y el caballero dió mas limosna aun de la precisa para mortaja y entierro. Muchos efectos propios de la misericordia y caridad resplandecieron en este chistoso suceso: primeramente procurar al cadaver de aquel pobre difunto honrosa sepultura, que se cuenta entre las obras de misericordia, por la cual el Santo Tobias mereció del cielo tantos favores y mercedes (1); segundo, dar vida á un muerto rico, que así los llama á estos el gran Padre San Agustin (2), por medio de un pobre difunto, precisándole á dar limosna: tercero, echar delante de la puerta al cadaver, para que á su vista contemplase que no estaba lejos de las puertas de la muerte, y supiese para su desengaño, mejor que el Dialéctico, que el Astrólogo, que el Físico, que el Lógico, y tambien como el Matemático (3), que el hombre es una figura esférica, porque junta su miserable fin con su principio: cuarto, darle un susto, para que fuese mayor la limosna, al verse en circunstancias de que hallándole en el sitio la justicia, le prendiese, y asegurase como sospechoso homicida de aquel muerto. No paso á mas, pues basta esto para graduar aquella accion del Santo por una de las mas heróicas, con la cual quedó consolado, y el rico bastante corregido. Entre las singulares mercedes que le mereció al Santo este perene ejercicio de su compasion infatigable, es digno de rotularse por primero, el que á pocos dias le acaeció en la misma ciudad de Granada. Pasaba el bendito Padre por una calle con aquella ansia que ya le era inseparable, y advirtió un pobre enfermo, pero tan descolorido, traspasado, y flaco, que al parecer iba á soltar la

(1) Tob. c. 12. (2) Aug. Serm. 44. de Verb. Dom. (3) Diffin. homin. ap. om. dic. Anac. Canon. Diat. 21.





Lavando San Juan de Dios los pies á un Pobre, conoce sèr la Magestad de Christo.

respiracion con el alma. No se detuvo el Santo en hacerle ni una pregunta, sino que cogiéndole por los brazos primeramente, y conociendo luego serle imposible andar por su pie, le cargó sobre sus hombros con presteza, valor y afabilidad, procurando llevarle con el mayor cuidado al Hospital, para que se curase. Como el glorioso Padre antes de salir á buscar los pobres dejaba las camas hechas y limpias, no fue menester mas que llevarle á la enfermería, sentarle en una silla para lavarle los pies, y meterle en cama. Con este órden empezó, como con todos los demas enfermos, el Patriarca: ya llegó á lo último que su humildad practicaba de besarles los pies, y al acercar la boca á ellos, quedó como deslumbrado, advirtiendo que brotaban tan claros y abundantes resplandores, que le bañaron el rostro las muchas luces. Reparó mas, y descubrió entre los rayos una llaga, que era como origen de ellos. Quedó el Santo como mudo con el asombroso prodigio que tocaba con sus mismas manos. Acordábase de que la Magestad de Cristo se habia dejado las llagas de los clavos en señal de sus glorias (1): que por ellas creyó Santo Tomás la resurreccion del Hombre Dios (2). El concepto en que se tenia de ser la escoria del mundo, le cerraba las puertas para creerse tan favorecido. Ea, *Juan de Dios*, anima tu espiritu, ten presente que el Señor vino á enseñar humildad al mundo: que á unos miserables pescadores escogió para su colegio (3): que lavó sus asquerosos pies en el Cenáculo (4): que se arrodilló, y besó las plantas de un Judas traidor ingrato (5): que trataba con publicanos y rameras, entrándose por

(1) Joan. cap. 20. (2) Ibid. cap. 20. (3) Matth. cap. 4. (4) Joan. cap. 13. (5) Ibid.

sus casas (1); y que llevó sobre sus hombros la oveja del Linage Humano perdida, y enferma por sus atroces delitos. Ya por fin se animó el bendito *Juan*; y levantando los ojos (que tuvo hasta entonces fijos en los resplandores de los pies) al rostro del pobre (aquel á quien sin pestañear miran los Paraninfos en el cielo) (2), se vió lleno de mas vivos y brillantes rayos, que á manera de doradas hondas anegabau sus sentidos en golfos de claridades. ¡Qué gozo para el alma de *san Juan*! ¡Que dulces sentimientos para su corazon! y mas cuando oyó de la divina boca del creido enfermo estas palabras; *Juan, á mí se hace todo el bien que en mi nombre á los pobres se hace: Yo recibo lo que ellos reciben: Yo soy el que estiendo la mano para tomar la limosna: á mí me vistes, cuando los vistes; y á mí me curas, cuando los curas: Yo soy á quien lavas los pies, cuando á un pobre los lavas*; y diciendo esto, se desapareció. Quedó el Santo con esta vision como puede imaginar el devoto. Haríase juicio de que solo en el cielo era capaz de gozarse mas dicha.

En sentir de San Agustin, á ningun pobre debe desecharse; pues pudiera suceder que fuese aquel el mismo Señor en figura de mendigo. *san Juan de Dios* sube el punto algo mas alto en lo que ejercita; porque no solo deja de desecharlos, sino que sale como nuevo Patriarca Abrahan en busca de ellos (3). Permitió la Magestad de Cristo que le lavase los pies, tomada la figura de pobre, el gran Padre y Doctor de la Iglesia Agustino (4): en hábito de peregrino se hospedó en el hospital de Emaus, dejando lavarse los pies,

(1) Luc. cap. 15. (2) Matth. cap. 18. (3) Gen. cap. 18. (4) Vid. de S. Agust.

cuenta Adricomio (1), Mas es lo que ejecuta con *san Juan de Dios*, pues se deja llevar al Hospital sobre sus hombros, toma figura de pobre enfermo, concede que le laven los pies, manifiesta las llagas, descubre como en el Tabor resplandores; y para coronar esta fortuna sin semejante, esplica quién es, diciéudole lo que viviendo en carne mortal se dignó dejarnos dicho. Este singularísimo caso sucedió en la enfermeria, llena casi de dolientes; y aunque la mayor parte no pudo certificarse de todo el suceso; pero sí de las luces y resplandores con que dejó bañadas las paredes y las camas. Presumieron con esta nunca vista novedad que se habia pegado fuego á todas ellas, y echando á correr los pobrecitos, dieron gritos apresurados, diciendo: *Fuego, fuego, que el Hospital se quema. No es fuego, hermanos míos* (les dijo el Santo) *sosegaos, recogeos en vuestras camas: vayan fuera sustos, porque ya se pasó el motivo de vuestros temores.* Recogiéronse los pobres, y el Santo vertiendo en accion de gracias mucho llanto por una merced tan inaudíta, se quedó bastante tiempo como extático. Nuevos ardores le produjo esta dicha para asistir y cuidar de sus queridos los pobrecitos enfermos. Poco se le hacian las mayores fatigas para tan santa obra, una vez que el mismo Señor le habia consolado, confortado, animado y protegido con su presencia: ya le parecia que aún sonaba el eco de aquellas cláusulas que nos dejó escritas por los Evangelistas (2), y nos repetirá en el tremendo y riguroso dia del juicio, cuando eche la sentencia á favor de los predestinados, y el fallo de la condenacion eterna á los precitos: ya con meditacion viva ponderaba esta merced grande, pareciéndole que se obligaba en algun gé-

(1) Adric. Teat. Ter. Sanct. (2) Matth. cap. 25.

nero, tomando por recibidas las limosnas y demas obras de misericordia hechas á los pobres: ademas de ver cuán gustosa era para Cristo la ocupacion de sus hijos, y propia, cuando el mismo Dios en persona se humillaba, tomando la figura de un pobre y mísero enfermo, para que ejercitasen con su Magestad tan sagrado instituto. De estas obras de misericordia corporales pasaba á las espirituales. No me contento, dijo Dios por el Profeta, con que el justo medite; quiero tambien que hable, y con esto dará á conocer cómo tiene en su corazon la ley (1). Sabrosas serán sus palabras, y así atraerán los corazones; por la misma razon quiso la Magestad Suprema escoger á sus Apóstoles Pescadores, mandando á Pedro que echase las redes (2); porque si este mundo es mar, en sentir de San Gerónimo, y los hombres peces, se enseñasen á pescarlos con las redes de sus sermones (3). Este quizá fué el motivo de colocar Salomon en las columnas del mejor templo que se ha visto, unas cadenillas como redes en la superior parte (4); porque si columnas han de ser los amigos de Dios, y con mayor propiedad los que destinó la Providencia para Fundadores (5), de ningun modo careciesen de estas preciosidades. Columna del Templo habia de ser nuestro glorioso Padre, fundador excelso de una religion que habia de dar para el cielo los mayores frutos; por consiguiente en el Santo Patriarca era regular que se notasen varios lances de las místicas redes de sus doctrinas. Uno de ellos fué la conversion del Venerable Padre Anton Martin, y el ejemplar Pedro Velasco. En la propia ciudad de Granada se hallaba el primero siguiendo un

(1) Psalm. 36. (2) Luc. cap. 5. (3) Matth. cap. 1. (4) 3. Reg. c. 7.
(5) Apoc. cap. 5.

pleito criminal y de venganza contra el segundo, á quien le imputaban el homicidio de un hermano de Anton Martin. Habia venido éste desde Requena siguiendo al agresor, hasta ponerle en la cárcel de Granada, habiendo logrado su fiero y enojado ánimo la sentencia ya firmada para ponerle en la horca. Era mozo bizarro, holgazan, vicioso, y tan derramado, que tomó para gozar en perjuicio de su alma, y de otras muchas, el torpe empleo de rufian de la casa lupanar, que entonces en aquella poblacion se permitia. Como la sabiduría de Dios y alta providencia es tan admirable, que de perseguidores saca seguidores; de escandalosos, ejemplares, y de pésimos, óptimos; quiso que del número de estos fuese Anton Martin, para que se viese una obra mas pasmosa que la produccion del orbe general (1). Estaba tan rebelde el corazon de este jóven, que siendo así que los mas nobles y autorizados de la ciudad y personas religiosas se interesaron en que perdonase al reo, no surtió el deseado efecto, sino tan distinto, que al hablarle se airaba mas su pecho, anhelando que volase el tiempo para verle en el suplicio. Como es regular que aun en los peores hombres no falte alguna devocion, acordándoles la obligacion de cristianos, tenia entre sus vicios la de dar limosna al glorioso Patriarca, y le trataba como amigo. Por este motivo supo el estado infeliz de entrambos; y enardecido en llamas de amor, habiendo acudido á la atarazana de la oracion, cogió armas para conseguir de Anton Martin el perdon deseado. Salió ya del Hospital: encontróle en la calle que llaman de la Colcha: corriendo á él se le echó á sus plantas; y sacando de la manga un Cristo crucificado, le dijo con energía estas

(1) Aug. tract. 24. in Joan. Vid. D. Thom.

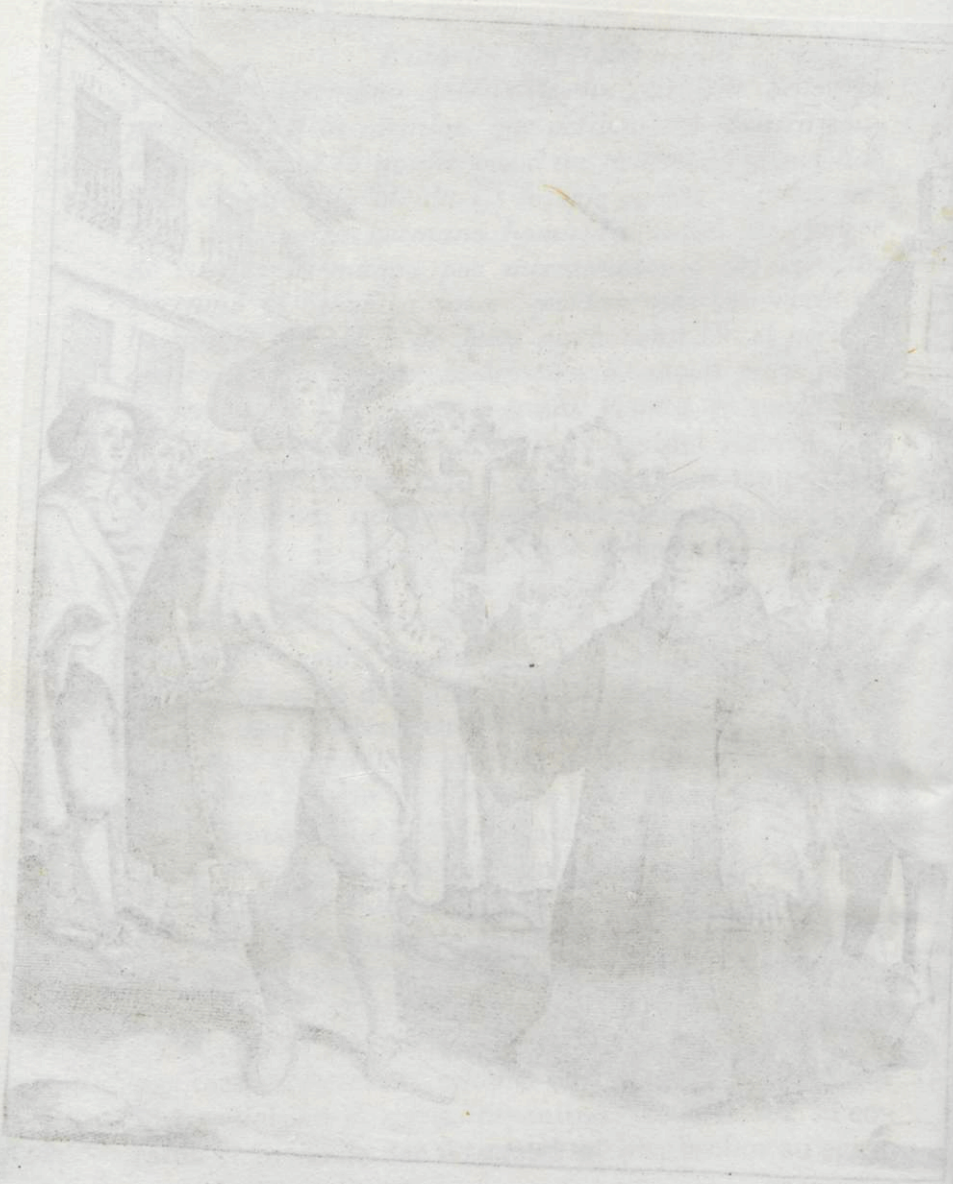
palabras: *Hermano Anton Martin, así este Señor os perdone vuestros pecados, que perdoneis á vuestro contrario: mirad lo mucho que á un Señor tan bueno habeis ofendido, y olvidareis lo que contra vos ha hecho: si vuestro hermano homicida vertió la sangre de vuestro hermano; por mis pecados y los vuestros derramó el Señor la suya: puedan mas las voces de la sangre del Hijo de Dios para conceder el perdon, que las de la sangre de vuestro hermano para pedir la venganza.* Enternecióse Anton Martin, al modo que la dura piedra del desierto á las voces del Hebreo, segun promesa divina (1), y le perdonó con tanto gusto y tan de veras, que levantando del suelo al Santo, fueron juntos á la cárcel, en donde el agresor estaba afligido, y esperando la terrible hora de salir para la horca. Llamóle con rostro afable Anton Martin: diéronse las manos de amigos: se abrazaron estrechamente en señal de quedar mas amantes que Eurialo y Niso, que Pílades y Orestes (2), David y Jonatás, cuyo recíproco cariño llegó al *non plus* (3). Firmó el Venerable Anton Martin escritura de apartarse de la demanda. Entretanto fué el Patriarca á dar parte al juez de la causa, el cual oida la relacion, mandó soltar á Pedro Velasco: y con esto volviendo el Santo á la cárcel hecho otro San Juan de Sahagun (4), se llevó á los dos nuevos amigos á su Hospital. Celebróse en Granada esta amistad como portento de la gracia, y miraban en la ciudad á nuestro excelso Padre como arco de la paz mas verdadera y estable. Como sueño le parecia á Pedro Velasco el suceso repentino: no acertaba su corazon el modo de dar á conocer al bienhechor su agra-

(1) Núm. cap. 20. (2) Teat. de los Dios. (3) Gen. cap. 28.
(4) Vid. de San Juan de Sahag.



Convierte San Juan de Dios al Ven. Antòn Martin.

Pag. 144.



decimiento. Contemplábase Anton Martin obligado igualmente al Santo por un favor tan especial: en fin agradecidos los dos corazones nuevamente enlazados, determinaron unirse para subir (cual otro Jacob dormido, cuando su hermano Esaú (1) le juraba venganzas) hasta la puerta de los cielos. Determinaron para este fin ser sus compañeros en los ejercicios de caridad, para asegurar su mayor bien. Probóles el Padre de la hospitalidad el espíritu de vocacion, y vistiéndoles el hábito, los admitió por sus compañeros, ya para la asistencia de los enfermos, ya para salir por la ciudad á pedir limosnas. Entrambos siguieron con felicidad su rumbo, anhelando despues al puerto de la gloria, y cantando como David al son de la harpa: *Verdaderamente que esta mudanza la ejecutó la poderosa mano derecha del Excelso (2).*

Aumentándose iba del árbol de la santidad del siervo de Dios la bella copa de su fama: no habia ni afliccion, ni desconsuelo, para remedio del cual no llegasen á las puertas de su compasion y misericordia: veíanle como segundo Pablo todo para todos (3). Con este motivo fue á comunicar con el Santo un caballero llamado D. Fernando Nuñez, sobre el estado que pretendia tomar del matrimonio. Habíase enamorado de una dama, igual en sangre, no en riquezas del mundo, pero virtuosa. Estaba este caballero en la lozanía de su juventud, corriendo la tela de esta vida, gastando la hacienda en galas, libreas, músicas, festines y todo género de diversiones, sin embarazarle ni la salud espuesta á mil peligros, ni la ley de Dios, que le acordaba sus verdaderas obligaciones: ¡desgracia lastimosa en todos tiempos, originada, segun Ciceron, de

(1) Genes. ut sup. (2) Psalm. 76. (3) 1. Ad Corinth. cap. 9.

la libertina soltura de los mozos (1)! Con ocasion, pues, del galanteo paseaba la calle de san Matías, en donde vivia esta señora. No faltaban compañeros de su edad para hacer mas autorizada su empresa, que ya en la ciudad se hizo pública. No se desviaba la dama ni en una ligera demostracion de la debida honestidad y modestia. Al caballero, sumamente enamorado, se le hacian los instantes horas, y las horas siglos: buscaba medios, lo encargaba á sus amigos; y esperimentando largos los plazos, determinó buscar á Dios, haciendo, como se acostumbra decir, ejercicio de virtud del que propiamente es necesidad. Como quiera que fuese, eligió el medio mas eficaz, que es el recurrir á Dios. Como estaba la fama de nuestro *san Juan* tan acreditada, determinó el tal caballero hacerle una gruesa limosna para lograr de la Divina Magestad que consiguiese su intento; queriendo esperimentar al mismo tiempo si abultaba la caridad del Patriarca la voz del pueblo. Para esto fue á buscarle, y le encontró en la puerta que llaman de las Tablas, pidiendo limosna. Embozóse el caballero para no ser conocido; y llegándose al padre de los pobres con disimulo, le dijo: Hermano *Juan*, yo soy un caballero principal y forastero, nacido con obligaciones, y me hallo en el dia en una necesidad de las mayores, temiéndome á mí mismo de desesperacion, si no hallo remedio: este se reduce á hacerme con doscientos ducados: si por amor de Dios me favoreceis, sacándome de este aprieto, hareis una obra de caridad muy grande. Oyóle el Patriarca con lástima; y sin merecerle atencion cualquiera dificultad, le respondió de esta manera: *Sabe Dios, hermano, que no tengo tanto como me pedis;*

(1) Cicer. lib. 13. de Divin.

pero tengo confianza en la Providencia Divina, que á nadie falta: ruegoos por amor de este Señor, que no cometais ofensa alguna contra aquella bondad infinita: mañana á las nueve tomad el trabajo de esperarme en este mismo sitio, que yo espero remediaros y socorreros. Despidiéronse entrambos, y el santo Padre se puso en oracion, en la que hallaba el tesoro para remediar todos los ahogos del prógimo. Salió el dia siguiente, confiado en la Divina Providencia, á la limosna, y halló toda la cantidad que le pidió el caballero. Cargóla en su esportillo, y fuése al lugar aplazado: ya le esperaba el aparente pobre; y llegándose, como la antecedente noche, le dijo: Hermano *Juan de Dios*, yo soy el que anoche os representó aquella grande necesidad en este puesto acordado para vernos ahora, y así espero el cumplimiento de vuestra palabra: *Bien venido seais* (le respondió el Santo), *aquí traigo la cantidad de que necesitais en tanto estremo: decidme si vos la quereis recibir, ó que yo la lleve á alguna parte; y dad gracias á Dios que tanto favor os hace.* Suspenso quedó D. Fernando, sin dar fé al suceso que veía, hasta que tocó con sus manos todo el dinero que habia pedido en diferentes monedas; y creciendo su pasmo al ver que no se contentaba su caridad con aquello, sino que se ofrecia á llevarlo por su mano, como sin arbitrio se abalanzó al Santo, abrazándole con las mas cariñosas y alegres señas. Yo no quiero vuestros doscientos ducados (le decia), hermano *Juan*, porque tengo mucho mas, gracias á Dios: he querido esperimentar, viendo por mis ojos lo que en toda España se dice de vuestras compasiones: con esto quedo cierto y seguro de que teneis mucho con Dios, y por tanto necesito de vuestras oraciones para un negocio que tengo entre manos; y porque es largo,

vamos juntos hasta vuestro Hospital, y os lo referiré en el camino. Así fue; encargóse el Patriarca de la pretension del caballero, y por tanto le rogaba á Dios con eficacia. Como queria el universal Provisor que el caballero le sirviese en otra empresa mas singular, no surtió el efecto que este premeditaba. Es la oracion en los santos tan conforme á lo que enseñó el mismo Cristo, que lo principal á que se ordena es la voluntad divina. Así dijo por san Mateo que debia ser el modo: *Padre nuestro, que estás en los cielos, hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo* (1): y atendiendo á esta voluntad, con la cual el alma del justo está conforme, decia san Clemente Alejandrino: *Feliz mil veces el alma que quiere no mas que lo que quiere Dios, y no quiere lo que la voluntad de Dios no quiere* (2). Quizá por esta gran conformidad, que resplandecia en *san Juan de Dios*, no se logró el efecto que pretendia el caballero, sino que pudo ser premio de ella otra mayor fortuna, y tanto mayor, como que en lugar de unirse dos espíritus con el sagrado velo del matrimonio, se desposaria el mismo supremo Señor con su alma, tomándola por su esposa. El suceso funda el pensamiento. Continuaba el caballero su galanteo: una tarde que iba á caballo, al pasar por delante de su dama con aquel garbo y habilidad que quieren manifestar los que se precian del arte, se paró de repente el generoso bruto: arrimóle la espuela, castigóle con la vara; mas desobediente á uno y otro, permanecia inmoble. Estrañó la novedad el ginete, y mirando lo que pudo ocasionar aquel caso, vió frente de sí una profundidad espantosa, y formidable, que erizándole el cabello, le qui-

(1) Matth. cap. 6. (2) Clem. Alex. ibid. Orig. ibid.

tó el pulso, perdió el color natural; iba á caerse, si oculta mano no le detuviera, para que se informára de aquella horrorosa caverna, que era el infierno, sin la desgracia de verse en su tragadora boca sumergido. Entendió el caballero ser esto llamamiento del cielo, usando para sí solo la propia señal que para convertir á toda la provincia de Ibernia manifestó en otra ocasion por medio de san Patricio (1). Volvió á Dios los ojos, rindióle repetidas gracias, de que le diera lugar para libertarse de los eternos suplicios, dando de mano al matrimonio, que segun imaginaba, habia de ocasionar la perdicion de su alma. Fue en busca del padre Maestro Juan de Avila, para consultarle como á oráculo, y con su direccion se ordenó de sacerdote, siguió los estudios, dió á la Iglesia muchas almas, viéndose en él otra planta fecunda, entre las muchas que aquel apóstol de Andalucía plantó en el huerto de los Santos.

No menos maravillosa fue esta conversion que otra que tambien se atribuyó al Patriarca escelso. Un hombre habia en Granada, que se llamaba Simon de Avila, entregado á vicios, poseido de maldades, juntándose á estas una suma envidia y desasosiego, que le ocasionaba el crédito, y fama de las virtudes de nuestro ínclito héroe. Este era el torcedor mayor para su pecho, inquieto siempre con pensar si sería verdad lo que se publicaba. Con esto, y ser mozo libre y ocioso, dió en seguirle, ó perseguirle, para notar, y censurar sus acciones. Entró, pues, el Santo en una casa á remediar la necesidad de una pobre viuda con tres hijos. Esta visita era frecuente, porque la necesidad era estrema: siguióle el envidioso Simon: en-

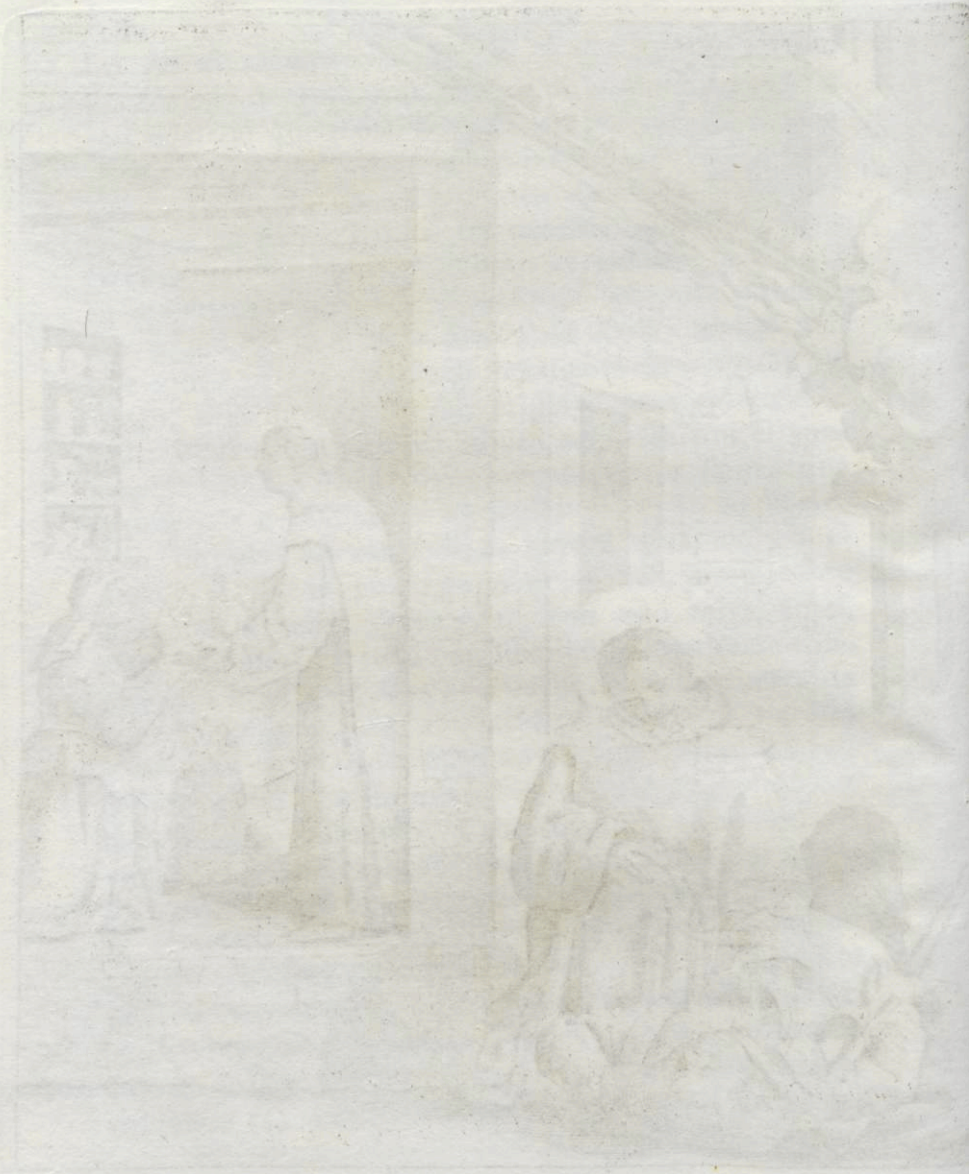
(1) Villeg. Flos. Sanct.

tró en el zaguan con ánimo de ver, y oir cuanto pasaba allá dentro; y al tiempo de introducirse en la casa advirtió que todas las paredes por donde pasaba estaban escritas, y lo escrito eran sus culpas. ¿A quién no ocurrirá aquí, ó la escritura que descubrió Baltasar en la pared (1), ó los pecados de los fariseos escritos por Cristo en el polvo, sirviéndole de pluma su sacratísimo dedo (2)? No reparó solo esta novedad tan grande el malicioso Simon de Avila; además vió que sobre su cabeza estaba pendiente una espada de fuego, que amenazaba dar el golpe para quitarle la vida. Pudiera esta particularidad cotejarse con el sueño del soldado de Madian, cuando se le figuró una espada por amenaza de su destruccion (3). Al horroroso impulso de este objeto cayó desmayado en el suelo, y con el ruido salió el Santo: hízole sobre la frente la señal de la cruz: con esto volvió en sí, y por entonces no tuvo mas libertad que retirarse confusísimo á su casa. Llegó la noche, y á la fuerza de tanto desengaño fuese al Patriarca: echóse de rodillas á sus pies: contó con lágrimas de arrepentimiento su delito: pidió con humildad profunda el hábito; y habiéndosele concedido, acabó sus dias, pasando á vivir por eternidades. Todos estos, y otros muchos triunfos, que lograba el siervo de Dios, iban bellamente encadenados con el instituto que emprendió su caridad excesiva. Eran los pobres enfermos el objeto de sus lastimas; y imitando al Supremo Redentor, si atendia á las enfermedades del cuerpo, procuraba con la mayor eficácia echar fuera las enfermedades del alma (4). Contristábanle hasta lo sumo los enfer-

(1) Daniel. cap. 5. (2) Joan. cap. 8. (3) Jud. cap. 7. (4) Ambr. lib. 5. in Luc. cap. 6.



Conversion hecha por el Patriarca, del Ven Simon de Avila.







Convierte el Santo, á varias Mugeres Publicas.

Pag. 151.

mos del infernal tabardillo de la lujuria. Es una calentura maligna, escribió San Ambrosio (1); y contra esta se hizo *san Juan de Dios* acreditado médico. Lloraba la multitud de mugeres, que entregándose á las casas públicas, con el pretesto de necesitadas, vendian sus cuerpos y sus almas, para ser vil trofeo de los demonios; y para curar estas enfermedades discurria su ingeniosa caridad saludables recetas. Para visitarlas, y reducirlas, escogia uno de los dias de la semana, que por lo general era el Viernes, porque en este obró nuestro Divino Redentor la grande obra de sacarnos de la esclavitud del demonio, tronchando con el precioso licor de su sangre los grillos y cadenas de la culpa, y echarnos fuera (como predijo Zacarias) de la profundidad de aquella caverna, en que nos tenia atados (2). Viernes fue el dia en que Cristo bien nuestro, á la hora de sexta despidió una flecha de su amorosa aljaba, y atravesando el pecho de la Samaritana, la hizo de mala, Santa, y de prostituta, predicadora (3). Viernes era el dia que este místico cazador de las almas (elogio con que aplaude la Iglesia al Patriarca san Cayetano) heria con dardos de amor soberano las almas fugitivas, entrando en las casas públicas, y descogiendo saetas por su boca, así las decia; *Hija, yo te daré mas de lo que otro alguno pueda darte, si quieres oirme un rato en tu aposento.* Como el interés es el tirano que pierde á tantas almas, y las precipita á las eternas llamas por la prostitucion abominable, fácilmente al oir mas interés, se reducian á su fin santo. Entrábase, pues, el siervo de Dios en el aposento de la muger escandalosa: la mandaba sentar, poniéndose de rodillas el Patriar-

(1) Ambr. lib. 4. in Luc. cap. 4. (2) Zach. c. 6. (3) Joan. c. 4.

ca: sacaba de la manga un Cristo crucificado: con la mano siniestra le cogia: empezaba á darse en los pechos recios golpes con la derecha: tempestad de lágrimas llovian sus castos ojos: acompañaban al aguacero multiplicados suspiros; y entetegiendo clamores, que publicaban sus culpas, pedia el perdon de ellas al padre de las misericordías. No era capaz el corazon de la muger, por mas perdida que fuese, y rebelde á los llamamientos del cielo, de dejar de enternecerse con tan compasivo espectáculo. Miraba un Cristo puesto en el leño de la Cruz, y un hombre calificado por santo en opinion de todo el pueblo, anegado en llanto, por unas culpas, que ademas de creerse perdonadas, eran tan desiguales á las que aquella muger tenia cometidas: culpas que se aumentaban en la clase de veniales, ó ligeras, cuando las de aquella alma pecadora no podian desconocerse por enormes y gravísimas: y de este modo triunfaba el glorioso padre de estas almas. No habrá quien deje de conocer la mucha gracia de Dios, que ocupaba el alma del Santo. Los héroes de la iglesia en doctrina y santidad aconsejan, que para vencer en punto de lascivia, la fuga es unico medio. Del cielo bajó el fuego sobre Sodoma para abrasar el delito mas (1). De Santo Tomas de Aquino, como Angel humano en sabiduría y pureza, se refiere por singular esfuerzo de la gracia, que con un tizon encendido triunfó de una muger tentadora (2). De mi bendito Patriarca Francisco Caracciolo se escribe, que otra muger que á su mismo aposento le fue á tentar, no solo no le rindió, sino que el glorioso Padre logró allí mismo convertirla (3).

(1) Gen. cap. 18. (2) Vid. de Santo Thom. de Aquin. (3) Vid. del B. Francisc. Carac.

En *Juan de Dios* parece que echa el resto la gracia, digna de admirarse. Buscaba las mugeres públicas y escandalosas, se entraba por sus mismas casas, las persuadia á que le oyesen á solas, se introducia á sus estancias, y no esgrime tizon ardiente: su caridad y amor de Dios es el que abrasa su pecho: enarbola el estandarte de un crucifijo, llora, suspira, se confiesa, publica sus pecados; y con esto, no solo asegura salir inmune de la menor sombra, sino que logra el glorioso efecto de que las almas, llenas de asquerosas manchas, salgan de aquel choque duras, y aborrezcan los indecentes comercios. Para asegurar mas tan gloriosas conquistas, ya que las mugeres malas lloraban enternecidas, sacaba un librito de la pasion de Jesucristo, y las leía lo que le parecia mas conforme, segun las circunstancias que ocurrian. Con esta sagrada eficacia proponian dejar enteramente el vicio: le suplicaban que las sacase de aquel infeliz estado; y si las deudas servian de embarazo, procuraba con las limosnas que recogia satisfacer á los acreedores que las acongojaban. Empezaba las diligencias para sacarlas de la casa pública, y era la primera llevarlas á su Hospital, y ponerlas en la enfermería, en donde se curaba el mal gálico. Si era que no estaban dañadas de este pestilente achaque, no por eso dejaba de conservarlas en aquella sala, con el fin de que viesen las violentas curas que se hacian con otras, ya de sacarlas á la una los huesos podridos de la cabeza: á la otra cortar la carne corrompida, y aplicarla el cauterio de fuego: á las mas dando clamores y alharidos de noche y dia por los dolores intensos, que por un fugitivo y aparente gusto padecian. Motivo era este para que las recien convertidas, levantando á Dios los ojos, le diesen gracias de no esperimentar

en sí aquellas miserias; y sacando nuevos motivos para aborrecer aquella detestable vida, ratificasen los santos propósitos de enmendarse para siempre. Despues de algunos dias las llevaba á la Casa de Recogidas, que la habia en Granada, y las socorria con cuanto se necesitaba: á otras las depositaba en casa de algun devoto, hasta casarlas con decencia: en fin, segun era diferente el espiritu, y ánimo de cada una procuraba el medio mas proporcionado para salvar el alma; y lograba de este modo, que las que siguieron á la Magdalena, cuando pecadora, la imitasen aun mejor cuando santa. Un Viernes, que salia á estas conversiones, quisieron algunos devotos del Patriarca lograr la complacencia de ver un lance de la gracia que poseía. Quiso el Señor que se hallasen en la plática que las acostumbraba hacer á todas las de la casa pública; y fue tanta la eficacia de sus palabras, que se convirtieron al mismo tiempo ocho mugeres de aquellas. En otra ocasion logró de un golge de su fervor casar diez y seis de este calibre; y al paso que convertia almas, y las sacaba del infeliz estado de la culpa, movia á otras personas para que diesen limosnas, y se pusiesen en estado de conservarse en gracia de Dios hasta la muerte.

CAPITULO IX.

Persiguen á san Juan de Dios *por las conversiones que hace: suceso de cuatro mugeres fingidamente convertidas: libra el Santo á los enfermos del Hospital del fuego: mudanza del de* san Juan de Dios *de sitio: viage á Andalucía y á Valladolid, con otro á Málaga, y da la vuelta á Granada.*

Que la caridad es muy sufrida escribió á los de Corinto san Pablo (1); y siendo imposible que lo sea sin martillo que la golpee, no era dable pasarse *San Juan de Dios* sin muchos golpes, que probasen lo intenso de esta virtud, que corona á las demas. Empezaron á censurar las entradas del Santo en las casas públicas: al sacar una muger perdida de ellas, para no quedar espuesta á los muchos regulares peligros, le mosaban los holgazanes con estos pesados dicterios: Vaya, vaya, que ya le conocemos; ¿adónde la lleva el hipocriton? á fé que buen gusto tiene, no ha escogido lo peor: ¿y para esto está engañando al mundo? Por otra parte las mugeres del indecente trato le burlaban, y afrentaban, cuando veian que sacaba alguna. Bien echamos de ver (decian disolutas) donde la lleva: ya está conocida su hipocresía: sin duda aquella le parecerá mejor; y si algunos las reprendian su descaro, respondia el siervo de Dios: *Dejadlas, por amor de nuestro Señor, que estas me labran la corona.* Algunas veces molestado de las mismas mugercillas, respondia con santo donaire: *Esta gente me conoce muy bien, y así me trata como me conoce.* Por último, en donde re-

(1) 1. ad Cor. c. 13.

gularmente depositaba semejante mercadería era en casa de un devoto suyo llamado Juan Fernandez; el cual no solo las socorria y amonestaba, sino que procuraba buscarles maridos, ser padrino en las bodas, que regularmente en su casa se celebraban con honestos regocijos, pagándole el cielo estas obras con particulares favores por medio de *san Juan de Dios*, á quien de dia en dia se aficionaba mas. No por eso dejaba el Patriarca de aumentar cuanto podia su caritativo ejercicio, ni le turbaban los dicterios, conociendo que Dios estimaba unas ocupaciones que las ejercitó para nuestra enseñanza y ejemplo, cuando vino al mundo. Del Abad Vitelio es cosa cierta, que para evitar pecados salia de noche, y buscando rameras, les daba dinero, para que se encerrasen con él en lugares ocultos: se ponia delante de ellas de rodillas, empezaba á tener oracion, saliéndole del rostro (como segundo Moisés) resplandecientes rayos: gemia, lloraba, con lo que lograba enternecerlas, y detestar sus infames tratos, entregándose á Dios las que entraron cautivas de satanas; por esto fueron indecibles las persecuciones que toleró su caridad de los vecinos de Alejandría. Murió aquel santo Abad, y despues de su muerte hallaron escrita una targeta en sus manos, que decia: *Varones de Alejandría, no os propaseis á juzgar antes de tiempo, esperad á que venga Dios y juzgue* (1). La misma respuesta daba *san Juan de Dios* á los murmuradores. ¡O juicio sin juicio de los hombres, como el del ciego Helí los mas! que al ver el movimiento de los labios de Ana, madre de Samuel, hizo juicio de ser borrachera fatal, contra el de Dios, á cuyo soberano impulso derramaba el corazon en su

(1) Sur. in Vit. S. Joan. Pat. Alex.

presencia (1); por tanto acabó su vida condenado para siempre, en pluma de san Juan Crisóstomo (2). De este modo con mayor solicitud, sin que le sirviera de embarazo el juicio del mundo, se ejercitaba el Patriarca en obras de caridad. Un dia habiendo entrado en la casa del sensual trato, exhortando á las mugeres perdidas, cuatro de ellas fingieron arrepentimiento, y le hablaron las siguientes palabras: de Toledo somos, padre de nuestras almas, en cuya ciudad tenemos que disponer de algunos bienes, que importan para serenar nuestras conciencias: si se pudiese lograr que fuésemos allá, le aseguramos mudanza entera de vida y costumbres. Alegróse el Patriarca, creyendo ser segura la ganancia de aquellas cuatro almas, juzgando que si en el arca de Noé se libertaron ocho almas de las vacilantes espumas del diluvio (3); del mar dulce y dilatado de las lascivas hondas lograrian salvamento aquellas cuatro. No tropezó *San Juan de Dios* en trabajos, ni gasto; todo le parecia poco para un triunfo tan grande. Previno cuatro caballerías, bastante dinero; y tomando á Simon de Avila por compañero de aquella espedicion, dejando encargado su Hospital al venerable Anton Martin, se puso en camino con ellas sin que le dolieran prendas. Como todo se reducia á un solemne engaño, que jamas juzgó el Patriarca, hasta que lo evidenció la esperiencia, salieron los seis juntos de Granada. La gente, que ya por el trage, ya por lo desenvuelto, se hacia cargo de la calidad de las cuatro mugeres, y al mismo tiempo veian á dos hermanos con hábito religioso acompañarlas, echando malísimo concepto, les decian mil injurias: tan pron-

(1) 1. Reg. cap. 1. (2) Joan. Cris. lib. 3. adv. Vit. de Vit. Mon.
(3) Gen. cap. 7.

to preguntándoles adonde llevaban aquella buena gente, como diciéndoles que habian cargado con buena mercadería. Tanto fue el desprecio, que ni hombres grandes, ni chicos, ni pobres, ni ricos dejaban de decirles mil baldones. Bastaba ver religiosos humildes para que el mundo se difundiera en desprecios; (¡ó santo Dios!) cuanto mas mirándoles tan mal acompañados. El compañero Avila, aunque veneraba con profundo respeto al Patriarca, no iba satisfecho de la marcha, y menos del género que llevaban á Toledo; habia corrido mundo, y esto bastaba para concebir desconfianza. No carecia de sólido fundamento; pues si para aborrecer las naves (aun dejando aparte los muchos peligros á que se esponen los navegantes) bastó en sentir del trágico haber la primera del mundo, llamada Argos, llevado á la prostituta Medea desde la Asia á Europa (1); ¡qué mucho que temiese Avila llevando cuatro! Llegaron en regulares jornadas á Almagro; y apenas llegaron, cuando se desapareció la una de ellas. Simon de Avila, que vió empezar á verificarse su concepto, culpaba (bien que sin ofender al glorioso Padre) la emprendida obra: persuadíale que se volviese á Granada. El siervo de Dios, que jamas pensó que nadie mentia, creyó á las otras tres, que se ratificaban en su ofrecida palabra. Llegó, pues, con la restante compañía á la imperial Toledo; mas al llegar se dobló el chasco, porque luego se escaparon dos, quedando ya no mas de una. Nueva materia se le venia á la mano á Simon de Avila para lamentarse de aquel viage: infeliz le llamaba; infructuoso, y por tanto aconsejaba al Santo que echase fuera la que por último quedó sola. No dejaba de herir la pérdida al

(1) Senec. in Med.

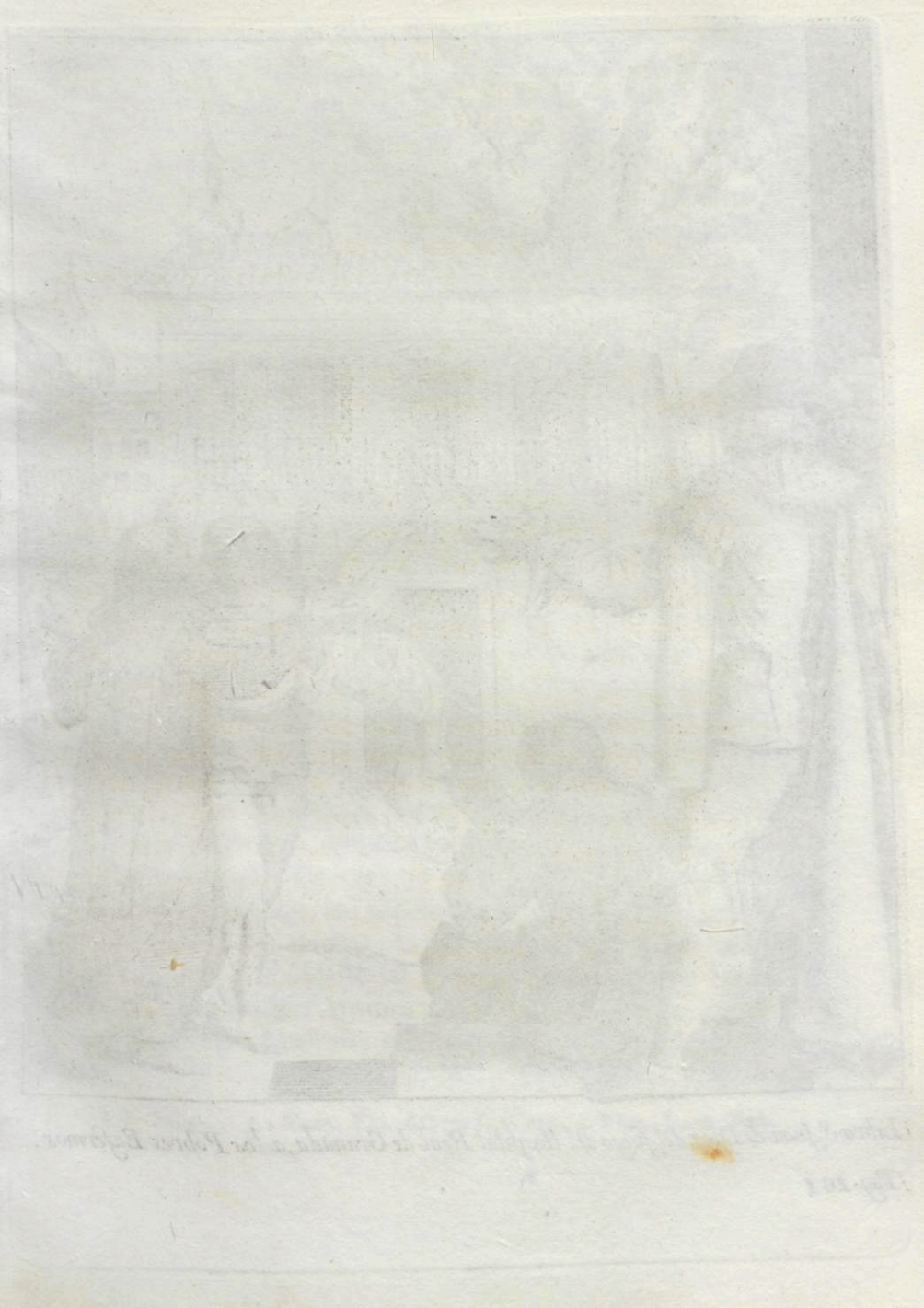
corazon del Patriarca; mas volviéndose á Simon, le respondió con santa paz de esta manera: *Hermano Avila, decidme por vida vuestra: ¿Si acaso fueseis á Motril por cuatro cargas de pescado, y se os perdieran las tres, arrojárais por esto la cuarta, que quedó buena? No por cierto: pues, hermano, si las otras no eran nuestras, y se perdieron, esta que lo es, y quiere ser buena, no es justo que la dejemos: volvámonos con ella á Granada.* De este modo lo ejecutaron, y á la muger verdaderamente convertida la depositaron en casa del devoto Juan Fernandez, que casó, viviendo, y muriendo con santa felicidad. No deja de ser algo concerniente á este suceso el otro caso que le acaeció al Patriarca con aquella muger recien llegada á Granada, de nacion estrangera, y de bella cara, de la cual dijimos que *San Juan de Dios* la recogió en una casa, para que no se perdiese. Fue á verla el Santo una noche, como vigilante pastor de aquella oveja; y hallándola sola con vistoso adorno, y no la mayor decencia en el vestido, la riñó tan agriamente, que la dejó llorando á sus pies, como á los de Cristo Magdalena (1). No fue esto lo mas, sino que á un galan que tenia escondido detras de la cama, le hirió de tal modo la plática que le hizo, que compungido y pesaroso de haber ofendido al Señor infinito, salió despues que se fue el Santo del lugar oculto, y pidiendo perdon á la muger, dijo con brio resuelto: Señora, quien ha oido las palabras de *Juan de Dios*, ó mejor, de Dios en *Juan*, no le queda ni valor, ni fuerzas para ofender jamas á un dueño tan bueno: trate usted de su salvacion, que yo me despido para siempre, y voy á procurar la de mi alma. Con razon

(1) Luc. cap. 7.

pues, debe el bendito padre llamarse padre de familias, al modo del que refiere san Lucas (1); pero con la singularidad que la semilla de la palabra de Dios dió fruto en la tierra que no habia sembrado.

Desde este fuego, que era el sensual y torpe, y al que procuraba apagar el fuego de la caridad del Patriarca, no menos que el fuego sagrado, que incesantemente en el altar ardia (2), apagó del Turíbulo de Nadab, y Abiú al fuego profano (3); es del caso pasar á ver cómo triunfaba de las llamas materiales. Era Administrador del Hospital Real de la Ciudad de Granada una persona noble, poderosa, y de las visibles del Reino. Atenido á los lances que llaman de honor, ó con otra palabra, de *debido cumplimiento* á lo del mundo, quiso dar un banquete público á los Oidores y Caballeros principales. Para esto puso una mesa esplendidísima, como es lamentable costumbre. No se acabaron aun los sucesores de Eliogábalo, quien despues de infinitos platos que ponia, mandaba disponer otros de lenguas de pabos, ruiseñores, y distintas aves peregrinas (4). Tampoco los de Vitelio, que en un convite que tuvo, hizo socar dos mil peces no conocidos, y siete mil aves singulares (5); rematando la funcion con una fuente vastísima de higados de *scaros*, peces que pacen y rumian, y son delicadísimos para el gusto. Igualmente los de Metelo Proconsul en nuestra España, el cual no satisfecho con las continuas viandas, hacia traer de tierra de Marruecos fieras incógnitas comestibles para mayor gusto de sus voracidades (6). En fin ni los de Asinio, Polion, Mecenate, Nomentano, Galon, Clodio, Albino, que son de la

(1) Luc. cap. 8. (2) Lev. cap. 6. (3) Lev. cap. 10. Vid. Corn. (4) Alex. ab Alex. l. 5. Dier. Gen. cap. 21. (5) Suet. Tranq. in Vitel. cap. 13. & 17. (6) Salust. de bello Fag.





Libra S. Juan de Dios, del fuego del Hospital Real de Granada, a los Pobres Enfermos.

glotonería el verbi gracia (1). Dispusiéronse, pues, diferentes platos para esta opípara comida, y entre ellos se mandó asar una ternera entera rellena de perdices, conejos, gallinas, capones, y casi todo linage de volatería. A proporcion de esta pieza, y para que tuviera sazon, se hizo grande el fuego. Descuidáronse los cocineros, y explayándose mas de lo que debiera la llama, comenzó á cebarse en el recinto de la cocina: abrasóla toda, pasando el ligero elemento con el mayor orgullo al resto de la fábrica de aquella Santa Casa. Como las salas de los enfermos descansaban sobre abultadas maderas de pino, halló la materia tan bien dispuesta, que se juzgó reducido á cenizas aquel Real y magnífico edificio. Avisaban las campanas á toda la ciudad para el socorro; acudieron los Alarifes y Maestros de Obras, el Corregidor, los Ministros, los Veintiquatro: en una palabra, desde el mayor hasta el menor de aquella poblacion noble corrió al alivio de esta calamidad, y entre todos el primero el glorioso Padre *san Juan de Dios*, al oir que peligraban las niñas de sus ojos, que eran los pobres, al rigor del elemento voraz; y volando en alas de su amor á libertarlos, se puso frente del triste objeto que amenazaba tantas desgracias. Como el Hospital está fuera de las murallas en un campo grande, ya al llegar la gente estaba el fuego hecho dueño de todas las paredes, hasta coronar los tejados. La turbacion de todos, el horror de las llamas, la furia de sus rápidas corrientes, les embargaba las facultades. Resolvióse traer la artillería de la Alambra, para quitar con la ruina que causaria el cañon, que la comunicacion del fue-

(1) Sabel. l. 3. Ænea. Vid. Athen. l. 1. cap. 3. Plin. Jacob. Pontan. Beyerli. v. Gula, &c.

go fuese universal. Todas las providencias eran perezosas, en comparacion de la viveza de las llamas. Los enfermos clamaban, poniendo sus gritos en las nubes: ya saltaban de las camas: ya salian á las ventanas: todos medio muertos con el susto, y mas que medio muertos al ver tan irremediable el peligro. En esto el glorioso Padre, que por librar á un pobre diera mil vidas, si las tuviera, con el mayor gusto, atropelló á un tiempo por medio de las llamas, incendios y peligros. Arrojóse á ellas por las puertas que ocupaba el espeso humo: abrió muchas otras de nuevo: empezó por una, y por otras á sacar pobres, ya de dos en dos, ya de tres en tres, sobre sus hombros. Con tanta prisa iba traginando enfermos, que asombradas las gentes, les parecia imposible en tan corto tiempo como media hora trabajar tanto. ¡Con qué valor! ¡con qué fuerzas! ¡qué incansable! ¡con qué gusto! siendo así que las penitencias, los ayunos, la falta de sueño le tenian hecho un esqueleto. Ya por fin acabando de sacar los pobres de las salas, se pasó á las otras estancias á hacer las mismas diligencias de llevar fuera los dolientes, arrojar la ropa, las camas, y cuanto peligraba, obligando al fuego á que diera treguas para el descanso. No descansó, ni aun entonces su caridad fervorosa: tomó una hacha, subió á los techos mas altos: empezó á destrozar para impedir el total incendio de arriba: retiróse el voraz elemento, cebando su furia en otras partes de menor daño; y con esto se estorbó que el Hospital se viese cual segunda Troya. Nadie estrañe lo que de la salamandra se cuenta: nadie lo que con el pirausta sucede (2), pues vemos un pobre, antes desnudo, afrentado, azo-

(1) Vid. Histor. Natur.

tado, escarnecido, que se anda entre el fuego, como si fuese su centro; y lo que mas admira, que siendo natural aumentarse el fuego con otra llama, sucede en *Juan* al revés, que cede el fuego del Hospital, se disminuye, se apaga, porque era mayor, y de superior esfera el fuego del amor á Dios y al prógimo, que ardia en el pecho de nuestro Santo. Algunos de los testigos oculares del incendio aseguraron, que al tiempo que sacaba pobres, y arrojaba los trastos de las salas, vieron que le acompañaban dos Angeles en trage de hombres con cuatro cántaros de agua, y que apagaban el fuego. Angeles de cierto, porque con el Santo no anduvo mas que un hombre llamado Alonso Maldonado; y queriendo este asegurar su vida, le dejó prontamente. Son los Angeles como Ministros de Dios fuego, dice el Real Profeta (1); y como fuego celestial sirvió de agua contra la material llama. Al gusto de la imaginacion fingieron los antiguos la contienda entre el amor profano y el divino, uno y otro corredora llama. Apagó éste á aquel como si fuese agua, con lo que llenó Alciato la universal expectacion con este epígrafe ¡*Gran maravilla! quemó un fuego á otro fuego* (2). Para evidenciar un notabilísimo prodigio, en opinion de Lira, hizo ver Elias que brotaban arroyos de agua de sus dedos (3). Era el Profeta un vivo fuego de amor divino; y esto bastaba para ejecutarse. Philon Hebreo quiso que la llama de la Zarza refrigerase su lozanía, y tuviese hasta la figura de fuente (4). Como aquella llama bajó de arriba, no se aparta de la verdad del suceso. Era Angel *Juan de Dios*: otros de su coro le acompañaron entre las lla-

(1) Psalm. 103. (2) Alciat. Emb. 110. Vid. Ovid. 2. Amor. eleg. 1.
(3) Lira in 3. Reg. cap. 18. (3) Philo. in Vit. Moys. lib. 1.

mas; y llenos de fuego de caridad los tres, lo propio fue que si fuesen arrojando cántaros de agua.

A este prodigio se siguió otro. Segun relacion, no menos comun de los concurrentes al incendio, le advirtieron cuando el fervor de las llamas levantado en el aire, sería tambien proporcionarse al genio de una caridad vehemente, porque es natural al fuego subirse al centro; á no ser que digamos, que como la llama, y mas del divino amor, todo lo come; ageno del material peso del cuerpo, se subió, como aquella forma del hombre que descubrió Ezequiel, hasta la esfera (1), para rendir desde allí al tragador elemento. Aún se dilata el suceso. Trabajaba para cortar el fuego nuestro Santo en un tabique, y rebentó con tal violencia por otro lado, que unas y otras llamas le cogieron en medio. Desapareció de la vista de todos el Patriarca por mas de media hora. Concibieron los vecinos de la ciudad tanto sentimiento con esta ausencia, que lloraban á impulsos del cariño la creida desgracia de su muerte. Aquí se juntaba en triste y funesta tragedia el fuego del Hospital con el agua del llanto. ¡Qué destrozo mayor para esta ciudad (decian todos) pudo hacer la llama, que quitarnos una vida, de la cual están pendientes las nuestras! Los enfermos en aquel imprevisto lance no acertaban á gemir, y les faltaban ojos para llorar. Pero ¡óh maravilla! No le ofendió el fuego. Teníale Dios reservado al Patriarca para mayor utilidad del mundo: lisonjéole el incendio: salió coronado de la fluctuante hoguera, libre, sano y sin lesion alguna; y para acreditar que la llama le tuvo dentro de su abrasadora boca, sacó quemadas las cejas y las pestañas; pero

(1) Ezech. cap. 2.

no los cabellos, ni los hábitos y demas vestidos; y se vió un semejante portento al que obró la Magestad de Dios con los Niños del horno de Babilonia (1). Con esto se transformó en alegre gritería, en parabienes y vítores, lo que antes fue funesta repeticion de llantos, de pésames y suspiros. Iban con porfia á tocarle, para evidenciarse de que no era fantasma, pudiendo decir el Patriarca en cierto modo al concurso, lo que Cristo á los Apóstoles, cuando les apareció resucitado y glorioso: *Tocadme y vedme, pues el espíritu no tiene carne ni huesos* (2). Y á todo este conjunto de prodigios, que en aquel lugar vió Granada, puede servir de gloriosa corona haber sido aquel Hospital el taller de sus afrentas y ultrages, cuando los mas le insultaban diciendo: *Al loco, al loco*; y en este dia resonaba en todo el pueblo: *Al santo, al santo.* Logróse ya últimamente que se apagase el incendio por los méritos del siervo de Dios. Aplaudióse el conjunto de prodigios que obró el Señor por medio del Patriarca, de manera que no habia otra conversacion en la ciudad que aquel suceso. Verdaderamente parece que los elementos hicieron pacto de manifestarse en aquellos dias enteramente sujetos á su obediencia; porque si el elemento del fuego se hizo con sus brillantes lenguas pregonero de sus glorias, no menos que con su claridad las publicaron las aguas. Bañan las lozanas vegas de la capital de Granada dos famosos rios, llamados *Genil* el uno, y *Darro* el otro. Toman su origen limpio y puro de la falda de aquellas sierras incultas, aumentando mas que medianamente su caudal, hasta que llegan al mar, pagando el tributo,

(1) Dan. cap. 3. (2) Joan. cap. 20.

segun la regular obligacion. Llovió tanto aquellos dias, que pasando el rio Genil á vanidades de mar, levantó montañas de espumas, arrancando y llevándose tras sí los árboles y caserías: ni le sirvió de freno la puente que hasta aquí le sujetaba; porque ademas de cerrarle totalmente los ojos, atravesó por encima de sus pretiles, corriendo con la mayor priesa para amontonar estragos. A vista de una inundacion tan poco acostumbrada, corrió la ciudad á la estrañeza, infundiendo el enojo de aquel elemento espanto en el corazon mas valiente. Entre los que bajaron fue uno de ellos el glorioso Padre *san Juan de Dios*; y viendo la multitud de árboles, peñas y brozas, que arrastraban las corrientes, quiso de aquel caudal hacer presa para abastecer su Hospital de leña. Ejecutó pronto el pensamiento, porque arrojándose á una pequeña isleta de arena, que con su intrepidez formaba el rio, iba sacando con un garabato cuantos troncos seguian la corriente. Gritaba la gente para que no se espusiera el Patriarca á la temible furia de las aguas, viéndole no fiado en otro pedestal que de arena movediza, sin poder resistir la fuerza de una mediana ola; y respondia sereno con mucha confianza: *Hermanos, no tengan miedo, que Dios y mis pobres me han de guardar.* Porfiaba en sacar leña, y se aumentaba, continuando el peligro, la gritería. Ya pareció al Santo, despues de mucho tiempo, que habia cogido bastantes cargas de leños para quedar surtido su Hospital, cuando se salió á la orilla. No habia el Patriarca andado un paso fuera de la isleta, cuando se desapareció al menor movimiento del rio; y se vió evidentemente por todo aquel gran concurso, que respetó aquel vago elemento las plantas del siervo de Dios, no atreviéndose ni á mover una arenilla de las

que sostenian sus pies. Semejantes prodigios ha obrado en otras ocasiones la soberania de Dios para engrandecer á sus siervos. Para engrandecer á Moysés se dividieron las aguas del mar Bermejo (1): para exaltar á Josué la coriente del Jordan retrocedió (2): para manifestar, no solo la fé, sino tambien la caridad de san Pedro, se hicieron de marmol las olas, dice san Pascasio (3): san Raymundo de Peñafort hizo nave de su capa para pasar desde la Isla de Mallorca á Barcelona (4): san Francisco de Paula ejecutó no menos maravilla (5): santa María de la Cabeza, esposa de san Isidro Labrador, sobre su mantilla atravesó de Manzanares y Jarama las espumas (6). Si en estos prodigios tan grandes como que dieron voces la fé, la esperanza y la caridad, que ennoblecian aquellas santas almas: en *san Juan de Dios* ¿cómo las esforzarian? Añadiéndose ademas de la seguridad del cristal fugitivo, el aumento de la leña que sacó en menos de tres horas del rio, pues ascendió á mas de doscientas cargas, siendo un hombre solo, no con otro instrumento que un garabato, el tiempo corto, y tan flaco, sin fuerzas y mal comido, como el Patriarca se hallaba. Temeridad fuera no reconocer en esto un segundo prodigio, con que la Magestad de Dios quiso magnificar á su gran Siervo.

Al tiempo que así Dios engrandecia al glorioso Patriarca *san Juan*, se aumentaba el número de los pobres y enfermos de su santo Hospital. Si los espacios de esta fábrica fuesen tan dilatados como los de la caridad que animaba su pecho, aun cuando se multiplicáran en mayor número, no debia recurrirse

(1) Exod. cap. 13. (2) Jos. cap. 3. (3) S. Pet. Pasc. c. 14. sup. Matth. (4) Eccl. in offic. die 23 Januar. in lec. 2. noc. (5) Eccl. in offic. die 2. April. in lec. 2. noc. (6) Vida de los Santos.

á nuevo ensanche. Del corazon de Cristo, bien nuestro, contemplándole Agustino enardecido en amor al hombre, dijo por espresion grande, que fue una estancia tan capaz, que bastó para que cupiesen todas las naciones del mundo (1). Del pecho caritativo de *san Juan de Dios* podré decir sin que sirva de hipérbole, que era tan dilatado, que tenian lugar todos los pobres enfermos, que gimen en el vasto espacio de la necesidad y miseria. No era posible que á la medida del corazon fuese la fábrica material; y así deseando hacerse con otra casa mayor que la que entonces ocupaban los pobrecitos dolientes con lastimosa estrechez, manifestó la intencion á sus devotos; y tuvo tan buena acogida, que solo uno, que fue aquel grande limosnero, egemplar Prelado, Arzobispo de Granada, don Pedro Guerrero, aficionadísimo al Santo, y de las prendas mas relevantes que caracterizan un Príncipe eclesiástico, dió mil y quinientos ducados de contado. Con esta cantidad y otras compró unas casas, que fueron en tiempos pasados conventos de monjas, en la calle de los Gomeles; y conservando servibles algunas piezas, como dormitorios, oficinas y salas, se acomodaron éstas, y repartieron con poco gasto en otras para los enfermos, añadiendo de nuevo para la estension y capacidad bastantes. Con tal acierto se dispuso, que ya cabian doscientas camas, sin las oficinas. Fabricó ademas una sala grande con su chimenea de campana en medio: cercóla de poyos, suficientes para sufrir colchones con desenfado y esteras de enea; y el fin era para que los pobres que recogia durmiesen con algun abrigo y comodidad con el calor del fuego. Esta sala se destinó para los pobres forasteros, que

(1) Aug. tract. 119. in Joan.

peregrinos y mendigos llegaban á la ciudad sin hallar alvergue. Salia el glorioso Santo de su casa al ponerse el sol, y á los que encontraba los conducia al Hospital, para que lograsen la comodidad que les ofrecia aquella estancia, y con esto se libertaban de los peligros del cuerpo, y lo que es mas de los del alma. Con esceso se iba poblando el santo Hospital: el contento era sumo en el corazon del Patriarca, viendo abundantísima la cosecha de su caridad; pero siendo poco para tantos enfermos el socorro que daba de sí Granada, bien que ejecutaba cuanto cabia en su esfuerzo, dispuso un viage con el fin de pedir limosnas por Andalucía, y con esto sobrellevar su Hospital, que era tan util y provechoso. Confirió con los amigos y devotos la ausencia premeditada de algunos dias. Entre varias y eficaces razones les proponia, ademas de aligerar lo gravoso que era y habia sido para aquella capital, el beneficio que resultaba en todo el Reino de concurrir á la limosna de la santa Casa, por el aumento de gloria que merecian en el cielo. Del Venerable Juan Pecador, uno de los mas ilustres hijos de la sagrada Religion, y cuya causa de Beatificacion felizmente se prosigue, se refiere haber visto, extáticamente el cielo con muchas camas olorosísimas blandas, limpias y mullidas, sin duda para que entendiera que los que favorecen con limosnas al Hospital, no solo logran como quiera la gloria y eterno descanso, sino que ademas los particulariza en el sosiego (1). Pareció bien á los devotos aquella nueva resolucion: quedó para el gobierno del Hospital el Venerable Anton Martin; y llevando el Santo por compañero al hermano Pedro Velasco, empezó á correr

(1) Vid. del Ven.

la Andalucía: conmovióse todo aquel Reino con el viage del Santo: fueron grandes las limosnas que recogió para la santa Casa: veneraban todos la pasmosa santidad que resplandecia en cuanto ejecutaba; y quedó tan dueño de los corazones como publican tantas fundaciones que ha logrado despues su esclarecida Religion en aquellos paises. Uno de los que quedaron mas prendados de las virtudes y trato del glorioso Patriarca fue el Excelentísimo Señor don Gonzalo Fernandez de Córdoba, Duque de Sesa, hijo de aquel rayo de Marte don Gonzalo Fernandez de Córdoba, cuyos hechos, ademas de la gloriosa memoria por muchos siglos, merecieron el renombre, que no ha merecido otro, *de Gran Capitan* por sus hazañas. En Cabra se hallaba en compañía de su esposa la Duquesa doña María de Mendoza, señora muy virtuosa. A esta villa llegó nuestro bendito Santo, bien que mucho despues que su fama. Fue á visitar á los Duques, le recibieron con grande agasajo, trabaron estrecha amistad, le socorrieron con larga limosna, y en adelante con tan copiosas y frecuentes, como esplica el Santo en una de sus cartas, que en su lugar pondremos. No es posible aquí disimular que llegó á tal estremo la aficion del Duque y la Duquesa al Patriarca y á su virtud, que sin ponderar lo mucho que llevaba embelesados á los de la familia, determinaron entrambos Señores favorecer y asistir sobre un pie fijo á los pobres enfermos. Para esto dieron orden al mayordomo con emulacion santa, que todas las fiestas del año enviase algunas cantidades de dinero de parte de cada uno con separacion al Hospital del Patriarca, con el destino de que se comprase lienzo, ropa, calzado: en una palabra, lo que juzgase el bendito Padre que hacia mas al caso, segun la necesidad

urgiese; y así prosiguieron aumentando cada dia esta generosidad hasta lo heróico. Verdaderamente Grandes Señores, pues vincularon la grandeza de la tierra con la del cielo. *Si durmiereis en medio de los Cleros* (decia el Profeta), *las alas de la paloma argentadas ó de plata, serán en los estremos de sus espaldas resplandecientes como el oro* (1). De los caritativos habla en opinion de Agustino, que duermen entre los dos estados, de la Iglesia Militante y Triunfante: ésta para conseguirla, aquella para dejarla. De plata serán las alas de esta mística ave, porque los bienes con que socorrieron á los pobrecitos, les servian de alas, para remontarse despues de la muerte á los cielos; y serán de oro los estremos, por el apreciable esceso de los venideros descansos. Cuán al reves los de puño cerrado para los mendigos (2). Homicida le llama san Ambrosio al que niega el socorro al necesitado. Si no le sustentaste, le mataste, resuelve como santamente enojado (3). Sin duda del vando de los primeros fueron los Excelentísimos Duques de Sesa con tan grandes obras de misericordia, con las cuales conquistarían al cielo.

Muchas fueron las limosnas con que llegó el Patriarca *san Juan de Dios* á Granada, en cuya ciudad le deseaban no solamente sus hijos y los pobres, sino tambien todo el pueblo. Halló con indecible gusto suyo el Hospital bellamente gobernado y asistido por la prudencia y habilidad del Venerable Anton Martin. Con las limosnas satisfizo algunas deudas, que se habian contraido de resto de la compra de casas para el Hospital nuevo; pero como no fué suficiente dinero para

(1) Psalm. 67. v. 15. (2) Aug. & Lir. sup. hunc Psalm.
(3) S. Amb. serm. 62.

quedar del todo solvente con los acreedores, dispuso nuevo viage, que ordenó para la Córte, que estaba en aquel tiempo en Valladolid, con la confianza de que si le fué tan bien en el de Andalucía, mejor le iria en el premeditado. Salió el Santo de Granada, dejando la misma disposicion que anteriormente para el gobierno del Hospital: llevóse de compañero segunda vez al hermano Pedro Velasco: cruzaron por Salamanca, célebre por su universidad famosa; y como llevaba el fin de emplearse en convertir algunas almas, con especialidad de mugeres públicas, que con ocasion de los muchos estudiantes acuden en crecido número, quiso detenerse en ella algunos dias. Así que llegó se fué al Hospital, que reconocia como casa propia, si no en efecto, en el afecto de asistir á los pobres enfermos, saliendo á pedir limosna para los que dejaba en Granada, pero no por eso se olvidaba de socorrer con ellas las muchas necesidades que allí habia. Reconveníale su compañero, de que siendo el fin del viage el socorro de los pobres que habia dejado, ¿para qué socorrer y gastar las limosnas que recogia? Y respondia el Siervo de Dios: *Darlo á estos pobres, ó á aquellos, todo es darlo por Dios, que por Dios nos lo dan; y pues es cierto que está en todo lugar su Magestad, en todo lugar donde hubiere necesidades deben ser socorridas precisamente, yo fio en el Señor que ha de haber para todos, porque todos corren de su cuenta.* Lo mismo decia el glorioso San Isidro cuando del trigo preciso para la siembra socorria hasta á los pajaritos y las hormigas; y echándolas puñados repetia (1): *Cuando Dios amanece para todos amanece: cuando Dios da, para todos da;* y á la verdad, que este era eficáz motivo para que la

(1) Vid. de San Isidr.

Magestad Soberana le diese doblado aumento. Muchas almas ganó el Patriarca para el cielo: lo propio habia ejecutado de antemano en Toledo, semejante con la debida proporcion á Cristo, cuando discurriendo por castillos y poblaciones, iba reclutando soldados para su celestial milicia (1). Pasó por fin á la Córte, que de la fama de sus virtudes y prodigios estaba llena, y con esto le recibieron los cortesanos como varon apostólico. Entre la mucha gente que en la ciudad trataba de virtud, (no hay que extrañar que diga mucha gente que en la ciudad trataba de virtud, porque no es incompatible en la Córte de un Rey tan católico como el de España, que se comercie con la Córte del Rey Supremo, ni á vista del ejemplo de sus Monarcas, edifiquen muchos soledades en las poblaciones, y las transformen en desiertos) (2): entre esta corcesana gente, que por lo mucho que arrastra se llama confusa babilonia, habia una señora recomendable por su vida, cuyo nombre era doña María de Mendoza, viuda de don Francisco de los Cobos, Comendador mayor de la Orden de Santiago, que movida de la virtud del Siervo de Dios, y de haber llegado á la ciudad, quiso hospedarle en su casa, juntamente con su compañero, asistiéndoles con no menos cariño que la ponderada Sunamitis á Elíseo (3). Conoció esta señora con la comunicacion frecuente los fondos de la santidad del Patriarca, pudiendo decir lo propio que del Profeta dijo la otra: *Advierto que este hombre que tenemos en casa, es Santo (4).* Motivo fué este eminente juicio para que estendiera la señora las manos en limosnas para el Hospital del ínclito Padre: de manera que solo con ellas pudo satisfacer sus empeños; pero con aquel caritativo aviso que habia dado en Sa-

(1) Matth. c. 9. (2) Job. c. 6. (3) 4. Reg. c. 4. (4) Ibid. ut sup.

lamanca á su compañero, siguió repartiéndolas en las necesidades de Valladolid, que no eran pocas; y así con santa emulacion proseguia el trato de *san Juan de Dios* con aquella señora ejemplar. Le daba la señora sus caudales para los pobres; y repartiéndolos el Patriarca, se le aumentaban á esta muger fuerte sus bienes. Procuraba ejecutar estas obras piadosas ocultando las que hacia la mano derecha de la siniestra (1); y Dios formaba clarines, premiando sus generosidades. En esta santa porfía iban corriendo sus dias, que podemos llarmarles *dias llenos*, cuando encontró el Patriarca en uno de ellos al Conde de Tendilla, su singular devoto: saludóle el Excelentísimo, y despues de hablar de varios asuntos, le previno el Conde que estaba muy puesto en razon que visitase al Príncipe Felipe II, gobernador entonces del reino, porque su padre el Emperador Cárlos V. se hallaba ausente. No dejó de escusarse el Santo con el encogimiento que inspira la virtud de la humildad, dando por disculpa su cortedad y pobre trage; mas obligóle á ello, porque dió cuenta á Felipe II (con los muchos señores que de Granada le eran conocidos y apasionados) de sus heróicas virtudes; y con el deseo de verle, dió órden para que le condujesen á su augusta presencia, queriendo hablarle en audiencia secreta. Con aquella sumision y respeto propio de un vasallo escogido por la mano de Dios para Santo llegaria el Patriarca á la presencia del Príncipe, y al mismo tiempo con notabilísimo consuelo, reconociendo en su Real Persona un verdadero *padre de pobres*, título debido á los buenos Príncipes, segun Teodosio y Valentiniano (2). Arrodillóse al llegar á sus Regias plantas, y le dijo: *Se-*

(1) Matth. cap. 6. (2) Theod. & Val. in Nov. de Bonis Dec.

ñor, *yo acostumbro llamar á todos hermanos; pero á vos, que sois mi Rey y Señor natural, estoy dudoso cómo tengo de llamaros.* Entonces el Príncipe, sin que la Magestad embarazase las demostraciones de afabilidad y agrado, le respondió: *Hermano Juan, llamadme como quisiéreis.* Animado mas el Santo con respuesta tan benigna, prosiguió: *Pues yo os llamo, buen Príncipe: y buen principio os dé Dios en el reinar, y buen fin para que os salveis.* Pudo ser deprecacion y profecía, pues que le conserva la fama en su targeta como *Príncipe bueno, mejor Rey, y de feliz y venturoso fin;* habiendo dicho en estilo el mas sentencioso y lacónico cuanto han escrito difusamente los historiadores de aquel gran Monarca. Cayeron tanto en la gracia del Príncipe las palabras del Patriarca, que prosiguió hablando con él por mucho rato; bien que fué tanto el recato del bendito *Juan*, que jamas se ha podido ni rastrear la conversacion. De resulta de la audiencia se evidenció el cariño y veneracion del Príncipe; pues no solamente le dió copiosísima limosna, sino que habiendo informado á sus hermanas las Infantas, siguieron su generoso ejemplo, y á su imitacion todo el palacio, los grandes, los títulos, las damas, en una voz, todo Valladolid se esmeró en dar limosnas á cual mas. Favorecido, pues, así de todos, y asistido de la venerable señora doña María de Mendoza, ansiosos los de Granada de la presencia del Patriarca, por haberles faltado en este viage mas de siete meses, suplicaron al Arzobispo de aquella santa Iglesia, que en aquel tiempo lo era el Ilustrísimo señor don Pedro Guerrero, se sirviese escribirle y hacerle presente lo mucho que importaba su vuelta Así lo hizo, y se volvió el Patriarca á su Hospital de Granada. Ya quedó el Santo con el gusto de pagar todas las deudas con el caudal de tantas limosnas: sobraron

aún cantidades, y éstas las aplicó, ya para beneficio del nuevo Hospital, ya para dotes de mugeres convertidas, ya para el aumento de los pobres enfermos. En breve se halló el Patriarca en nuevas agonías, porque se acabó el dinero, y se reconocieron varias necesidades, pero tan ejecutivas, que le fué preciso escribir para el socorro á la Duquesa de Sesa, despachando para este fin al hermano Angulo con una carta, que se pondrá entre las demas en su capítulo. Aunque estaba el ínclito Padre tan quebrantado del viage que hizo á la Córte con aquella descomodidad que en los caminos acostumbraba, dispuso su ardiente caridad salir otra vez de Granada á pedir limosna. Llegó hasta Málaga: hospedóse en casa de un devoto suyo, caballero de virtud y nobleza: allí se ocupó en los ejercicios de caridad, no menos que en Toledo, Salamanca y Valladolid. Al cabo de algun tiempo se volvió á su Hospital: desde este le fué preciso escribir para aliviar la falta de medios que padecia para sus pobres, cuyas cartas, como he dicho, tendrán su lugar propio.

CAPÍTULO. X.

Enfermedad y tránsito feliz del glorioso Padre san Juan de Dios: *particularidades que sucedieron: entierro del sagrado cadaver; y traslacion de éste á su Hospital y convento de Granada.*

Ya corria los cincuenta cinco años de edad el glorioso Patriarca *san Juan de Dios*; y aunque estos no le colocaban en la serie de los ancianos, sus continuados trabajos, penitencias, ayunos y enfermedades, adelantaron de aquellos los inseparables penosos atributos. A todo lo corruptible desmorona y desportilla

el tiempo, decia Plutarco (1); y de esta jurisdiccion é injuria solo la sabiduría se exime: de manera que recibe mas perfeccion y aumento. Iba rozándose con el punto mas alto la verdadera sabiduría del ínclito *Juan de Dios*; y siendo ésta la de los Santos (2), cuyo ejercicio es el de las virtudes, declinaron sus años en enfermedades mortales. Este fue sin duda el motivo de llamar san Ambrosio á las dolencias oficina de las virtudes (3); y llegando nuestro Patriarca al ventajoso cúmulo de ellas, quiso Dios, que por su mortal enfermedad se manifestáran los fondos. Conoció el Santo, no solo por los dolores que le asaltaron, sino por revelacion y divino aviso, dado por su protector y hermano el Arcangel san Rafael, que instaba el fin de su vida; y como siempre habian sido sus labios trompetas de la muerte con estas frecuentes voces: *Hermanos, acordaos de la muerte*, no le causó susto la noticia; antes la recibió con plácido y alegre rostro. A los malos viene la noticia de la muerte con gran susto y dolor, porque la vida que tuvieron les da motivo para llegarse á afligir (4), y al revés en los buenos, lo laudable de la vida les quita el aguijon para la congoja (5). Buena es la muerte de los justos por el descanso (decia san Bernardo), mejor por la novedad de la misma vida, bonísima y óptima por la seguridad que abraza, y se trueca su horror en hermosura (6), que suavemente lisonjea. Sabedor ya nuestro Patriarca de su fin, agraváronse con los dolores unas calenturas de la peor condicion; y tomando un dia de los mas críticos la pluma, escribió

(1) Plut. de Educ. Lib. (2) Sap. c. 10. (3) D. Ambr. in Psalm. 36. (4) Boet. lib. 1. de Consol. (5) Mart. T. Cic. lib. 3. Tusc. (6) D. Bern. ap. Andr. Ebor. V. Mors.

con harto trabajo á su bienhechora la Duquesa de Sesa, una carta de despedida. No porque fuese en aumento la dolencia, dejaba el bendito Padre la corriente de la asistencia á los pobres, ni las mortificaciones y penalidades; antes procuraba aprovechar el poco tiempo que le faltaba; pues si bien inculpable su pasada vida, la juzgaba, imitando á los gloriosos Patriarcas santo Domingo de Guzman y san Francisco, digna de una acerba penitencia (1). Robóle ya enteramente las fuerzas el mal, cuyo presuroso paso le ocasionó este caritativo incidente. Padecia en aquellos dias el santo Hospital falta de leña: ocurrió un aguacero tan grande, que enfurecido el rio Genil, bajaba por su rápida corriente multitud de árboles y madera. Con esto salió el siervo de Dios á recoger porcion para remediar aquella necesidad grande. Un cierto muchacho con deseo de alcanzar un robusto tronco, que ya traía preso, tuvo el infortunio de deslizársele con precipitacion bastante: abalanzóse ácia él para detenerle; mas la furia del agua le arrebató de tal modo, que á vista de muchos quedó sumergido en su mayor fondo; y lo peor era ser el socorro imposible. Como el fuego de la caridad no teme al agua, antes bien son incapaces las espumas de apagar sus incendios (2), se arrojó el Santo con indecible intrepidez á la corriente del rio para socorrer al chico, librándole de ahogarse. No fue dable que sucediese asi, porque el muchacho en breve se ahogó, quedando el Patriarca tan triste en el alma por la desgracia, como pasado en el cuerpo de la humedad y frio. Estos accidentes, que sucedieron en las dos porciones de nuestro Patriarca, acabaron de dar el golpe á su enfermedad, descu-

(1(Vid. de los Sant. (2) Cant. cap. 8.

briéndola humanamente irremediable. Acrecentábanse las calenturas: se avivaban con rigor los dolores; y aunque á costa de mucha fatiga, determinó ajustar las deudas que habia contraido, para que cuando no quedasen satisfechas, quedasen siquiera declaradas. Tomó, pues un papel y recado de escribir; y discurriendo por toda la ciudad, fue buscando los acreedores, con los cuales averiguada la deuda, la notaba y firmaba. Hecha esta diligencia, entregó la nota al Hospital para custodiarla en el depósito, á fin de que en habiendo caudal se satisfaciese. Ya no pudo dejar de rendirse al peso de la enfermedad á hacer cama; y aunque contemplaba que era inutil la medicina, cuando el Médico Divino levanta la mano, no menos que ociosa la defensa de una ciudad, cuando Dios no la toma de su cuenta (1); con todo no dejó de sujetarse á los aforismos de Hipócrates y recetas de Galeno. En este trabajoso estado continuaba el glorioso Padre, cuando disponiendo su Divina Magestad para mayor mérito, que se añadiese dolor á dolor, y tormento á tormento, segun espresion del Profeta (2), hablando de Cristo, se avivó mas su decadencia. Sucedió, pues, que algunos ociosos, con un celo indiscreto, que tal vez coincidia con el que llamó Santiago celo amargo (3), y escribiendo á los Colosenses san Pablo por conocerles llevados de éste, les argüia de carnales (4), informaron siniestramente al Arzobispo que recogia en su Hospital gentes que podian dedicarse al trabajo, y que si no halláran aquel asilo, no estuvieran ociosas, ni se comieran el pan de los enfermos: que se refugiaban allí algunas mugercillas de

(1) Psalm. 126. (2) Psalm. 68. (3) Jacob. cap. 3. (4) Ad Colos. cap. 4.

mala vida, que públicamente perdian al siervo de Dios el debido respeto: motivos grandes para reformar aquellos verdaderamente abusos. Oida por el Arzobispo la querella, y queriendo atajar con su acostumbrada prudencia todo el daño, envió á llamar al Patriarca, sin que tuviese la menor noticia de su dolencia. Lo que el Santo padecería para levantarse y llegar al Palacio Arzobispal, es facil de imaginarse. Llegó, pues, á la presencia del Prelado; y puesto de rodillas, besándole la mano, y implorando su bendicion, le habló en esta forma: *Buen Padre y Prelado mio, ¿qué es lo que me manda?* Informado estoy (respondió el Arzobispo) hermano *Juan de Dios*, que en vuestro Hospital se recogen algunos hombres ociosos, y que pueden trabajar: así tambien mugeres, que dan mal egemplo á otras, y á vos mucho trabajo con el poco respeto que os tienen, y sus repetidas descortesías: es necesario que al punto las despidais, para que los demas queden sosegados y vos menos afligido. Limpiad vuestro Hospital de personas semejantes, que no es bien que se ocupe en ellas vuestro trabajo. Con egemplar atencion y humildad oyó el Siervo de Dios al Prelado, y con mucho rendimiento le respondió: *Señor, y buen Padre mio, yo solo podrán decir que soy el malo, el incorregible y sin provecho alguno; y que merezco dignamente ser echado de la santa Casa; mas los pobres que están en el Hospital todos son buenos, y todos necesitan de aquel recogimiento: no se conoce en ellos vicio alguno; y cuando le haya, procuramos su enmienda: pues si para remedio de sus cuerpos los traemos al Hospital, tambien procuramos que remedien sus almas; y pues Dios sufre á malos y buenos, y sobre todos hace nacer al Sol para que los alumbre con sus rayos, no parecerá justo arrojar á los desam-*

parados y afligidos de su Casa, pues para todos sirve la que es de Dios. Hízole tanta fuerza al Ilustrísimo la respuesta, á la verdad edificante, que con la mayor afabilidad y dulzura le dijo: id bendito de Dios, hermano *Juan*, id en paz: haced y obrad en el Hospital como en vuestra propia casa, que para todo os doy facultad y licencia. Con esto se despidió del Venerable Arzobispo, y se volvió á la cama de su Hospital, con no menos trabajo que en la venida.

Aunque los dolores y calentura del Patriarca, cuyos crecimientos eran muy grandes, le causaban sentimiento, no tanto le heria su punta por el quebranto, cuanto por impedirle que á sus pobrecitos asistiera, les buscára limosnas, y en persona les consolára; mas en medio de esta sensible congoja, le comunicó el Señor el alivio del Venerable Anton Martin, el cual animado del propio espíritu que *san Juan*, corria con todo el gobierno del Hospital: portábase con discrecion y prudencia, haciéndose todo para todos á imitacion del Patriarca, y solo dejó de pedir por las calles por ciertas indispensables ocupaciones. Como el Santo con motivo de su penosa enfermedad, que le ataba pies y manos, no pudiese salir por ella, le echaron menos todos los ciudadanos, y con esta novedad averiguaron con general sentimiento que se hallaba gravemente enfermo. No quedó en Granada noble ni plebeyo que dejase de ir á visitarle, ofreciéndose á su arbitrio. Entre ellos fue uno muy noble, y no menos devoto del Bienaventurado doliente, llamado García de Pisa, Veinticuatro de aquella ilustre Metrópoli, y su esposa doña María Osorio, que estimaban al Santo sobremanera. Esta Señora, con un compasivo temor de que al Patriarca le faltaría no solo el regalo, sino la precisa asis-

tencia, fundada en que la caridad haria para sus males el oficio de capa, que le dió san Pedro (1) para encubrirlos, y que cuanto padecia se le hacia poco por amor á su Soberano Dueño Jesucristo, y en consecuencia ni los médicos formaban claro juicio, porque la relacion, de que dependia el acierto, se reducia á decir que todo era nada, ó cuando mas unos ardorcillos y un poco de dolor, se fue al Hospital; y viéndole al Santo echado sobre unas tablas, no con piedras, como Jacob estando bueno, por cabecera (2), sino con el áspero esparto de su capacha por almohada de pluma, y que no tenia mas holandas ni cambrayes para alivio de sus accidentes; no pudo contener las lágrimas, que son crisis del corazon, á no ser fingidas (3). Ofrecióle su casa con la mayor instancia para que se curase; mas en vano, porque nada sirvió para que dejase el lecho, que era estampa verdadera de la cruz en que murió Cristo. Desconsolada la Señora, apeló para lograr su fin al tribunal de la obediencia: determinó escribir desde el Hospital un papel al señor Arzobispo, informándole de cuanto pasaba en la enfermedad del Patriarca, y suplicándole que le mandase admitir su oferta caritativa. Así sucedió: cuando lo mismo fue sonar el eco de la obediencia, que bajar la cabeza al Venerable Prelado. Sacricaba el ínclito Padre á Dios su alma, cuerpo, potencias y sentidos con los agudos dolores, mal trato y disimulo de sus achaques; mas no dejaba de penetrar que mejor es obedecer que sacrificar, segun nos dejó escrito el Espíritu Santo en el primero de los Reyes (4): y es la razon, porque en la obediencia toda la sujecion es

(1) 1. Pet. cap. 2. (2) Gen. cap. 28. (3) Joan. cap. 11. (4) 1. Reg. cap. 15.

de la voluntad en pluma de san Gregorio (1). Obligado, pues, el Santo á dejar su casa, y puesto en una silla, asemejándose ó á san Juan Evangelista en la última jornada de su vida (2), ó á un Venerable Beda en la edad mas abanzada (3), pidió con el mayor encarecimiento que le llevasen por todas las salas del Hospital para despedirse de sus amados pobres para la otra vida. Cumplióse su voluntad; y al tiempo de pasar por entre ellos les decia con lágrimas en los ojos: *Hermanos mios, bien sabe Dios, para quien nada se oculta, y que todo lo penetra, con cuanta voluntad y amor quisiera cerrar mis párpados con el sueño de la muerte entre vosotros; pero no es gusto de la Magestad Suprema, porque tiene dispuesto el fin de mi vida en otra parte: en esto hace mi voluntad lo que quiere la Divina, con el deseo de que se cumpla en todo, y se haga asi en la tierra como en el cielo: quedad, hermanos mios, con Dios, y la bendicion del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, que vive en unidad perfecta por todos los siglos de los siglos, amen.* Los pobrecitos enfermos confusos entre pesares, sin poder articular sus lenguas mas que quejidos, ó enlazarian las voces del corazon con los gritos de Eliseo al ausentarse su padre (4), ó dirian en afectos: ¡es posible, amado Padre, que así míseros nos dejes padeciendo desconsuelos! como al ausentarse para la otra vida el glorioso san Martin, pronunciaban sus discípulos (5). Por fin atravesaron el pecho del Patriarca amante las ternuras de tal modo, que respondió á los pobres con tal mortal parasismo, que creyeron ser el

(1) D. Greg. apud Salian. de Obed. (2) Ex com. S. Hyeron. ad Galat. (3) Gracias de la Grac. varios Santos. (4) 4. Reg. cap. 2. (5) Vit. S. Martin. 11. Nov.

último. Mandaron á vista de esto que reprimieran los enfermos sus lamentos; y vuelto el bendito Padre en sí, echando á cada uno su bendicion, decia: *Quedad en paz, hijos mios; y si no nos viésemos mas, encomendadme muy de veras á Dios.* Renovábase el quejido en cada uno, multiplicábanse los deliquios en el glorioso Padre; y para evitar la proximidad del último estrago que amenazaba, le sacaron del Hospital á toda prisa, y llevaron á la casa de los Pisas, empezándole á curar con el mayor cuidado y vigilancia, asistiendo á cuanto era dable la compasiva Señora.

Así continuaba con su enfermedad el Santo, sin que por entonces impidiese que su cuarto estuviese á todas horas lleno de pobres vergonzantes, que no hallándole en el Hospital, recibian desde su cama las acostumbrados limosnas; pero reconociendo que la dolencia corria con pasos acelerados, se puso guarda á la puerta para quitar tantas molestias. El regalo que al Siervo de Dios procuraba doña María, no hay duda que era capaz de reducir la rebeldía del mas terrible acidente; mas la extenuacion, y cortas facultades de la naturaleza, ya irreparable, estorbaron el efecto deseado. Conociase en el punto de la mayor decadencia su preciosa vida, y que por instantes se aproximaba á la sepultura; en fuerza de esta novedad mandaron los médicos que se dispusiera, recibiendo á su Divina Magestad por viático. De indecible consuelo le sirvió al Siervo de Dios la noticia: corrió por toda la ciudad el aprieto: visitáronle los señores, y personas de mayor clase, entre las cuales se contó por primero el vigilante Pastor de aquella diócesi don Pedro Guerrero. Dispuesto estaba el Patriarca para su última confesion desde que le avisaron del peligro en que se hallaba; y no queriendo perder la gustosa ocasion de





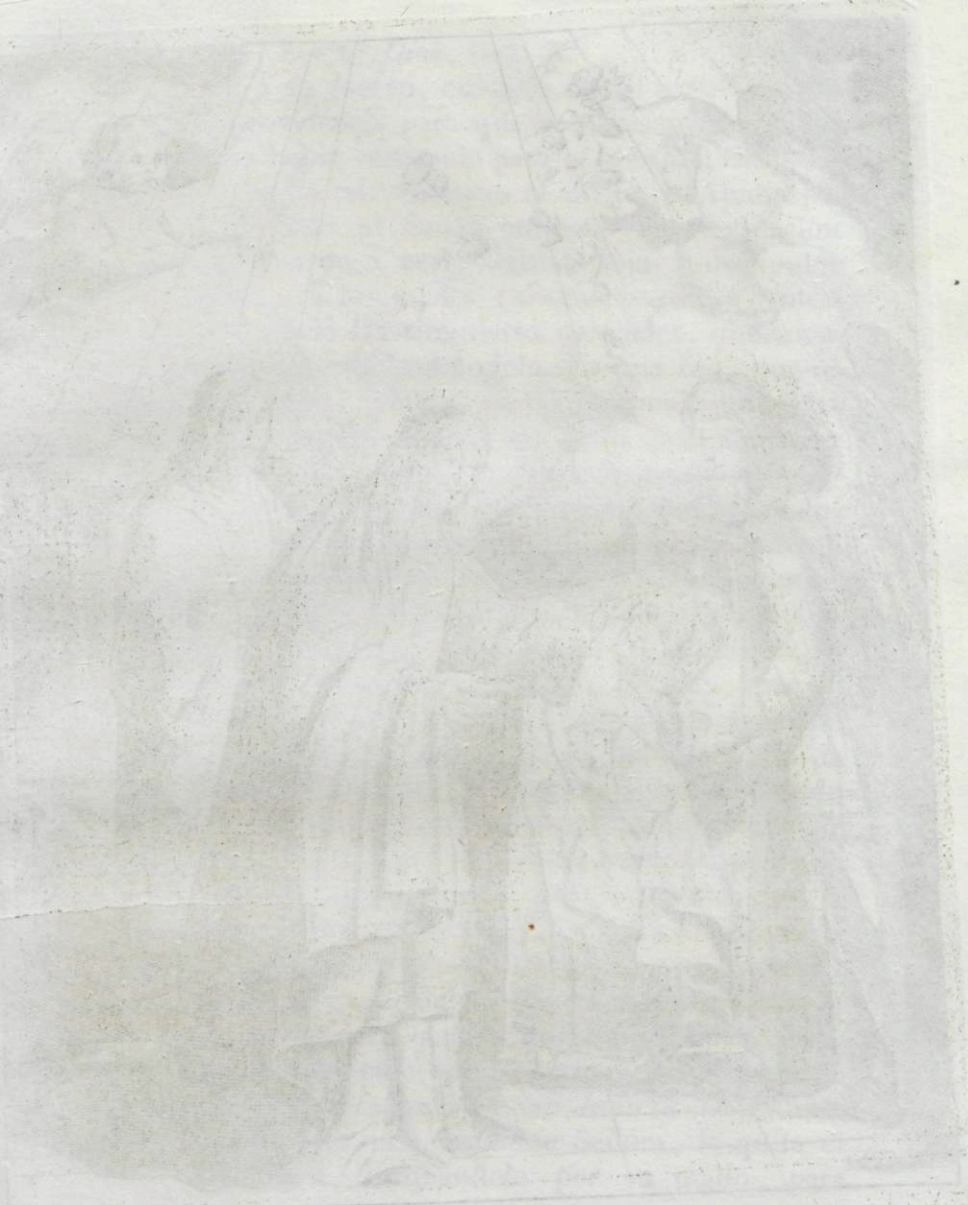
El S.r Arzobispo de Granada administra los S.tos Sacram.s al S.do Patriarca en su enf.d ultima

Pag 185

la visita de su venerado Prelado, le suplicó con carísimo rendimiento que por caridad le oyese de penitencia. Con especialísimo contento lo practicó el Arzobispo; y pidiéndole despues que aunque indigno de hospedar á un Señor tan grande como la soberanía de Cristo, aquel sagrado pan, que se llama pan de fuertes (1), se dignase disponer que se le administrase. Dia era aquel en que la Iglesia celebra la fiesta del doctor Angélico y eucarístico santo Tomas de Aquino: no dejaria de determinarlo la divina Providencia con misterio, aun cuando no fuese otro que colocarse para su mayor culto en el pecho de un Santo que hacia coro con los Angeles, que asisten á su divino solio, ó bien, como sacramento de amor, quisiese poseer un corazon, que siempre ardió en llamas, como el antiguo altar (1). Dispuso, pues, su Ilustrísima que se erigiese uno en el cuarto mismo donde estaba el Santo enfermo: púsose al instante: allí dijo Misa con la mayor devocion el Prelado, y le administró el Sacramento. Concluida la Misa, mandó que toda la gente se saliese del cuarto; y quedando solos los dos siervos de Dios, empezó el Prelado una exhortacion eficaz y tierna, animando al ínclito moribundo para que con valor pasase el lance mas amargo. Con decir que el venerable Arzobispo don Pedro Guerrero fue quien le exhortó en aquella casi ya última hora, queda dicho cuanto puede poner la pluma, para conocer el zelo, la dulzura, la prudencia, la sabiduría, el espíritu, la energía que resplandecería en cuanto dijo. Oyóle el Santo, juzgando que no era hombre el que le confortaba, sino un Angel que le envió el Señor para su consuelo, y con la seguridad de ofrecer-

(1) Novarin. lib. 5. Sacr. Elector. Agn. Euch. (2) Lev. cap. 6.

le acudir á cuanto ocurriese, solo le respondió: *Padre mio, y buen pastor, no sé yo cómo he de corresponder á tanta fineza; pero lo que á mí me falta lo suplirá la eterna Sabiduria; y supuesto que con vuestra autoridad me mandais que os diga si siente mi alma algunos pesares, aunque con rubor y empacho, voy á deciros, que tres son los objetos de mis ansias: el primero, pensar cuán poco he servido á Dios, aumentándose en mí la obligacion, por haber sido tantos, y tan grandes los beneficios recibidos de su franca mano: el segundo, el tener que dejar los pobres enfermos, y desamparadas mugeres convertidas, y muchos vergonzantes, que corrian de mi cargo: el tercero, las deudas no satisfechas, y que he contraido por Jesucristo, que estan en este libro, y en vuestras manos pongo.* Hermano mio (respondió el benigno y sabio Prelado) cuanto á lo que habeis dicho de lo poco que habeis servido al Señor, confiad en su infinita misericordia, que suplirá con los méritos de su sacrosanta pasion y muerte lo que os falta: de lo demas nada os dé afliccion, ni melancolía: porque los pobres que teneis á vuestro cargo, yo los recibo, como obligacion que es mia, y tomo al mio; y las deudas que habeis contraido se pagarán con la puntualidad que corresponde. Con esto podeis sosegar, y nada os dé cuidado, teniéndole únicamente de la salud de vuestro cuerpo y alma. No cesaba el ínclito enfermo de dar gracias á Dios, á María Santísima y á los Santos de su devocion, como tambien al venerable Arzobispo de los beneficios que experimentaba. Mientras el glorioso Padre difundia su corazon en estos y semejantes gratos ejercicios, el Arzobispo, cumpliendo con su palabra, pasó al Hospital, visitó los pobres, dióles cuenta del estado de su bendito Padre, y animóles diciendo, que en caso de lle-





Nra Sra S. Juan Evangelista y el Arcangel S. Rafael, visitan al Santo en el articulo de la Muerte.

varles Dios á su Siervo, cuidaria de ellos su Ilustrísima. Dió providencia para que se pagasen las deudas que el Santo habia contraido para el bien del Hospital. En esto entendia por entonces el caritativo Arzobispo, habiendo quedado el Santo enfermo en meditacion provechosa. Fueron á verle algunos hijos y discípulos de su espíritu, á los cuales (singularmente á Anton Martin) descubrió las singulares mercedes, que nuevamente habia recibido del cielo. La una fue, que al tiempo de darle el Viático asistió personalmente María Santísima, acompañada de san Juan Evangelista, y san Rafael Arcangel. La otra, que la Reina de los Querubines le limpió el sudor del rostro, que le ocasionaban los intensos dolores, diciéndole cariñosa: *A esta hora* Juan, *hijo mio, no falto yo á mis devotos, y asi como cumplo esta promesa, te ofrezco de no faltar en todo tiempo á los pobres que se recogiesen en tu Hospital, y amparar á todos tus hijos, que siguieren tu forma de vida.* Gran dicha, pues juntó con tan soberana presencia la gloria del nacer con la corona del morir: elogio que le dió á esta Madre de clemencia una devotísima y sabia pluma (1). Sin duda por esto la llamaria Juan Geómetra, estrecha union, vínculo hermoso, con que el cielo se junta con la tierra (2); esto es, la tierra que en nosotros se descubre al nacer, con la gloria ó el cielo, con que Dios premia á los justos, cuando llegan á acabar. Sube aun de punto esta fineza, que de ningun santo he leido. A algunos ha aparecido esta Señora, á otros el mismo Cristo en la última agonía: á *San Juan de Dios*, ademas de aparecerle esta Purísima Señora, le quita el sudor del rostro, limpiándole por su mano, para

(1) Ormaz. Gran. del Ev. lib. 3.)2) Joan. Geom. hym. 1.

significar que siendo efecto de la culpa el sudor del rostro, fue inculpable toda su vida; ó para quererle favorecer con la fineza que no ejecutó con su Hijo el Divino Redentor, cuando en la afliccion del Huerto llegó por todos los poros á sudar (1). Concluyendo el glorioso Padre su conversacion con el venerable Anton Martin, al fin de ella le mandó que condujera á su presencia á todos los hermanos y compañeros suyos, pimpollos tiernos de aquel árbol fecundo, que dió para la Iglesia tantos frutos. Viéndolos á todos (en cuya heróica accion se le representará á cualquiera uno de los antiguos Patriarcas, echando antes de morir la bendicion á sus descendientes) les habló de esta manera: *Hijos amados mios, que á llamaros así me obliga la ley de amaros: ya estoy oyendo las voces con que el Señor me llama para tomarme residencia en su tribunal rectísimo: voy con gusto, porque sé que si es su justicia infinita, su misericordia sirve de contrapeso. El amor á la asistencia, servicio y consuelo de los pobres, el alivio de los huérfanos, el socorro de las viudas, y por fin la compasion con los enfermos, es el caracter y distintivo de vuestras acciones, y este el que ha de salvar vuestras almas. El temor de Dios, observancia de sus mandamientos, oracion, penitencia y humildad, deben componer las armas vuestras, como verdaderos soldados de la milicia de Cristo: con estas, que aseguran la gracia de Dios, he vencido á mis mayores enemigos, me he librado de las tentaciones, me he defendido en los trabajos, me he consolado en los dolores, he tomado luz en las tinieblas. Ahora, hijos mios, que ya conozco haber llegado al fin de estos temibles insultos, espero con la eficacia de los méritos de Cristo, é intercesion de su*

(1) Luc. cap. 22.

santísima Madre, y cortesanos del cielo, que llegaré á la verdadera Patria, entregándome á la muerte, que á toda prisa me llama. No se os borre de la memoria, que solo consigue la corona el que persevera, y que al fin se canta la gloria. Quedad con Dios, y tenedme presente en vuestras oraciones, que necesito. Al presentar este tierno paso, y contemplar los gritos, sollozos y gemidos que en deshecha tempestad levantaron aquellos paternales consejos y avisos en el pecho de aquellos vástagos frondosos de las virtudes del Santo agonizante, me parece que oigo el lastimoso alarido de los discípulos del Apostol Pablo, cuando les manifestó su ausencia para jamas verse en esta vida (1): cual quedaria sin habla, sin respiracion, sin aliento: cual impelido de una santa osadía, quisiera echarle los brazos, sin desprenderse: ó quién pudiera darle siquiera un reverente osculo, diria éste: ó quién pudiera tomarle el último aliento, sellando su boca con el labio diria el otro. Animóse otra vez el Santo, y con encarecimiento les pidió que enjugasen el llanto, y se sirviesen dejarle solo. Así lo hicieron, bien que fue preciso que desahogasen segunda vez en líquidas corrientes sus desconsuelos. Pasó el siervo de Dios todo aquel dia, que era jueves, y parte de la noche, en coloquios dulces con Jesus, su dueño amado; y á las ocho de la mañana el viernes ocho de Marzo le administraron (á instancias suyas) el Sacramento de la Extrema-Uncion, que es aquella vestidura que mandó Noémi á Ruth que se vistiera para entrar al nupcial tálamo (2); ó semejante al óleo que se usaba con las que entraban á dar la mano al Rey Asuero (3), para echar fuera el mas ligero polvillo. Ya co-

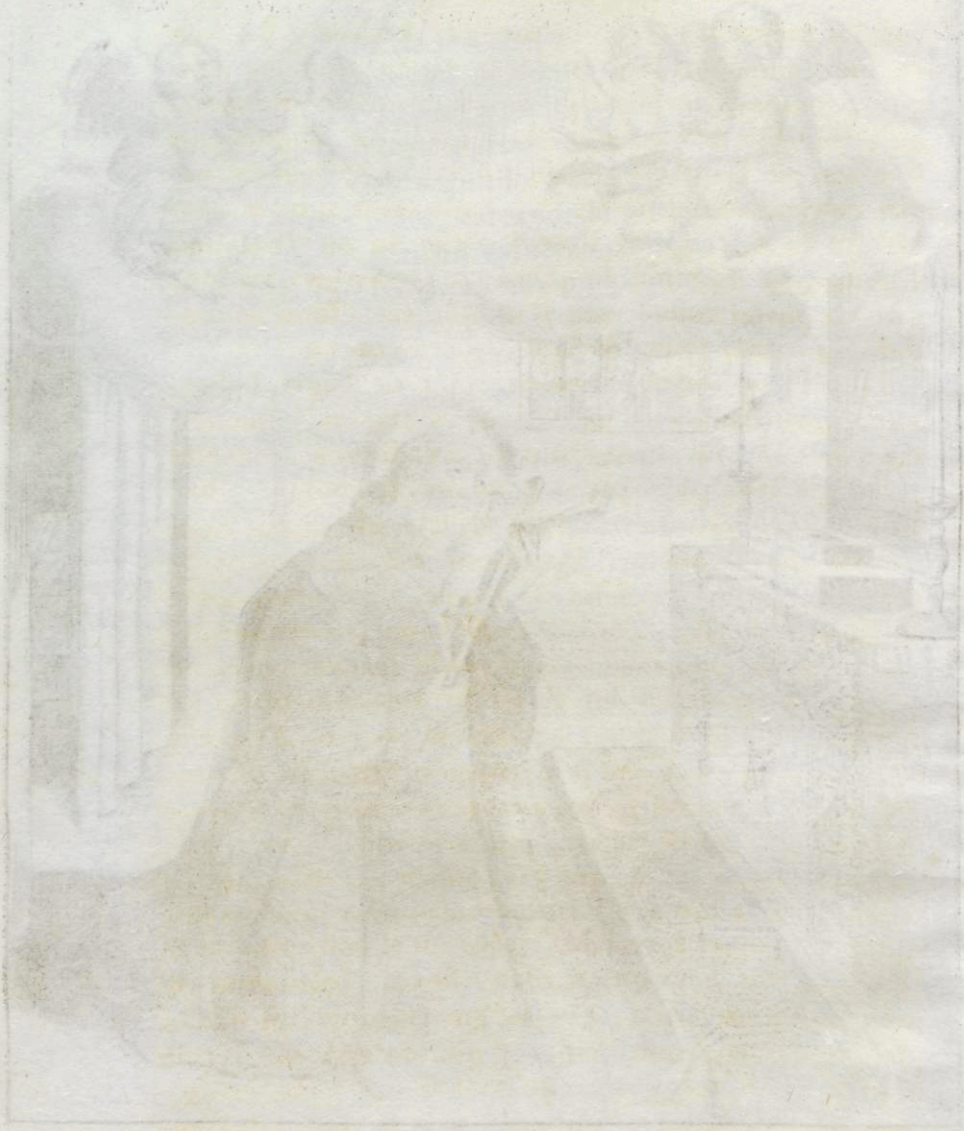
(1) Act. Apost. c. 20. (2) Ruth c. 3. v. 3. (3) Esth. c. 2.

nocieron los médicos por los indicantes, que se acercaba la hora de su tránsito: mucho mejor el mismo Santo enfermo; y aunque á pesar de la vigilancia de los médicos suplicó por segundo que le dejasen solo. Salieron del aposento todos, cerrando la puerta: levantóse el excelso Padre con un esfuerzo considerable; y desnudándose la camisa (que no pudo antes resistir para su alivio), se vistió su pobre y burdo hábito: tomó del altar, que estaba puesto, un devoto Crucifijo, y arrodillado, arrimando los labios á la llaga del costado de aquella imágen de Cristo, con voz alta y clara le oyeron decir los de afuera: *Jesus, Jesus, Jesus, en vuestras manos, Señor, encomiendo mi espíritu*; y así entregó su inocente alma en las de San Rafaél, su Protector y compañero, para que presentándola á la Magestad Suprema, le pusiera la inmarcescible corona de la gloria. Al eco de estas voces, que pronunció el Santo, se llegaron los que estaban de la parte de afuera á la puerta, para ver lo que hacía; y advirtiéndole vestido, puesto de rodillas y con un Crucifijo en la mano, juzgando que estaba en oracion, volvieron á cerrarla; mas sintiendo á poco rato ruido como de mucha gente que salia del cuarto, y que el Siervo de Dios no llamaba, abrieron las puertas, y entrando le reconocieron difunto, arrodillado, y con la imágen de Cristo en las manos, derramando por toda aquella pieza tal fragrancia, que no dificultaron ser efecto que usaba Dios con su Siervo, y que el ruido, al modo que el que se refiere en el libro tercero de los Reyes, de unos perales (1), eran los escuadrones de los Angeles que vinieron á acompañar el alma de aquel varon que estaba contado entre sus coros. Correspondie-

(1) 3. Reg. c. 5.



Transito feliz de San Juan de Dios, y Maravillas que le acompañan.



ron las maravillas en esta muerte preciosa á las que en su nacimiento obró en Montemayor el cielo; porque si entonces explicaron las campanas de su Parroquia la dicha de lograr la tierra un héroe singular en la esfera de la gracia, confirmaron las de toda la ciudad de Granada el dicho, haciendo saber que el cielo lograba la fortuna de haberle dado en su cristalino ámbito una diadema de gloria; á no ser que las lenguas de metal convocasen al mundo para llorar la pérdida, que con faltar el Santo le era comun.

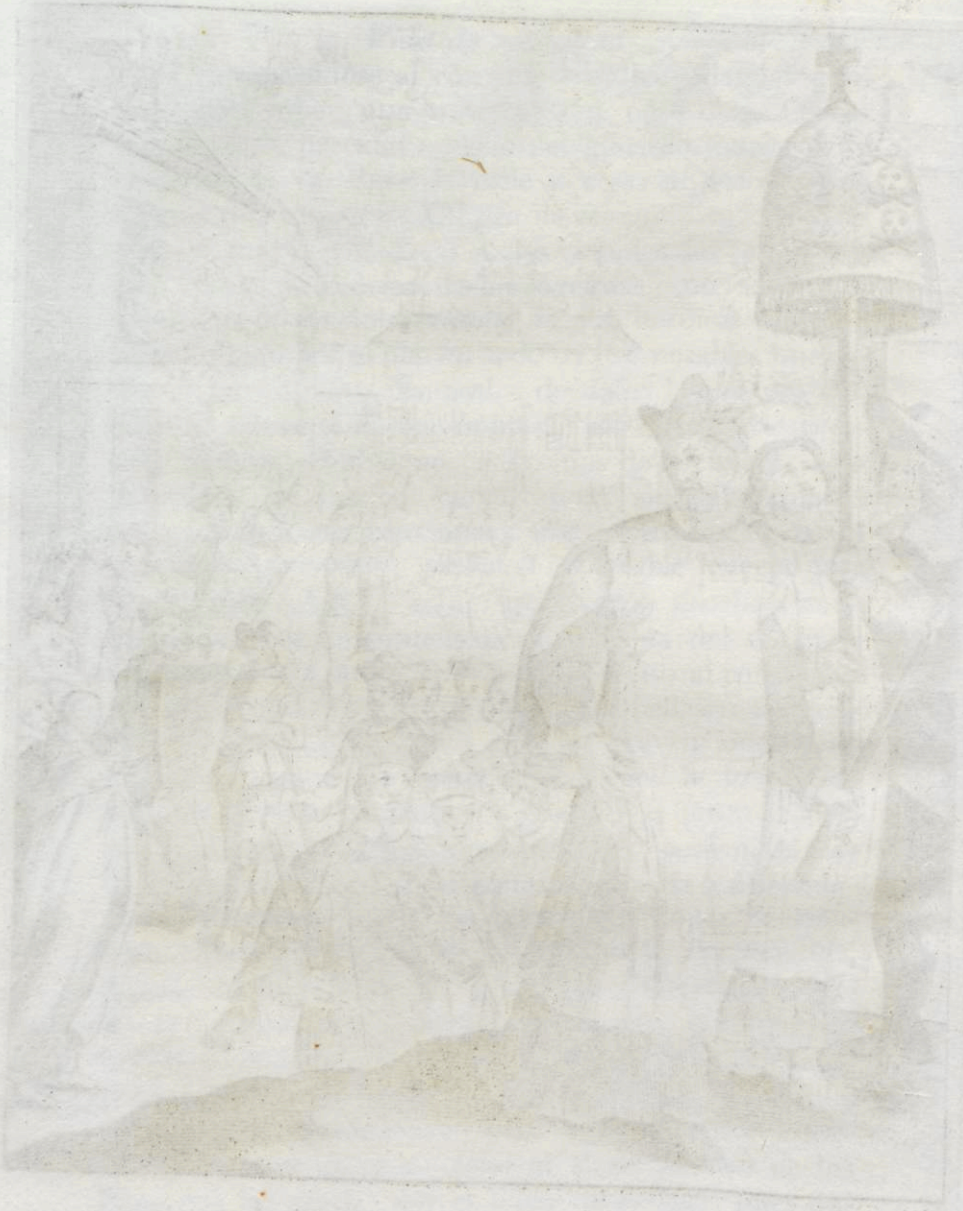
Quedó su venerable rostro como de Angel, la boca en figura de llena risa, graciosamente abierta, y en amoroso ósculo, si no como Moysés, ó la Esposa, sellando la boca divina (1), quizás para mayor crédito, chupando como mística aveja los claveles de la llaga del costado del devotísimo Simulacro. Así estuvo mas de seis horas con el cuerpo de rodillas, y enteramente tratable; y hubiera permanecido hasta la reunion del alma con el sagrado Cadáver, si la inadvertencia de los que le pusieron en el féretro no le alargára las piernas, quitándole tan prodigiosa postura. El suave olor que respiraba, iba prosiguiendo. Pusieron el cuerpo en un hermoso lecho, ricamente adornado y compuesto; mas no llegaron á mudarle ropa: con el hábito de jerga ó sayal, que para morir se vistió, le colocaron en la cama, y terminaron aquella funcion depositando aquel apreciable tesoro en el convento de la Victoria. No falta quien diga, llevado solamente de una ambicion santa, que le amortajaron con hábito de San Francisco de Paula, y que de esta esclarecida Orden fué Tercero. Al universal toque de las campanas, tan á deshora, se conmovió toda la ciudad de Gra-

(1) Cant. c. 1.

nada, levantándose al romper del alba todas las gentes, para saber una novedad tan poco oida. Corrió la voz de la preciosa muerte del glorioso Patriarca, y al punto se vió llena la calle y casas de los Pisas de inumerable concurso. Allí era de ver como todos se hacian lenguas predicadoras de las virtudes del Santo, sin que faltase la retórica de las lágrimas, nó solo para significar la sensible pérdida de sus heróicas prendas, sino tambien por el desconsuelo de inumerables huérfanos desamparados. Ya acabó de salir la luz del dia, cuando ademas de los nobles, plebeyos, eclesiásticos, oidores, ciudadanos y vecinos de la ciudad, acudieron de los lugares comarcanos, sin ser llamados mas que por las campanas, sus moradores. Pusieron en el cuarto en que estaba el venerable cuerpo tres altares para celebrar misas, que fueron muchas, continuándose desde aquella hora hasta la del entierro. El concurso fue tanto, que le fue preciso al corregidor dar providencias para que no se atropellasen las gentes, y diesen lugar á las debidas prevenciones. Dieron las nueve de la mañana, que era la hora dada para el solemne entierro; y estando ya junto todo el acompañamiento eclesiástico y seglar, sacaron el cadaver del aposento el Marqués de Tarifa, Adelantado mayor de la Andalucía: don Iñigo Lopez de Mendoza, Marqués de Mondejar, y Conde de Tendilla, Alcalde de la Alhambra, y Capitan General del Reino de Granada: don Rodrigo Pacheco, Marqués de Cerralvo; don Pedro Granada Venegas, Señor de Campotejar (hoy marquesado); don Pedro de Bovadilla; y don Juan de Guevara, y le bajaron hasta la calle. Quiso *san Juan de Dios* al dejar la casa de los Pisas dar las gracias por el buen hospedage; pues dejó en el aposento en que murió una celestial fra-



Entierro sumptuoso del Cuerpo de S. Juan de Dios, y particulares circunstancias que ocurren.



grancia por nueve dias continuos, y dura el dia de hoy en los Sábados, por haber sido este parte del de su preciosa muerte, que sucedió entre viernes y sabado por la noche. Bajado, pues, en brazos de estos devotos Señores el cuerpo del Santo, excitóse al punto entre todas las Religiones una envidiable contienda, no al modo de la que reprendió el Señor sobre las mayorias aparentes de los Apostóles (1), sino sobre aquellas, que sin oponerse á la humildad, son verdaderamente tales. El punto se reducia á saber cual de ellas debia llevar el féretro. Llegó á resolverle como desde la cátedra un hijo del Serafin Llagado, el humildísimo Francisco de la Orden de los Observantes. Llamábase Cárcamo, ilustre y venerado de todos por santo y docto; y dijo en voz alta, llamando la atencion de la palestra, como en otra ocasion san Pablo (2): *Ninguna Religion precede á la nuestra en el derecho de llevar el cuerpo de este héroe de la gracia, por la mucha semejanza que en la pobreza y penitencia tuvo con nuestro Padre san Francisco.* Convencida quedó aquella devota y religiosa república; y en prueba, sin que se interrumpiese el silencio, empezaron los hijos de Francisco llevando el atahud por largo trecho, hasta que siguiéndose con ordenados turnos los hijos de los demas Patriarcas, todos fueron participantes de tan gran dicha. No cabia el concurso por las calles: arrebatadas olas formaban las gentes para acercase á la urna sepulcral á tocar rosarios y medallas. Fue preciso que el Corregidor expidiera nuevas órdenes para poner en órden la confusa y atropellada turba, y viese Granada con claridad el triunfo que por sus calles babia conseguido la virtud. Em-

(1) Luc. cap. 22. (2) Actor. cap. 13.

pezó, pues, la fúnebre procesion dando principio á ella los pobres y hermanos de su Hospital, las mugeres que habia casado, las viudas y doncellas desamparadas, que habia remediado; y ya con lenguas de luz de las velas que llevaban en sus manos, ya con la amargura de sus llantos y descompasadas articulaciones, por la pérdida de su Padre, Pastor y Caudillo, iban publicando los muchos bienes que de la mano del siervo de Dios habian recibido. Dificil será al que haya visto la historia de Mardoqueo, no ocurrirle á la memoria el bando, que á pesar de su soberbia publicaba Aman de órden del Monarca, cuando montado en un régio caballo, y trocado el saco en púrpura, iba por las calles diciendo: *Así es honrado del Rey, aquel que su Magestad manda que se honre* (1); y habiéndose trocado en *san Juan de Dios* sus trabajos, sus mortificaciones, sus ayunos, sus silicios y sus asquerosos vestidos en brocados de gloria, parece que sonarian estos ecos: *Asi Dios honra á un amigo, siervo suyo, que por su amor trabajó tanto.* Seguíanse despues todas las cofradías con sus pendones y cruces: las religiones, la clerecía de las parroquias y la de la santa Iglesia, los dignidades, los canónigos, sin que á tan ilustre cuerpo faltase su Prelado don Pedro Guerrero. Iba siguiendo á este Señor el precioso cadaver del Santo, y en retaguardia devota el Presidente de la Real Chancillería, los inquisidores con todos los oficiales, y ministros de ambos tribunales, los caballeros de la ciudad y los ciudadanos, ademas los forasteros de todas clases; por fin, cuantos devotos atraidos de la veneracion vinieron de todas partes. Ya llegó la procesion á la plazuela, que está inme-

(1) Esth. cap. 6.

diata á la puerta principal del convento de la Victoria, que era el término de la carrera; y aquí fue preciso mas que la regular detencion, por no dejar abrir paso el imponderable concurso, que con tropel desusado, y porfia, bien que devota, nunca vista, cuando no otra cosa, queria tocar el féretro, como que se le quitaba aquella prenda. Finalmente ya entró el cuerpo del Santo en aquel religioso templo: colocóse en un lecho vistosamente compuesto: se le hizo un solemne oficio: cantó la Misa el Reverendísimo General de los Padres Mínimos de san Francisco de Paula: un sapientísimo y elocuente alumno de la misma Orden llenó el púlpito, tomando por tema aquellas palabras, que despues de oidas las maravillas de san Antonio Abad, dijo el gran Padre y Doctor de la Iglesia san Agustin á sus compañeros; *Surgunt indocti, & rapiunt cœlum*; y aunque dijo cuanto un orador famoso pudo, pero no cuanto su devocion quiso. Concluído el oficio, le dieron sepultura en la Capilla de los caballeros Pisas, que está en el mismo observantísimo convento. Nueve dias prosiguieron las solemnes funciones, esmerándose los mas acreditados Predicadores en los debidos elógios; y es cosa digna de notar, que en cuantos sermones se predicaron en Granada por espacio de un año, siempre formó parte de ellos alguna virtud, ó excelencia del glorioso Patriarca. En esta capilla y religiosa casa de la *caridad*, blason propio de la familia de aquel serafin encarnado san Francisco de Paula, y que como divisa, mejor puesta que la que Salomon entalló en su carroza (1), sirve de precioso escudo, quedó enterrado el cuerpo de este esclarecido Padre. Vein-

(1) Cant. cap. 3.

te años se pasaron despues de su feliz tránsito, en los cuales carecieron sus amantísimos hijos de lograr la vista de su prenda; pero Dios al cabo de ellos dispuso que calificasen por dichosos y bienaventurados sus ojos, como dijo Cristo en cierta ocasion á sus discípulos (1). Noticioso el Ilustrísimo Señor Arzobispo don Pedro Guerrero, que en la capilla en que estaba enterrado el cadaver sagrado aparecian luces milagrosas, y que estas, como á los Magos la Estrella (2), señalaban el lugar de algun objeto notable, quiso sin dilacion saber la causa. Del sepulcro de Cristo refiere el Benedictino Cluniacense, que hasta los bárbaros distinguian sobre la lápida hermosas luces: tal vez para decirles la prenda que ocultaron aquellas losas (3). Cuantas gentes frecuentaban la capilla de los Pisas descubrian igual portento; y habiendo hallado que era así, el venerable Prelado hizo que se abriese la bóveda, y al primer vaiven de la piedra se derramó por toda la estancia tan celestial y abundante fragrancia, que no solo causó pasmo, sino que sirvió de guia, como se dice de los ungüentos del alma santa (4), para llegar á la caja, que encerraba el insigne cuerpo. Llegaron; y no solo llegaron, sino que vieron. Creció de todos el pasmo al abrir la urna; pues no imaginando encontrarse mas que pálidos y desnudos huesos, se halló el santo cadaver entero, vestido con su propio hábito, conociéndose que únicamente por faltar la respiracion estaba muerto. Habia destinado la Magestad Divina aquel dia para exaltar la fama, y gloria del Patriarca; porque ademas de los innegables testimonios de fragrancias y

(1) Luc. cap. 10. (2) Matth. cap. 2. (3) Cluniac. 2. part. Quadr. ser. 149. (4) Cant. cap. 1.

luces, repentinamente quedó un enfermo libre y sano de sus muchos achaques, como en otro lugar diremos.

Aunque estos servian de clarines para publicar de *san Juan de Dios* las escelencias, volvió la tierra de la capilla á abrigar en sus senos el cadaver del Santo. Pasaron años; y contados algunos, murió á rigores de una enfermedad una Señora de la familia de los Pisas, los que por derecho quisieron que se enterrase en la bóveda misma. Apartóse para la ejecucion la piedra de la entrada, y al abrirse, se abrió puerta franca para salir segunda vez la anterior fragrancia, tan abundante y lisonjera al sentido, que embelesaba. Súpolo el Ilustrísimo Arzobispo (que lo era entonces don Pedro de Castro y Quiñones), Fundador de la insigne Iglesia y Colegio del Sacro Monte; y con su acostumbrado religioso celo mandó que no se enterrase en aquel sitio la difunta, motivando, que no parecia decente, que con el cuerpo, por el cual como por órgano manifestaba la Deidad un continuado prodigio, se juntase otro, que aunque de persona virtuosa, no se manifestaba admirable. Todo esto servia de incentivo para avivar en los hijos del Patriarca de la hospitalidad las ansias de poseerle. Dificil era la empresa: la larga posesion que lograban los hijos del Mínimo Máximo Francisco: el singular amor de estos alumnos á una prenda tan recomendable: lo bien hallado que estaba el Santo en su compañía, rémora era de la mayor fuerza para impedir el lógro. Con todo, el amor de hijos, que singularizaba las acciones, concibió industrias, y buscó medios para que cuando el deseo por entonces no quedase satisfecho, siquiera adelantára el paso. Motivaron, pues, los hijos que por entonces se lloraban huérfanos, con pre-

testo de la Beatificacion de su esclarecido Padre, que instaba la manifestacion del santo Cuerpo, y colocacion en lugar mas decente, para que aumentándose la devocion con su vista, obrase Dios mas maravillas por su medio, facilitando así, que declarase su santidad la Iglesia nuestra Madre. No faltaron dificultades para conseguirlo. Recurrióse al Señor Nuncio Apostólico: hubo instancias de una y otra parte: por fin tuvo la pretension dichoso efecto, cometiéndose la ejecucion con autoridad de Juez Apostólico al señor don Juan Matute, Canónigo de la santa Iglesia de Granada, en los términos que en lances semejantes son de estilo. Abrióse, pues, la bóveda: hallóse el deseado Cuerpo; y si bien no entero como la primera vez, mas sí hechos fuentes de fragrancias aquellos sagrados huesos, sin duda acreditando ser flores del huerto de la Iglesia, que agitadas á soplos del austro del Espíritu Santo derramaban aromas, y se ennoblecian con parecerse á las que en los Cantares deseaba la Esposa (1). Pusiéronse en una caja aforrada con terciopelo negro, afirmada con dos llaves, y se depositaron en el hueco del Altar de la misma Capilla de los señores Pisas; y puestos en la puerta del hueco dos candados se llenó el dia seis del mes de setiembre del año de mil seiscientos veinte y cinco, y en esta ocasion quedaron fuera del depósito las reliquias, de las cuales se hará despues memoria. Mas desconsolada que Raquel suspiraba la Familia Hospitalaria, careciendo de su Padre. (2) La dicha que lograba de venerarle públicamente en las aras desde el año de mil seiscientos y treinta, en que se expidió el Decreto de Beatificacion por la santidad de Urbano VIII, avivaba el an-

(1) Cant. cap. 4. (2) Matth. cap. 2.

sia de tener en su compañía al sagrado Cuerpo. Rogaba, instaba, importunaba con continuas oraciones daba aldabadas á las puertas de la misericordia divina: ó como Ana, la madre de Samuel en el Templo (1), ó como los Patriarcas y Profetas de la ley antigua (2), sin que las dilaciones entibiasen sus golpes. Corrió el año de mil seiscientos y sesenta y cuatro, en el cual quiso su Divina Magestad enjugar las lágrimas, y transformar en posesion las ansias de sus hijos. Salió el Reverendísimo M. Fr. Fernando de Estrella, General dignísimo de esta Hospitalaria Religion, á la Visita de la Provincia de nuestra Señora de la Paz en Andalucía. Estando en ésta, tuvo noticia de hallarse en Andujar el R. P. Fr. Francisco Navarro, benemérito General de toda la Orden de los Padres Minimos de san Francisco de Paula. Oportuna ocasion le pareció al primero para ver si Dios habia destinado aquel tiempo, y solicitud para la deseada felicidad; y con santo desembarazo declaró al segundo General su ardua súplica. Imposible parecia; pero confiando en Dios, refugio que es del corazon humano (3) habiendo mandado que en todas las casas de España por nueve dias se espusiera el Santísimo Sacramento en rogativa, despues de varias dificultades, de repetidas repulsas, y de fundadas oposiciones, aquel Señor que mueve el corazon de los Reyes, lo hizo con el del Reverendo General de los Padres Mínimos: lo propuso en consulta, y condescendió á la súplica con todos ellos. En continuacion de tan singulares favores, mandó despachar Patente en diez y nueve de octubre de mil seiscientos sesenta y cuatro, para que el M. R. P. Provincial Fr. Diego de Escalante y sus cólegas, asis-

(1) 1. Reg. cap. 2. (2) Isai. cap. 15. (3) Psalm. 17.

tentes en el convento de nuestra Señora de la Victoria de la ciudad de Granada, pasasen á ejecutar la entrega del Cuerpo santo. Pasóse á ella el R. P. Estrella, lleno de increible gozo: y reconociendo ser precisa para este fin la autoridad Apostólica, despachó á esta corte de Madrid al P. Fr. Francisco de san Antonio, su Secretario, para presentar los papeles al Eminentísimo señor don Cárlos Bonelli, Presbítero Cardenal de la Santa Romana Iglesia, Nuncio y Colector Apostólico, con facultad de Legado á Latere. Con aquella afabilidad propia de su caracter, y con la cual trató siempre á la sagrada família de *san Juan de Dios*, recibióle su Eminencia; y hecho cargo de la justa súplica, nombró por Juez Apostólico al Ilustrísimo señor don José de Argaez, Arzobispo de Granada, con decreto espedido á ocho de noviembre de aquel año, para que su Señoría Ilustrísima pudiese remover el depósito en que estaban los huesos del Santo, y los pudiese mudar á otra caja, sin quedar fuera el mas mínimo: que la cerrase con dos llaves: que se pudiese depositar otra vez en el Convento Hospital de los hijos de *san Juan de Dios* de la ciudad de Granada, fundado por el Patriarca; señalando el sitio mas cómodo, sin que se pudiese extraer ni en todo ni en parte sin Decreto de la Sagrada Congregacion de Ritos. Pasaron estas Letras, así como la Patente del R. P. General de los Mínimos, á manos de su Señoría Ilustrísima, y dió pruebas de la complacencia con que tomó el encargo la ejecucion sumamente pronta. El viernes próximo veinte y ocho de noviembre, á las seis de la tarde, fue el dia que por determinacion de su Ilustrísima se aplazó para esta obra. Juntáronse, pues, en la Iglesia del Convento de nuestra Señora de la Victoria el Ilustrísimo y Reverendísimo Ar-

zobispo don José Argaez: el Doctor don Gerónimo de Prado Berastigui, Canónigo de la Santa Iglesia, Provisor y Vicario General, el Reverendísimo Padre General Maestro Fr. Fernando de Estrella; su Secretario el P. Fr. Francisco de san Antonio: el Reverendísimo P. Fr. Diego Escalante, Lector Jubilado de Sagrada Escritura, y Provincial de la Religion Mínima: el Reverendo P. Fr. Esteban de Morales, Lector jubilado, y Corrector del dicho Convento: el Licenciado don Juan de Herrera Pareja, Juez Ordinario de bienes confiscados de la Santa Inquisicion, Abogado de la Real Chancillería: don Fernando Charran, Racionero y Secretario de Cámara de su Ilustrísima: don Alonso de Cereceda, Capellan de S. M.; y varios Religiosos de entrambas Religiones. Aquí es preciso notar, que repentinamente le asaltó á su Ilustrísima un accidente de supresion de orina, que puso á todos en la mayor consternacion y cuidado; pero, ¡oh Dios! acudió aquel Prelado fervorosamente á *san Juan*; y prontamente echó una piedra de figura de estrella, que en términos regulares le hubiera ocasionado el último estrago. Prosiguieron, pues, segun las formalidades acostumbradas: en consecuencia el Señor Arzobispo entonó el Himno *Veni Creator spiritus*; y no siendo capaz por la ternura continuar las oraciones, mandó que el Provisor diese fin á ellas. Abrióse despues de órden de su Ilustrísima el hueco del Altar para sacar el depósito; y examinadas las cerraduras, se abrieron con violencia, por haberse perdido en el discurso de tanto tiempo las llaves. Levantóse la tapa, y aparecieron los huesos del Cadaver santo exhalando el olor antiguo. Comunicóse á una multitud de rosarios y medallas con el contacto. Eran los huesos grandes, el color como de oro, sin horror, antes bien muy limpios

y puros, y la cantidad: la cabeza con su quijada, seis canillas, seis costillas, una espaldilla, otros huesos grandes quebrados y menudos: los restantes los quitó antes la piedad de los devotos: entre ellos un brazo entero, que con ocasion de haber pedido la Cristianísima Reina madre de Francia doña Ana de Austria á su hermano, y nuestro Rey, el señor don Felipe IV una reliquia, presentáronselo ricamente engastado, y fue devotísimamente recibido: efecto propio de lo mucho que á esta Monarquía debe la sagrada Religion Hospitalaria. No desdijera de la devocion referir de esta insigne Reliquia el regio fausto en su traslacion cristianísima; mas por no dilatar el volumen, y por hallarse en la Crónica Hospitalaria, suspendo el paso. Otra reliquia faltó, que es una espaldilla, que actualmente posee el Hospital de nuestra Señora del Amor de Dios, y Venerable Anton Martin, con inexplicable devocion de toda la corte de Madrid; bien que ya solo permanece en dicho sitio la mitad. Otra notable reliquia poseyó don Diego Riaño, siendo Presidente ó Gobernador de Castilla; la que segun se dice, dejó á la Santa Iglesia de Burgos.

Preparóse para la traslacion una arca de madera, larga vara y media, alta una vara, y tres cuartas por lo ancho: se aforró de tafetan nacarado; y por la parte esterior se vistió de terciopelo encarnado, sobreguarnecida de lazadas y flores de filigrana, entre las cuales varios escudos de bronce dorado, con armas de la Religion, eran lisonja del gusto. De aquí se desprendian de la misma materia cuatro garras de leon, que sobre cuatro orbes le servian de pies firmes, cerrada con dos cerraduras doradas: y para poderla levantar dos hermosos aldabones. Dentro de esta arca habia un par de colchoncillos de seda suelta en lo in-

terior, y en lo exterior de tafetan nacarado: al rededor de cada uno su faja azul de redecilla, y por fin todo con el primor que puede el sentido apetecer: obra propia de las manos de las religiosísimas señoras Franciscas de la Encarnacion de aquella ciudad; encima de los colchones habia una tohalla de Flandes con riquísimos encages para cubrir las reliquias. En esta así dispuesta colocó el Ilustrísimo Prelado por sus mismas manos todos los huesos del Patriarca, y cubiertos se echaron las cerraduras, quedando una llave en su poder, y otra en el del Reverendo General de la Hospitalidad. Pidió el Ilustrísimo Señor el arca antigua que dejaba el Santo, y preciosamente adornada la colocó en la Capilla del Palacio Arzobispal sobre el cajon en que los señores Capellanes se revisten para las Misas. Asi, pues, entrada la noche, sin pompa alguna sacaron los Religiosos de entrambas Ordenes el santo Cuerpo, despues de haber sido aquel sitio concha de tan estimable perla por espacio de ciento y catorce años, ocho meses, veinte dias y nueve horas, poco mas ó menos. Entraron el sagrado Cadaver en la carroza del señor Arzobispo, en la cual entró el Padre General de la Religion del Santo. Púsose en el estribo siniestro el señor Provisor, y en el derecho su Señoría Ilustrísima. Empezó á caminar en esta forma la carroza ácia el convento Hospital, corridas las cortinas; y por mas que quiso ocultarse el hecho, la gritería, el alborozo, la multitud de toda especie de gente en repetidos vivas, dieron testimonio de lo público que estaba entre los ciudadanos. Viendo ya el Prelado así roto el velo del secreto, mandó que se tocasen las campanas, cuyas lenguas acabaron de conmoverlos. Esperando estaban los hijos del Patriarca á la puerta de la Iglesia á su amantísimo Padre, y dilatóse su

corazon encendido al verle en hombros de su General el R. Fr. Fernando de Estrella (estrella verdaderamente feliz, cuyo suceso acreditaba al que antes fue no mas que auspicio): tambien le llevaban los Reverendos Padres Fr. Juan de Montiel, Asistente General: Fr. Francisco de san Antonio, Secretario suyo; y Fr. Juan Maestro, sacerdote. Mucho mayor fué el concurso al tiempo de entrar en la Iglesia, sirviendo la devocion de Granada de embarazo, y atropellando sin libertad tanto gentío. Pudo ya por fin entrar el Cuerpo santo hasta el altar mayor, y allí se puso para que la devocion lograse especial consuelo. Satisfecha de algun modo esta, se colocó el arca santa en un arco de bastante grandeza, que divide en el templo antiguo el altar mayor de la Sacristía: forma este dos iguales ventanas: están con hermosura, adorno y bastante firmeza para resistir cualquier insulto; y para que quedase memoria hasta en las piedras, se puso este letrero en el frontispicio: *El Ilustrísimo Señor don José Argaez, Arzobispo de la Santa Iglesia de Granada, en veinte y ocho dias de noviembre del año de mil seiscientos y sesenta y cuatro trasladó el Cuerpo de nuestro Padre* san Juan de Dios *del santo Convento de la Victoria á este sitio, siendo General de nuestra Religion el Reverendísimo Padre Maestro Fr. Fernando de Estrella*; y lograda esta deseada y admirable translacion, la cual por muchos motivos puede asemejarse á la que hizo Moysés de los huesos de José para la tierra de Canaan (1), sin que falten prodigios para sellar sus grandezas, se volvió el Ilustrísimo á su palacio. Pareció despues inmediatamente al Reverendísimo General Estrella ser necesario dar

(1) Exod. cap. 13. v 19.

aviso á todos los Conventos, así de Religiosas como de Religiosos, de la recuperacion del Cuerpo del Patriarca; y en correspondencia manifestaron las lenguas de las campanas el gozo de los corazones. Por la noche hubo luminarias, fuegos artificiales, coros de música; por fin, cuanto puede hacer evidente el regocijo, que llenaba á toda la ciudad de Granada. Siguióse el domingo, y en éste se celebró con la ostentacion que admiró aquella Metrópoli una solemne fiesta en accion de gracias, en la cual predicó con el mayor acierto el M. R. P. M. Bartolomé Arjona, de la Religion de la Compañía de Jesus: la Misa fué del Espíritu Santo; y no me detengo en pintar lo ilustre del auditorio, harmonía de la Real Capilla, Villancicos agradables y lo demas de la fiesta suntuosa, porque no puede llegar la pluma por mas que vuele. Concluida esta funcion, los hijos del Patriarca de aquel Hospital, ansiosos de ver las reliquias de su santo Padre con algun espacio, lograron esta dicha con asistencia del Ilustrísimo Prelado; y habiendo pasado aviso á las casas de España, de Portugal y de Indias, como tambien por parte del Reverendísimo General de Italia á las provincias de ella, á Sicilia, Alemania, Francia, y lo restante, se cumplió llenando los deseos de todo el mundo.

CAPITULO XI.

Recoleccion de las virtudes, dones, y gracias con que Dios enriqueció al Patriarca glorioso san Juan de Dios.

La vida eterna, único bien nuestro, segun la llamó Othon Venio (1), que en el conocimiento claro de Dios consiste, en pluma del Evangelista (2); aquella clara vista que se goza en la cumbre de la celestial Sion y es corona de los justos, pasada esta vida mortal (3); reconoce por ascensos, caminos, ó grados, la nobleza de las virtudes, dijo el Profeta en uno de sus Psalmos (4); á lo que aludió aquella enigmática vision de la escala de Jacob en las campiñas de Luza (5), y no menos la subida de Cristo al Tabor, cuando pintó en un rasgo lo brillante de su gloria (6). Llegó el Patriarca *san Juan de Dios* á entrar en aquel gozo, premio y corona feliz; y sin torcer, ni desviar sus pasos de los caminos derechos, que son los del justo, subió de virtud en virtud hasta el término de su glorioso ascenso. Es la fé virtud sobrenatural, que se llama *puerta de salvacion*: es un crédito y argumento de lo que no vemos y sustancia de lo que esperamos (7): es lo que resplandeció en los antiguos Patriarcas, singularmente en Abrahan, de quien se dice que creyó en la esperanza contra la esperanza, cuanto le prometió la Magestad Divina (8); por cuyo motivo fue sumamente premiado, como consta del Génesis (9), y lo confirma san Pablo (10); y á la verdad le imitó el

(1) Othon. Ven. emb. 43. (2) Joan. cap. 17. (3) Paul. 2. ad Tim. (4) Psalm. 83. (5) Gen. cap. 28. (6) Matth. cap. 17. (7) Ad Hebr. cap. 11. (8) Ad Rom. cap. 4. (9) Gen. cap. 15. (10) Ad Rom. c. 4.

segundo Patriarca Abrahan de la ley de Gracia. Desde aquellas tentaciones de Céuta, que fueron las baterías mas fuertes, que para derribarle disparó el demonio, y de las que salió triunfante con el honor de dejarle corrido y fugitivo, sin parar hasta las profundidades del abismo, quedando fortalecida su alma en tal manera, que ni con una ligera sugestion se atrevió á entrarle en lo restante de su vida inocente, escarmentó el enemigo en cabeza propia; y si al pulsar David el harpa echaba á correr, dejando el cuerpo de Saúl como perro que siente el azote (1), lo propio experimentó con nuestro héroe. Así emprendió valiente, sin mas arrimo que el cayado, sin mas hacienda que un tosco y roto vestido, sin mas confianza que en Dios, la compra de las casas de la calle de Lucena, y las redujo á Hospital con cuarenta y seis camas, y otros tantos pobres enfermos, con que quedaron ocupadas; y si Abrahan levantó por su excelente virtud el estandarte de *Padre universal de las gentes* (2), *san Juan de Dios* el de *Padre universal de los pobres.* Conociendo este glorioso Patriarca las inscontancias humanas, á Dios dirigia la proa de la mística nave de su alma; y así escribia frecuentemente: *Dios delante, sobre todas las cosas del mundo.* Aun antes de oir la eficacia del Maestro Avila, los deseos de ir ya á la guerra de Alémania, ya al presidio de Céuta, se abrigaban debajo la púrpura de dar la sangre por Cristo, y padecer martirio en testimonio de que la Fé de Cristo era la verdadera. Aquel anhelo de la salud corporal y espiritual de todos, y que dejó por rico patrimonio á sus hijos, cuidando de una, y otra en los enfermos de sus hospitales, ¿quién negará que era hermoso efec-

(1) 1. Reg. cap. 16. Theodor. ibid. (2) Gen. cap. 17.

to de su heróica fé? Esta misma fue la que avivada con la caridad, le impelia ya arrojarse á las llamas, que le respetaban obedientes, ya á no temer las aguas, que le atendian inmobles. La veneracion que siempre tuvo á los templos llegó al punto mas alto, como en el Santuario de Guadalupe manifestó con la reprension, que humilde dió al sacristan, no por la injuria que le hizo, sino por la irreverencia á lo sagrado del sitio. La sumision tan singular á los Prelados, y en todo á su Maestro y señor Director Juan de Avila, ¿quién podrá omitirla? Un emblema, que como nos dirá una carta del Santo á la Duquesa de Sesa, en que iban bordadas sobre campo raso encarnado las tres Virtudes Teologales con hilo de oro, dando las cuatro esquinas á las Cardinales, prueba con la mayor claridad los ejercicios de la Fé, que convencian lo grande de la heroicidad. *Tres son las letras* (escribia á esta Señora), *porque tres son las virtudes que nos encaminan al cielo: la primera es Fé, creyendo todo lo que tiene, y cree la Santa Madre Iglesia, y guardando sus Mandamientos, y poniéndolos por obra.* Los sermones que predicaba á las mugeres perdidas, las oraciones que hacia por ellas, y á las que las aficionaba; por fin, todas las empresas al parecer de los hombres imposibles, y por *san Juan de Dios* perfectas, son argumentos, cuyas fuerzas se hacen imposibles. Cierro el intento con las palabras del Santo en una carta, que escribió á Gutierre Laso (y veremos en su lugar): habla del deseo que tenia de salvarse, y asi prosigue: *Tener y creer todo lo que tiene, y cree la Santa Madre Iglesia, asi lo tengo y creo yo, y de aquí no salgo, y hecho mi sello, y cierro con mi llave.* Esto bastaba para exclamar la devocion en glo-

ria de este gran Santo, no que era su fé sin igual, sino que no se hallaba mayor en ningun héroe de la gracia de la Católica Israel. (1).

A esta se seguia la virtud de la esperanza en grado heróico, cogiendo en cuantas acciones ejecutó en toda la carrera de su vida las flores, que son frutos de ella (2). Desde los ocho años de edad, en los cuales dejó padres y pátria, no se arrimó para su firmeza á otra áncora que al brazo divino. Hollando iba las flores caducas de las esperanzas humanas, no menos que al pasar el mar rojo los hebréos (3), y con esto acreditaba que su aliento únicamente en Dios estaba puesto. Cuando el pretendido matrimonio con la hija de su amo, ¿en qué apreturas se hubiera visto un corazon menos magnánimo? Y *san Juan* con la mayor serenidad en las manos de Dios lo dejaba. Los trabajos, las calamidades, las persecuciones, que fueron tantas, y del mayor calibre, hasta verse condenado á una horca; y el glorioso Padre siempre esperando en Dios, como que era refugio suyo. Las limosnas que le daban, los socorros que le ofrecian, en nada tropezaba, pues aun siendo el fin una necesidad determinada, socorria, dándolo todo, á la que mas de cerca le ocurria. Un monge mozo preguntó á otro anciano en la escuela de la perfeccion cristiana, si era bueno reservar algo para alguna necesidad grave, y le respondió: No por cierto; porque así llegáras á desconfiar de la Divina Providencia (4). El glorioso Patriarca *san Juan de Dios* estuvo tan lejos de este lunar, que esperando en que Dios proveería, dejaba la necesidad que daba ocasion á sus trabajos; y el cielo en premio para entrambas le franqueaba el remedio. En lo que mas daba á enten-

(1) Matth. c. 8. (2) Eccli. c. 24. (3) Sap. c. 19. (4) Vit. Patrum.

der su esperanza heróica era en la asistencia de los enfermos: no temia que se le pegasen los males; y conforme con la voluntad Divina, aun cuando fuese, esperaba bienes. Aquella enferma de Oropesa es uno de los testimonios mas claros del heroísmo. Cuando la curaba las llagas y le chupaba las materias, repetia las visitas, ó esperando en Dios que le impediria la comunicacion de aquellos achaques, ó confiando en que cuando así fuese, se transformarian en dichas. Para delinear Enrico Farnesio una heróica esperanza, pintó á un pájaro llamado Caradrio, el cual tiene la propiedad de atraer á sí la enfermedad mas deplorable. Púsole á la vista de un doliente con esta letra: *No hay necesidad alguna* (1). No cabia mas en el pincel para geroglífico de la esperanza que adornaba el alma de *san Juan*. La corta ó ninguna confianza que de sí tenia, añadia nuevo realce á la esperanza en Dios que le animaba. Publicaba sus pecados por las calles, por las plazas, por los corrillos, sin que dejase de esperar, así la conversion de enormes pecadores y mugeres perdidas, como la salvacion de su alma, que era el fin que llevaba en todos sus trabajos: de este modo lo dió á entender, cuando esplicó el emblema que hizo para la Duquesa. *La tercera, esperanza en solo Jesucristo* (decia), *que por los trabajos y enfermedades que por su amor pasáremos en esta vida miserable, nos dará la gloria eterna, por los méritos de su sagrada Pasion, y por su gran misericordia.*. El fervor con que estimulaba á acrecentar en los corazones esta virtud noble, hacia lo heróico y sublíme mas patente. Hasta la fingida pobreza, que tal vez con ánimo sencillo creía, y cuya verdad á la menor averiguacion quedaba á la vista,

(1) Henric. Farn. ap. Picinel. lib. 4. cap. 16.

procuraba remediar con suma prontitud y franqueza, singularmente en sonando peligro de ofender á Dios, como se vió en don Fernando Nuñez, y se verá repetido en el Marqués de Tarifa. ¡O esperanza grande, ó esperanza del cielo, que cuanto esperas, tanto alcanzas! repetia entre ternuras el seráfico doctor san Buenaventura (1), y correspondia en sus cartas nuestro Patriarca, diciendo: *Vuestro hermano Juan de Dios, si Dios quisiere, muriendo; mas empero callando, y en Dios esperando.*

Dios es caridad, y quien permanece en la caridad (dijo el Benjamin Evangélico) queda en Dios y Dios en él (2); segun lo cual sacamos que el ínclito Padre *san Juan de Dios* perseveró en la gracia que recibió por el Sacramento del Bautismo toda su vida. No permite la caridad, virtud teológica y la mas noble, ausencias de Dios, que por medio de la gracia se halla en el alma: tenga el cristiano la fé que quiera; mas que traslade con su poderoso brio pesadas montañas, si le falta la caridad, de poco sirve (3): con que si á esta gracia perseverante desde las aguas del Bautismo la declaró el cielo, preciso es confesar la virtud de la caridad en el Patriarca. Señaló éste, segun dijimos, el felíz exordio de sus años con multiplicados portentos. En el nacimiento y pila tocáronse milagrosamente las campanas por espacio de muchos dias: descendieron columnas de fuego y resplandores sobre la casa de sus padres: sale de ésta contando no mas que ocho de sus floridos años. En Fuenterrabía logra celestiales avisos: aparécesele María Santísima en figura visible, le habla, le corrige cuando se inclina á empresas menos agradables á

(1) D. Bonav. apud Cron. (2(Ep. Joan. 1. cap. 4. (3) Ad Cor. 1. cap. 3.

esta Reina. Pasa á Ceuta, en donde le combate el infierno con toda su furia, y disfruta despues la vista, el trato y agrado del mismo Dios en forma de niño, gustando no solo de ser llevado sobre sus hombros, sino de darle su nombre por glorioso timbre; de todo lo cual bien podrá deducirse que no andaba su alma sin el adorno de la gracia, por medio de la cual descansa en los corazones la Magestad Divina, una vez que Cristo y María Santísima gustaron de tratar con el esclarecido *Juan* con tanta complacencia.

Esta nobilísima virtud de la caridad, por lo que mira á Dios, y de la que ahora hablamos, fué la que con sus fervores le precisaba á escribir en las cartas vivos sentimientos: *Dios delante sobre todas las cosas del mundo*, era su regular cláusula; y si del bien del amado se complace mas que del propio el que quiere fino, en aquellas voces confesaba con tierno gozo, que era su Criador, su Redentor, su Dueño, su Padre, su Luz, Verdad y Gracia. Que el amor todo lo puede, es comun adagio. Para significar lo poderoso de un amante fino puso Alciato un árbol por la inclemencia de los tiempos, ó por la violenta fuerza de los rayos desnudo, carcomido y seco, á quien hermoseaba una vid frondosa; dando así á entender, que á pesar de los mayores infortunios lograba sus amorosos intentos (1). Quien viera á este esclarecido Padre desnudarse de los vestidos, padecer tantas inclemencias, intentar unos proyectos los mas arduos, tolerar sumos desprecios, fundar el Hospital de Granada con tantas camas, pudiera exclamar: ¡O amor de Dios, ó caridad grande, que como no eres ambiciosa (2), ni lo tuyo buscas! Eres sufrida, eres benigna, y tan poderosa, que así como en

(1) Alciat. lib. 1. Emb. (2) Ad Cor. cap. 13.

pluma del Abulense (1), para el amor de Jacob no fué embarazo la piedra que á los demas pastores pareció insoportable peso; así, y con mucha ventaja, ejecutas acciones de heróico brio. Singular sentencia (dijo Platon) del amor intenso, cuando reconoció que arrebataba con la fuerza de su ardor á cierta clase de furia, frenesí ó demencia (2); cuya máxima cristianizan muchos Autores, hablando del amor de Dios, segun ha obrado en algunos Santos (3). *Al loco, al loco*, así llamaban á *san Juan de Dios*; y estas locuras ¿qué otra cosa fueron que unas intensísimas amantes llamas? Ultimamente es esta caridad aquella escelentísima virtud, que no se goza, ni complace con la iniquidad (4): y en esto resplandeció mucho lo heróico del Patriarca. Aquellos ruegos y lágrimas, con que puesto de rodillas pretendia de las mugeres, ya doncellas, ya viudas, que no saliesen de casa, para que de este modo se impidiesen graves culpas: aquel dolor con que meditaba en Dios ofendido, y á cuya penetrante punta se entraba sin reparo en las casas públicas para estorbar delitos contra Dios: aquel ponerse, cuando no podia mas, á vista de la casa en el castillo de Vivataubi, y al advertir que iban á entrar mozos, que dejados de la divina mano corrian á pecar, dominados de la lascivia, se arrodillaba, lloraba, suspiraba, gemia; y levantando los ojos al cielo, procuraba desvanecerles el infame intento, llenándose de santa alegría, si lograba convertir, aun cuando no fuese mas que una alma: en verdad, que todas estas acciones respiran caridad, caridad. De este ramo de caridad hácia Dios descendia la caridad por lo que mi-

(1) Gen. cap. 29. (2) Anach. Canon. Diatr. 26. (3) Idem. (4) Pauli ad Corint. cap. 13.

ra al prógimo. Si alguno afirmára que ama á Dios (escribia el Evangelista Extático) (1), y aborrece á su hermano, téngase por embustero; pues si no estima á su hermano que vé, á Dios que no vé ¿cómo le amará? Descubrió la Magestad de Dios al Patriarca Abrahan el castigo que iba á ejecutar en los Sodomitas; y fue tan eficaz la súplica para el perdon, que siendo precisa condicion hallarse algunos buenos, fue disminuyendo el número hasta diez solos (2). Dejo por ahora la caridad de Moyses, de David, de Jonatas; y solo presento la del Samaritano, que mereció de la Soberanía de Cristo claro elogio (3). Heróico no menos resplandeció *san Juan de Dios* en este santo ejercicio. Ademas de su genio piadoso, le ennobleció el cielo con suave, sobrenatural y vivo fuego: todo el instituto de la Religion que fundó mira este norte: hacer bien á los prógimos, especialmente á los pobres enfermos y necesitados, es el blason con que se ilustra: lo que ejecutó en Ceuta para el sustento de una pobre familia: lo que hizo en Gibraltar, y en su comarca con la mercancia de libros, son clarines que lo hacen notorio; las limosnas, que como lluvias del Cielo caian en sus manos, corrian á la mísera tierra de toda especie de calamidad, como por canales. Vestian á *Juan de Dios* muchas devotas señoras, y de *Juan* pasaban á otro pobre los mismos vestidos, vistiendo á Cristo en los pobres, segun esplicó el Señor á sus Discípulos (4). Salió cierta vez á pedir limosna para su Hospital, y curacion de los pobres por las cercanías de Granada. Encendido su pecho en aquel fuego con que el Señor quiso abrasar la tierra (5), en-

(1) Ep. 1. Joan. c. 4. (2) Gen. cap. 18. (3) Luc. cap. 10.
(4) Matth. c. 25. (5) Luc. c. 9.

tró un dia en la Ciudad de *Ronda*, distante de la Metrópoli veinte y ocho leguas: apenas puso los pies en aquel pueblo, se le ofreció á la vista un soldado tan derrotado, que ademas de verse traspasado de frio, su vestido consistia en un mal coleto, y unos calzones acuchillados, que cuando tuvieran vanidad, solo pudieran de haberlo sido. Llegóse el Santo, y quedito le dijo, si queria trocar de vestido, porque era mucha la crudeza del tiempo. El soldado, que era visoño en la esperiencia de estas compasiones, tomó la oferta á burla; y echándose á reir, le dijo que se conocia que gastaba buen humor. *No me chanceo* (dijo el Patriarca). Bastante se necesitó para que el soldado creyese el dicho. Por fin, así fue, quedando el siervo de Dios con los girones y harapos del derrotado soldado. Así desabrigado se fue, segun costumbre, á la Iglesia mayor, como principal visita. Estando en ella, ocurrió dar el Viático á un pobre enfermo: repartia las varas del palio un conocido del Santo: convidóle á tomar una; y vuelto con el acompañamiento al Templo, concluida la funcion, se salió corriendo de la Ciudad diciendo; *¡Viéndome tan mal vestido, me han honrado tanto, dándome una vara del palio! huyamos de aquí, que peligramos de mucha vanidad.* Semejante caso se refirió cuando el Ilustrísimo Arzobispo Presidente pensó en vestirle el hábito. Las fatigas del glorioso Patriarca en andar por las calles, cargarse sobre los hombros los flacos, pobres, enfermos, desvalidos: caerse al peso de estos, sin que le interesase mas que averiguar, si habian recibido daño, olvidando el propio: el caso del difunto, para el cual logró honroso entierro y mortaja, suben esta caridad á una grada muy levantada. A tanto llegó su compasivo amor, que le calificó de no tener

modo, que es lo que para ponderar su exceso le atribuyó San Bernardo (1). Llevaba una vez la ordinaria limosna: pasó con ella por un bodegon, en cuya puerta estaban sentados unos jornaleros pobres, sin tener que llegar á la boca. Levantaron estos el grito al ver el caritativo Patriarca; Si sois Padre de los pobres (decian) ningunos mas que nosotros, porque el tiempo tan cruel no deja que con el sudor del rostro ganemos un bocado de pan: socorrednos, piadoso padre, si no, perecemos aquí, por falta de sustento. Enternecido el Santo, dióles cuanto llevaba para su hospital: parecióle despues que algunos, ó que no quedaban satisfechos, ó no habian salido iguales; y sacando ademas doce reales, los repartió entre aquellos: así se fue á su hospital, y no por esto les faltó á sus pobres abundante bien.

Aviva mas la confirmacion de esta independencia del amor del Patriarca, sin atenerse á las leyes, y modos regulares, el siguiente caso: Hospedado estaba *san Juan* en casa de don Miguél Avís, caballero noble, virtuoso y devoto del Patriarca. Un dia llovió en tal extremo, permanencia y furia, que ni pobres, ni jornaleros eran capaces de ganar la comida, ni por ruegos, ni por sus manos. Juntos se hallaban bastantes, á tiempo que se venia el Santo á la casa del caballero: como la necesidad abre los ojos, al punto advirtieron que se acercaba el remedio de sus males: empezaron con las deprecaciones que inspiran en semejantes lances los ahogos; y movido de ellos el Patriarca, asi que llegó á la casa, se entró en la cocina; y hallándola sola, sin cocinero, ni mozo alguno, y con mucha prevencion de asados, guisados, platos,

(1) D. Bern. apud Cron.

ollas y variedad de otros comestibles, tomó cuanto pudo llevarse á su cuarto; y llamando á sus pobres, les regaló y repartió á satisfaccion de sus deseos. Abastecidos ya, iba volviendo á la cocina las alhajas; mas como el cocinero ya habia vuelto, echó menos lo mucho que le faltaba. Alborotó la casa y llamándole santurron, hipócrita y otras injurias, hizo que su amo lo entendiese. Oyó don Miguel el enojo del cocinero; y pareciéndole justo, echó no solamente á los pobres, mas con el mayor desprecio al siervo de Dios de su casa. Mas ¡ó providencia divina! al mismo instante hizo Dios, que por la misma puerta de su casa entrase tanto regalo, aun con mayor abundancia, que el que antes habia. Quedó confuso el caballero del prodigio: bajó arrepentido, pidió perdon al Santo, y le fue mucho mas devoto en adelante. No menos asombroso es el otro caso, cuando padeció Granada la mas esteril carestia. Al paso de ésta, que sentia hasta la casa mas rica, se multiplicaban con esceso los pobres enfermos. Ya llegó el Hospital de *san Juan* á no tener ni un bocado de pan: llegó la hora de comer; y viendo el Patriarca á los enfermos en tanto aprieto, empezó á dar voces pidiendo la limosna. Pocos pasos dió por la calle de san Gerónimo, cuando se le puso delante un hombre, caballero en una yegua, y le dijo: Hermano *Juan*, paréceme que está pidiendo y buscando pan para los pobres: *No busco otra cosa*, respondió el Santo, *porque hoy no tienen para comer.* Pues tome, prosiguió el hombre, cuanto hubiere menester del que aquí llevo. Así sucedió: llenó el Patriarca un esporton muy grande, ocupó los enfaldos del hábito, no dejó faltriquera, ni vacío en todo su vestido, y desapareció aquel creido hombre, que á la cuenta fue su protector san Rafaél, que vi-

no del cielo para remediarle, volviendo el Santo al Hospital bailando de contento. A este suceso se puede añadir otro, que dejó suspenso á Granada. Vino á esta ciudad el Señor Marqués de Tarifa, cuyo nombre era don Pedro Enriquez de Rivera, en seguimiento de un pleito de mucha importancia. Procuraban los señores de la ciudad mas distinguidos cortejarle con singularidad por las noches con alguna diversion, para disimular la fatiga de los dias. Acudia á estas horas el glorioso Patriarca á esta casa á pedir limosna. Una noche que acababa el Marqués de venirse á casa, llegó el Santo; y oyendo que venia de recogerla para los pobres, él mismo la pidió á los concurrentes, y de todos juntó veinte y cinco ducados. Fuese el siervo de Dios gozoso; y habiendo advertido los circunstantes que don Pedro le miró con cuidado, tomaron motivo para difundirse en elogios del Patriarca, singularmente de la caridad, y amor con que socorria á todo pobrecito. A tanto llegó, que deseando experimentar por su persona el hecho, se salió embozado de la casa para probarle. Al punto oyó las profundas voces de: *Haced bien para vosotros mismos*; cuando conocido por ellas, procuró alcanzarle el Marqués, y embozado como estaba, llamóle aparte y le dijo: Hermano *Juan de Dios*, yo soy un caballero estragero, que he venido en seguimiento de un pleito á esta ciudad, y es de mucha consecuencia: estoy padeciendo muy grandes necesidades, y quisiera para no esponerme á ofender á Dios que me socorriérais. El siervo de Dios, agitado de una compasion amorosa, lleno de celo del honor divino, sin preguntarle cosa alguna, sacó de la manga los veinte y cinco ducados, que acababa de recibir de limosna, y dándoselos, le dijo: *Muy compadecido estoy, hermano, de vuestra*

urgencia; pero mas receloso de que os obligue á ofender á Dios el padecerla: tomad ese dinero, que ahora me han dado, para que os remedieis: confiad en el Señor, que nunca os faltará, y temedle sin que le ofendais por cuanto vale el mundo. Entrególe con esto el bolsillo, y volvióse el Marqués á su casa. Asombrado llegó á la presencia de los caballeros: advirtiéronle con el rostro demudado, y con este motivo le preguntaron de donde venia tan confuso? Vengo (les respondió) de estar con el Hermano *Juan de Dios*, y vengo tan edificado de su caridad, como que ni cabe en mi labio la ponderacion de su virtud. Contóles el caso, y quedaron contentos los caballeros de haber salido verdaderos. Amaneció el siguiente dia, fuese á el Hospital el Marqués; y sabido por *san Juan de Dios*, salió con todos los hermanos á recibirle: cogióle el Marqués con mucho cariño por la mano, y despues de saludarle, dijo: ¿Qué es esto, hermano *Juan*, que me han dicho que le robaron anoche? Vaya, dígame la verdad. *¿Doime á Dios, señor* (respondió el bendito Padre), *que á mí no me han robado.* Cómo puede negarlo (replicó el Marqués) habiendo llegado el hurto á mis manos, y vele aquí que se le traigo; pero sepa, que yo fuy el ladron que llevó el dinero, no para que le falte. sino para aumentarlo, como lo verá. Entonces, despues de volver el bolsillo, sacó el Marques otro suyo con ciento y cincuenta escudos de oro, diciéndole: Hermano *Juan*, mientras este pleito me tenga en Granada envie todos los dias á mi casa por la racion de los pobres. A todo correspondió el Santo con humildes agradecimientos; y lo ejecutó el Marqués con tan generosa mano, que cada dia enviaba ciento y cincuenta panes, cuatro carneros, y ocho gallinas.

Explicando el Melifluo Padre San Bernardo aquel

texto del Eclesiástico, en el cual el Espíritu Santo dice: *Bienaventurado el varon que no corrió tras del oro* (1), pone estas palabras. Es un género de martirio la pobreza voluntaria, porque no puede llegar á mas que á padecer entre manjares, hambre: verse entre ricos vestidos, desnudo: entre riquezas, mendigo: y crucificar con Cristo todo temporal deseo (2). A mas levantó la pluma el Apóstol de las Gentes Pablo, contemplando en el pobre voluntario una representacion del mismo Cristo. Hízose pobre Cristo, siendo el mas rico de todas las criaturas, para que con su pobreza fueseis vosotros ricos en abundancia (3); de lo que se colige, que si lo especial que ejecutó la Soberanía del Redentor consistió, no precisamente en venir pobre al mundo, mendigando, pidiendo, y rogando, sino en hacernos ricos con su indigencia; quien en esto sobresalga será de este Señor resplandeciente copia. Pobre voluntario fue el esclarecido Padre *san Juan de Dios*: desasido de todas las cosas del mundo, no tuvo á la verdad posesiones grandes, ni bienes de fortuna considerables; mas si San Pedro lo dejó todo, con sola la propiedad de unas redes (4): este Patriarca sagrado, aun siendo sus bienes pocos, lo dejó todo: dejó al mundo, crucificó sus deseos, y con esta pobreza hizo que se enriqueciera el pobrecito. Desprendióse *san Juan de Dios* de todo, porque para sí nada queria: quitóse el vestido, quedó desnudo: para la decencia usó calzones, y camisas; y si esta lo permitiera, hasta sin la camisa se quedára. ¿Pero á qué fin? Para enriquecer al pobre. Buscaba leña, y la vendia: tomaba el precio; y entresacando para sí lo necesario para el triste sustento, daba á los pobres

(1) Eccles. cap. 31. (2) D. Bern. sup. (3) Ad Corint. c. 8. (4) Matth. cap. 19.

lo restante. Pudo reservar para sus necesidades: pudo prevenir contingencias: nada de esto hizo, porque solo quiso para sí adquirir nada. Las raposas tienen cuebas, y las avecillas nidos para recogerse (dixo la Magestad de Cristo); y el hijo del hombre no tiene sobre qué reclinar la cabeza (1). Cuando el Señor se aposentaba, era en casa agena; si comia, en mesa agena: digámoslo de una vez, desde el pesebre al sepulcro todo fue ageno. El gran Padre *san Juan de Dios* procuró imitarle: las alhajas de su celda fueron una cruz á la cabecera, unas tablas por cama, un banquillo viejo por asiento; y de esto nada propio. Comia, vestia, afanaba, y todo cuanto ejegutaba con el destino de beneficiar al pobre, que de todo le veneraba dueño. Solia decir este glorioso Héroe, *que la pobreza era para la vida embarazo, en la muerte alegria, para el cuerpo decanso, y para el alma gozo.* Tal vez por esta razon le concedió el Señor que muriese como totalmente ageno de este mundo, en tierra agena, casa agena, cama agena, y sepulcro ageno por tanto tiempo.

Tomando el harpa el Santo Rey David, y levantando al cielo los ojos para entonar las divinas alabanzas, decia en el Salmo setenta; Vos, Señor, sois mi paciencia (2). Encarnóse este Soberano Dueño, y entonces la ejercitó para darnos ejemplo el mas notable. Padeció afrentas, azotes, muerte, improperios el justo de los pecadores, el Señor de los Siervos, el Redentor de los esclavos: bien pudiera con solo pestañear reducir á cenizas sus enemigos; mas quiso padecer, y tolerar para reconciliarnos á todos. Si le escarnecian, callaba: si le acusaban, no respondia: si

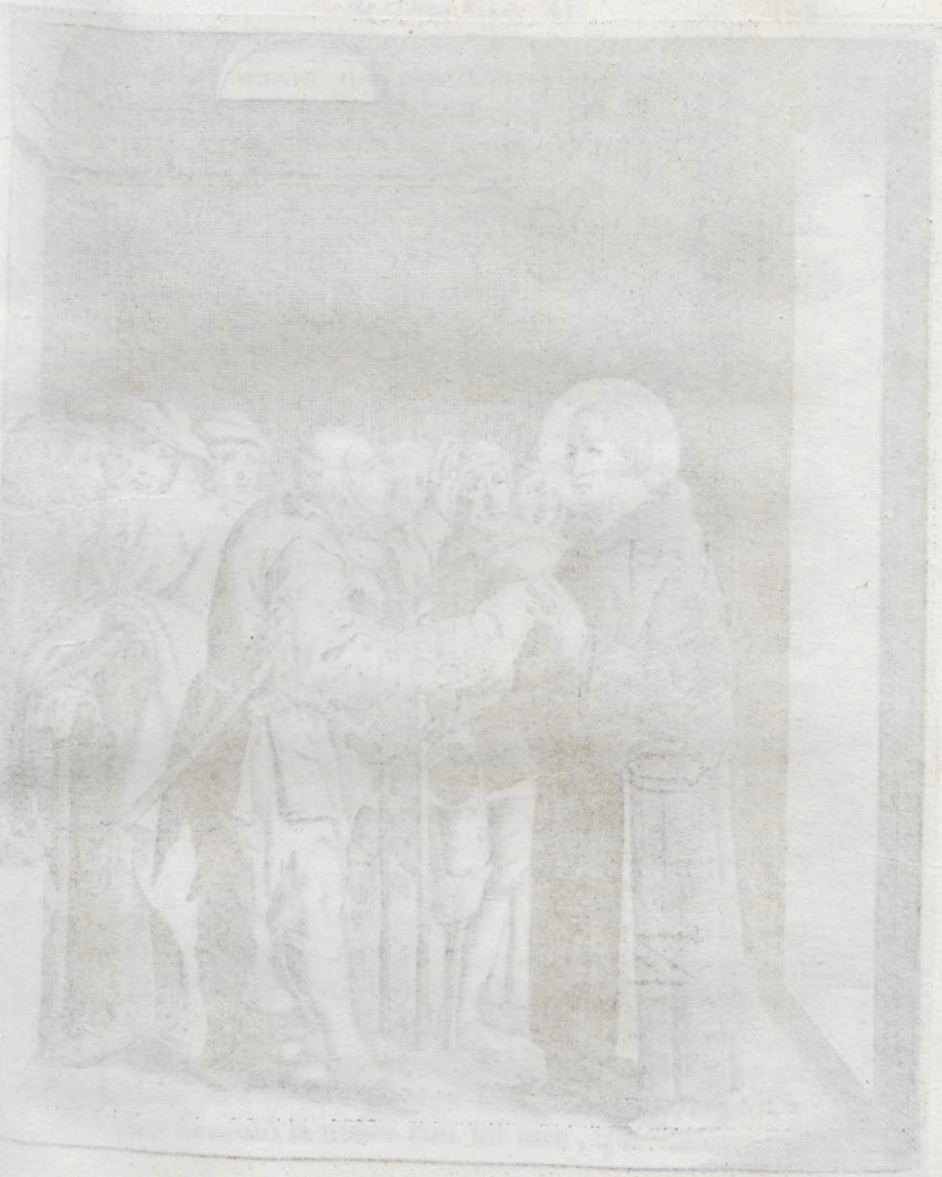
(1) Luc. cap. 9. (2) Psalm. 70.

le azotaban, no se movia: si le crucificaban, rogaba para el perdon á su Padre. Tan infamemente trataron al Salvador los Samaritanos, que zelosos como parientes y mas favorecidos Santiago y San Juan, le dijeron: *¿Quereis, Señor, que digamos que caiga fuego del cielo, y los abrase?* Respondió benignamente sufrido: *No sabeis el espíritu que os lleva: no vino el Hijo del hombre á perder almas, sino á salvarlas* (1). Fue como si dijera, dice Marulo, zelo de mi honra se os figura el espíritu que os anima, y propiamente es de ira y de venganza: reportaos, que no vengo á quitar vidas, sino á salvar almas (2). Segundo Moysés, segundo Job, segundo Esteban, y por fin imitador de Cristo en lo paciente, fue el Patriarca *San Juan de Dios* toda su vida. Ya en Oropesa empezaron fieros martillazos, que toleró con sufrimiento. Juzgó encontrar sus Padres vivos, y solo pudo llorarlos muertos: con tanta resignacion lo tomó, como que brindándole con acomodo correspondiente un tio suyo, noble, rico y que le estimaba, rehusó el partido, por ejercitar, fuera de toda comodidad, la paciencia. Los trabajos de Fuenterrabía, ya cayendo de la yegua, ya condenándole á muerte: la presuncion de ladron, las calamidades de Ceuta, el desprecio del sacristan en Guadalupe, tantos golpes de holgazanes, tantos ultrajes de niños, tanta burla, tanto escarnio, hasta la persecucion de los mismos enfermos, engaños de mugeres perdidas, dicterios de éstas y de hombres desalmados, todo lo sufria, porque la caridad es paciente (3). Hablando estaban con un caballero mozo en una calle pública de Granada unas mugerzuelas

(1) Luc. cap. 9. (2) Apud Salian. Marul. D. 60. (3) Ad Corint. cap. 13.

de la mayor desenvoltura: llamábase Juan de la Torre, uno de los Veinticuatro: tal era el escándalo, que hacian gala de ofender los ojos de cuantos les miraban. Viólo el Santo; y llegando humilde al caballero, le dijo: *Advierta usted, señor mio, que no es justo dar en público tan mal ejemplo.* Enfadóse el mozo, y le respondió enojado: Váyase con Dios el mal trapillo, y no se meta en juzgar la que no sabe. *¿ Por qué no quiere usted que lo sepa* (replicó el Patriarca), *cuando lo veo? Corrijase y tema al Señor, y mire que no tenemos hora segura.* Volvieron con esto las mugeres las espaldas, y se fueron; mas el caballero viéndose sin ellas, alzó la mano con furia, y le dió al Siervo de Dios una bofetada. Arrodillóse al punto el bendito Padre, y prosiguió diciéndole: *Dadme otra y muchas mas, si quereis, con tal condicion que no ofendais á Dios.* Viendo el caballero un sufrimiento tan excesivo, enternecido se postró á sus pies, pidiendole perdon con estraño sentimiento. Caso fué este que detuvo á cuanta gente cruzó por aquel sitio, entre la cual fué una señora principal, muger de un Veinticuatro, llamado García de Pisa, siendo su nombre doña Maria de Osorio. Preguntó ésta la causa de aquel concurso; y como al tiempo de informarla se apartase el corro, vió aquella accion de parte de entrambos, quedando no menos edificada del humilde arrepentimiento del caballero, que aficionada al Santo por su paciencia heróica. Como descontento se hallaba el carrillo opuesto del rostro del Patriarca, y santamente envidioso de la fortuna de su compañero; mas Dios dispuso que se satisfaciese su ánsia. Poco despues iba el glorioso Patriarca por la calle de los Gomeles cargado con mucho pan y comida para sus pobres. Como era tanta su modestia, que si andaba con los ojos del alma puestos en el cielo, fija-

ba los del cuerpo en el suelo, tropezó algo con un caballero, que distraido atravesaba por la misma calle. Aunque no fué con violencia el empuje, bastó para que le derribase al caballero la capa. Viéndose en cuerpo éste, y juzgando ser el Santo algun hombre del trabajo, montó en cólera, y le llenó de injurias, tratándole de pícaro, villano, atrevido, y otros dicterios que agotaron todo el vocabulario de su furia. Pesaroso el Santo del inadvertido lance, le pidió perdon diciendo: *Perdone, hermano, por Dios, que no fué malicia lo que hice, sino descuido é inadvertencia mia.* Lo mismo fué tratarle de hermano, que disparar un cañon de artillería para la vanidad del caballero. Pensó que el nombrarle así era burla ó escarnio; y levantando el brazo le sacudió una horrorosa bofetada. Ya se cumplió el gusto del carrillo sano; y sin conocerse la mas ligera novedad en el espíritu de *san Juan*, le respondió apacible puesto de rodillas: *Bien veo que yo tengo la culpa, y que erré, y asi os pido, hermano, que me deis otra bofetada en estotra mejilla.* Saltaba mas de cólera el caballero; y ya sin saber de qué castigo echar mano, mandó á sus criados que le apremiasen á satisfaccion suya. No es dable pintar los empujones y puntapies que sufrió el Siervo de Dios. Derribáronle en el suelo con algazara: arrastráronle por la calle muchas veces: íbanse ya cansando de descargar tanta tempestad de iras, y el Santo como la ovejuela que llevan al sacrificio, no abria la boca. A las voces y gritería llegó á amontonarse la gente, entre la cual llegó don Juan de la Torre; y viéndole tratar tan mal, sellado el un carrillo con el golpe de la bofetada, se le ofreció la que él mismo poco ántes le habia sacudido; y levantando la voz, dijo: ¿Qué es esto, mi hermano *Juan de Dios*? ¿Qué ha sido esto? ¿Quién os ha maltratado y herido de esta manera? Lo





Recibe el Patriarca una terrible bofetada, con mucha paciencia.

mismo fué sonar el eco de *Juan de Dios*, que dar un vuelco el corazon del caballero delincuente; y hecho cargo de lo mal hecho en levantar la mano contra una cara así inocente, se echó á sus pies, pidióle perdon: igualmente el Patriarca lo hacía; y pasando de esta manera mucho rato entrambos, trabaron una lucha de humildes y amorosos afectos. El caballero por fin se multó á sí mismo en cincuenta ducados, que dió de limosna el Santo, de quien fué devoto mientras estuvo en Granada; y el Patriarca le retornó con ventaja el beneficio, teniéndole presente en sus ejercicios espirituales, No pararon en éstas las bofetadas del Patriarca. Representaba tan á gusto de Dios esta tragedia, que al modo que continuó los trabajos en Job la mano divina, porque, segun Tertuliano, le cayó en gracia (1), permitió el Señor que se repitiese la escena en el bendito Padre, por darle con el sufrimiento especial complacencia. Entraba el Siervo de Dios en la casa de un caballero principal de Granada llamado Antonio Zaban: seguíale la turba de pobres, que acostumbraba, por las limosnas con que los socorria: entre ellos habia uno, pobre fingido, y vagamundo verdadero. Pidió este importuno; y viéndole el Santo pedir con desafuero, le dió un real para acallarle. Tomóle el pobre socarron; y vuelto al Patriarca, como haciendo burla de la limosna y del limosnero, dijo á los concurrentes, mal contento: Vosotros no sabeis cuán grande embustero es este, á quien respeta Granada: á fé que no le conocen como yo, que sé que es un hipócrita, aunque se vende por santurron y beato; y si todos como yo le conocieran, de esta manera le tratáran: dijo esto, y mientras levantó la mano con tal aire, que descargan-

(1) Tert. Vid. Anach. Can.

do una sangrienta bofetada, llenó de compasion al numeroso vulgo. Bien quisieron los criados del caballero castigar la insolencia de aquel demonio encarnado; pero mudándose entre la confusion con ligereza, no fué posible. Levantó en esta tercera bofetada el siervo de Dios tercera vez los ojos al cielo, dando gracias ya de la injuria, ya de la tolerancia, y gloriándose en los tormentos con mayor ocasion que Micheas cuando sufrió delante de Acab una bofetada sola, por decir verdades (1). El caballero Antonio Zaban con profunda humildad, compungido y edificado, suplicó al Patriarca que subiera á su cuarto, convidándole á su mesa, y honrándole con esto Dios en la otra vida, y en esta. En otra ocasion entró el Santo en la casa de la Inquisicion vieja de Granada: arrimóse casualmente á una alberca de agua, en donde estaba un page, igualmente atrevido que ocioso: advirtió la modestia del Siervo de Dios; y llegando con disimulo, le dió un empellon tan fuerte, que le echó sobre la alberca. Celebrólo con mucha risa el insolente y necio page: salió el Santo mojado y lleno de cieno, y le dijo con bastante mansedumbre: *Dios te pague, hermano, el mucho bien que me has hecho.* Cuando ya tenia Hospital en forma, y se admitian por el ilustre Patriarca compañeros, se presentó un pretendiente de aquellos tal vez que lejos de querer servir á Dios eligen el estado para fomentar su conveniencia y altivez. Conocía el Santo que la vocacion no era buena, y le respondió las generales, de que lo encomendase á Dios, que no habia proporcion entonces; y por fin que se mirára en ello. El pretendiente, que le parecia que consistia su admision en un golpe de mano, le empezó

(1) 3. Reg. cap. 22.

á tratar mal, le llenó de injurias, en fin llegó á tanto, que las gentes que estaban allí, procuraron apartarle, para que no se desmandase con mayor esceso. Así fué; mas viéndose algo lejos, cogió una piedra, y la tiró con tal pulso que le hirió gravemente al Patriarca en la cara. Bien querian seguir á aquel mal hombre los que lo vieron; mas al modo de David, cuando Semey le injuriaba tirando piedras (1), no pudo menos que estorbar sus pasos. Corria con abundancia la sangre por el rostro; mas como sangre de las venas de un esclarecido Patriarca, en cuyo corazon estaba la armería de la caridad; armería con alusion á la de Salomon, cuyo adorno formaban varias rodelas de oro (2); resplandecia el pensamiento de san Gregorio, de que el oro de la caridad con el escudo de la tolerancia tiene fuerte enlace (3). De este sufrimiento y paciencia dió tambien muestras con los moros del Albaicin de Granada. Cercado de moros se hallaba el Santo; y persuadiéndoles las verdades de nuestra santa Fé, sufria de afrentas y calumnios de aquellos perrazos una deshecha tempestad. Un moro mas ladino y atrevido que los otros le dijo: venid acá, ¿qué milagros ha hecho vuestro Cristo? Oyóle el Santo, y respondióle sufrido: *No es pequeño milagro no descomponerme yo ahora con vosotros, habiéndome dado tantas ocasiones para hacerlo, y no lo hago, porque este Señor me lo mandó.* Capaz fuera este verbi gracia de la tolerancia para convertir á quien no fuese mas bárbaro que el mas bruto. Para finalizar este punto sirva lo que le sucedió con un raterillo, que con poco temor de Dios hurtó un jumen-

(1) 2. Reg. cap. 16. (2) 3. Reg. cap. 14. (3) Gregor. homil. 36. in Evang.

to, que servia al Hospital. Caminó toda la noche con el robo para disimular el delito: por la mañana, cuando pensó hallarse muy distante se halló en las puertas del mismo Hospital caballero en el jumento: diligenciaba el apartarse; pero ni se movia. Salieron los hermanos: conocieron al ladron como á la presa, y en presencia del Santo confesó públicamente el lance. Inquietos estaban los mas hasta verle azotado como merecia; mas el Santo intercedió, y se redujo la pena á una amonestacion provechosa.

Aquellas alas de paloma, que deseaba el Profeta para volar al descanso (1), son las que sirven á una alma penitente para remontarse á la gloria (2): de paloma las pedia, no de águila, no de buitre, no de neblí, ni de garza; porque es á distincion de estas aves la paloma, ave gemidora, que aun cuando canta llora (3). Miente el que diga que no tiene pecado (dijo san Juan Evangelista en el principio de su primera canónica) (4): con que si todos pecamos, todos tenemos necesidad de ser penitentes. Hicieron penitencia Adan y Eva, la hicieron los Israelitas, la hizo David, la hizo Acab, la hicieron los Ninivitas. Esta fue la escala para llegar á vestir segunda vez la hermosa estola de la gracia. En los Santos, que no han cometido pecado grave, aunque no tenga la penitencia este efecto sirve de arma y remedio preservativo para la culpa. Del aborrecimiento del delito con el cual se ofende á Dios, y del deseo de aplacarle, nace esta virtud heróica; y como al paso que en los Santos crece el horror del pecado, la ansia les estimula al castigo, por tanto ejercitan escesivas penitencias. Este

(1) Psalm. 54. (2) Incog. hic. (3) Mans. in Biblio t. Mor. tom. 4. trac. 81. disc. 26. (4) Epist. 1. Joan.



Singular Milagro que obrò Dios por medio del S.to con un Ladròn que robò un Jumento.



es el motivo porque los Santos Padres contemplan en la fiereza del basilisco al demonio. Moralizan, que solo con la amarga ruda, en que se cifra la penitencia, sale vencido con la mayor ignominia (1). Por estas amarguras corrió el Patriarca esclarecido *san Juan de Dios*, y voló despues al descanso como pájaro inocente. El primer paso que dió fue condenar su cabeza á andar siempre descubierta, cortado el cabello á raiz, padeciendo soles, hielos, frios, sin cubrirse jamás entre estos rigores. A su cuerpo le quitó todo regalo, desnudándole una camisa, que al principio llevó de angeo, quedándose con un saco de sayal, pegajoso y áspero en el verano, y de poquísimo abrigo en el invierno. Le llegaba á la rodilla el calzon de angeo, y lo restante hasta los pies desnudo, tolerando intensos frios, en tal estremo, que haciéndole en algunas casas traer lumbre para calentarse, ponia los pies sobre las ascuas y las mataba, repitiendo lo mismo con las que traian de nuevo: á no ser que en esto discurriese otra mortificacion su heróico espíritu. Una estera de enea, una manta y una piedra por almohada, sobre la cual colocó una cruz, formaban su cama: para mejorar ésta, se acostaba alguna vez en el carreton de un tullido, que en el Hospital habia muerto: se hacia el cargo, que para dormir una hora cualquier lecho sobraba. Convidábanle muchas personas ilustres y devotas del Santo; y sin sentarse á la mesa, puesto humildemente de rodillas, juntaba lo mas exquisito, y decia: *Mucho mejor me sabrá esto si lo comen mis pobrecitos*, y lo iba echando en la capacha, dentro de la cual llevaba una olla. Hacíanle fuerza regularmente para que comiese, con la razon de que para todos ha-

(1) Berch. V. Pœnit.

bia; y entonces con ceniza, que del esportillo sacaba, y la echaba sobre el plato, como sal y pimienta para mortificar su paladar, lo sazonaba. Ademas de tantas incomodidades como en viages se tomaba, pasaba algunos dias sin tomar nada; y de sabido ayunaba todos los viernes á pan y agua, sujetando su cuerpo con una disciplina de cordeles tan duros y ásperos, que se bañaba en sangre. Con tal vasallage pretendia que estuviese la carne sujeta al espíritu que un dia hechos dos ladrillos ascuas, se los aplicó de modo que se quemó bastante porcion del cuerpo, y estuvo precisado á hacer cama. Siguió la aspereza de estos ejercicios mas de doce años, sin que jamas dispensase un ápice por motivo alguno, ni de enfermedad, ni de flaqueza, ni necesidad, aunque fuese grave. Si le preguntáran á este esclarecido Patriarca, ¿cómo era para sí tirano y cruel, cuando para los pobres era tanta su compasion? dijera lo que san Nicolás de Tolentino en semejante caso. Enfermo se hallaba este Santo, echado sobre un poco de paja, por almohada una piedra, por cilicio una cadena de hierro, flaco y descolorido: visitóle un pariente suyo, y le convidaba para recobrar la salud con mejor trato. A lo cual respondió el penitente enfermo: *Oye, hermano, ves la dureza de esta cama en que descanso, esta cadena con que estoy ceñido, el ayuno con que me aflijo, y la piedra que me sirve de cabecera; pues tan estrecho es el camino del cielo, y aun vivo con recelo si podré atinarle.* ¡Oh ínclito heróico *Juan de Dios*! sin duda imitaste al Precursor Bautista en lo rígido de tu vida, ó aprendiste la doctrina de sus sermones, cuando por los desiertos y riberas del Jordan predicaba penitencia (1).

(1) Luc. cap. 3.

CAPITULO XII.

En que se prosigue, y concluye la materia del pasado.

Desde la virtud de la penitencia, que ejercitó el Patriarca Hospitalario: desde las muchas mortificaciones, que ejercitó la mayor parte de su vida; no será dificultoso entrarnos en la pura y blanca flor de su virginal pureza. Angélica llamaron los Santos Padres á esta virtud hermosa (1), y para lograrla es eficaz medio golpear la tosca materia de nuestro barro. Por eso animaba el Profeta á que con trompeta de metal se entonasen las alabanzas del Sumo Bien (2): pues si el metal se labra á violencias del martillo, golpeando el cuerpo, degenera de las groserías del polvo. Escribiendo el Apostol á los Corintios les dice, que no declara por precepto la virginidad, porque es mas angélica que humana esta excelente virtud (3); de lo cual se infiere que si el matrimonio es lícito, y bueno, mucho mejor, y mas perfecto es el estado de virginidad y pureza. Por eso aquel Corderillo Divino, que se apacienta entre los cándidos lirios, quiso ser virgen, nació de Madre Virgen, su Precursor fue virgen, virgen su padre putativo, y virgen su amado Benjamin, como para recomendarnos la virginidad por prenda muy especial. Despreció el ilustre Patriarca *san Juan de Dios* (dejando aparte el horror que le causaba lo ilícito) aquella boda, que con tanta porfia le propuso su amo en Oropesa: no se

(1) Ambros. lib. 1. de Virg. cap. 7. (2) Psalm. 97. (3) 1. Ad Corint.

oponia á la Ley de Dios, pudo acetarla: mas al modo que Brígida, doncella Escocesa (1), Andragasina de Francia (2), Gregoria Romana (3), sin detenerme en las Eufrasias, y Edeltrudes (4), quisieron consagrarse á Dios, como intactas azucenas, en competencia de frondosísimos matrimonios; no menos quiso Dios coger del jardin de la Iglesia el alma de *san Juan*, como cándida, y fragrante flor azucena. Sube de punto esta virtud en el Santo, considerando el estraño, y poco seguido camino, que emprendió á esfuerzos de la gracia. Pacto hice con mis ojos decia el Padre de la paciencia) de borrar del pensamiento la alhagueña belleza de las vírgenes (5); porque siendo en pluma de Agustino los ojos las puertas por donde el vicio se introduce (6), solo cerrando estas, quedaba segura su limpieza. Por esto el casto Josef dejó la capa en manos de la Gitana (7), y por eso huyó al desierto la muger del Apocalipsi (8); pues en materia de pureza es la fuga la que pone la corona. No ignoraba el glorioso Patriarca *san Juan* este camino comun; con todo, como la gracia dirige muchas veces por caminos poco usados, se entraba en las casas públicas, seguia á las mugeres prostitutas, se introducia en sus aposentos, las prometia interés para hablarlas á solas, accion admirable, bien que no imitable; por fin pretendia conseguir lo que generalmente los demás héroes procuran rehusar, y lograba de este modo multiplicados triunfos, conservando su alma ilesa, y mas hermosa, como la zarza de Moyses entre la llama (9), ó como los Niños

(1) Sur. t. 1. (3) Sur. Vit. S. Ausber. (5) Greg. lib. 3. Dial. cap. 14. (4) Vit. Pat. l. 4. (5) Job cap. 31. (6) August. sup. Job ibid. (7) Gen. cap. 39. (8) Apoc. cap. 12. (9) Exod, c. 3.

Hebreos en el horno de Babilonia (1), ó cual segundo San Juan Evangelista en la Tina, que salió mas puro, y fuerte (2). Este favor, que le hacia la soberana mano, era espuela para que mas se humillára, y formase de sí el concepto mas bajo y abatido; pues siendo la humildad el fundamento de toda virtud, cuanto mas le levantaba Dios á la cumbre de la santidad, él bajaba otro tanto en humillarse y abatirse, considerardo su propia ineptitud. De este modo copiaba los pasos de los Angeles que vió Jacob en la Escala, en los cuales se equivocaba el subir bajando, con el bajar subiendo (3). Uno dè los casos en que dió á conocer el Patriarca esta virtud en grado heroico, fue cuando Dios en figura de Niño se le apareció en la comarca de Gibraltar. Dióle su nombre divino: ¡qué mayor nobleza! Mas sumergido el santo en lo profundo de su nada, se puso *Juan Pecador*, siendo preciso que el Ilustrísimo Arzobispo de Tuy le mandára que de allí en adelante no lo rehusase: la fingida locura que tambien representó por amor de Cristo, como decia San Pablo (4): las afrentas buscadas con imponderables ansias; pues faltándoles á los muchachos piedras, procuraba avivar la travesura de sus años con el dicho de *piedras, no me las tireis; pero lodo y zapatos viejos, y cuanto encontráreis, sí*: las confesiones frecuentes, y públicas de sus pecados, con las cuales desvaneció la vanidad que pudieran causarle, como al Apóstol (5): lo grande de los celestiales favores: aquella cláusula, que escribiendo á la Duquesa de Sesa, puso para ocultar que no decia, ni era capaz de escribir lo que llega-

(1) Dan. cap. 3. (2) S. Hieron. Con. Jovin. (3) Gen. c. 28.
(4) 1. ad Corinth. cap. 4. (5) 1. ad Corint. cap. 12.

ba á explicar: *Lo que me encomendais (ya me entendeis) siempre lo he tenido en la memoria: digo yo Juan de Dios, si Dios quisiere que con la ayuda de Dios el Duque vendrá muy presto.* En la carta que escribió á Gutierre Laso en órden al estado que tomarian sus dos hijos, así respondió: *El uno se casará, y el otro cantará Misa, y en esto de todo lo que aquí digo yo, no sé nada, que Dios lo sabe todo.* Varon verdaderamente escondido fue el glorioso Patriarca: elogio que le dió, aun viviendo, el Ilustrísimo Don Pedro Guerrero, pues así llegó á esconder lo que el cielo quiso publicar. Echó el sello á la humildad del Santo un caso que de este lugar es propiísimo. Fue al Siervo de Dios una muger, que la habia sacado del indecente lugar; y al llegar al hospital empezó con desgarro á pedirle un poco de lienzo. Estaba el Patriarca por haber dado á un pobrecillo el suyo, vestido, y cubierto con una manta: no pudo quedar por entonces satisfecha la misericordia del Santo en darla lo que pedia, y le respondió que volviese otro dia, y que mediante Dios quedaria servida, y perdonase la imposibilidad presente. Importuna se mostró la mugerzuela al principio: pasó á mas, pues como nube que se desata en repentino aguacero, llovió tantos dicterios, oprobios y calumnias contra *san Juan* llamándole hipócrita, santurron, estafador, escandaloso, que cuantos la oian quedaron pasmados. Echó con conocida afabilidad á reirse el Patriarca, y con santa paz le respondió; *Dos reales te ofrezco, si vas á la plaza, y allí publicas las verdades que á mí me has dicho.* Mucho mas enojada quedó la muger con esta respuesta: dobló la parada de las afrentas, y injurias, levantó el grito para hacerlas mas notorias; pero el esclarecido Padre, cuando mas azorada la mu-





Embia el Cielo dos Angeles la noche de Navidad para que alumbren, y acompañen al S.to

ger, así la dijo: *Hija mia, ó tarde ó temprano tengo de perdonarte, porque así Dios lo manda: yo te perdono desde luego.* Al dulce tiro de estas humildes voces quedó la muger improvisamente tan otra, que si antes se calificó venenosa hidra, al instante se aplacó como mansísima cordera; y hecha predicadora de las virtudes del Santo, fue hasta en el entierro clarin sonoro. Con este suceso tiene enlace la respuesta que daba á otras mugeres malas, cuando le improperaban, diciendo: *Estas me conocen, y saben muy bien quien soy.* Así exâltaba Dios la profundísima humildad de nuestro Santo; y para coronar su abatimiento, no me parece fuera de camino referir los siguientes casos. Acostumbraba, como dijimos, subir al monte las mas tardes á buscar leña para sus pobres: ni el dia en que celebra la Iglesia el Nacimiento de Cristo dejó de subir al monte á su caritativo ejercicio; mas como entonces corren tan cortos los dias, la obscuridad, y tempestad, al parecer, abreviaron sus pasos. Así le cogieron las sombras, que por tan espesas se hicieron casi palpables. Mas, ¡ó santo Dios! envióle el Señor entre tanta oscuridad dos alados paraninfos, que hechos pages de hacha le fueron acompañando hasta la ciudad con dos encendidas en las manos. Los que desde la ciudad le vieron, no tiene duda que advirtieron al Santo entre dos luces; pero no distinguieron quién llevaba los hachones: eran Angeles que quisieron ocultarse á humanos ojos: llegó hasta el Hospital con ellos, y llegó á experimentar el modo con que el Señor, que abate á los soberbios, sabe exaltar á los humildes (1). Angeles le sirvieron tambien por mandarlo la soberanía de Dios en otros muchísimos lances, como referimos;

(1) Luc. cap. 14.

á los cuales se añade, cuando al derribarle el enemigo comun la espuerta llena de pan, se advirtió que con una luz en la mano le buscaba, y juzgaron con certeza que los Paraninfos se la trajeron desde el cielo. No fué esto lo mas para levantar en estimacion al Siervo de Dios: hallóse un dia con necesidad de dinero, discurria con toda solicitud quién le podria valer para remedio de aquella incomodidad: ocurrióle á la memoria un mercader rico genovés, y casado en Granada, llamado Pióla. Fuese con determinacion á su casa: entró en ella, no en hora la mas oportuna, pues estaban sobre mesa: saludólos el bendito Padre con desembarazo, y prosiguió diciendo: *Hermano, los pobres están necesitados, y yo imposibilitado para socorrerlos: hacedlo vos, si podeis, por amor de Jesucristo, prestándome treinta ducados.* Al oir la súplica en aquella hora importuna, levantóse la muger de la mesa, volviéndole bastante colérica la espalda: el marido, que no lo estaba menos, aunque con algun disimulo, le respondió: Ahora bien, si yo os prestase ese dinero, ¿quién quedará fiador para la paga? *Este Señor* (prosiguió el bendito Padre), enseñándole un Niño Jesus que traía siempre consigo. A estas palabras fué tanta la claridad y resplandor que salió del hermoso rostro del Niño, que el genovés quedó pasmado, le dió cuanto queria, y fué tan devoto del Santo, que muerta su esposa se hizo su compañero, y distribuyó sus bienes para el bien de los pobres, mereciendo que el Arcangel san Rafaél le avisase de la muerte para seguridad de su inmortal vida. Así el cielo le favorecia cuando se consideraba mas indigno; y no solo eran estas las mercedes que experimentaba, sino es que cuando se publicaba *pecador, jumento, loco, ingrato y desconocido*, cuidaba Dios de la buena opinion, mirando por



A un Ginoves poco Limosnero, convence el Patriarca à serlo, con un raro Prodigio.

Pag. 236.



su crédito. Mató el Señor al hijo del Profeta arrepentido, cuando cometió con Bersabé aquel declamado pecado; y esto fué en sentir de Teodoreto quitar testigos de la culpa, para borrar del delito la memoria (1). Desnudo llegó el pródigo á la casa de su padre, y al cuidado del paternal cariño fué vestido luego para encubrir con la gala su desacierto, pondera el Crisólogo (2). Fomentaba el Patriarca *san Juan de Dios*, que corriese en opinion la mas despreciable y vil, y Dios se empeñó en acreditarle de santidad especial. Clara demostracion de esta verdad dió el fuego del Hospital de Granada, cuando le aclamaban todos *el Santo, el Santo.* Al pasar por la universidad de Salamanca le salian á ver por las calles y plazas, como varon en santidad y virtud ilustre. En Montemayor merece veneracion la casa de su nacimiento: en el presidio de Ceuta el albergue, que ya de soldado, ya de peon tuvo, fué consagrado en capilla de su nombre: en Montilla se respeta el cuarto en que estuvo de huesped del Maestro Avila: en Granada la estancia en que murió; en Toledo se apareció, como alhaja preciosa, su báculo: en Granada, en Madrid, su espuerta; por fin, cuanto publica en todas partes el clarin, es en aplauso de tan esclarecido varon. Añadamos á esto la variedad de sus calificados testigos. Uno de los que publicaron en Roma sus virtudes, fué el grande Ilustrísimo y Eminentísimo señor Cardenal don Pedro Deza, Presidente que fué de la Real Chancillería de Granada. Don Pedro Guerrero, Pastor celosísimo y sumamente celebrado Padre del Concilio de Trento, Arzobispo de aquella diócesi, le llamaba, aun viviendo el Santo, el *Varon escondido*, como he dicho. El Padre Maestro Avila decia frecuentemente en

(1) Teod. q. 26, in 2. Reg. (2) Luc. c. 3. & Crisol. ib.

los púlpitos, que su locura era una caridad excesiva: motivo por el cual le llamaba el *Loco Santo.* A la Marquesa de Ardales nadie le sacó de pila una niña, sino este bendito Padre, haciendo que fuese desde Granada á la villa de Cabra para este efecto, logrando ser Religiosa Dominica, que vivió y murió en opinion de Santa. Yendo á Roma el Padre Juan de Silva, Provincial de la Religion que fundó el Patriarra, pasó por el ducado de Saboya; visitó á doña Sancha de Toledo, camarera mayor de la serenísima Infanta doña Catalina: presentóle un librito de la vida del ínclito Padre; y viendo el volúmen tan pequeño, exclamó diciendo: *¡Ay Padre; y cómo han andado cortos en lo que de este Siervo de Dios se ha escrito! Por cierto, que de lo poco que yo sé, podria formar un libro muy grande.* Los Duques de Sesa, otros muchos devotos, Reyes, Grandes, Señores, dicho queda en la opinion que le colocaron. Cuando mudaron en Granada el Hospital suyo desde la calle de los Gomeles al sitio que hoy ocupa, predicó en la translacion un Religioso de la familia del Máximo Gerónimo: entre otros puntos que tocó, fué mudar el nombre de aquella santa casa: propuso, que para en adelante se llamaria el Hospital *de las cinco Llagas,* y no de *Juan de Dios.* Levantóse al oir esto un venerable auciano y celoso de la fama y honor del bendito Siervo, y á vista de todo el concurso gritó: *Padre Predicador, no llamarán sino de Juan de Dios;* y prevaleció hasta el dia de hoy este nombre en gloria del Santo. Doy fin á esto con un dicho de un vecino de la Imperial Toledo, natural de Granada: el cual en la informacion que se hizo de las virtudes y excelencias de este heróico Patriarca, afirmó que le tenia por tan verdadero Santo, que para prueba de esta verdad, se entraria en un horno ardiendo, confiando

en que el Señor le libraria en testimonio auténtico y milagroso de su santidad grande.

Aunque el ejercicio de la oracion no es virtud, es medio para la conservacion de la fé, dijo el Padre Tobías Lohner en su Biblioteca (1). Por esto el Obispo Aresio, para delinear de ésta los primores, pintó una encendida lámpara y una mano, que le ministraba abundante licor pingüe, para mantenerla constante, con esta letra: *No basta el adornarla* (2). Siendo la fé lámpara, que encendió Cristo, para que en la oscuridad de la noche de este mundo nos sirva de guia, y segura senda, no es menester mas para conocer su importancia. Aviva mas ésta lo que el Divino Maestro nos dijo por su misma boca, cuando la calificó precisa para vencer las tentaciones. Así en el huerto reprendiendo el sueño de los Apóstoles, les mandó que orasen para no entrar en ellas (3). Este es el empleo de Maria, en nada incompatible con el de Marta; pues aun cuando éste detenga al hombre exterior, no divierte al interior, enlazados uno y otro con Dios por el amor y caridad que los estrecha. Acudia el glorioso *san Juan de Dios* á los ejercicios y obras de piedad, y usaba entonces de la oracion vocal, descogiendo con ímpetu amoroso aquellas místicas saetas que penetran los cielos, y se llaman *jaculatorias*. A esta ocupacion ayudaba el fervor de la meditacion, en cuyo fuego las enardecia, y en ésta, conversando con Dios, empleaba lo mas de la noche, asegurando que una hora de sueño le bastaba. Testigos fueron de esta verdad las hijas de doña Leonor de Guevara, á la cual por la simpatía de genio en virtud y naturaleza, llamaba *la hermana legítima*. Fué

(1) Lohner Bib. Co. v. Fides. (2) Ares. ap. Pisc. lib. 14. (3) Matth cap. 26.

ésta desde que el Santo empezó en el servicio de los pobres muy devota suya: le socorria con limosnas, le curaba y hospedaba en su casa, en donde se recogia cuando no tenia otro alvergue, y aun despues algunas noches le obligaba. Dejando á parte (por no alargar) las oraciones, que en otro capítulo escribimos, observaron, que luego de recogerse en el oratorio, puestas las rodillas desnudas en el suelo, la pasaba casi toda en oracion. Acechaba la familia diferentes veces por las rendijas, y á todas horas le hallaban del mismo modo con frecuentes suspiros y ansias, nacidas del corazon, con las cuales encomendaba al Señor los bienes universales y particulares. En otra casa de un devoto ejecutaba lo mismo. Habian señalado para el siervo de Dios un cuarto de la casa, y á media noche oían repetidos ruidos de cascabeles: picó la curiosidad los ánimos: advirtieron y anduvieron por todas las piezas de la casa: llegaron á la en que el Patriarca se recogia, y advirtieron por una rendija de la puerta que ardia una lámpara, y puesto de rodillas con la mayor quietud, estaba orando: quedaron allí por algun espacio, para averiguar el motivo del ruido; y vieron que levantándose, ataba á una pierna cierta cinta de cascabeles, y dando vueltas con ellos por la sala, decia á voces: *El que á Dios ha de servir, no le conviene dormir.* Con esto sacudia el perezoso sueño, siendo el fin la perseverancia en la oracion. Aquí fué cuando algunas personas de las que estaban presentes, vieron que le salia de la boca un rayo de fuego, que al parecer subia al cielo; disponiendo la Magestad Suprema, que si con otros ilustres Santos ostentó su poder, en los unos haciendo aparecer una paloma, como en san Gregorio el Magno; en otros un globo de fuego, como en san Martin, cuando decia Misa; en santa Teresa de Jesus,



De la Boca de San Juan de Dios, sale visiblemente un Raio de Luz.

Pag. 240.



cuando oraba en el convento de Segovia; y en el venerable Maestro Melchor Cano de manera que creyeron que se abrasaba la casa del lugar de Brea, y el convento en donde estaba (1); en este excelso Padre, á distincion de todos, se admira que salgan llamas como volantes incendios, para que conozca el mundo la verdad que dijo el Señor por su Profeta, de que *en la meditacion se avivaria el fuego (2)*. Rebentaba con esto de envidia el demonio; públicamente decia con mucha rabia *que aquel villano grosero le atormentaba mucho;* y para satisfacer su infame cólera procuraba vengarse, aunque en vano. Una noche estaba en su celda el Santo ocupado en este extático ejercicio: el hermano Dominico Benedicto, que dormia bastante cerca, oyó grandes gemidos y voces, como de persona que luchaba con otra: acudió al ruido, y le halló de rodillas muy fatigado, diciendo; *¡Jesus me libre de satanás, Jesus sea conmigo!* Y volviendo el Hermano la cabeza á una ventanilla que salia á la calle, vió una feísima figura, que le pareció ser el demonio: dió voces á los otros Hermanos para que le mirasen echando oscurísimo fuego; mas desapareció el infernal enemigo, y no pudieron verle. Tan quebrantado de este combate quedó el Patriarca, que fué preciso subirle á la enfermería, curándole por ocho dias, y haciendo que descansára. No por esto declaraba el Siervo de Dios lo que le molestaba el diablo; solo algunas veces santiguándose se le oia: *Piensas, traidor, dejaré lo comenzado?* A poco tiempo despues, estando orando, se le presentó en figura de un espantoso lagarto; y conociéndole, le precisó á huir con solo pronunciar el dulcísimo nombre de *Jesus*. En figura de una muger hermosa se le puso otra vez delante;

(1) Vid. de Sant. (2) Psalm. 38.

y aunque el Santo temió menos la figura de lagarto, que la de muger, le preguntó con gallardía: *¿Por dónde has entrado, estando cerrada la puerta?* A lo cual respondió el enemigo: Para mí no es menester puerta, pues éntro por donde quiero. *No es posible que tal pudieses* (dijo el Siervo de Dios) *si no fueses algun demonio.* Entonces examinó el Santo la puerta del cuarto, hallóla cerrada, hizo la señal de la cruz, y se escapó el maligno. Tan envidioso proseguia el demonio de la oracion en que el Patriarca glorioso se ocupaba, que con la menor ventaja, quedára contento. Sucedióle estando el Santo en este ejercicio en la Iglesia, que entró en forma de lechuza, y se iba bebiendo el aceite de la lámpara del Sacramento El bendito Padre procuraba echarla, creyendo ser verdadera, y para conseguirlo daba palmadas, haciendo ruido. Impertinente estuvo por algun rato el avechucho; y cuando le pareció haberlo inquietado bastante, dió un vuelo, y se fue diciendo: Contento me voy por haberte divertido. *Poco ganaste* (respondió el ínclito Padre), *porque yo me satisfaré del tiempo que me has quitado, doblándole en la oracion con que te ofendo.* Aunque este contrario del género humano con el mas ligero triunfo queda contento, no deja de tentar para que caigan las almas en los mayores precipicios; y para este fin armó á *san Juan de Dios* temibles industriosas tretas. La mayor de ellas fue cuando en el presidio de Ceuta la persuasion de pasarse á Tetuan. Poco menor la del camino de Guadalupe, cuando le ofreció el bolsillo de dinero; y no pudiendo conquistarle con lisonjeros tiros, empezó irritado con crueles armas. Pretendió una vez ahogarle en su retiro, y forcejó para echarle por una ventana. En otra ocasion hizo con él el juego de la pelota, levantándole de un vaiven, y dejándole caer

de golpe, y golpe mortal. Hízole rodar otro dia por una escalera, y quedó tan herido y maltratado, que le costó al bendito Padre y Patriarca muy caro. Tan mal trato le dió una vez, que fue preciso que le socorriese María Santísima con su imperio eficaz, y quedó el Santo con este cariñoso y fuerte amparo con tal esfuerzo, que sintiéndole andar por el techo, le provocó diciéndole: *Baja, infernal espíritu, que aquí me tienes para ejecutar conmigo todo aquello para que traigas licencia de mi Señor Jesucristo; y de este modo maltratando mi cuerpo, me vengaré del mayor enemigo que yo tengo.* Una noche muy lloviosa, que venia el Santo cargado con la limosna, se le atravesó entre las piernas en figura de un sucio cerdo, haciéndole caer en el lodo: maltratóle, hocicóle, sin dejarle en mucho rato: invocaba el Patriarca los dulcísimos nombres de *Jesus* y *María*: á las voces salió gente de la casa del Doctor Beltran, Médico conocido suyo: preguntáronle que era aquello, y respondió *san Juan, que no sabia, sino que le derribaron en aquel lodazal* Quedó muy malo de este lance, estuvo muchos dias en cama, y le visitó lo principal de Granada, creyendo todos que era desgracia que le fraguó el demonio. Otra noche halló un pobre tendido en la calle, y de una figura estrañísima: tenia los brazos sutilísimos y largos, las piernas del mismo modo, el rostro sumamente colorado y sin pelo, causando al menos femenil pavor y asco. Sin reparar en otra prenda (que lo era para el Santo), que en la pobreza, le preguntó ¿sí queria ir con él al Hospital? Respondió que llevándole acuestas, sí. A pocos pasos sintió el Patriarca tan gran peso, que sudando arroyos, no podia moverse. Viéndose así tan lleno de congoja, levantando la voz dijo: ¡*Válgame el dulce*

nombre de Jesus! Y como esta palabra es un golpe que no puede sufrir Satanás, dando un espantoso grito se fue avergonzado, y mas viendo que la caridad de *san Juan* llevaba con gusto al mismo demonio, en figura de un pobre de insorportable peso.

Excelente calificacion es de ser amigos de Dios la comunicacion de los secretos, motivo por el cual llamó Cristo nuestro bien á sus Apóstoles, no siervos, sino amigos; pues aquellos, á diferencia de estos, ignoran lo oculto de los intentos de sus dueños (1). Por este motivo á san Pedro en prenda de ser mas querido, le manifestó el Señor la profundidad de misterios no penetrados (2): al amado Benjamin Evangelista se los dió á beber en la copa soberana de su pecho (3): al Apostol Pablo para este fin le subió á los cielos (4): al Bautista le graduó de Profeta el mayor entre los nacidos (5); y al Patriarca Abrahan dió cuenta del castigo que ejecutaría en los Sodomitas (6): como el glorioso Padre *san Juan de Dios* fue tan parecido á Abrahan en lo demás, no dejó de enriquecerle la Magestad Suprema con esta nobleza. Comunicóle el don, que se llama profecía, no solo para adornar su preciosa alma, sino para remediar muchos males. Como Padre que fue de toda especie de pobres enfermos, iban dos mancebos con poco temor de Dios resueltos á cometer aquel pecado, qne para castigarle Dios abrasó las ciudades de Sodoma y Gomorra, esterilizando la tierra. Tuvo el Santo aviso del cielo; y saliéndoles al encuentro, los saludó con agradable cortesía. Empezó á reprenderles del intento; y pasmados los dilincuentes no menos de la

(1) Joan. c. 15. (2) Matth. c. 16. (3) Joan. c. 21. (4) Ad Corint 2. cap. 12. (5) Matth. c. 11. (6) Gen. c. 18.

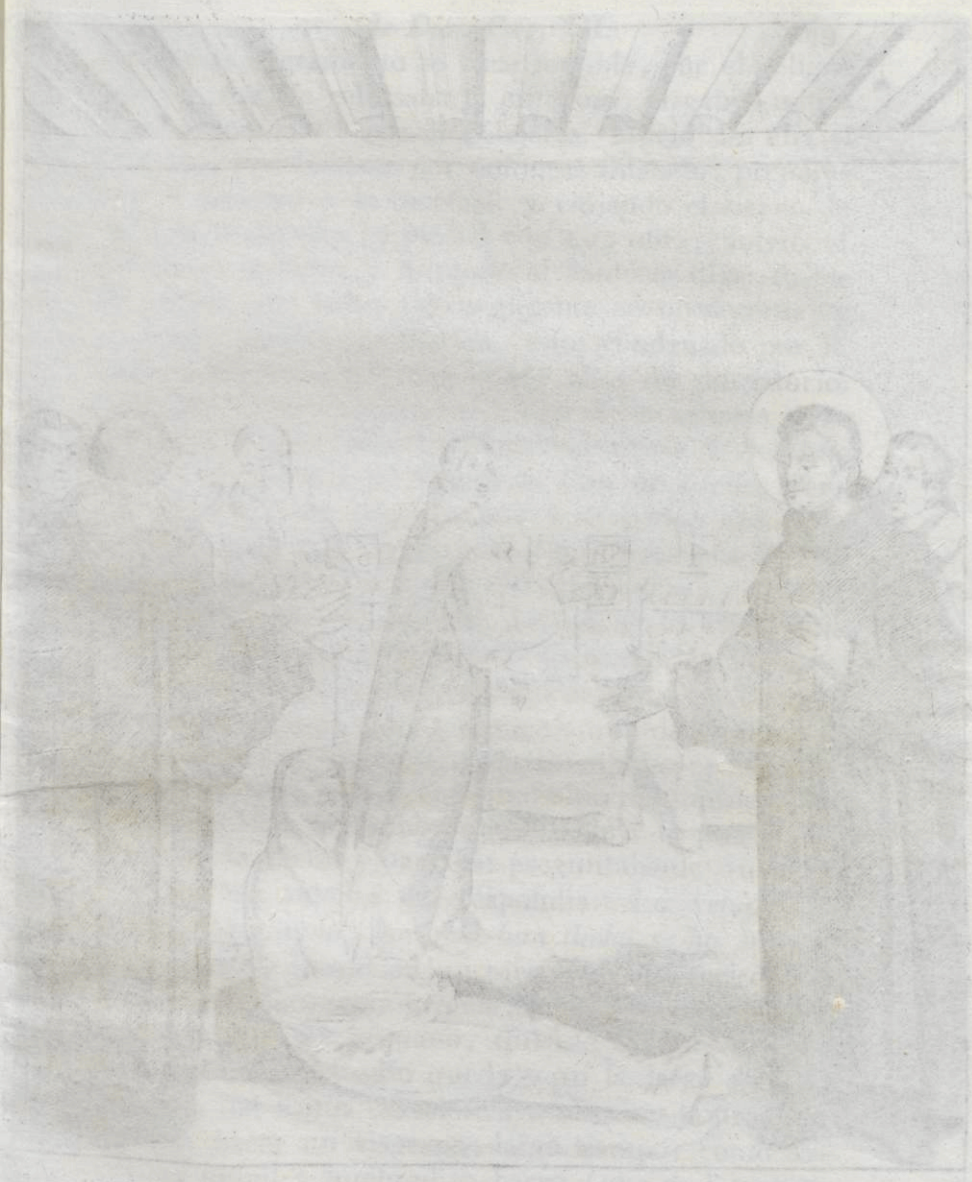
eficacia de sus palabras, que de adivinarles el pensamiento, confesaron su culpa, se arrepintieron con propósito eficaz de no caer en semejante torpeza, y veneraron al Patriarca como profético oráculo. Cuando el Marqués de Tarifa fue á verle en el Hospital, estaba persuadiendo á una enferma que se confesase generalmente, porque habia muchos años que con malicia habia callado una culpa grave. Ponderaba los muchos sacrilegios, y ofensas de Dios, que en las siguientes confesiones habia hecho: le esplicó con la cautela debida, que el pecado fue haber tomado una bebida para el aborto, y que sucedió, siendo homicida de la criatura. Tan claramente le presentó el desacierto, que convencida la enferma, se confesó con muchas lágrimas con un Religioso Francisco, que le llevó el Santo. Otro enfermo se hallaba ya tan malo, que al parecer lidiaba con la última agonia; miróle el Patrirrca, y encendido de divino celo, le dijo: *Traidor, ¿por qué no confiesas tu culpa? ¿No adviertes que está el demonio junto á tí, para llevar tu alma al infierno?* Respondió el doliente que por qué le hablaba de aquel modo; y prosiguió el heróico Padre: *¿Negarás que eres casado dos veces, y viven ambas mugeres? ¿Negarás que despreciando tu alma, has cometido un pecado nefando?* Convencido el infeliz enfermo, y reprendido con energía por el Santo, trató de confesar sus delitos, y salvar su alma. Una muger en el mismo Hospital se hallaba en el mas deplorable estado, y daba voces diciendo, que arrastrasen su cuerpo, pues el enemigo era dueño de su alma; acercóse el Patriarca al ruido, y la dijo: *Hermana arrastrada, quite al demonio del alma, y luego será menos enemiga de su cuerpo: créame que diez años ha que vive en mal estado, contemple á lo*

que ha llegado, y cuán pronto ha de dar cuenta del tiempo tan mal gastado: arrepiéntase de corazon, que la penitencia nunca llega tarde: así lo practicó aquella pecadora, y se creyó haberse salvado. El caso singular para dar á conocer el don de profecía, que logró de la Divina mano, sucedió con un pobre tejedor de aquella ciudad misma. Corrió un año esteril, en tanto grado, que el trigo valia sumamente caro: rodeado de muger, muchos hijos, con obligacion de sustentarlos, y verse enteramente faltos de caudales, determinó ahorcarse para librarse de tantas aflicciones. Todo se lo facilitó una sugestion del demonio, sin atender á que de esta manera perdia los bienes eternos. Ciego ya, y vencido de las tentaciones del enemigo, le sacó una mañana antes de salir el sol fuera de las murallas, con una soga escondida debajo de la capa, para dar fin á la tragedia de su vida. Enfermo se hallaba el Patriarca, y tanto, que ademas de ser su enfermedad postrera, estaba muy adelantada; y aunque con el cuidado de los señores Pisas, y buena cama, no era posible tomar el sueño. Revelóle Dios mientras la oracion, la necesidad del tejedor, y cuán espuesta se hallaba su alma. Levantóse el Patriarca de la cama, vistióse el hábito, y movió la puerta para el paso. Con el ruido llegaron al aposento; y viéndole vestido, le preguntaron la causa: *Importa mucho* (respondió el Santo) *mi salida, y volveré al momento.* Por mas que instaron los de casa, llevados de compasion, no fue dable estorbar su intento. Caminó, pues, el siervo de Dios con aceleracion ligera, y mas fatigosa para un enfermo tan flaco y rendido, y alcanzó al miserable tejedor, que debajo de un arbol, que habia escogido para su desgracia, escondió el dogal al ver que se arrimaba gen-

te. Llegó el bendito Padre; y despues de saludarle, le preguntó qué era lo que debajo de la capa tenia oculto. Aunque rehusaba declararse el tejedor, empezó el esclarecido *san Juan* con palabras dulces á amonestarle, y darle á conocer que sabia su triste pensamiento: reprendíale con blandura, ponderándole la pérdida de su cuerpo y alma: hacíale cargo de que si no llegaba su valor á sufrir aquellos trabajos, ¿cómo se arrojaba á padecer los eternos? Tanto le supo decir, y con tal amor, con tal eficacia, con tal mocion y viveza, que le entregó la soga, se arrepintió de su atentado, procuró confesarse, hízolo con mucho llanto con un santo, y docto Religioso; no quedaba satisfecho de dar gracias al Patriarca, mirándole como un Angel, que le libertó de la mayor desdicha, y desde entonces vivió muriendo con esparanzas de la vida eterna. Supieron despues en la casa de los Señores Pisas el suceso, y dieron gracias á Dios. No es menos admirable el caso que aconteció con doña Leonor de Mendoza, muger que fue de don Fernando Alvarez Ponce de Leon, yendo á Toledo. Tenia esta señora mucha fé en las oraciones del Santo; por cuyo motivo le suplicó pidiese á su Divina Magestad la concediese hijos. El siervo de Dios con mucha humildad le prometió que lo haria, animándola á que confiase en Dios; y la dejó en prendas de esta promesa el báculo, del cual usaba. Efectivamente se cumplió la felicidad del suceso, pues fue el Señor servido de darle fruto de bendicion á la devota señora, siendo el primero don Fernando Ponce de Leon, y despues doña Juana de Mendoza, y doña María de Mendoza, que casó con don Antonio de Luna y Toledo: y siguió aquella virtuosa señora, siendo especial bienhechora toda su vida.

A pedir limosna entraba una vez el siervo de Dios

en casa de otra devota llamada María Suarez, vecina de Granada: criaba esta entonces una niña, cuyo nombre era doña Isabel Maldonado: puso el Santo la mano sobre la cabeza de la chicuela; y vuelto á la señora la dijo, que tuviese particular cuidado con la niña, porque habia de ser una gran sierva de Dios. La esperiencia acreditó el dicho, porque toda su vida fue tenida por santa, á vista de sus singulares virtuosos ejercicios; y el esclarecido Patriarca desde sus primeros años con rebelacion de tan altas prendas solia regalarla con frutas, y otras dádivas cariñosas. En un zaguan de don Diego de Agreda, en cuya casa entró para pedir limosna, advirtieron que estaba muy despacio pintando en las paredes una espada. Preguntáronle, qué significaba, y respondió: *Pinto aquí esta espada, porque en esta casa nunca faltará la justicia.* Hasta ahora se ha verificado, que de aquella familia siempre han sobresalido ministros integérrimos. No solamente profetizó el Santo en las casas agenas, tambien esplicó este don en su casa propia, no en orden á cosas de justicia, sino de piedad, y misericordia. Atendiendo algunos amigos del Santo al escesivo gasto, que con los pobres de su Hospital hacia, y no menos con los de afuera, le aconsejaban que edificase uno muy sumptuoso, y capaz de los innumerables pobres que iban en busca suya. *No faltarán* (respondió el caritativo Padre) *muchos, que siguiendo nuestro instituto, fabriquen magníficas Casas-Hospitales: Yo por ahora me contento con remediar necesidades, y conservar estas paredes viejas.* Así lo estamos viendo, llenando con la mayor utilidad los grandes Hospitales de esta Religion la desmedida capacidad de entrambos emisferios. A un enfermo de su Hospital mandó el Santo que le administrasen el Sacramento de la Estrema-Uncion.





Singular caso con un enfermo que no quiso la Extrema Vncion quando lo mandò el S.to

Como este Sacramento se hace temible, por el peligro que supone, le rehusaba el enfermo, juzgando mas á favor de su salud que el Patriarca. Murió sin ella el doliente, por haberse por entonces dilatado: preparaban el entierro y la mortaja; y viniendo el siervo de Dios para ejercitar su piedad con esta obra, volvió el difunto á la vida; y mirando al Santo le dijo: Padre de pobres, por haber sido negligente en obedeceros, y no haber recibido la Uncion, estoy condenado por la Justicia Divina á ciento y veinte años de purgatorio. Dijo esto, y continuando el sueño de la muerte, conocieron los circunstantes el conocimiento de los futuros, que lograba el Patriarca. Con no menos verdad se verificó lo que profetizó á su amigo don Gutierre Laso de la Vega en orden á los hijos que Dios le habia dado: *El uno de ellos cantará misa, y el otro se casará*; saliéndole el dicho al pie de la letra. Don Diego de Loaisa, caballero de Granada, igualmente cristiano que noble, tenia debajo de unas casas suyas un género de bóvedas, que en tiempo de los moros fueron baños. Recogíanse en estas muchos pobres, y alguna noche se moria en aquel sitio alguno de ellos. Cuando fallecia, mucho antes de abrir la puerta iba el siervo de Dios, y llamaba: preguntábanle que qué pedia, y con mucha paz respondia: *Acá venimos á buscar el hermano, que nos han dicho se ha muerto esta noche.* ¡O humildad! ¡ó caridad! ¡ó misericordia! ¡ó varon heróicamente profeta! pues siendo imposible que el aviso fuese humano, quisiste ocultar que venia la luz del Cielo. No queda aquí la larga clase de vaticinios del Santo. Ofrecióse á un vecino honrado de Granada hacer un viage por largo tiempo: como somos de fragil y quebradizo barro (que es la representacion que hacia á Dios el padre de la pacien-

cia (1), cayó su consorte en la falta de la lealtad debida: conocióse la infeliz muger embarazada, y á su tiempo dió á luz un niño: crióle la madre con ninguna zozobra de llegar el marido; y cuando lo imaginaba menos, se entró por las puertas de su casa: turbóse la muger al verle; y advirtiendo él con la turbacion al niño cayó en sospecha. Preguntó de quién era, y como es la necesidad luz para recurrir á Dios, respondió que Juan de Dios se lo habia traido, para que cuidase de él y le diera educacion. No quedó satisfecho el hombre: avivaba la sospecha el deshonor temido, y para certificarse, la encerró en un cuarto: llevóse la llave, y partiendo en busca del Patriarca, resolvió darle muerte á la vuelta, en caso de no conformarse la respuesta del glorioso Padre. A pocos pasos encontró con él; y viéndole éste venir, comenzó á hablarle de este modo: *Hermano, bien sé que habeis tenido disgusto en vuestra casa con vuestra muger, por el niño que allá cria: el pobrecito es huérfano; y pues ella os ha dicho que yo doy un tanto cada mes por tenerle, con todo, si os dá molestia, dádmelo, que yo cuidaré de que le crien en otra casa.* Pasmado quedó el hombre oyendo aquella verdad, que solo por rebelacion divina pudo ser sabida: echóse á sus pies, confesando el mal propósito de dar á su muger la muerte: procuró buscar un sacerdote para quedar absuelto: fué á su casa; y pidiendo á su esposa que le perdonase, pasaron lo restante de la vida con una paz dichosa. Falta para complemento de este capítulo la certeza que tuvo el Patriarca de la hora de su feliz muerte; su grande protector, y compañero san Rafael le dio de parte del Señor segura noticia, de la que no

(1) Job. cap. 10.

dejó de dar indicios por el contesto que se verá en algunas de sus cartas.

CAPITULO XIII.

Coleccion de los milagros que ha obrado la Divina Magestad por los méritos é intercesion del Patriarca san Juan de Dios despues de su feliz tránsito.

Aunque no son los milagros señales infalibles de la santidad de un sugeto, pues se han visto réprobos, y enemigos de Dios, que han lanzado demonios de los cuerpos, profetizado sucesos, y obrado maravillas que esceden al poder humano, cuyos ejemplares tenemos en Balaan, apóstata de la verdadera religion (1), y en Caifás sacrílego, pontífices uno y otro, aunque malvados, escogidos por Dios para instrumento de predicciones verdaderas; con todo, en los familiares suyos ordena su alta providencia para crédito de una virtuosa y ejemplar vida este prodigioso modo (2), con el fin de su mayor culto y veneracion. Así decian las almas, que correrian siguiendo el olor de los unguentos del esposo, por el cual entendió la Paráfrasis Caldea, el sonoro clarin de las maravillas que obraba (3). La vida del esclarecido San Juan de Dios fué toda un continuado milagro, segun se ha dicho; y aunque esta virtud se depositaba en su alma, no porque esta se dividió del cuerpo para gozar el premio que Dios le tenia preparado, se suspendieron los prodigios; antes bien por medio de las yertas cenizas y frios huesos obró tantos el Hacedor Supremo, que fatigáran las

(1) D. Hier. in c. 7. Matth. D. Greg. hom. 29. in Ev.= Matth. c. 7. Vid. D. Justin. M. in resp. ad q. 5. (2) Num. c. 22. Joan c. 11. & 18. (3). Cant. cap. 1. D. Greg. lib. 3. Dial. cap. 31.

plumas si tuvieran que escribirse todos. Hizo el glorioso Patriarca muchos milagros vivo y muerto, como si no lo estuviera, ó tuviera impreso su cadáver sagrado aquel espíritu ardiente de caridad que vivifica. Siguió esta brillante carrera hasta hacerlos de aquella clase que sobrepuja la creacion de otro mundo (1), cual es la conversion de las almas pecadoras. Como la misericordia tiene las puertas abiertas para todos, sin distincion de personas, de toda especie se recogian en el Hospital que el Santo dejó fundado. Entró en él á curarse un moro alfaquí, recibiéndole los hijos del Santo Padre con aquella benevolencia y afabilidad propia de su heredado espíritu. El cuidado con las medicinas del cuerpo era mucho, pero mayor con las que eran precisas para la conversion de su alma. Instábanle con eficaces razones para que entrase en el redil de la Iglesia nuestra madre; avivaban cuanto era dable la verdad de la fe cristiana, al paso que la falsedad de su secta; pero rebelde á todo argumento, se mostraba mas obstinado. Ardia en singular zelo de la salvacion de aquel moro el P. Fr. Bartolomé Carrillo, y con la ocasion de asistirle como enfermero, le parecia deshonor, que saliendo sano en el cuerpo, quedase con la maldita lepra del alcorán en el alma. Arrebatado un dia de superior impulso y eficacia, llamó á un donado de mucha virtud, que servia á los demas pobres, y le habló de esta manera: *Hermano, póngase de rodillas delante de la cama de este moro, y invoque á nuestro bendito padre* San Juan de Dios *para que pues nosotros no podemos, pueda él con sus ruegos que el Señor convierta su corazon obstinado.* Obedeció el donado, y antes de levantarse de la oracion hizo el moro señas con las manos de que veia al lado

(1) August. tract. 24. in Joan. Vid. D. Thom. 1. 2. q. 113. art. 9.

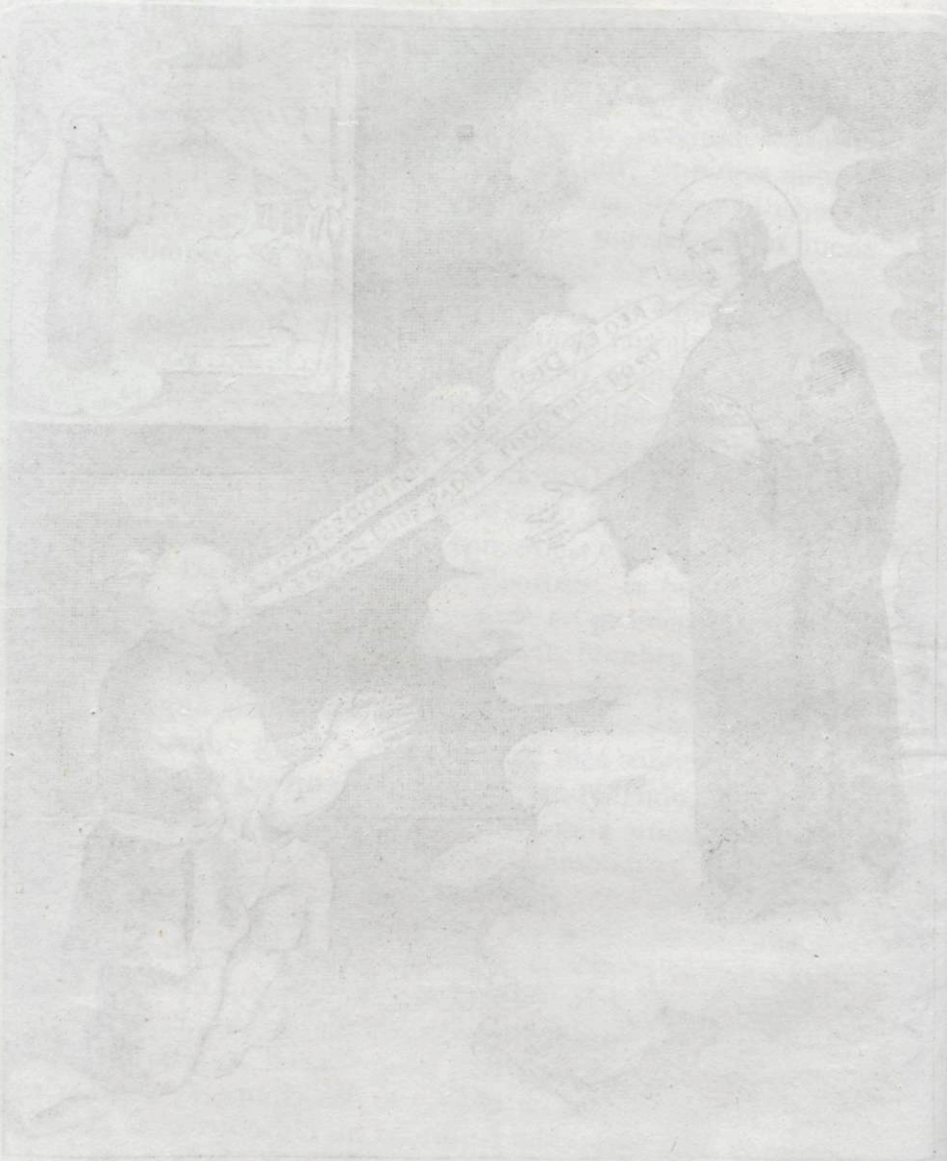
de su cama alguna cosa nueva que le maravillaba; y se averiguó haber sido el glorioso Patriarca *San Juan de Dios*, que llamado de la caridad y oraciones del donado, bajó á favorecer tan justa causa. Pidió el moro el agua del santo bautismo: instruyéronle en la fe; y recibiendo aquel primer Sacramento con universal gozo, salió del Hospital enteramente sano, y fue toda su vida devotísimo del Santo, y tan afecto á sus hijos, que en cualquiera parte, por pública que fuese, los abrazaba con ternura, y regalaba. No menos maravillosa fue la conversion de otro moro en la ciudad de Málaga, la cual se puede llamar doblado prodigio, así como doblado beneficio. Vivia en la ciudad una señora llamada doña Isabel de Peñuela, no solo muy anciana, pues contaba de edad ochenta y cinco años, sino peligrosamente enferma: de modo que estaba reducida ya al último trance, sin habla, y sin esperanza de vida. Esta buena señora habia logrado la dicha de conocer y tratar en Granada al bendito Padre *San Juan de Dios*, de quien era devotísima, educando los hijos, nietos y familia, para que lo fuesen. Con esta devocion, que iba acompañada de una firme confianza que en el siervo de Dios tenia, por mas que los médicos la desahuciaban, no dejaba de encomendarse al Santo. Una tarde los médicos se despidieron, juzgando que por la mañana la hallarian muerta. Volvieron al dia siguiente, mas por preguntar á qué hora de la noche habia fallecido, que por otro destino. Pero ¡qué prodigio tan estupendo! Preguntaron al primer criado, y respondió que se hallaba la enferma buena, sana, y levantada. Admirados del caso subieron corriendo á verla para certificarse del hecho y averiguar la causa. A todo satisfizo la señora diciendo: Mi devoto *Juan de Dios*, á quien de corazon me encomendé,

fue servido de oir mis súplicas; y así me he levantado como si me hubiese acostado buena y sana: yo le ví puesto de rodillas delante de la Vírgen Santísima, rogándola que intercediese con su precioso Hijo para que no solo me concediera la salud, sino mas años de vida para mí; y esta clementísima Madre lo egecutó benignamente, por cuyo motivo me siento tan buena como si no hubiera conocido mal alguno.

A todo esto se hallaba presente un moro, que muchos años habia servia á la señora en calidad de esclavo, y con el cual se habian hecho cuantos buenos oficios dicta la prudencia santa, para que se volviese cristiano, bien que siempre inutilmente; pero no fue así al ver y oir aquel estraño suceso: dióle un vuelco el corazon, y dijo que queria serlo, y en señal suplicaba desde entonces se le concediese el agua del bautismo. Doblóse con esto el alborozo: la buena señora, viendo un milagro tan grande en prosecucion del antecedente, le encargó á un buen hombre para que le enseñase la doctrina competente. Era este un criado antiguo de la casa llamado Juan Bautista: aplicábase con sumo gusto á catequizarle; mas sobrevino el desconsuelo de que el moro era muy rudo, y falto de memoria: por otra parte no poseia nuestra lengua, con que nada adelantaba en la enseñanza. Una noche medio aburrido Juan Bautista de ver tanta rudeza, le dejó, diciéndole que fuese á recogerse. La mañana siguiente entró en el cuarto de la señora el moro, suplicando que le mandase bautizar al punto. Como estaba en la relacion del criado de su poca aptitud para este efecto, llamóle para tomar su parecer; y preguntado, respondió ser imposible en mucho tiempo, por la falta conocida de talento. A todo respondió el moro ser verdad, y añadió: Pero ya sé todas las oraciones,



Aparece el S.to despues de su Muerte, á una Señora muy anciana, y desauciada de los Medicos, queda sana de repente, por cuyo motivo se convierte un Moro.
Pag. 254.



porque un hombre me las ha enseñado esta noche; por señas que iba vestido con un hábito de gerga, descalzo, descubierta la cabeza, y lleno de luz hermosa. Conocieron por las señas que el glorioso Padre *San Juan de Dios* se le habia aparecido. Pues dices que las sabes (prosiguió la señora), véase cómo las rezas. Empezó el moro entonces diciéndolas con tanta claridad y soltura, que dejó pasmados á los oyentes; porque no solo hablaba el idioma castellano como si hubiera nacido en España, sino que contaba con mucha gracia el feliz suceso, diciendo: cuando este buen hombre me estaba enseñando, si acaso me dormia, me despertaba, diciendo: *Hamette, repite lo que te he enseñado, y no te olvides*; y así lo repetia, y no se me ha olvidado: con que bien instruido quedo para que se me ministre el Sacramento del Bautismo, que deseo. Con esto, y pedir el mismo moro que se le pusiera el nombre de *Juan de Dios*, cumplieron su gusto en todo. Vivió como buen cristiano, devotísimo del santo Patriarca, y con esta misma fortuna acabó su vida. Admirado el buen Juan Bautista, afirmaba haber sido no solo duplicado milagro, sino triplicado: el uno la conversion del moro: el segundo la presteza y raro modo con que en una noche aprendió las oraciones habiendo sido tan rudo; y el tercero la inopinada salud que logró la señora enferma.

Ya que se ha dado principio á las milagrosas conversiones hechas por intercesion del Patriarca hospitalario, no pareciera bien interrumpirlas ahora, cortando el hilo; y así iré siguiendo este rumbo.

En la famosa ciudad de Palermo, que pertenece al reino de Sicilia, tiene la religion de este Patriarca un convento Hospital de los mas celebrados, así por su fábrica, como por su asistencia, llamado *San Pe-*

dro ad Vincula; y como toda la costa del mar de Levante padece el deplorable daño de hallarse infestada de embarcaciones de piratas moros, suelen caer muchos de estos en manos de los cristianos, y quedan esclavos los que vinieron á hacerlos. Con estos procuran los hijos de *San Juan de Dios* ejercitar la caridad, aplicando el mayor cuidado en curarlos de alma; pero con tanto acierto, que habiendo sumado los enfermos no mucho mas de cinco mil y quinientos mahometanos, los mil y quinientos han sido sazonado fruto de sus trabajos. Entre estas conversiones se han acreditado algunas de tan prodigiosas, que fuera agraviar la fama no referir las mas particulares. El año, pues, de mil seiscientos cuarenta y tres, á diez y seis de enero sucedió que un moro llamado *Mahomet*, *hijo de Asamo Miramult*, nacido en Constantinopla, enfermó de una aguda y maligna calentura: hallábase esclavo de don Pedro Picuti, proto-médico de aquel reino, caballero muy zeloso de que se convirtiera al gremio de nuestra santa madre Iglesia, para cuyo efecto habia ejecutado varias tentativas. Valíase de religiosos para que le persuadiesen; pero él siempre terco y pertinaz en su vil secta. Agravóse la dolencia, y se acrecentaba en su amo el ansia de salvar aquella alma; motivo por el cual hizo el último esfuerzo de procurar su conversion, acompañado siempre de religiosos predicantes virtuosos, y sabios: todo era poco, porque mas se emperraba el moro enfermo. Viendo el dueño que nada servia, y que la muerte le alcanzaba, tomó por intercesor y abogado al Patriarca *san Juan de Dios*, y dió órden para que le llevasen al Hospital de sus religiosos. Noticioso Mahomet de este destino, y inspirado por el demonio, se resistia fuertemente con varias escusas, suplicando por último favor á su due-

ño que le dejase en casa. Todo era artificio del maligno espíritu para que no le quitasen aquella presa que hizo suya. Convino en fin el Moro, llevároníe al santo Hospital, y aquí empezaron, si para el cuerpo nuevas medicinas, para convertir su alma nuevas persuasiones. En vano se trabajaba, aumentando su protervia. Viendo esto los religiosos del Hospital, acudieron con gran fervor á su Padre: puestos en oracion, le suplicaron que alcanzase del Señor la conversion de aquella obstinada alma, para mayor crédito suyo, y exaltacion de la fe cristiana. Apenas terminaban la súplica, cuando se levantó el Moro de la cama, y puesto de rodillas delante de un Señor crucificado, que estaba en un altar que habia en la sala, dábase muy recios golpes en los pechos, pidiendo con mucho dolor que le quitasen el mechon de cabello que traen los moros en el remolino de la cabeza, como distintivo, y le diesen luego luego el agua del Bautismo. Vino el Prior á la sazon; y viendo demostracion tan grande, dió gracias al Señor, y no fue dable volverle á la cama, hasta que le cortaron el cabello, segun su deseo. Para averiguar si aquella demostracion se habia originado de buen espíritu, ó tal vez de algun frenesí, se le hicieron varias preguntas: y habiendo respondido á satisfaccion de los presentes, remató finalmente con estas palabras: No es locura, padres, ni frenesí lo que me obligó á levantarme, y ponerme de rodillas, suplicando el agua del Bautismo, sino impulso del Espíritu Soberano. Vacilante estaba mi pecho con la eficacia de las persuasiones, sobre si debia ó no abrazar la ley cristiana: el haberme criado los padres en la secta mahometana, y haber muerto en ella todos mis progenitores, me hacia fuerza; pero me hacia mas ver el engaño y falsedad suya con la condenacion que me

acongojaba. Estando, pues, como entre dos aguas, sin determinarme, se me apareció un hombre, que juntaba la hermosura, agrado, y seriedad respetuosa, vestido con este trage, que vuestra Reverencias traen, y nombrándome, me dijo: *Mahomet, mira y considera que será abrasada tu alma en el infierno, si te condenas; y te condenarás, si mueres en tu falsa ley como turco.* Con esto volví los ojos, y á mí mismo me ví envuelto en llamas vivas de fuego, padeciendo mil penas en una especie de caverna oscurísima llena de millares de demonios, martirizándome todos con varias especies de tormentos. Quedéme con esta vista sin sentido en una mortal congoja; despues de esto, animándome aquel Varon venerable, prosiguió diciendo: *Mahomet, ¿no has visto á tu alma cómo será atormentada en el infierno, despues de tu muerte, si mueres turco? Pues mírala ahora con el alborozo, gusto y alegría que tendrá, si te vuelves cristiano.* Entonces volví la vista, y ví á la misma alma mia alegre, llena de risa, vestida con una túnica blanquísima, en un lugar tan delicioso, apacible y ameno, que no hay lengua humana que sea capaz de esplicar su hermosura. Pasóse con esto todo el susto, y el varon me dijo: *Este es el paraiso adonde vendrás, si te vuelves cristiano.* Esto me ha sucedido, y así vuelvo á suplicar que me ministren luego el Sacramento del Bautismo, porque quiero morir cristiano; y adviertan que aquel religioso que me apareció, me añadó que se llamaba *Juan de Dios*, y que mañana moriré infaliblemente. Con esto llevaron la noticia á su dueño, que vino al punto alabando á Dios. El teniente cura de la santa Iglesia Catedral vistió aquella alma dichosa con el candor de la gracia bautismal á la una de la noche. Llamóse *Pedro Juan de Dios*; y habiéndole dado la Es-

trema-Uncion á las tres de la mañana, dió fin á su vida, diciendo por tres veces: *Jesus*, *María y José*; y logró su espíritu el gozo que logran todos los bienaventurados en el cielo.

En este mismo año, que tuvo principio con este prodigio, obró Dios por intercesion suya otro, que fue corona del mismo. En el mes de diciembre llevaron al propio Convento otro turco, natural de Constantinopla, llamado *Halí*, esclavo de doña Francisca Perello y Mendoza, Marquesa de Luca. Padecia una erisipela tan maligna y recia, que cogida toda la cabeza, le privó del juicio, con un humor tan acre, que le deshauciaron los médicos. Continuaba el enfermo con los ímpetus de loco, queriéndose levantar de la cama, motivo por el cual el enfermero mayor, llamado Fr. Luis Grandi, le ligó con unas ataduras de pieles, fuertes en estremo, é igualmente blandas. Era cabalmente un domingo, dia en que estaba el Señor Sacramentado descubierto, y la hora las tres de la tarde, en la que todos los religiosos encomendaban á Dios á los que agonizan. Solo el enfermero quedó en la sala, por si se ofrecia acudir á algun enfermo. A esta hora entró á visitar un hombre de no buena catadura, (si es que fuese hombre, y no demonio) á un amigo suyo. Pasó por donde estaba el turco enfermo, y pidiéndole éste que le desatase de aquella cama, el hombre lo hizo; y viéndose libre y suelto, dejó la cama, y se fue á un balcon de la enfermería. Al llegar á éste ató las muchas sogas que llevaba en la mano, y con el frenesí de que le habian tenido en la carcel preso sin motivo justo, se arrojó á la calle, precipitado de cuarenta brazas de altura, sin que pudiera estorbarlo el enfermero, que á las voces de los enfermos acudió corriendo. Con esto empezó á gritar el

P. Grandi, á cuyas voces los religiosos que estaban en la Iglesia acudieron prontamente. Ya le juzgaban con desconsuelo hecho pedazos, cuando le hallaron cobrado del juicio y sin lesion alguna, á escepcion de una heridilla en una pierna: llevároнle á la enfermería, curáronle la llaga; y de esto tomó ocasion el P. Fr. Victoriano Chiaranda, religioso sacerdote de aquel Hospital, persona de virtud y ejemplo, para persuadirle que dejase su falsa secta. A pocas persuasiones le redujo á abominar de ella y abrazar la Religion cristiana, porque le habia hablado al corazon *san Juan de Dios* para este efecto. Padre mio (decia el Turco), yo de hoy en adelante reniego con todo mi corazon de Mahoma y su ley abominable; y esto mismo ejecuté cuando me arrojé á la calle, porque un religioso que no conozco, ni he visto jamas en esta casa, me cogió de un brazo antes de dar el golpe, y díjome: *Halí, vuélvete cristiano, si te quieres salvar;* y así por amor de Dios pido el Sacramento del Bautismo. Concediéronle la súplica con gozo estraño; y instruido en lo que se debe, se lo administraron, poniéndole por nombre *Ignacio Juan de Dios*, y practicada esta diligencia santa, murió al punto con el nombre de *Jesus* en la boca.

No es menor el milagro que hizo el glorioso Patriarca con otro moro, cuya larga vida habia empleado en andar á corso contra los cristianos. Cayó por fin, ya de sesenta y nueve años, en manos de éstos: compróle un caballero de Palermo, y á pocos dias enfermó de cuidado *Asman*, que así el moro se llamaba. Su dueño proveyó que le llevasen al Hospital de *san Juan de Dios* para curarle una y otra enfermedad; y imaginando Asman, que uno de los fines de su amo en llevarle á aquel Convento, era ver si

se podria reducir á la Fé verdadera, hizo el ánimo de dar á cualquiera que le predicase una sola respuesta, que era ésta: *Cuando el puerco salga del arbol, me volveré cristiano*: así fue, pues no dió mas respuesta á cuantos le persuadieron con eficacia. Al siguiente dia, cuando estaban los enfermos descansando, cerradas las puertas y ventanas para el mayor sosiego, rompió el silencio con voces y gritos el Moro, diciendo: *Señor, ahora teneis razon: ahora que ha salido el puerco del arbol, quiero ser cristiano.* Los enfermeros, que estaban centinelas vigilantes en las salas, corrieron á la cama del Turco y le hallaron con un sudor helado, frio el cuerpo, y enteramente asombrado; tuvieron todo aquello por accidente de frenesí ó locura, cuando repitió lo mismo. Avisaron al Prior, hicieron varias tentativas para certificarse de lo que era, y le hallaron en todo muy cuerdo. Ya por fin le preguntó el Prior si algun Religioso le habia hablado, y respondió ser así; y añadió que jamas le habia visto en el Convento, sino pintado en la celda del mismo P. Prior. ¿Conociérasle si lo vieras? le preguntó el Padre. Sí conoceré, dijo Asman. Con esta respuesta llevároníe muy despacio á la celda Prioral, en la que habia varias imágenes, y encarándose con la de *san Juan de Dios*, dijo con sumo alborozo: Este es, este es el que me dijo que me hiciera cristiano, ya que el puerco habia salido del arbol; y para que sepais el suceso, brevemente os contaré todo el pasage. Mas despierto que dormido me hallaba, cuando dí aquellas voces, que oiste, y me pareció que me hallaba en el corredor del patio grande, mirando aquella higuera, que en medio tiene, y le llamais el arbol de la paciencia. Estando en esto, se me figuró que desde la iglesia venia un puerco del mayor ta-

maño: dió un salto con que se puso en la copa de la higuera, y luego salió de entre sus ramas con la mayor ligereza. Discurriendo estaba en el cómo pudo aquel animal subir y bajar de aquella altura; y apenas empezaba mis reflexiones, cuando ví venir un hombre de la misma Iglesia, ni mas ni menos que éste que está pintado, y con imperiosa voz me dijo: *Amigo Asman, ¿qué piensas? ¿has visto el puerco, que ha salido del arbol? Pues atiende ahora á la palabra y promesa que hiciste de volverte cristiano; porque si no la cumples, yo te castigaré de manera que te obligue á cumplirla:* con esto me amenazaba á darme muchos palos con el báculo que empuñaba; y pues esto no puede ser sino llamamiento divino, pido el santo Bautismo, y que me digan de quién es aquella pintura. Respondiéronle que de *san Juan de Dios*; pues igualmente suplico que en el Bautismo se me ponga ese nombre, y por amor de Dios repito que cuanto antes se me bautice. Así fue, habiéndole catequizado: sanó de una y otra enfermedad: volvió á casa de su amo, que no quiso fuese mas su esclavo; y agradecido el recien convertido á Dios y al Santo Patriarca, le imitó toda su vida en el vestido y ejercicio de pedir para los pobres. El modo que tenia para obligar á la limosna era éste: *Viva el Santísimo Sacramento: viva la gran Madre Dios; y viva* san Juan de Dios: *viva y siempre viva: haced bien para los pobres:* asi vivió siete años, muriendo de vejez con muerte de todos modos feliz.

Otra conversion milagrosa se vió de un moro esclavo llamado *Halí*, natural de Trípoli en Berbería. Era éste obstinadísimo en su secta: vivia su dueño junto al Hospital dicho en la ciudad de Palermo, y con esta ocasion trataba frecuentemente con los religiosos de aquella santa Casa. Deseaban éstos con el ce-

lo propio de hijos de su Patriarca, que se redugese aquel corazon duro á la Ley verdadera; y como el Moro era de genio suave y docil, oía cuanto se le decia sin desprecio, y ya se le conoció aficion y complacencia cuando se le leía la vida de *san Juan de Dios.* Llegó por fin á demostrar alborozo cuando se le referia algun milagro del Santo, de manera que en este particular parecia cristiano y devoto suyo. Los religiosos iban con suavidad disponiendo aquella alma para su mayor fortuna, cuando una noche estando recogido en su aposento, y con desvelados pensamientos acerca de las persuasiones, que con pausa le iban labrando, vió tres hombres feísimos, que por fuerza querian que saliese de su corta estancia: resistíase el Esclavo sentado sobre la cama; mas se iban acercando con demostracion de darle de palos, si no les obedecia. Viéndose en este conflicto, comenzó el Moro á santiguarse como los cristianos con la señal de la cruz, como habia visto; y lo que lograba era, que mientras huían, y volvian al instante: así lo hicieron tres ó cuatro veces; y una de ellas vinieron con tal ímpetu que se abrazaron con él, echándole al cuello como una cadena gruesa. Medroso sumamente, se levantó entonces de la cama, y hizo nuevamente la señal de la cruz, diciendo: *Valedme san Juan de Dios.* Apenas acabó de pronunciar estas voces, cuando vió que se abria la tierra, y tragó aquellos tres feos ministros. Quedó el Moro libre, lleno de terror y espanto, y resuelto á abrazar al cristianísimo, dejando su falsa secta. Pasóse la turbacion y espanto, y con esto se le pasó tambien la resolucion que habia hecho. Volvió á su antigua fluctuacion de dejar ó no la doctrina de Mahoma; y una mañana antes de romper el alba, y estaba mas despierto que dormido, se le figuró que iba

á la plaza á comprar, y que en la calle se le puso delante un hermitaño, que le dijo estas palabras: *Halí, ¿tú me conoces?* Y le respondió: No te conozco. Replicó el que parecia hermitaño: *Yo soy tu devoto* Juan de Dios, *y he bajado del cielo á decirte, que no pases adelante, sino que luego te vayas á mi casa, y te vuelvas cristiano, porque así lo quiere nuestro gran Dios: vuélvete al punto, porque allí te esperan tres doncellas hermosas que desean verte.*. Así lo hizo, y al emparejar con la puerta de la Iglesia del Convento, le salieron al encuentro tres bellísimas doncellas, vestidas de candidísimas túnicas, y preguntándole ¿adónde iba? respondió que *Juan de Dios* le enviaba á aquella casa suya. *Pues si* Juan *te mandó venir* (añadieron ellas), *mira que cumplas cuanto te ha dicho, que eso es lo que te importa.* Mientras que una de aquellas doncellas le estaba hablando con semblante afabilísimo, las otras dos le hacian señas de que se levantase, y al momento se desvaneció la vision. Levantóse, y al instante fue asaltado de una recia calentura: envió á llamar á su dueño, le esplicó lo que habia visto, pidió con lágrimas el Bautismo, y le pusieron por nombre *Juan Francisco.* A pocos dias se puso bueno, salió del Hospital, prosiguió sirviendo á Dios y á su dueño bastante tiempo, y murió como ejemplar cristiano.

Sirva para corona de estas maravillosas conversiones la de otro turco, llamado *Halí Brahaman,* nacido en Constantinopla, al que compró Juan María Pileri. Lastimado éste de que estuviese pertinaz en adorar á Mahoma, y mas adornado de un genio, y ingenio recomendable, trabajó en persuadirle que abrazase la bandera de Cristo; pero hacíase sordo á cuanto se le decia. Dióle una grave enfermedad, mo-

tivo por el cual le llevaron al Hospital de *san Juan de Dios* : aplicábanse los Religiosos, procurando la salud del cuerpo y del alma. A todo respondia con un teson y furia inaudita, y decia que antes se dejaria hacer tajadas y menudas piezas, que hacerse del bando de los católicos. Perdió enteramente la blandura genial, y daba á entender que algun basilisco se habia apoderado de su corazon. Llegó por fin á no querer que le hablasen en semejante asunto, amenazando sin distincion de personas, que al primero que se atreviese le arrojaria de un balcon abajo. Poseído de temor el enfermero, pensó enviarle á la casa de su amo, para evitar cualquiera estrago: así se hubiera hecho, á no suceder la noche antes del dia señalado para que se trasladase, que al romper del alba, ó poco antes, cuando el dormitorio de la enfermería estaba con luz tibia, bajó del cielo el glorioso Patriarca *san Juan de Dios*, cercado de resplandores y lleno de suavísimas fragrancias, haciendo que le viese no solamente el Moro, sino dos nuevos cristianos, llamados Bernardino Barciete, y Nicolás Cobatin, para que se confirmase entre dos ó tres testigos la verdad. Con esto el Santo Padre se arrimó á la cama de Halí, y tocándole con la mano, hizo que se levantase. Así lo hizo, y le llevó á un santo crucifijo devotísimo, y de excelente pincel que en la sala habia; y mandándole arrodillar, así le dijo: *Mira, Halí, este es el Dios que por su infinita misericordia bajó del cielo á la tierra, para conducir de la tierra al cielo las almas de los hombres, que creyendo en su Magestad, abrazan y reciben su fé sacrosanta: este Señor quiere que te salves: este quiere que te laves las brutales manchas de tu falsa secta con la clara agua del Bautismo;* y dicho esto se desapareció. Asombrado quedó

el Turco con aquella vision prodigiosa, y comenzó á dar gritos, diciendo: cristiano, cristiano. Llegóse con esto á la cama el enfermero; y contándole cuanto le habia sucedido, buscó al Prior, y noticioso no solamente del caso, sino de que pedia el sagrado Bautismo, instruido que fue, se le administraron. Sucedió tambien que por la pintura, que le enseñaron de *san Juan de Dios*, conoció ser aquel el que se le apareció; y se añadió el portento de decir el Turco el Símbolo de la fé en latin con la mayor claridad y expedicion dable. Sanó á pocos dias, y vivió, y murió con felicidad envidiable.

Grandes son los prodigios que ha obrado Dios por los méritos del excelso Padre *san Juan de Dios* con los mahometanos; pero mucho mas con los cristianos, sacándolos de toda especie de peligros, así de alma, como de cuerpo; entre los cuales merece especial aplauso el que ejecutó con una muger moza, bien parecida, pero de muy mala y escandalosa vida. Fue el lance, que como la santidad del Patriarca fuese singularmente en nuestra España tan celebrada, entre los aplausos que se hicieron en la ciudad de Segovia, fue una comedia de lo mas heróico de su vida. Asistió entre el numeroso concurso una muger demasiado conocida en la flor de su edad peregrina, así por su hermosura, como por su atractivo. Hacia el principal papel un cómico, llamado Cristoval: por consiguiente le tocó el papel de *san Juan de Dios*, uno de los pasos era la conversion que hizo de las mugeres perdidas. Salió vestido de jerga con un Cristo en la mane, y empezó á predicar á las comediantas, que hacian el papel de las malas mugeres. Sin duda, ó porque bajó el Santo á hacer el papel, ó porque Dios infundió su espíritu en el representante, ó por providen-

cia especial, hizo la exhortacion con tanta viveza y mocion, que aquella muger oyendo las palabras, se le encendió el corazon tan de veras, que por la boca le salían como volcanes: á voces y gritos pedia misericordia á Dios: dábase fuertes golpes en los pechos, confesaba sus culpas, pidiendo remedio para salir de ellas. Alborotóse el teatro: suspendióse por un rato la comedia; y saliéndose aquella muger, fue á buscar un confesor corriendo: confesóse con muchas lágrimas de arrepentimiento; y tratando de hacer penitencia, fue otra Magdalena, si antes en lo vicioso, despues en lo santo.

El dulce Bernardo, hablando de María Santísima, de quien fue devotísimo, y mereció grandes favores, contemplando como esta Señora sin ruego alguno acudió á socorrer la falta de vino en las Bodas de Caná de Galilea, decia con ternura: ¿*Cómo podrá dejar de socorrernos invocada, si aun cuando no lo es, puntualmente favorece*? (1) Con la proporcion debida, la misma espresion cabe hablando de *san Juan de Dios*. Habiendo visto su asistencia sin haber sido llamado, ¿cómo será dable que cuando le invocan falte? Así lo darán á conocer algunos casos que referiremos, dejando muchos. Tenia en Granada un amigo llamado Juan Fernandez, que animado del espiritu divino, le acompañaba en la conversion de las mugeres públicas y servicio á sus pobres, recogiendo limosnas, y procurando su alivio. Acostumbraba el Santo Patriarca decirle, que no dejase esta empresa, porque Dios hasta en esta vida le daria la paga. Lleno de fé el buen hombre, proseguia en su piadoso ejercicio, que aun despues que murió el glorioso *san Juan* ejercitaba para

(1) D. Bern. de Mutat. aquæ in vinum, serm. 2.

el mayor bien, esperando firmemente ver cumplida la promesa del Santo. Ofreciósele hacer jornada de Granada á Cartagena: el año era esteril, por consiguiente el camino mal proveido y sumamente caro, y para librarse de esta incomodidad, le llenaron en su casa las alforjas de comestibles. Salió de ella, y al punto salió tambien un tropel de pobrecitos, y él lleno de compasion, como cristiano, y imitador de *san Juan de Dios*, les fue repartiendo aun antes de salir de la ciudad cuanto llevaba. No por eso volvió atrás, antes con mucha confianza prosiguió su camino. Muchas leguas habia andado, tanto que era ya muy tarde, y no habia comido en todo el dia, ni era dable hallar qué tan presto. En esto se llegó á él un hombre como fingiendo que llevaba el mismo camino; saludóle urbano, y le preguntó *¿si tenia ganas de comer algo?* Sí por cierto, respondió Juan Fernandez. *Pues tome* (prosiguió el hombre) *este panecillo, cómale; y si quisiese beber, apéese, que no faltará vino.* Empezó á comer Fernandez del pan; y aunque á buen hambre, se dice, que no hay pan malo, conocia claramente que aquel era estremadamente sabroso. Concluido el panecillo, se apeó de la caballería, advirtiendo, no sin falta de novedad, que el nuevo compañero no llevaba bota; pero por las muchas instancias condescendió con darle gusto. Entonces añadió el caminante, que se llegase á un arroyo, que corria cerca del camino, y bebiese cuanto quisiere. Así lo ejecutó el buen Juan, pero asintiendo á que el convite habia sido á la cuenta á pan y agua: llegó los labios al agua, empezó á beber, y notó por el gusto que no era agua, sino un vino el mas generoso que jamás habia bebido. Asombrado Juan Fernandez, levantóse satisfecho; y volviéndose para darle al bienhe-

chor las gracias, no vió hombre alguno: miró con cuidado á todas partes por si acaso se habia marchado, y no halló rastro; y con esto se acordó de la promesa de su Santo, y cordial amigo *Juan de Dios*, creyendo que habia bajado del cielo para regalarle, porque aquel pan y vino no era de la cosecha del barro. No menos admirable fue el suceso que al mismo Fernandez le sucedió caminando á Madrid desde Granada. Iba un dia por unas llanuras muy largas, y le vino al pensamiento los buenos ratos que disfrutaba con su ínclito amigo *san Juan de Dios* cuando estuvo en Granada, lo apacible de su trato, la conversacion instructiva, y los saludables consejos que siempre le daba. Así andaba divertido, cuando cubrieron su pecho tan profundas melancolías de verse solo, y privado de aquella envidiable sociedad, que fluctuaba en mares de congojas. Corto rato pasó así, cuando levantando los ojos vió venir un pasagero, que ya llegaba á emparejar con él; y saludándole con agrado, díjole que parecia llevaba algun disgusto, segun el sobrescrito de su rostro: que se lo comunicase si era verdad, porque acaso podria darle algun alivio. Imaginó Juan Fernandez que era algun buen hombre, á quien en algun tiempo habia favorecido y ahora se mostraba grato; respondióle que era verdad que se hallaba oprimido su pecho de tristeza; pero no dijo el motivo. Apartémonos, dijo el reciente compañero, hácia este prado verde, que tal vez estando en él, disfrutaremos algun golpe de sonora música, que para melancólicos es remedio. Así lo practicaron; y al entrar en el prado, á cada paso se iba descubriendo tan hermoso, tan ameno, con tanta fragrancia y delicia, que tuvieron por gran dicha sentarse sobre su florida alfombra. Apenas se sentaron, cuando comenzó á oirse

una especie de orquesta tan dulce y harmoniosa, que lisonjeando el gusto, dejaba suspenso el sentido: y lleno de alborozo el corazon de Fernandez, le parecia anegarse entre alegrias. Continuaba la música, y se aumentaba en su alma el gozo; y llegó á términos la suspension, que como si estuviera arrobado, ó extático, no reparó en el tiempo que se dilató, que fueron muchas horas, ni en si tenia á su lado el compañero que le habia conducido. Ya se suspendió la harmonía: volvió en sí, no halló en parte alguna al pasagero; y conociendo ser tarde, le fue preciso ir otra vez á tomar el camino, que fácilmente halló, prosiguiendo todo su viage con la mayor felicidad. Al punto conoció que no habia sido cosa del suelo aquella dicha, sino del cielo, y que era favor que debia agradecer á su íntimo *san Juan de Dios*, que le habia aparecido y acompañado.

No se tiene por menos favor, aunque en distinta línea, el que por su intercesion logró en la villa de Colomera, lugar vecino á la ciudad de Granada, un labrador llamado Miguel de Aparicio, Alcalde ordinario de aquella poblacion, y tan devoto del Santo, que recibia á todos sus hijos en casa, tratándolos, como que eran hermanos suyos, con el mayor regalo, y socorriendo sus hospitales con cuanto le era posible. Aconteció, pues, un año, que estando el trigo para segarse, y convidando los campos á alabar á Dios por la fertilidad de la cosecha, descargó el cielo una tempestad de granizo y piedra en el pago de la Salcedilla con singularidad, que cuantos labradores tenian allí sus hazas, las dieron por perdidas, abrasadas y sin esperanzas de quedar espiga; en efecto así quedó. Pero ¡cosa rara! En medio de las asoladas hazas estaban las del devoto Miguel Aparicio; y lejos de tocar el granizo y

piedra alguna de ellas, quedaron sumamente sazonadas y enteramente libres. Fué el motivo, que al ver amenazar el espantoso nublado, pidió Miguel á su abogado *san Juan de Dios* que le librase su cosecha; y el glorioso Santo, movido de su ruego, alcanzó de la Suprema Magestad el beneficio. Con esto se estendió mucho mas la devocion al Santo, y pasó Aparicio á la ciudad de Granada, predicando la maravilla, y ofreciendo de nuevo cuanto tenia para sus Hospitales en justo agradecimiento. De igual ó mayor calibre fué otro prodigio, que por medio del esclarecido Patriarca obró Dios con un mercader de la ciudad de Bujalance, librándole de salteadores; porque que el cielo y astros respeten á sus amigos, ya se vió en tiempo de Josué, deteniéndose el sol y luna á su voz obediente (1): así tambien respetaron las nubes el dicho de David, no lloviendo despues de muerto Saúl sobre los montes de Gelboé (2); pero que salteadores, sin respetar á Dios ni á los hombres, arrojados á cometer la mayor maldad por avaros, perdonasen dinero, vida y cuanto llevaba á este mercader, es mas que el milagro de abstenerse los fieros leones de devorar á Daniel, estando ambrientos; y lo da á entender San Gerónimo diciendo, que el Monarca de Babilonia temió mas en este hecho los hombres, que le deseaban la muerte, y que por esta razon mandó sellar la puerta del lago con el anillo Real (3). Venia, pues, (entrando en nuestro caso) el hermano Fr. Juan de Sequera con una mula cargada de pasas que habia comprado en la feria de Antequera para el Convento-Hospital de la villa de Cabra; y al anochecer se le juntó un hombre de Bujalance,

(1) Jos. cap. 10. (2) 2. Reg. cap. 1. (3) Daniel. cap. 34. D. Hieron. ibid.

que venia de la misma feria, en que habia vendido mucha cantidad de paños, y traia un caballo cargado de moneda de vellon; saludáronse recíprocamente, y prosiguieron el camino en buena conversacion y compañía. Ya llegaron á un monte y encinar, que llaman de Benamejí, como á media noche, cuando encontraron unos arrieros que les dijeron: Señores, vuélvanse atrás, porque del medio del monte nos han salido una cuadrilla de ladrones, que nos han quitado cuanto traiamos, sin perdonar ni los vestidos, como pueden conocer viéndonos desnudos. Verdaderamente que el aviso parecia del cielo, segun puede alcanzar la prudencia humana. De este quiso aprovecharse el Mercader de Bujalance; y sin consultarlo con el compañero, dió la rienda al caballo para desandar lo andado, y asegurar sus bienes con la compañía de los arrieros. Viéndole el hermano Fray Juan de Sequera así cobarde, animado de un valiente espíritu y segura confianza, le dijo: Compañero mio, no hay que temer: prosigamos nuestro camino con esperanza firme que no sucederá la menor desgracia. Esta carga de pasas sabe usted que es para los pobrecitos de mi Padre *san Juan de Dios*; pues atienda que yo voy tan seguro y confiado en que me ha de asistir, que aunque llevára mas ducados que pasas, nadie ha de ofenderme: y para que mas se anime usted, tome mi mula con las pasas, como que es suya, que yo tomaré el caballo con el dinero. Alentóse el Mercader con la animosidad del hermano, y condescendió á su dicho. Fueron así prosiguiendo el viage, y al llegar á las entrañas del monte, les salieron cuatro hombres con sus escopetas. Cercaron á Fray Juan, cogiendo uno las riendas del caballo, y le dijo, Padre. venga la bota, que no queremos otra cosa que beber yo y mis camaradas: bas-

ta ser Frayle de *san Juan de Dios* para que no le ofendamos, ni en la cosa mas leve. Dióles la bota; y despues de haber bebido le preguntaron que adónde iba? Respondió que á Cabra á llevar pasas para sus enfermos. Uno de ellos tentó los talegos del dinero, y dijo: Padre, en verdad que esto mas que pasas son, pues parecen talegos de moneda. Lleve lo que llevase, dijeron los demas, y pase seguro de nuestras manos, que á algun buen Santo debe haberse encomendado; y además, ¿qué sabemos nosotros si iremos á su Convento con necesidad, como tuve en Granada? y en verdad que en su Hospital hallé acogida y remedio. Vaya con Dios, Padre mio, y Dios le ayude con lo que lleva. Con esto se quedaron los salteadores en el mismo sitio. Prosiguieron los dos pasageros con especial gozo; y admirado mas el Mercader de tan gran prodigio, llegaron á Benamegí, y preguntándoles si habian tropezado con la cuadrilla de ladrones en el monte, contaron lo que les habia sucedido, sirviendo para mayor gloria de *san Juan de Dios*, del cual el Mercader quedó devotísimo. Llegó el Religioso á su casa, y publicando el milagro, toda la Villa se esmeró en bendecir á Dios y al glorioso Patriarca.

Como la caridad no reconoce límite, en cualquiera peligro manifiesta su precioso fondo: es decir, que como el Patriarca *san Juan de Dios* la ejercitó de esta manera viviendo, y esta en la Celestial Patria permanece como en su centro, á cualquiera necesidad atendia, despues que su bendita alma se trasladó al cielo. Testigo fue el Doctor Nuñez de Espinosa de esta generosidad. Fue este insigne Médico de la ciudad de Granada devoto del santo y de sus religiosos: visitaba los pobres de su Hospital de limosna con mu-

cho cariño y asistencia; y aunque como buen cristiano esperaba el mayor premio en la otra vida, quiso el Señor, que por los méritos de *san Juan de Dios* recibiese alguno, y muy notable en ésta. Habia comprado este señor una mula nueva de buen cuerpo y paso, ignorando que era falsa y maliciosa: iba un dia en ella con aquel descuido que suelen montarse las conocidamente mansas y buenas, por la calle de la Sillería, sin que dificultára en el gran ruido de la calle; lo mismo fue oirle la caballería, que espantándose, empezó á dar tales corcobos, coces y manotadas, que quebró la silla, y encabritándose cada instante, bramaba mas que un toro, sin atreverse nadie á llegarse á ella: todos creían, como seguro estrago, el arrastrarle cuando menos, y hacer trozos al devoto Médico. Llegó en esto de improviso un religioso del Hospital del Patriarca *san Juan de Dios*, como de edad de treinta años; y cogiéndola de la cabezada y riendas, la sosegó del todo en aquel momento, y dejándola quieta se marchó. Vuelto el Doctor Nuñez del susto, se fue á su casa, dando al Señor muchas gracias por aquel beneficio. A otro dia fue al Hospital, y quiso preguntar por aquel Hermano que le habia socorrido, y reportado la mula: respondieron en el Hospital que no sabian palabra; instó que se lo llamasen; y juzgando por las señas ser uno que conocia, respondió aquel que ignoraba el suceso. No contento con esto, estuvo con todos los Religiosos del santo Hospital, conoció no haber sido ninguno de aquellos, y con esto cayó en la cuenta de haber sido *san Juan de Dios*, que bajó desde el cielo á guardarle, en premio de la caridad con que á sus pobres asistia. Reconocióse nuevamente aquel Médico obligado al Santo, y acrecentó su devocion rin-

diéndole debidas gracias. De otro peligro grande libró á Don Juan Perez de Eriste, Caballero de la Orden de Calatrava, Alguacil Mayor de la Chancillería de Granada, y Veintiquatro de ella. Paseábase en compañía de otro Caballero llamado Don Alonso de Peralta por la calle que va á parar á la Puerta de la Iglesia del Hospital de *san Juan de Dios*: ambos iban en sus caballos, y les dió el pensamiento de correr una pareja. Comenzáronla desde las casas de Don Juan Perez: era su caballo en la opinion maestro, sin haberle advertido falta alguna; mas, ó fuese que el demonio se metiese en su cuerpo, ó que se espantase, se desbocó como infernal furia. Desobediente á los preceptos del freno y del ginete, pasó la carrera, y derechamente fue á dar contra las puertas de la Iglesia, que se hallaban en la ocasion cerradas. El temor de que dando en ellas, entrambos se harian pedazos, era general é infalible; pero, ¡ó maravilla! sobre la misma puerta habia una efigie de *san Juan de Dios*: puso el caballero los ojos del cuerpo y alma en ella, encomendándose muy de veras al Santo, cuando al tiempo de dar el golpe, se apareció un estudiante, que abrió el pequeño postigo, y por allí de un salto se entraron ginete y caballo, poniéndose junto á otra puerta que correspondia para salir al claustro. Fue corriendo toda la gente á ver el paradero de aquel caso, y encontraron al caballo y ginete sin lesion alguna. No estuvo en esto el mayor pasmo, sino en que el postigo era tan bajo, que puesto de pie el Caballero le ocupaba todo. Con esto le agradeció, y publicó el prodigio, juzgando que el figurado estudiante sería el Patriarca Hospitalario. A la misma clase pertenece el que hizo con Francisco Martinez de Alarcon, Escribano Público de la ciudad de Granada. Tuvo que

hacer viage á la villa de Madrid, y le acompañó un Religioso de *san Juan de Dios*, llamado Fray Juan Perez. Juntóse con los dos un Caballero de Avila, que seguia el propio rumbo. Llevaba el Religioso un relicario de oro con sus cristales, de hechura y precio recomendable, y lo que era mas, metida dentro una muela del glorioso Patriarca, con su bolsita para custodiar tan rica alhaja, y pendiente de una cinta de oro y seda. Esto lo llevaba á Madrid al General de su Religion, que entonces era. No por fin conocido, sino como con impulso superior, bien que ignorado, le presentó á Francisco Martinez aquella prenda, diciéndole: Tome, Señor, y póngase esta reliquia, que le quiero hacer este favor, para que todo le suceda bien en este viage. Echósela al cuello con devocion grande el Escribano, poniéndosela sobre los ojos, y besándola: dióle muchas gracias á Fray Juan, y proseguian su destino. Como era la estacion la mas rigurosa del verano, hacian las jornadas de noche, y con esto sufrian aquellos bochornos que en Andalucía son intolerables. Una de estas llegaron como á las doce á subir un barranco, que llaman en aquella comarca los dientes de la Vieja; y habiendo tomado la vanguardia Francisco Martinez, se le espantó la mula, y retrocediendo con irregular ímpetu, cayó desde lo mas alto á lo profundo del barranco, dando tan recio golpe, que todos entendieron haberse hecho pedazos. Apeáronse lastimados de la desdicha que imaginaban funestísima, y mas cuando ni se oían voces, ni ruido alguno. El primero que llegó al sitio en que habia caido, fue Fray Juan Perez: bajaron los demas, y vieron que habia quedado debajo de la mula, con lo cual acabaron de persuadirse que estaba muerto. Levantaron la caballeria, y se levantó juntamente

Francisco Martinez sano y bueno, sin haberse lastimado parte alguna de su cuerpo: todos lo atribuyeron á milagro grande del Patriarca *san Juan de Dios*, y mucho mayor á vista de las penetrantes peñas, que forman aquel precipicio de no haberse quebrado ni un cristal del Relicario, y de advertirse al romper del alba que habia echado á la fuerza del golpe sangre por la boca, sin que esto fuese señal de mala resulta. Dieron infinitas gracias á Dios, y al Patriarca de la Hospitalidad, singularmente Francisco Martinez, quedando para siempre su singularísimo devoto.

CAPITULO XIV.

En que se prosigue la materia del pasado, añadiendo el olor del hábito, cama, casa en que murió, y bóveda en que fue sepultado, y el aceite de la lámpara, con los demas prodigios que ha obrado la divina mano.

No se ajusta la santidad con escasear beneficios, porque como las almas justas la participan de Dios, de cuya liberal mano se derivan todos los bienes, procuran imitar en los favores que hacen aquellos generosísimos destellos. Acreditó esta verdad el esclarecido Padre y Patriarca *san Juan de Dios* con los continuados prodigios que ha hecho y hace, de los cuales vamos refiriendo algunos. Vivió en la ciudad de Granada una muger, cuyo marido se llamaba Pedro Gadin, y ella Marta Diaz, de una salud tan quebrada, que seis años enteros fue atormentada con grandes y agudos dolores de ceática; y como nunca vienen solos los males por venir peor, le sobrevino juntamente otro, no de inferior clase en un ojo, que se-

gun parecia, á todas horas se le saltaba del casco. Publicáronse por Granada los Edictos para la Beatificacion del santo Patriarca por las Navidades del año de mil seiscientos veinte y tres; y aunque á la enferma apremiaban sus males con esceso, no quiso dejar de oir Misa, siquiera el primer dia, por ser tan grande y solemne. En la Misa estaba, cuando empezaron á leerse los Edictos en el Convento de nuestra Señora de la Victoria, en cuya casa estaba el Cuerpo del Santo; y oyendo las maravillas y prodigios que el Señor habia obrado por su intercesion y mérito, y las virtudes que fueron adorno de su alma, empezó con fervor á encomendársele muy de veras, pidiéndole intercediese con Dios que la aliviase de tantas penas. Al parecer estaba esperando el Santo sus deprecaciones, porque antes de salir de la Iglesia se halló mas aliviada de entrambas dolencias, con cuyo motivo se volvia con no poco consuelo á su casa. Así pasó dos dias; mas al tercero cargaron con tanta agudeza, singularmente los que causaba el mal de ceática, que redoblando los golpes, acabáran á poco mas con la vida. En esto se le ofrecieron á la memoria los Edictos del Siervo de Dios, y con esto llena de confianza empezó á estregarse la pierna mala, diciendo: *Bendito Padre y glorioso* Juan de Dios, *alcanzadme salud de estos crueles dolores que padezco, pues es tan poderosa vuestra intercesion con mi Señor Jesucristo, para que yo pueda decir alguna cosa de Vos, entre tantas como habeis obrado con otros enfermos.* Tres veces repitió estas mismas palabras con la devocion que hasta el dolor avivaba; y habiéndolas dicho, advirtió que la pierna como que quedaba adormecida, y procuando estenderla, lo ejecutó sin dolor alguno. Pasmada quedó de novedad tan repentina, y pasando

á mas, se incorporó en la cama sin trabajo ni molestia; y para certificarse del todo (que á los afligidos cuesta mucho en sentir de Séneca) bajóse de ella, y sintiéndose sana y robusta, empezó con gritos á dar gracias á Dios y á su Abogado. Acudió al ruido toda la gente de la casa, quedando atónitos al verla vestir y caminar á la Iglesia sin arrimo alguno: oyó en ella Misa; y vuelta á su casa, reconoció un numeroso gentío aplaudiendo al Señor de que quedaba no solo perfectamente buena de la ceática, sí tambien de la vista con entrambos ojos claros y serenos, y con la estrañeza de jamas haber padecido en lo restante de su vida semejantes achaques. Sirvió este prodigio en la causa de su Beatificacion, y fue la Señora devotísima del Patriarca. En la misma ciudad de Granada vivia María de Zamora, casada con Bernabé Fajardo, buena cristiana y devota en estremo de *san Juan de Dios.* Tenia una hija de este matrimonio llamada Sabina Bautista, tan enferma de los ojos, que á la violencia de las fluxiones, que bajaban de la cabeza, no solo quedaron hinchados, sino sin vista. El remedio se hizo en lo natural imposible, con que creciendo los dolores en los ojos de la niña, se aumentaban en los padres sobres las niñas de sus ojos. Hubo consultas de médicos y cirujanos, y cuando mas hacian nada adelantaban. La madre era la que mas espresaba su ansia: restaba solo consultar al Cirujano mayor del Hospital-Convento de *san Juan de Dios.* A buscarle fue el Viernes Santo catorce de abril del año de mil seiscientos veinte y tres, despues de haber gastado tres meses en la cura. Como el Señor no reconoce acaso, quiso que no le hallase en casa, con cuyo motivo fue á visitar á la madre enfermera, á cuya direccion estaba la enfermería de las mugeres. Dióla

cuenta de su fatiga, buscando así con la comunicacion desahogo, sin que dejase de referir lo dilatado de los gastos, ya por la multitud de médicos y cirujanos, ya por el tiempo que padecia la niña tantos dolores. La madre enfermera, que era sumamente devota de *san Juan de Dios*, la respondió diciendo: amiga mia, andais muy fuera de camino: no gasteis mas con médicos ni cirujanos vuestra hacienda, sino ponedla en manos del Patriarca Hospitalario, que es mejor que todos ellos para darle la salud mas robusta: encomendádsela muy de veras, y vereis como os surte bien esta receta: este es mi consejo, y le practicára á ser la niña cosa mia. En efecto, le pareció bien este devoto dictamen; y bajando á la Iglesia, se arrodilló delante de una imagen de nuestra Señora: rezó el Rosario con mucho fervor y lágrimas, haciendo promesa al Fundador glorioso de la Hospitalidad, que si la alcanzaba del Señor la salud para su hija, restituyéndole la vista, no solo proseguiría en la devocion empezada, sino que hacia voto de vestirla por un año su hábito. Acabado ésto, volvióse á su casa, hallando á la pobrecita niña sin alivio alguno. No por eso añadieron remedios; antes bien avivando sus esperanzas, determinó no cuidar de ellos, ni aplicarle las recetas que habian dejado los físicos. No tardó en lograrse el premio; pues la enfermita durmió con gran quietud aquella noche, y al romper del alba se le rompieron de sus ojuelos las cataratas: comenzó gritando á llamar á su madre, diciendo que veía alguna luz por los resquicios de las ventanas. Llegó su madre, á quien dijo: *Madre mia, yo veo.* La madre sin saberlo creer, ni acertar á negarlo, tanto era el gozo, abrió las ventanas, y puso delante de los ojos variedad de objetos, y de to-

do daba razon la hija; quiso enterarse de cómo los tenia, y los halló sin hinchazon, cristalinos, hermosos, y por fin hechos dos estrellas. Comenzó á derramar lágrimas la madre de los suyos: con el gozo publicó por toda la ciudad el prodigio; y cumpliendo el voto perseveraron madre é hija toda su vida con devocion grande al glorioso Padre. En la villa de Conil, Obispado de Cadiz en Andalucía, vivia un clérigo llamado el Licenciado Diego Guerrero, muy devoto y aficionado al santo Padre: enfermó gravemente de un malicioso tabardillo: llegaron los médicos á desahuciarle el dia seteno, que es uno de los críticos de aquel achaque. Mandaron que se dispusiera con Dios para morir; mas como es natural el deseo é inclinacion á la vida, tuvo confianza en el Patriarca sagrado, y con ternura y lágrimas le ofreció, que si le daba salud, pondria en su Breviario la Antífona, Hymno, y oracion suya, con ánimo de rezarla todos los dias de su vida. Acabó de hacer la oferta, y al punto se percibió mejoría, que yendo á mas, en breves dias se levantó de la cama, con salud perfecta y admiracion de los médicos. Francisco Diaz de Lara, vecino de la ciudad de Granada, consiguió igual beneficio. Cayó enfermo, y desde el principio declararon los médicos ser mortal su dolencia: aumentábase la malicia de la calentura; y llegó á ser preciso que se le dijera el inminente, y en lo natural infalible riesgo de acabarse su vida. En este conflicto se hallaba cuando le vino á la memoria el Patriarca *san Juan de Dios*: empezó á encomendarse al Santo y pedirle su amparo, y le ofreció una limosna gruesa para su Hospital si le ponia bueno. Al punto comenzó á mejorarse, y á pocos dias se levantó sano. Cumplió tan generosamente su oferta, como que en la Casa-Hospital

del Santo labró una portada famosísima de piedra jaspe para su Iglesia, con que eternizó su devocion y gratitud, y ademas renovó la capilla de san Roque con su liberalidad. No desdice de este lugar el estupendo milagro que hizo con doña Ana Perez del Castillo, viuda de Gaspar de Arteaga, Repartidor que fue de los Receptores de la Real Chancillería de Valladolid, cuando estaba allí la Corte. Sintióse esta Señora, estando en ella, con bastante desazon; y el dia de san Marcos llegó á esplicarse enfermedad de cuidado: pasó á recio y ejecutivo tabardillo; y tanto se agravó, que mandada sacramentar la desahuciaron los médicos. Fue á verla entre otras doña Leonor Delgado, muy amiga suya: en tal estado la halló, que no hablaba, ni tenia movimiento vital: solo faltaba para pasar á cadaver arrojar la respiracion. Estaba allí junto á la cama una hermana de la enferma, cuyo nombre era doña Polonia Perez, con aquel desconsuelo que es regular en quien estima. Doña Leonor para consolarla la dijo, que no desconfiase, y tuviese esperanza en la intercesion de *san Juan de Dios*, á quien la encomendase de veras, y mas cuando obraba Dios por sus méritos tanta abundancia de maravillas, ponderando la que habia hecho con su marido, al que puso bueno, siendo así que estuvo desahuciado. Con esto la hermana se llegó á la cama de la enferma, y así la dijo: Hermana mia, buen ánimo, y encomendarse al glorioso *san Juan de Dios* para que os alcance la salud, porque ha hecho muchos milagros, y los está haciendo, y pocos dias hace dió Dios por sus méritos la salud al marido de doña Leonor Delgado, que se hallaba en las puertas de la muerte. Abrió los ojos la enferma, y cobrando ánimo y aliento, se encomendó al Santo, prometiéndole, que si le daba la

salud, la primera visita que haria en saliendo de casa, sería á su Hospital para agradecerle su liberalidad, y le haria decir una Misa. ¡Cosa rara! Al punto volvió en sí como de un parasismo, y con la mayor aceleracion y presteza se halló buena, cumpliendo con la oferta, y refiriendo el milagro para gloria del Santo.

Otro milagro hizo con una Religiosa de la Orden de santa Clara en la ciudad de Palencia, llamada Sor Clara de Bustamante. Empezaba del año de mil seiscientos y veinte y tres el mes de enero, en el cual se hallaba fatalísimamente mala de un brazo y espalda: tan deplorable la halló el Hermano Fr. Martin de Quintanilla, de la Religion Hospitalaria, y famoso cirujano, que al despedirse de ella una noche la dijo tuviese ánimo, y estuviese con la prevencion de que la mañana siguiente sería forzoso sajarle el brazo, porque así tal vez se atajaría mayor inconveniente, que era cortarlo. Quedó muy afligida la enferma, pasando una noche de imponderable quebranto: buscaba medios en la tierra, y no lo eran para su alivio: volvia los ojos al cielo, y pareciéndole que algun Santo tal vez atenderia sus lamentos, escogió á *san Juan de Dios* para que mediase, intercediendo á fin de hallar alivio; y para obligarle mas hizo voto de enviarle cada año á su Hospital una libra de cera, si la daba salud como deseaba. No hay duda que es la oracion como saeta, que penetra los cielos; pero con mas seguridad la de los afligidos y desconsolados, por cuyo motivo fueron tan atendidas las de los tres Niños de Babilonia en sentir de san Juan Crisóstomo. Como las de la Religiosa eran de esta casta, fueron oidas con tal ligereza y prisa, que al instante notó en sí me-

joría. Durmió aquella misma noche algun espacio con bastante sosiego: cuando entró por la mañana Fr. Martin con los instrumentos del martirio, descubrió el brazo y espalda ; mas la halló con tal novedad, que no juzgó los rigores á que estaba condenada por convenientes. Preguntó entonces á la enferma si atinaba la causa ; y respondió ésta con gran contento: Padre, yo no sé mas, sino que he tenido y tengo mucha confianza en *san Juan de Dios.* Preguntó mas el religioso, y le esplicó la enferma todo el pasage de la noche: con esto publicaron el prodigio, dieron gracias á Dios, y al Santo, y sirvió este milagro para la informacion que en Palencia se hizo. Una vez que tratamos de las maravillas que Dios por medio de *san Juan de Dios* ha obrado, en orden á haber dado salud y vida; no será fuera de quicio añadir algunas de las que se vieron patentes en la ciudad de Palermo, aunque reino estraño. Enfermó de una especie de calenturas malignas un Senador llamado don Francisco Salerno: de modo se llegaron á agravar, que le condujeron al estrecho de morir. Al principio de la dolencia pidió al Prior del Convento-Hospital que le enviase un religioso para asistirle, segun la costumbre con los pobrecitos de aquella santa Casa, y el Prior lo hizo así, eligiendo para el efecto al P. Er. Hilarion Perdicaro, sacerdote del mismo Hospital, y escritor de la vida de su escelso Patriarca *san Juan de Dios* en lengua toscana, y es el que pone este suceso. Desahuciáronle los médicos; quedando toda su casa con imponderable desconsuelo. Su esposa, á quien tocaba la mayor parte de la pena, mandó que le tragesen la reliquia del glorioso Padre, que aquel Hospital tiene, y es un hueso del dedo pulgar de la mano derecha. El Prior se la llevó ; y habiéndola el enfermo adorado, la

afligida señora con mucha confianza mandó que se la pusieran sobre el pecho, que daba indicios de moribundo. Dispuso ésta un altarcito; en donde colocaron aquella joya, y le encendieron dos velas, ardiendo á todas horas. Con esta decencia la tuvieron tres dias, incesante la señora en sus afectuosos ruegos. La tercera noche dispuso que se le rezase la Letanía de los Santos: comenzóla Fr. Hilarion, y al nombrar *Sancte Joannes de Deo*, advirtieron que respondia con los demas el enfermo *ora pro nobis*. Pasmáronse con la novedad, porque el accidente le tenia trabada la lengua, entorpecidos los sentidos, y en profundo letargo, de manera que no podia pronunciar, ni hablar una palabra. Repitieron la Letanía, y respondió segunda vez el enfermo á lo que antes, bien que con mas claridad y distincion, y ademas prosiguió el resto de la Letanía. Tomóle el pulso Fr. Hilarion, y le halló mas aliviado. Empezó á bañarles el corazon el gozo de oirle hablar, y darse á conocer con notable mejoría, y le preguntaron si le habia sucedido algo: respondió que sí; y empezó á referirlo de esta manera: Durmiendo estaba, y soñé que me hallaba en el tribunal divino, en el cual pedia á Dios la salud que me faltaba; y estando en lo mejor de mis súplicas, oí una voz que me decia: Encomiéndate á *Juan de Dios*. Volví los ojos, y ví á este santo Padre de rodillas delante de la Suprema Magestad, y le rogué que intercediese para alcanzar la salud, cuando me pareció que le nombraban en la Letanía, y ya despierto proseguí diciendo: *ora pro nobis*, desde el cual punto (sea Dios bendito) me siento muy aliviado. Dijo estas palabras el doliente, y el religioso, sin dar mas lugar, se levantó, cogió la reliquia, y llevándola á la cama, le dijo: Señor don Francisco, aquí tiene usted la reliquia de *san Juan de Dios*, á quien se

ha encomendado: haga un acto de amor de Dios, y tenga firme esperanza, pues sin duda le favorecerá el Señor en darle lo que desea. Adoróla con devocion el enfermo, arrimóla al pecho, y quedóse dormido con un sudor tan copioso, que penetrando la cama, bañó el suelo. Despertó; pero tan mejorado que no le hallaron mas que vestigios de calentura: recuperó las fuerzas, salió de casa, fue á dar gracias al Santo con una rica ofrenda, y vivió lleno de devocion hasta su fin dichoso. Con otros dos casados, que vivian eu la plaza del Castillo de aquella ciudad misma, aconteció si no mayor, igual á lo menos maravilla. Habiáles dado Dios un hijo, que habiendo cumplido siete años sin hablar palabra ni media, aseguraron los médicos y cirujanos á los padres, que era mudo. Eran estos muy devotos del gloriosísimo Patriarca *san Juan de Dios*, y en alas de esta devocion, y de su tristeza le llevaban de ordinario á la Iglesia de este bendito Padre, á quien le encomendaban muy de veras. Sucedió que un religioso, hijo de tan gran Patriarca, llegó á la puerta de estos buenos casados á pedir limosna; y saliendo la madre con el chico á dársela, le suplicó que le encomendase á *san Juan de Dios* que le diese el habla, porque era mudo. El religioso llevaba una campanilla, y en ella esculpida la imagen del Santo; compadecióse del niño, y de la madre: llenó la campanilla de agua, diciéndola que confiase en el Señor, que por la intercesion de *san Juan de Dios* conseguiria su deseo. Dióselá á beber al niño, y al punto, rompiéndose el frenillo de la lengua, empezó á hablar algo, y en breve perfectamente, como cualquiera, de lo cual todos se mostraron agradecidos y obsequiosos.

En la ciudad de Término, del mismo reino, y famosa por sus acreditados baños, se vió evidente otro

milagro. Un caballero nombrado don Felipe Notarbartolo, iba á ver una posesion suya por nombre la Suyara en compañía de un religioso de *san Juan de Dios*, llamado Cirino Giannoti, entrambos en sus caballos, por estar bastante lejos. Al pobre religioso le dieron un caballo de no buena condicion, bastante arrojado, y mas soberbio de lo que debia. Llegaron á la eminencia de la montaña de san Calogero, ocupada de peñascos puntiagudos á manera de sierra, y aquí fue en donde se le espantó el caballo: se levantó en pie, queriendo el religioso detenerle, y al cabo cayó de espaldas el bruto, cogiendo á Fr. Cirino debajo. Crecia la congoja de todos los que vieron la fatalidad, porque á un lado del parage en donde cayó habia un profundo despeñadero; y si al levantarse el caballo se inclinaba á aquella parte, era preciso que caballo y ginete se hicieran trozos, en caso de haber quedado vivo. No fue así, porque acudiendo á favorecer á Fr. Cirino, le hallaron fuera del caballo sin haber recibido daño el mas leve: y todo se atribuyó á milagro conocido de su piadoso Fundador, y Padre, porque á la primera inquietud del bruto dijo: Padre mio *san Juan de Dios*, valedme.

José Rizzi, uno de los vecinos de Palermo, tenia á su muger llamada Ana, con un trabajoso preñado, siguiéndose los mas acerbos dolores del parto. En ocasion fue que pedia la limosna para los pobres del Hospital un religioso de *san Juan de Dios*: llegó el religioso á la puerta, y salió una asistenta de la paciente á preguntarle si traia alguna reliquia del Santo, porque el dificil parto estrechaba de muerte á una amiga suya. El religioso no traia mas que una campanilla de bronce con la imagen suya cincelada, la misma que hizo el milagro con el niño mudo: diósela á la muger

y la dijo: tome esa campanilla, hermana, y encomendando muy de corazon á esa, que tanto peligra, póngasela sobre el vientre, y tenga fé y confianza en *san Juan de Dios.* Así lo hizo, prometiéndole que si paria varon, se llamaria para gloria suya Juan de Dios: tan feliz fue el parto, que las gentes se llenaron de asombro, y conocieron que el brazo de Dios habia obrado aquel prodigio por medio del Patriarca. En cumplimiento de la promesa le puso la madre en el Bautismo *Andres Juan de Dios.* Poco duró la memoria, por que desdeñándose de aquel nombre le nombraban con otro. Enfermó el niño á pocos dias despues de aquel descuido, bien que con cuidado. Llegó al estremo de agonizar: la madre echaba arroyos de lágrimas por sus ojos, cuando entre tanta lástima pasó pidiendo la regular limosna el religioso, por medio de cuya campanilla habia logrado de su Magestad Divina la felicidad del parto: mandaron decirle que entrase: oyó los llantos: vió la turbacion de todos: las esclamaciones de la afligida madre enternecian: las calenturas del tierno y agraciado niño obligaban. Bien sabia el religioso lo que habia pasado en asunto del nombre puesto en la fuente de la gracia: con esto dijo á la madre: señora, ¿no hizo usted voto de que se llamase Juan de Dios, y ha tomado á mal llamarle así? Pues valga la verdad, que esto puede ser pena de aquella ingratitud. Cayó en la cuenta la angustiada madre, y corriendo á la cama, empezó por tres veces á decirle al niño: hijo mio Juan de Dios, Juan de Dios, Juan de Dios: abrió á estas voces los ojuelos el rapaz, se abalanzó á los brazos de su madre, tomó el pecho, y mejoró de modo que en breve estuvo sano, confirmando su madre el voto de llamarle con el santo nombre del Patriarca. Con este nombre se llamó tambien otro hijo de Flavia, muger

que era de Francisco Angelo, los cuales vivian en la misma ciudad en la calle de Terzana. Tan fatales eran los partos, que Flavia en cada uno esperaba tres ó cuatro dias la muerte, con terribles dolores: en cinta se hallaba, y en los últimos dias en el mes de mayo del año de mil seiscientos sesenta y cuatro, deseando, como se deja entender, verse libre en la ocasion del peligro acostumbrado. Solicitó por medio de un religioso un cabo de vela de las que ardian en el altar del santo: consiguiólo; y al tiempo de venirle los dolores, mandó con gran devocion y esperanza encenderle: tal fue su dicha, que sin asistencia de comadron dió á luz un hermoso niño, sin haber sentido casi dolor alguno. Mandó que le llamasen en el Bautismo Juan de Dios en justa demostracion de su gran voluntad; y así el hijo como la madre le tuvieron siempre por protector y abogado.

Como el fuego mas crece cuanto mas se gasta, la caridad de este serafin abrasado, cuanto mas socorria al prógimo, mas fogosa se admiraba, haciéndose espectáculo agradable á Dios y al mundo. Con esto corria como rio presuroso á los pobres que lloraban debajo del tirano yugo de la miseria, y mas si habia sucedido alguna fatalidad sin culpa suya. Así sucedió en Granada con Miguel de San Esteban, hombre acaudalado en el oficio de mercader. Ofrecióse éste á hacer una fianza por un amigo suyo, que quebrando á poco no solo se ausentó de la ciudad por ser la satisfaccion imposible, sino que murió, quizá de pesadumbre. Los acreedores sabedores de su muerte, echaron mano del fiador, y con embargarle toda la hacienda, le dejaron en la calle con crecidísima familia. Viéndose así en brazos de este desconsuelo, y que las puertas de la tierra estaban cerradas, acudió á las del cielo, frecuentan-

do Iglesias, oyendo misas, y encomendando su desgracia á Dios y á los santos. Un dia estaba oyendo misa en la Iglesia del convento de nuestra Señora del Carmen, en ocasion que publicaban los edictos para las probanzas de la santidad de *san Juan de Dios*, y al oir el ardiente zelo del socorro á los pobres, le despertó al mercader necesitado una devocion tan viva, que determinó pedir al Señor con firme confianza, que por los méritos del Patriarca se sirviese socorrerle en aquel lastimoso conflicto en que se hallaba. Con esto propuso tambien hacer un novenario, mandando el dia noveno que se celebrase una misa. Salió de la Iglesia despues, y apenas habia salido, cuando halló un amigo que le preguntó cómo se hallaba. Respondióle el mercader con todo el tropel de trabajos, que le habia cargado su Divina Magestad. Entonces compadecido el amigo, le dijo que tuviera en Dios mucha confianza; y le dió noticia de que el dia siguiente se echaban suertes en el cabildo de la ciudad para los oficios que se sacaban, añadiéndole que quizá hallaria allí puerta abierta para su alivio. Para esto es menester, (prosiguió) que hableis al Veinte y cuatro don Miguel de Abellan, que es caballero muy honrado y caritativo, y puede que Dios quiera que os dé alguno de los que le tocaren. ¿Qué tengo de hablar, respondió el mercader, pues ni para comprar una gallina tengo, que poderle ofrecer? Habladle, repitió el amigo, que nada se pierde. Perdone usted, volvió á instar el mercader, que yo nada de eso haré, porque mi misma miseria me ata hasta los labios para todo: en quien tengo toda mi confianza es en mi bendito abogado el ínclito *Juan de Dios*, y no pretendo ni quiero mas arrimo: con esto se despidieron. El dia siguiente se fue, segun costumbre, á oir misa y encomendarse al

Patriarca. Ya salia de la Iglesia, cuando encontró un portero del Cabildo de la ciudad, que le iba buscando, para que le diera albricias de un oficio que le habian dado. Llegóse á él, y le dijo: señor mio, vengan albricias. ¿De qué? replicó el mercader necesitado. Del oficio (prosiguió el portero) de cobrador de la Alhóndiga de la ciudad, cuyo nombramiento ha hecho el Veinticuatro don Miguel de Abellan, por haberle tocado. Razon es, dijo el mercader, pero ni qué llegar á la boca tengo: bien que yo os las ofrezco en entrando en el empleo. Volvió á la Iglesia á dar las debidas gracias, y luego se fue á la casa de su bienhechor don Miguel, diciéndole, ¿cómo era que sin merecerlo, ni conocerle, le hubiese hecho un favor tan señalado? Respondió el caballero, porque de cuantos empeños habia tenido, que eran innumerables, de todos se habia olvidado en aquella hora, y que sin saber cómo, le nombró: que era imposible que no fuese milagro; y así que diese las gracias á Dios y á María Santísima, supuesto que todo el influjo habia sido de arriba. Así lo hizo el mercader, y ajustó que el empleo le valia anualmente setecientos ducados, tan bien cobrados, como que entrando en su poder mas de quince mil, lo hacia por su misma mano. De este milagro tan patente resultó otro no menos grande. Era imposible entrar en el goce sin fianzas muy abonadas para asegurar los caudales que entrarian en sus manos: en nuevo desconsuelo se vió segunda vez el mercader; mas avivando la fe y esperanza, quedó seguro de que quien en lo principal le habia socorrido, tambien le socorreria en lo accesorio. Sintió un impulso interior de que fuese á casa de Francisco de Quesada, hombre muy poderoso; y al contarle la felicidad del sorteo, y la falta de fianza, le respondió: Pues yo le fiaré cuanto sea me-

nester; no se detenga por esto. Así sucedió; y tomando posesion de su empleo, vivió con abundancia muchos años, manteniendo su familia, y siempre agradecido, y devoto de *san Juan de Dios*, su protector y abogado.

No fue de menos asombro la maravilla con que Francisco Sanchez, vecino de la ciudad de Cadiz, fue socorrido. Sin que comer se hallaba un dia, y sin poder ganar un bocado de pan, por falta de ocasion en que trabajar. Viéndose en afliccion tan grande, se fue al Templo del Hospital de *san Juan de Dios*, que se llama de la Misericordia, y arrodillado delante de una Imagen suya, despues de haberle rezado un Padre Nuestro y Ave María, le dijo con mucho dolor, y no menos confianza: Padre de pobres, bendito *san Juan*, ninguno lo es mas que yo, pues no tiene un bocado de pan, ni mi muger, ni familia, y tampoco lo puedo adquirir yo con mi trabajo: atended á mi mucha necesidad, y que siempre he sido devoto vuestro. Con esto, despues que oyó Misa salióse de la Iglesia, y sentóse en un poyo, con el ánimo de pedir lo mismo que á su Santo. A poco rato pasó por allí cerca un hombre, que sacando ocho reales, le saludó, y dijo: Señor Francisco, tomad esto para un par de gallinas, y confiad en Dios, que mantiene tantos pajarillos con sola su divina providencia. Igual caso fue el que pasó con una devota señora muy principal en la villa de Madrid. Cargada se hallaba de años y miserias, y en tanto estremo, que le faltaba el preciso sustento los mas dias, sin que la pobrecita ni á pedir acertára. Frecuentaba esta señora la Iglesia del convento del venerable Anton Martin con gran devocion que tenia al Patriarca *san Juan de Dios*. Tan miserable y angustiada se halló un dia, que no te-

niendo nada nada, se fue á la acostumbrada Iglesia, y despues de oir misa, propuso á su amado Padre la necesidad terrible que padecia: fuese á su casa, enjugando con la confianza el llanto; y al entrar por la puerta vió que salia de su aposento un Religioso, que por el trage y hábito conoció ser de *san Juan de Dios.* Quedó mas confusa, cuando vió que la puerta estaba cerrada; y llegó la admiracion al mayor punto, cuando entró, y halló puesta la mesa con pan, vino, y vianda con abundancia, y tal delicadeza, que no habia comido en su vida igual regalo. Con esto conoció que el Religioso, que habia salido, era *san Juan de Dios*, que oyó sus clamores; y despues volviendo á su Iglesia, le dió gracias aumentándose su devocion todos los dias. Agravio fuera no pasarnos desde este suceso de Madrid á la ciudad de Palermo, aunque sea muy larga de una poblacion á otra la distancia. Habia un pescador, que con su pesca no solo mantenia su casa, sino tambien á muchos compañeros suyos. Corrieron algunos dias tan estériles, que ni un pez sacaba en las redes. Con esta infelicidad entróle suma tristeza, por fartarle para sí, y para los demas un todo. Llegóse el dia del glorioso Patriarca *san Juan de Dios*, y con impulso no conocido se fue la víspera al convento de san Pedro Advíncula á encomendarse muy de veras al Patriarca; y advirtiendo que el sacristan atizaba la lámpara de su capilla, le pidió un poco de algodon untado con el aceite que la fomentaba. Dióselo el sacristan: fuese de la Iglesia; y llamando á sus compañeros, salió en su barquichuelo á arrojar en nombre de *san Juan de Dios* las redes al agua, prometiendo, que si el lance fuese feliz, habia de dar para aquel dia cuanto pescado fresco para comer los Religiosos del Hospital fuese menester. De

este modo las arrojó, remando todo el tiempo que juzgaron necesario: tentaron el peso de las redes para conocer si habia entrado alguna pesca, y las hallaron tan pesadas, que fue necesario para sacarlas llamar á todos los compañeros, y ademas irse con mucho tiento para no rasgarlas. Con esto sacáronlas á la playa, vieron una abundancia de peces nunca sucedida, apartaron para el Hospital de *san Juan* aun mas de lo necesario, quedaron con mucha ganancia todos los pescadores, y mucho mas el principal: de manera que satisfizo todas las deudas que habia contraido; y dando gracias á su protector grande, siguióle toda su vida la dicha de coger con abundancia en cualquiera lance, porque continuó echando las redes en nombre de *san Juan de Dios.*

Ya llegó el caso de inclinar la pluma al olor del hábito que vistió este glorioso Patriarca, pues no hay duda que los santos son la fragrancia olorosa, que difunde por la Iglesia la Magestad de Cristo (1); y al mismo tiempo decir algo de la casa, y cama en que murió, de la bóveda en que fue sepultado; y así como de las maravillas que Dios ha sido servido obrar por medio del báculo del Santo: de la tierra feliz que le dió cuna; y del aceite de su lámpara. Santa llamó Dios la tierra en que en el Sinai se apareció á Moysés (2). Milagrosa fue la vara, ó cayado que Eliseo envió con Giezi, para resucitar un niño muerto (3); mas ni con el báculo del Profeta cobró vida el niño, ni dice el texto que la tierra santa que pisó Moysés, arrimándose á la Zarza, obrase prodigio alguno. Este favor le concedió la Suprema Magestad no solamente al Santo en su persona, sino á todo lo que llevamos

(1) 2. ad Corinth. 2. (2) Exod. 3. (3) 4. Reg 4.

referido, para que conociera el mundo lo mucho que le estimaba. Empecemos por el hábito. Estaba un dia Felipa Gomez en una ventana de su casa, acompañada de otra hermana suya, en la ciudad de Granada: era el tiempo sumamente lluvioso, y daba el cielo á cántaros el agua: pasó por la calle *san Juan de Dios* descalzo, como tenia de costumbre, y tan mojado, que chorreaba todo el hábito: llamáronle compasivas: entró en su casa; y dándole una manta con que cubrirse, hicieron que se quitase el hábito para enjugarle. ¡Cosa rara! Al tiempo de ponerle en el enjugador sobre un brasero, empezó con la fuerza del calor á echar vapores y humo, y advirtieron entrambas hermanas una fragrancia tan singular y extraordinaria, que juzgaron ser divina: ni las aromas mas apreciables pudieron lisonjear el sentido como aquellos humos y vapores. Conocieron en esto las señoras la estimacion grande que hacia Dios del Santo; y llorando lágrimas de devocion, dieron á su Magestad las debidas gracias de manifestarles por aquel medio las virtudes del siervo de Dios, al cual desde entonces quisieron mucho mas. Asistia en una temporada doña Ursula Ramos en casa de los Pisas, en donde se habia criado, y en la cual murió el bendito Padre: era un sábado por la mañana, cuando llegó casualmente á la puerta del Oratorio, en que estaba rezando doña María Osorio, hija de doña Ana, aquella gran devota suya, que le llevó á su casa en la enfermedad última. Estando allí doña Ursula, percibió tan gran fragrancia, que se llenó de pasmo: esperó á que saliese doña María para saber cual era la ocasion de aquel suavísimo olor, y riéndose le respondió ésta: *doña Ursula, no hay mas que ser santa, y vereis la fragrancia que dais.* Sabed que este

Oratorio es el aposento en que murió el Santo *Juan de Dios*, y desde aquel dia hasta el presente todos los sábados (que fue sábado el dia en que pasó á la vida eterna) regala á esta casa con tan singular prodigio, siendo así que ya contamos mas de cincuenta años de esta continuada gracia; y para que crezca en vos la admiracion, os diré mas, que cuando murió, esta misma suavidad perseveró continuamente los nueve dias enteros. No sabia doña Ursula qué decirse á tan señalados favores, y así quiso lograr el sábado siguiente aquellas delicias, y dar gracias á Dios, que así honra á sus santos. Aquel gran Cardenal don Pedro Deza, Presidente que fue de la Real Chancillería de Granada, entre las alabanzas que decia del esclarecido *san Juan de Dios*, no era la menor el olor de la cama en que estuvo enfermo y murió. Guardóse esta con el respeto merecido en casa de los señores Pisas, y continuaba despues de muchos años con las mismas evaporaciones. Veinte años despues de su feliz tránsito supo el Arzobispo de Granada que en la Capilla de los señores Pisas, en que estaba enterrado el cadaver del Santo, se aparecian luces milagrosas: visitóse la Capilla, descubrióse la bóveda, y fue tanto el olor que arrojó el arca en que se encerraba el sagrado cuerpo, que el gentio que entró quedó suspenso. Entonces sucedió uno de los grandes milagros que ha obrado la Omnipotente mano con un pobre enfermo de un brazo, que pedia con devocion la salud perfecta. Apartábanle los muchos que rodeaban el atahud, sin dejarle libertad para llegar: insistia el pobrecito, por mas que continuaba la repulsa, hasta que fue su Magestad servido de concedérsela allí mismo por la intercesion del Santo, y salieron glorificando á Dios, ademas de señalarle desde entonces el señor Arzobis-

po una racion diaria y perpetua. En tiempo del Arzobispo don Pedro de Castro (quiero aquí repetir) murió en Granada una Señora de la familia de los Pisas: como su entierro estaba en la Capilla en que yacía el cadaver del Santo, abrieron el sepulcro, y fue tal la fragrancia que salió, que nadie se atrevió á entrar dentro. Participáronselo á aquel Ilustrísimo, y mandó que no se enterrase allí la difunta: instaban los parientes por ser suya la bóveda; y respondió: *que en donde estaba el Cuerpo de un Santo, no era justo que nadie se enterrase.* Aquí me brinda la devocion á una reflexion nada ociosa para su mayor gloria; y es, que hizo con esto el cielo imposible que mano alguna ocultase aquella preciosa joya; pues si el cadaver de Joseph, escondido entre las aguas del Nilo, fue descubierto al echar sobre la corriente una lámina de oro con el nombre de *Dios* escrito en ella (1); siendo de *Juan de Dios* el Cuerpo sagrado, bastaba este glorioso nombre para que en cualquiera parte diese alguna señal clara y segura (cual era una subida y aromática fragrancia) de que allí estaba. Con ocasion de lo dicho no era del caso omitir una plausible noticia. Para señalar el atahud del cadaver sagrado la primera vez que le depositaron en la Capilla de los señores Pisas pusieron encima una piedra de figura triangular, ademas de una medalla de plomo; y habiéndose descubierto cuarenta y cuatro años despues el Sacro Monte de Granada, le consagraron por escudo de armas el *triángulo*, porque fue la señal ó divisa que tenian los sepulcros de tantos Mártires invictos, cuyo suelo enriquecian sus reliquias. ¡Alta providencia! Quizá en feliz vaticinio de la mucha ve-

(1) Pedro Comest. Hist. Schol. sup. Exod.

neracion, que formando coro con los de estos triunfantes campeones, lograrian los preciosos huesos del Patriarca de los Hospitalarios. Del Crucifijo que quedó en manos del Santo despues de muerto, y traia consigo en vida, se han visto famosísimos milagros, por cuyo motivo le piden con gran devocion, así los que agonizan, como las mugeres en el peligro de los partos, y se atribuyen despues de Dios al Santo Patriarca.

Desde esto pasamos al báculo ó cayado que servia de arrimo en esta vida al esclarecido Padre. Dejamos dicho lo que pasó con doña Leonor de Mendoza, cruzando el Patriarca por la ciudad de Toledo, como la llenó de confianza de que tendria hijos, y en prendas le dejó el báculo, para que al mismo tiempo tuviese felicidad en los partos. Verdaderamente fue así, pues los tres que tuvo fueron dichosos y sin peligro; lo cual visto por la buena Señora, le tenia custodiado como especialísima reliquia. Sucedió, pues, que muerto su esposo y hijos, determinó esta Señora consagrar su casa en Monasterio. No estaba resuelta si de Religiosas ó Religiosos; cuando Dios que todo lo ordena, le manifestó su voluntad por un raro medio. Habia en la casa una dueña muy virtuosa, que se llamaba doña María de la Paz: se levantaba temprano, y despues de sus oraciones, iba á llamar á su Señora, á quien por sus achaques acompañaba en el ejercicio de pasearse por una galería. Acaeció una mañana que la devota dueña, levantando los ojos al cielo, reparó ácia la parte que caía sobre la Capilla una nube, que tenia la figura propia de un cayado. Aunque concibió estrañeza, no hizo alto, por ser dable una casualidad originada del aire. La mañana siguiente á la misma hora levantó la vista, y advirtiendo la figura del modo que habia visto, le hizo mas eco;

mas ni por esto quiso decirlo á la Señora. Volvió al tercero dia, y viendo lo propio, y que se le representaba siempre el báculo de *san Juan de Dios*, no pudo disimularlo, y hizo que su misma Señora le viese. Al punto conoció ésta que era demostracion divina, para que entendiese que gustaba Dios de que el Monasterio que meditaba, fuese Convento-Hospital para los hijos del Patriarca, que le dejó el báculo. Así fue. Llamó los Hermanos al punto: les dió la Capilla, que ya era capaz de ser Iglesia: quedó con el título del *Corpus Christi*, que hoy persevera: destinó renta, ornamentos, y lo necesario para el culto, y entre las reliquias les cedió el báculo ó cayado del bendito Padre para su mayor veneracion y obsequio. Divulgóse todo el caso, y tuvo tal acrecentamiento la devocion que no se ofrece peligro alguno que no procuren llevarle. Isabel de Gaona, muger de Francisco de Getino, tuvo un parto trabajosísimo, sin que pudiera echar á luz la criatura en tres dias enteros; motivo por el cual se vió en las puertas de la última desgracia. Viendo las que le asistian frustrados los medios humanos, recurrieron á los divinos, enviando á toda priesa por el báculo de *san Juan de Dios*: trajéronle; y tomándole en sus manos Isabel con mucha confianza, parió sin algun peligro ni suyo, ni de la criatura. A vista de este gran prodigio, y habiéndole en otro tiempo asaltado un furioso tabardillo, envió animada de la fé por el mismo báculo, y alcanzó perfecta salud; y en crédito de lo mucho que se confesaba agradecida y devota, juntamente con Isabel Ruiz, su madre, determinaron las dos guarnecer aquella apreciable reliquia de plata: la madre costeando la una parte por el buen parto, y la hija la otra por la salud que alcanzó del tabardillo. Francisco Martinez de

Santiago, que casó con una doncella de doña Leonor de Mendoza, tuvo de ella ocho hijos, y depuso que los partos en que no le trajeron el báculo del Santo fueron peligrosos; mas aquellos en que se arrimaba al báculo tan fáciles fueron, como que al llegar la comadre la hallaba parida y fuera de todo cuidado. Doña María de Rueda, esposa de Luis Lopez de Tapia, contaba muy pocos años, mas con el vientre extraordinariamente crecido, sin sentir movimiento alguno, por cuyo motivo asentian á que la criatura estaba muerta. La madre de doña María estaba temerosísima del parto, y afligidas entrambas con el mismo motivo. Oyeron las maravillas con que favorecia Dios, tomando por instrumento el báculo del Santo: enviaron por él: empezaron los dolores con tibieza: ya subieron á insufribles, y entonces cogiendo el báculo, y besándole con mucha devocion y respeto se abrazó con él. ¡Notable caso! prontamente salio la criatura, aunque no muerta, doblada, que es gran dificultad para los partos, y fue éste tan feliz, como que sin dolor alguno se vió una hermosa niña dada á luz, quedando así esta Señora como su madre y toda la casa devotísimas de *san Juan de Dios*. Otra muger de un pastelero habia enloquecido con el rigor de los dolores del parto, y llegó á punto de perder la vida: aplicaron el báculo, y recuperando el juicio, salió con la mayor dicha. Ines Ruiz García, casada con Juan de Cobos, vecino de la Imperial Toledo, habia cuatro dias que estaba con la criatura muerta en el maternal claustro, agotadas todas las medicinas, á escepcion de la última, que fue colgarla, para que en fuerza del peso saliese el difunto cuerpecillo. Conociendo la inutilidad del martirio, y una calentura muy recia que la sobrevino, y llevaba al último trance, la

descolgaron y metieron en la cama. Llegaba entonces el marido con el báculo del glorioso Patriarca: la comadre puntualmente se lo aplicó, encomendándola los circunstantes al Santo, cuando con la mayor brevedad sintió que la criatura, aunque muerta, habia dado un buelco Con esto la comadre advirtió que habia salido un pie de la criatura; y entonces procurando que la madre animase mas la devocion y confianza, echó con facilidad el niño muerto. Fue de tanta admiracion este prodigio, como que el Doctor Apolinario, que le asistia, acostumbraba decir que aquel parto se parecia á la resurreccion de Lázaro, por ser de cuatro dias entrambos difuntos.

Desde las maravillas que obraba Dios por medio del báculo ó cayado del Santo Patriarca, queriendo que se aumentára la estimacion y culto, llegamos á la tierra de la casa en que nació, y pisaron sus tiernas plantas: motivo por el cual el Excelentísimo señor don Alejandro de Braganza, Arzobispo dignísimo de Ebora, mandó en el año de mil seiscientos y siete, que se construyese allí un Templo, como se practicó con la ostentacion debida. Sea la primera maravilla con dos hijos de este caritativo Padre Fr. Juan Lopez Pireiro, y otro compañero, enviados á Portugal desde Castllla. El caso fue, que se aposentaron en la casa de su nacimiento: una noche estando el Padre Fr. Juan junto á la lumbre con un vecino de Montemayor, observaron que del cimiento de la fábrica saltó una piedra fuera por la parte en que estaban sentados. Entendió el Religioso ser aviso del cielo, y con voz alta dijo: Esta casa señala ruina, vamos fuera sacando la ropa: así lo hicieron, y al acabar de salir se vino abajo. Manuel Diaz, morador de la misma villa, se hallaba enfermo de los ojos,

y tan inflamados, que no se prometia remedio: al oir los prodigios que por medio de aquella tierra obraba Dios, pidió á los religiosos un poco: volvió á su casa; y dándose con ella, lleno de confianza, se le quitó repentinamente todo el mal. Un esclavo de Blasa Diaz adoleció de una enfermedad totalmente oculta: pidió una vela á su Señora para ofrecerla á *san Juan de Dios*. A toda priesa se fue á la casa del Santo; y despues de hecha la oferta, suplicó á los religiosos una porcioncilla de tierra: volvióse, y en presencia de su Señoría, metida en una bolsita se la puso en el cuello, diciendo: *san Juan de Dios , vos me habeis de dar salud.* Prontamente surtió efecto; pues acabada la oracion echó por la boca gran multitud de gusanos, quedando perfectamente bueno y sano. Aunque es verdad que al oir tan grandes maravillas queda suspenso el ánimo sin saber prorrumpir sino en alabanzas divinas, sube de punto la suspension, si se pasa á las que se han visto por el aceite de su lámpara, con el cual ni tuvo el Patriarca *san Juan de Dios* contacto alguno en vida, ni despues de difunto, á diferencia de los otros medios hasta aquí dichos; y en atencion á esto referiremos algunos. Estuvo muchos años tullida María de Oliveira en la villa de Montemayor, sin ser capaz de moverse ni de dar un paso: este accidente le padecia desde tan niña como de catorce años. La madre con sentimiento casi irremediable lloraba los males de su hija; mas Dios, compadecido de tanta lástima quiso aliviar á entrambas de aquella pena. Ya se habia fabricado en la casa en que nació *san Juan de Dios* una Capilla en forma de Oratorio, que servia de Iglesia al Convento-Hospital, que se fundó, creciendo la devocion y culto. La madre, al eco de tantos milagros como referian las gentes,

llevó la hija á la casa del Santo, valiéndose para la mayor comodidad de la hija de que la llevase un jumentillo. Apeáronla al llegar su propia madre y otra amiga á la puerta de la Capilla, pidiendo á Fr. Juan Lopez, uno de los religiosos que allí estaban, un poco de aceite de la lámpara del glorioso Padre: untaron muy bien con el aceite cuanto era menester con firme esperanza; y al acabar se puso en pie la tullida, y echó á andar con la ligereza de cualquiera: entróse en la Capilla á dar gracias; y divulgándose el milagro, cuantos lo supieron se llenaron de contento y gozo. Felipa Botella, vecina de la propia villa, padecia el terrible achaque de un mal, que vulgarmente se llama *nacido*, en parte oculta, y muy sensible. Bastantes remedios se la hicieron; pero ningunos bastaron: se dilataba el mal; el cual permaneciendo en su estado, no era de muerte; mas era regular, no atajándole el paso. Como cundió la noticia del prodigio con la tullida, entró ésta tambien en gran devocion y deseo de valerse de *san Juan de Dios*, untándose con el aceite de su lámpara. Envió al Convento un hijo suyo con pretension tan santa: volvió á su madre con diligencia, y frotando todo el nacido, se vió al punto libre, como si jamas hubiera habido tal cosa. Con esto quedó muy devota del Santo Patriarca, resonando hasta en los paises mas remotos las glorias, principalmente de Dios, y en segundo lugar del Patriarca Hospitalario, por cuya intercesion y merecimientos favorecia con tanta liberalidad al mundo. Ya es preciso suspender la pluma por lo que toca á relacion de milagros, no porque hasta ahora se haya hecho mas que dibujar por una uña este Leon sagrado; sino porque al ver tan inumerable abundancia, se confiesa del todo vencida; pudiendo decirse

propiamente, que precisa á la indigencia. El poder de la verdadera virtud jamas se rinde, siempre aspira á crédito mayor: por esto se compara, segun varias plumas, á la clava que manejó Hércules, la que despues de tantas victorias, reverdeció en frondosísimos tallos (1). Cada dia está como reverdeciendo en el Patriarca glorioso *san Juan de Dios* la virtud de hacer portentos. Si vamos á Ceuta, que ya toca á la Africa, se refieren infinitos prodigios de todas clases, como consta en las Remisoriales para la Canonizacion, y cada dia vá brotando otros: si pasamos á la América, sucede lo mismo; y aun se pudiera llamar por eso solo India de tesoros: si á la Asia, lo propio: de la Europa dijimos algo de lo mucho con que mejor parece para crédito de la mano que escribe el silencio y suspension reverente.

CAPITULO XV. Y ULTIMO.

Translacion de las Reliquias del Patriarca san Juan de Dios *á su nuevo Templo: epílogo de las cartas que viviendo escribió á varios sugetos, y de las que recibió del Venerable y Apostólico Maestro Juan de Avila.*

Son las translaciones de las reliquias de los santos un claro testimonio de la veneracion que les tributan los fieles, escribió el devoto y dignísimo Obispo de Jaen Don Sancho Dávila (2); porque el motivo de ejecutarse es mejorarlas de lugar para la decencia y culto. Así se ha visto en las tres leyes, Natural,

(1) Paus. lib. 2. Natal. Comitt. lib. 7. (2) D. Juan Dávila. Ven. á los Cuerpos de los Ss.

Escrita, y Evangélica. Empezó aquella con las reliquias del justo Abel, epíteto que mereció de la boca de Cristo (1), con las de nuestros primeros padres Adan y Eva, y demas Patriarcas hasta el Santo Job, que fue el término de ella (2). En la segunda con las de Aaron y Moisés, con las de José el Casto, y demas amigos de Dios, gobernado por Jueces el Pueblo Hebreo, siguiéndose las de David, Isaías, Jeremías, Ezequiel, Daniel, los doce Profetas menores, sin disimular las de los heróicos Macabeos. Y en la tercera, dejando por muy difuso el número de tantos ínclitos, basta saber que nuestro Redentor y Maestro enseñó esta doctrina con sus palabras y ejemplo (3). Esta reverente aficion es uno de los fines que mueven á erigir, dedicar, y consagrar nuevos y magníficos Templos, segun persuadia el Papa Inocencio Tercero en uno de sus Sermones de la Dedicacion de la Iglesia (4), y lo confirmó Berengario Abad en una elegante homilía al mismo asunto (5): á lo que añado, que el célebre Miguel Coniates en la Oracion fúnebre que predicó al Santo Nicetas, pondera como singular entre sus elogios la ansia continua de trasladar de todas partes sagradas Reliquias, edificando para acrecentar la veneracion suntuosos Templos (6). Como los hijos de *san Juan de Dios* son tan amantes de su preexcelso Padre, no admitia su corazon tibieza alguna en procurar para sus sacras Reliquias, no como quiera sitio decente, sino que á imitacion de aquel trono de marfil, que ideó Salomon, llenase á todo el Orbe de pasmo (7). Descansaban años habia en preciosa urna,

(1) Matth. cap. 23. (2) Dávila jam cit. (3) Dávila lib. 3. (4) Innoc. III. serm. 1. in Dedic. Eccles. tom. 4. (5) Bereng. in Dedic. Eccles. (6) Mich. Coniat. Orat. fun. in Nicet. (7) 3. Reg. cap. 10.

sirviéndoles de decente concha la antigua Iglesia de *san Juan de Dios* de la Imperial ciudad de Granada; mas verdaderamente no lograba el aplauso de obra peregrina ; cuando para llenar las ansias, que oprimian aquellos encendidos pechos, suscitó el Señor un segundo Religioso Salomon ; esto es, aun siguiendo el rigor del anagrama que hizo cierta pluma Hospitalaria (1), al Reverendísimo Padre Fray Alonso de Jesus y Ortega , por antonomasia el *Magnánimo*, dignísimo General Perpetuo (en orden el XXIV.) de dicha caritativa Familia; á quien, ¡ó desgracia! arrebató la muerte en este año en que escribo , envidiosa sin duda de que lograse el mundo tan grande Héroe. Este , pues, sucesor en el empleo de su amado Padre , y perfecto imitador de sus virtudes , emprendió además de otras muchas la obra de un nuevo Templo , para cuya fama no bastase el regular clarin , con el ánimo de dedicarle á María Santísima en el Misterio de su Inmaculada Concepcion. Construyó un hermosísimo tabernáculo para colocar en él á Jesus Sacramentado ; y para completar sus deseos y primorosas ideas , además de una suntuosa Sacristía , hizo parte de la fábrica un camarin preciosísimo , en donde colocar las Reliquias de su venerado Patriarca , como tesoro de una riqueza inefable. Describir la magnitud , hermosura , adornos y preciosidades de esta nueva maravilla, aun cuando juzgase ser materia muy propia de mi obra, pudiera rehusar estrecharla al limitado cauce de mi pluma ; no porque un superior , é ilustrado talento ignorase por solo un rudo bosquejo sacar todo el filis del arte, sino porque habiendo geométricamen-

(1) Vid. Fr. Alonso Parra y Cote. *Salomon* : Anagrama , *Alonso D.* esto es : Alonso Magnánimo.

te historiado esta fábrica la bien cortada de un insigne hijo de la misma Religion, el sapientísimo erudito, y en todas materias acreditado Fray Alonso Parra y Cote, Presbítero, Padre de Provincia, Cronista General, graduado en sagrados Cánones por la universidad de Sevilla, y otras condecoraciones merecidas, en un tomo, cuyo título es : *Desempeño el mas honroso de la obligacion mas fina, y relacion Histórico-Panegírica de las Fiestas de Dedicacion del magnífico Templo de la Purísima Concepcion de nuestra Señora del sagrado Orden de Hospitalidad de nuestro Padre* san Juan de Dios *de la Nobilísima, é Ilustre. siempre Fiel ciudad de Granada, etc. Impreso en Madrid año de mil setecientos cincuenta y nueve,* fuera notorio delito. Conténtome con decir, habiendo leido la viveza de su pintura, que aun cuando el Reverendísimo Padre General Alonso de Jesus y Ortega no hubiese hecho otra obra, aseguraba de Dios, no menos que el Centurion por el Templo que erigió (1), el feliz despacho de cualquiera súplica á favor de su Reverendísima, y por consiguiente en esta vida y en la eterna subidos grados de gloria. Paso, pues, á lo que es puramente translacion de las sagradas Reliquias del Patriarca *san Juan de Dios* en tiempo de este Héroe, que hizo feliz nuestro siglo.

Concluida, pues, en todo perfectamente la obra, llegó la hora de disponerse, así la colocacion del Santísimo Sacramento, como la translacion de los huesos del Patriarca Santo. Practicáronse cuantas diligencias fueron dables para que saliera la funcion con el *non plus* de merecidos aplausos. Para esto se presentaron correspondientes memoriales á los autorizados gravísi-

(1) Luc. cap. 7.

mos Cuerpos, tanto del ilustrísimo Cabildo, como de la nobilísima Ciudad en su Ayuntamiento, exponiendo en ellos los relevantes motivos para que se vencieran algunas dificultades, al parecer insuperables, como de hecho se facilitaron todas al impulso de querer concurrir á cuanto conspirase para el mayor culto y veneracion de *san Juan de Dios*, por lo que notoriamente debian todos á su gloriosa proteccion y santo angélico Instituto. Para cumplir exactamente con esto, se acordó suplicar al muy ilustre Señor don Luis Gonzalez de Navarra, Marques de Campo Verde, Corregidor de dicha ciudad, Intendente y Superintendente general de este reino, que se sirviese nombrar, sin perjuicio de dicha Ciudad, Caballeros Comisarios, que entendiesen en las providencias mas oportunas: en virtud de lo cual fueron nombrados los señores don Pedro Pascasio de Baños Molina Pedrola y Ortega; y don Antonio Cartnero Guzmán Esquivél y Jaraba, Marques de San Antonio y de Miraelrio, Veinticuatros, y don Manuel Martinez Robledo y Fresnedo, Ministro titular del Santo Oficio, y su Alguacil mayor del partido del Valle, Alcaide del Castillo del Despojo de las Armas, de la Fortaleza de la Alhambra, ó Real Alcázar de la Ciudad, y Jurado de ella. Reconociendo, pues, tan noble y leal Ciudad la obligacion en que se hallaba constituida, avivó (si ser pudo) el encendido deseo de los señores Comisionados, para que diesen las providencias que juzgasen mas oportunas para la publicacion de las fiestas, así de la dedicacion del nuevo Templo, como de la procesion para la translacion de las Reliquias, esmerándose en lo brillante de la decencia y adornos de las calles y plazas que se señalasen para el pomposo tránsito, y proporcionando las luminarias, sin exceptuar la Alhambra, con el pase de urbanos avisos, segun cor-

respondia á la política de un cuerpo tan respetable. Con esto empezaron los señores Comisarios á desempeñar el honor á que se vieron elevados; y en su consecuencia visitaron al ilustrísimo señor don José Manuel de Villena y Guadalfajara, Marques de Gaona, del Orden de Calatrava, y Presidente de la Real Chancillería, de cuyo señor fueron atentamente recibidos; y respondiendo con demostraciones de gratitud y devocion al Santo, se ofreció para cuanto la comision juzgase ser útil toda su facultad. Al siguiente dia pasó la comision al palacio del ilustrísimo señor don Onésimo de Salamanca y Zaldivar, dignísimo Arzobispo de la ciudad dicha, quien con las mayores expresiones recibió á los señores Comisionados, dando evidentes pruebas de ser verdadero Pastor, Padre y ejemplar de aquella racional mística grey, ofreciendo para las funciones mas, si era dable, de cuanto cabia en la esfera de sus ínfulas recomendables. Prosiguióse despues con la visita al muy ilustre señor don Luis Gonzalez de Navarra, Corregidor de la dicha ciudad de Granada, Intendente y Superintendente de su reino; el que expresamente conocia obligacion suya practicar por su parte aquella accion atenta, para agradecer la admision de admitir su nombramiento hecho en cuarto comisario solo se le hacia sensible que la ocupacion indispensable de sus empleos le impidiese la asistencia diaria: que para cuanto meditasen llevaban la voz y voto suyo; y que el amor tierno que profesaba al Patriarca *san Juan de Dios* no le dejaba arbitrio para portarse de otra forma. Ya finalizaron el rumbo con la visita á la Casa-Hospital del excelso Padre, cuya Comunidad estaba formada en la puerta, y autorizada con el Reverendísimo Padre General Fr. Alonso de Jesus y Ortega; y conducida la comision á la celda de Oficio, en nombre de la Ciudad, y como tan in-

teresada en el religioso zelo, magnanimidad, caridad, vigilancia, devocion y demas heroicidades que al Reverendísimo le hacian espectable en universal beneficio de todo el público, le explicaron muestras de una gratitud exuberante. Dijeron finalmente en breve rasgo los señores Comisarios, aunque no cuanto quisieron, lo que pudieron, á cuya afectuosa y limada arenga respondió el Reverendísimo con la energía que le era propia. Tratóse en la visita del dia en que dicha Ciudad habia de publicar las deseadas fiestas, determinando con el Reverendísimo Padre General que fuese el diez de octubre de mil setecientos cincuenta y siete; y quedando de acuerdo, se retiró la comision con la ceremonia mas circunspecta. Para llenar los dias de la octava de la dedicacion del Templo construido á expensas del Reverendísimo Padre General Ortega, pasó éste personalmente á convidar al santo é integérrimo Tribunal de la Inquisicion para una fiesta en órden la segunda, dando principio el Real Acuerdo: para la tercera al muy ilustre Cabildo de la Real Capilla de S M.: para la cuarta á la muy insigne, célebre, imperial Universidad Iliberitana Athenas: para la quinta funcion á la gravísima Comunidad del Real convento de Santa Cruz del órden de Santo Domingo; añadiendo ademas de la fiesta que se le encargaba para satisfacer el estrecho singular vínculo que á las dos familias enlaza, hacer dueño al Reverendísimo Padre Maestro Prior Fr. Narciso de Guindos de la direccion de todo lo que pudiese ocurrir á la mayor decencia de la translacion y fiestas, cuyos cargos tomó y desempeñó; acompañando en todas las funciones á la Hospitalaria. Siguióse el convite á la sagrada comunidad de la Compañía de Jesus para la sexta fiesta, dándole este lugar por inviolables motivos indisimulables. Al grave, ilustre colegio de Abogados

de la Real Chancillería, que siempre se ha esmerado en favorecer á la Orden de *san Juan de Dios*, se le hizo árbitro en la séptima funcion, concluyendo la octava el muy noble y fidelísimo Senado de la Ciudad, que le sirvió de corona; sin que esto quitase otra fiesta particular por parte de la Comunidad de *San Juan de Dios* en accion de gracias, con asistencia del Reverendisimo General, el Reverendo Difinitorio, Reverendos Padres Provinciales y demas Prelados, que en la ocasion habian concurrido; la que solemnizó la Reverenda y Venerable Comunidad de la Casa primitiva en nombre de la provincia del señor san Rafael del Perú, y reino de Chile de la misma Orden. Terminároнse por fin los convites con los que se hicieron á las comunidades que asisten á la Procesion del Corpus, para la asistencia á la de la translacion de las Reliquias del sagrado Patriarca, y todas unidas y conformes explicaron, no solamente el júbilo grande por la cercana colocacion del Señor Sacramentado en su nueva casa, sino tambien el deseo de venerar al Patriarca *san Juan de Dios*, descansando sus huesos en camarin tan magnífico, ofreciendo asistir á la procesion, llevando las imágenes de los Patriarcas respectivos.

Ya llegó el dia de la publicacion de las fiestas, que fue con tal pompa y ostentacion, que solo puede creerse levantándo los ojos al poder infinito, é intercesion del gran Padre *san Juan de Dios*. El dia veinte de octubre fue señalado para la bendicion del nuevo Templo, que personalmente celebró el Ilustrísimo y Reverendísimo Señor don Onésimo de Salamanca y Zaldivar, dignísimo Arzobispo de Granada, y despues de Burgos. A las nueve del dia llegó este Prelado á las puertas del antiguo Templo con el séquito correspondiente: empezaron multitud de clarines, trompas y

obues, alternando con las sonoras campanas de las nuevas torres, y le recibieron los señores Comisarios, el Reverendísimo General de la Hospitalidad con los Difinidores Generales, y los tres Provinciales de España, otros Prelados, Presbíteros, y el todo de la Comunidad. Cumplimentado dicho Señor, y llevado á la celda de oficio, á las diez salió de ella para la nueva Iglesia con el mismo acompañamiento, y el del Reverendísimo Prior del Real convento de Dominicos de Santa Cruz; y revestido de medio Pontifical principió el solemne acto de la bendicion. Concluida ésta, y dicha despues en el altar mayor la primera. Misa rezada por el mayordomo de su Ilustrísima, así el Prelado, como todo el concurso, se retiraron con la satisfaccion, y gozo de ver cuan perfectamente habia salido aquella funcion, que á las demas podia servir de prólogo. Dadas ya las providencias para que saliese con el mayor lucimiento la procesion general de las santas Reliquias, y en consecuencia avisadas todas las Hermandades, Cofradías y Parroquias, sin exceptuar la Vega y Sierra para el mismo efecto, el dia veinte y uno de octubre determinó el Reverendísimo Padre General que se dispusiese lo mas decente para llevar la arca de los sagrados huesos á la santa Iglesia Catedral el siguiente veinte y dos á las cuatro de la mañana con todo de haber llovido lo mas de aquel dia, por no faltar á lo que se acordó por el Ilustrísimo Cabildo Eclesiástico en la junta de seis de setiembre de hacer la fiesta con vísperas de primera clase en este dia, y Misa solemne con Sermon, y magnífico aparato en el veinte y tres, y que antes de salir del convento se cantase por la comunidad una Misa en accion de gracias de haber llegado el suspirado dia; dando aviso á los señores Comisarios, por si gustaban

con otros devotos caballeros de acompañar el cuerpo del Santo Patriarca, si el abundante temporal de agua lo permitiese. Continuó éste la noche del dia veinte y uno; mas á la hora de las cuatro de la mañana del veinte y dos, y venidos los señores de la Comision, con algunos Veinticuatros, se celebró en la antigua Iglesia de dicho Hospital la Misa cantada. Movióse la urna de las Reliquias, repartiéronse las varas del palio; y contenida la lluvia á las seis de la mañana, se formó en arreglada procesion aquel lucido concurso. Daba principio la Cruz alta, y ciriales de la Comunidad, que llevaban los tres acólitos con dalmáticas: seguian á éstos muchos y distinguidos devotos, cuya ardiente devocion no era capaz de entibiar todo un diluvio de aguas: á éstos se franquearon luces: seguia despues la Comunidad del Hospital numerosísima, por motivo de los muchos forasteros que se le añadieron. Contábanse los tres Provinciales de España, varios Prelados y Sacerdotes, en cuyo grave centro, y sobre cuyos hombros iba conducida la preciosa urna con el pálio; y cerraba como cabeza de aquel venerable cuerpo el Reverendísimo Padre General, acompañado del Preste, con capa pluvial, y un Relicario en las manos, siguiendo así hasta la santa Iglesia Metropolitana. Al eco de las campanas de una y otra Iglesia caminó la procesion por la calle de san Gerónimo; y al llegar á la puerta de la santa Catedral, que cae á la calle de la Carcel, la recibieron seis capellanes, que esperaban con hachas encendidas, y condujeron hasta la sacristía principal. Ocupaba el centro de ésta un muy decente, é iluminado altar, en el cual se colocó la arca de las santas Reliquias, quedando por devota providencia acompañada de seis Religiosos, hasta que se ordenase otro destino. En la

misma forma se retiró la procesion al Convento-Hospitalario, y se despidió por la venerable Comunidad todo el acompañamiento. Proseguia la lluvia con abundancia, y ésta dió ocasion para un extraordinario y acertadísimo acuerdo del Ilustrísimo Cabildo. Resolvió suspender la determinacion anterior en asunto de fiestas, hasta mayor favor del tiempo; y que mientras la urna de las santas Reliquias se colocase en la Capilla, que en la misma Metropolitana Iglesia está consagrada al Santo Patriarca frente del Tabernáculo del altar mayor, hasta el dia que pareciese conveniente. Pasóse aviso así al Ilustrísimo señor Arzobispo, y demas superiores, á quienes correspondia, como al Reverendísimo Padre General Ortega; el cual mandó juntar su Difinitorio, para tratar con la debida madurez lo que mas convenia; y entre otras cosas fue dar las debidas gracias en nombre de la Religion á las personas caracterizadas que la favorecian: asistir con el mayor decoro á la intermedia translacion de la arca; y que el Reverendísimo Padre Prior de aquel convento (que lo era entonces el que ahora dignamente gobierna toda la Orden por lo tocante á esta Congregacion de España, Indias y Portugal), señalase cuatro Religiosos condecorados para que velasen de dia y de noche delante la urna de verjas adentro de la Capilla, alternando de cuatro en cuatro horas otros distintos, sin que se interrumpiese ni un instante su circular vigilancia. A esta se añadió, que dos sacerdotes de la misma Religion fuesen cada dia á decir Misa en el altar de la Capilla todo el tiempo que permaneciese en ella el cuerpo santo. Así se ejecutó con la mayor solemnidad, concurso y devocion, venerando toda la ciudad las santas Relíquias de *san Juan de Dios*, y para mayor expresion de su afecto, así al Patriarca, como

á la Religion. Noticioso el Reverendísimo Prior de santo Domingo de lo que pasaba, ordenó que cuatro Religiosos sacerdotes de su comunidad acompañasen á los Hospitalarios, estrechando así las dos Religiones su indisoluble enlace.

A los cuatro dias dejaron las nubes el abundante riego de las calles, y la serenidad que presentó el cielo, avivó para la funcion lo devoto de los corazones. En el dia veinte y cinco del corriente mes de octubre el Ilustrísimo Cabildo, con aprobacion del señor Arzobispo, determinó la fiesta para el jueves veinte y siete con las vísperas solemnes la tarde antes, y en la de éste la procesion general, que efectivamente se hizo. Comunicáronse los avisos regulares, y el miércoles veinte y seis al medio dia se pasó la urna de las Reliquias á la capilla mayor, colocándose al lado del Evangelio en altar decente, bajo de pálio blanco, con la iluminacion dicha para la hora de vísperas. Publicáronse en uno de los dias anteriores las luminarias en las calles, y sitios acostumbrados las noches de uno, y otro de aquellos tan faustos, y en el ínterin adornaron con el mayor vigor, esmero y emulacion santa los parages, que á cada uno de los respectivos vecinos correspondia para el mayor lucimiento de la carrera por donde debia la solemnísima procesion hacer su tránsito. Llegóse, pues, la hora de vísperas del dia señalado, y concurrieron á la Metropolitana Iglesia todos los esclarecidos cuerpos que formaban un concurso el mas caracterizado. La Religion de *san Juan de Dios* ocupó con interpolacion de las dignidades, y prebendados las sillas del coro, y se dió principio al acto haciendo oficio de Preste el señor Arcediano Doctor don Rodrigo de Rojas con cuatro capas. Asistió el pueblo sin número, y sin dar

lugar á poderse llenar mas el deseo. Siguió la noche, y se vió fatigada para poder introducir en el ámbito de la ciudad alguna señal de sus tinieblas, en fuerza de las luminarias que campeaban por todas partes: hubo fuegos del mayor artificio: las acordes campanas acompañaban los lucimientos con sus lenguas. Llegó por fin el dia de la fiesta y procesion, que se empezó con pompa y ostentacion sin igual: el Ilustrísimo Cabildo de la santa Iglesia ejecutó la funcion con el aparato y magestad que siempre ha acostumbrado. Juntáronse á la hora oportuna los ya referidos cuerpos de las mas distinguidas clases: ofició el dicho Arcediano don Rodrigo Rojas, siendo Diáconos el Doctor don Joaquin de Salazar, Canónigo Doctoral, y el señor Racionero don José Alarcon. Llenó así el púlpito, como el gusto del auditorio, el M. R. P. Pedro Trujillo de la Religion de la Compañía; y cumplió la música con grande acierto lo acorde de una perfecta consonancia. Lugar propio era éste, en el cual debiera dirigirse la pluma á referir el costoso, y vistosísimo adorno de las calles plazas y edificios de la carrera por donde pasó la procesion de la translacion de las Reliquias del Patriarca al Templo nuevo, como de las demas demostraciones gratas de devocion y afecto, con que los granadinos siempre generosos, siempre amantes y siempre reconocidos á su adorado *san Juan de Dios*, embelesaron los ojos: asímismo de la magestad, órden y pasmosa direccion de la procesion, que formó, no solo la prudencia, el arte y riqueza, sino el avance de un universal reverente hidrópico anhelo de la mayor gloria de Dios, y del esclarecido Padre de aquella Imperial ciudad de Granada; mas habiendo escrito cuanto cabe en este punto la del Reverendísimo Parra y Cote en su tomo á parte, ya citado, se ha-

ce precision á su vista suspenderlas todas al modo que la torre del coronado Profeta fue suspension de los labios (1): sirva solo lo poco que se ha dicho para avivar la curiosidad, y ansias de poseer aquel libro de oro. Dirigióse la procesion con aquella solemnidad que puede discurrirse por las adornadas calles, hasta la puerta del real monasterio del Señor San Gerónimo, en la que se halló formada su máxima y religiosa Comunidad desde el costado derecho del altar allí erigido hasta la calle de la Duquesa; y desde el lado siniestro hasta el fin de la calle de San Felipe Neri ocupaba el piquete de la compañía de milicianos, como guardando los retratos de nuestros católicos Monarcas: desde este lugar, repartidos en varios puestos hasta pasada la nueva Iglesia, feliz término y paradero de aquel plausible espectáculo, ocupaban sus puestos variedad de otras militares tropas. Cercaban estas el paso al gentío para que la procesion entrase sin embarazo por la porteria principal del Convento-Hospital á la Iglesia antigua, desde donde habia de acompañar el Santísimo Sacramento, para hacerse la colocacion en la nueva. Formaron á este fin las comunidades una especie de vistoso círculo con las imágenes de sus Patriarcas y Santos, y entrando la clerecía en dicha Iglesia antigua, se repartió cera abundante, parando la procesion en el espresado sitio de San Gerónimo, mientras se ejecutaba el paso de los dichos á la Iglesia. Como el Ilustrísimo Señor Arzobispo no pudo cumplir los deseos de asistir en persona á toda la procesion por lo achacoso que se hallaba, animado de su ardiente zelo, sacrificó su corazon nuevamente, haciéndose presente en el convento de la Hospitalidad con toda su familia.

(1) Gisler. cap. 4. Cant.

Entró acompañado del señor Arcediano y religiosos de la casa, en decente estancia, desde donde vió la procesion con la mayor ternura y gusto. A la hora competente bajó su Ilustrísima á la Iglesia antigua, y revestido de medio pontifical, puso al Santísimo en la riquísima custodia nueva, que estaba prevenida, y dió orden á seis de sus pages para que fuesen alumbrando delante de su Magestad con hachas de cuatro pávilos. El palio era de glasé de plata, bordado de realce con ramos de oro, flecos de cartulina de lo propio, campanillas y varas de plata correspondientes á tanta grandeza. Grande fue la admiracion del pueblo al ver salir del templo antiguo á su vigilantísimo Pastor con el mistico sol del Sacramento en las manos para acompañar las reliquias del que veneró Granada por Padre universal de los pobres. Justo motivo sin duda; pues si porque el sol material, que alumbra los dos emisferios, acompañó las reliquias de San Juan Limosnero (1), queriendo Dios honrar al que remedió tantas necesidades, quedaron asombrados hasta los brutos: con cuánta mayor razon, viendo enriquecido con tal acompañamiento el cuerpo de *san Juan de Dios* con un tesoro (digo el Santísimo Sacramento) que ni pudo, ni supo, ni tuvo que dar mas la infinita mano (2).

Llegó con esta ostentacion y grandeza la procesion el nuevo magnífico Templo: ocupaba la Arca su lugar debido; y al entrar la Magestad del Señor Sacramentado, depuso el solio para que sirviera á su infinita soberanía. Colocóse la Urna en el lugar preparado, y la Custodia en el regio trono: todos los cuerpos de la mayor distincion se repartieron con órden; y entonó su Ilustrísima el *Te-Deum*, siguiendo el golpe

(1) Dávila lib. 3. (2) D. Angust. apud Cab. S. de Sacr.

de música; lo cual concluido con la oracion, y el himno *Sacris solemniis* con otra oracion del Sacramento, se echó la bendicion al pueblo, segun costumbre en semejantes solemnidades; y reservándose la Magestad Sacramentada, se retiró todo el concurso, y desde este dia se dió principio á las solemnísimas fiestas que hasta entonces no habia visto Granada, y leerá quien quiera en la relacion ya citada.

CARTAS

Que el gran Patriarca San Juan de Dios *escribió á varias personas, cuyos originales se guardan en los archivos de su egemplar Religion, trasladadas para su mayor veneracion al pie de la letra; y otras que recibió de su director y maestro Juan de Avila, llamado segun voz comun* El Apostol de Andalucía.

Esta carta sea dada á la humilde y generosa señora doña María de los Cobos y Mendoza, muger del noble y virtuoso señor don Gonzalo Fernandez de Córdoba, Duque de Sesa, mis hermanos en nuestro señor Jesucristo.

En nombre de nuestro Señor Jesucristo, y nuestra señora la Virgen Maria, siempre entera, Dios delante sobre todas las cosas del mundo. Amen Jesus. Dios os salve, hermana mia en Jesucristo, la buena Duquesa de Sesa, á vos y á toda vuestra compañía, y á cuantos Dios quisiere y mandare. Amen Jesus. El grande amor que siempre os he tenido á vos y á vuestro humilde marido el buen Duque, me hace no poderos olvidar por lo mucho que os soy en cargo, y obligacion en haberme siempre ayudado y socorrido en mis trabajos y necesidades con vuestra bendita limosna, y caridad para sustentar y vestir los pobres de esta santa casa de Dios, y otras muchas de fuera. Muy bien lo habeis hecho siempre, como buenos mantenedores y caballeros de Jesucristo; y esto me hace escribiros, buena Duquesa, esta carta, porque no sé si os veré ni hablaré mas: Jesucristo os vea y hable con vos. Es tan

grande el dolor que me dá este mi mal, que no puedo echar el habla del cuerpo: no sé si podré acabar de escribiros esta carta. Mucho quisiera veros, por tanto rogad á Jesucristo, que si él es servido, me dé la salud que él sabe que yo he de menester para salvarme, y para que haga penitencia de mis pecados; que si él fuere servido de darme salud, luego en estando bueno me quiero ir allá con vos, y llevaros las niñas que me habeis enviado á pedir. Hermana mia en Jesucristo, yo pensé de irme allá con vos la pascua de Navidad; mas Jesucristo lo ordenó mucho mejor que yo merecia. ¡O buena Duquesa! Jesucristo os pague en el cielo la limosna y santa caridad que siempre me hicisteis, y os traiga con bien al buen Duque, vuestro muy generoso y humilde marido, y os dé hijos de bendicion; y espero en Jesucristo que sí dará. Y acordaos bien de lo que yo os dije un dia en Cabra. Tened esperanza en solo Jesucristo, que de él sereis consolada, aunque ahora paseis trabajos, porque al fin han de ser para mas consolacion y gloria vuestra, si por Jesucristo los padeceis.

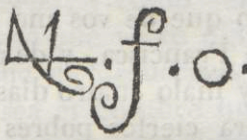
¡O buen Duque, ó buena Duquesa! Bendito seais de Dios vosotros, y toda vuestra generacion. Desde aquí, pues no puedo veros, os echo mi bendicion, aunque indigno pecador. Dios que os hizo y os crió, os dé gracia con que os salveis. Amen Jesus. La bendicion de Dios Padre, y el amor del Hijo, la gracia del Espíritu Santo sea siempre con vosotros, y con todos, y conmigo. Amen Jesus. De Jesucristo seais consolados y socorridos, pues por Jesucristo me ayudaste y socorristes, hermana mia en Jesucristo, la buena y humilde Duquesa. Si Jesucristo fuere servido de llevarme de esta presente vida, aquí dejo mandado, que cuando viniere mi compañero Angulo, que es ido á

la corte, el cual os encomiendo, porque queda muy pobre él y su muger, mándole que os lleve mis armas, que son tres letras de hilo de oro, las cuales están en raso colorado. Estas tengo yo guardadas desde que entré en batalla con el mundo: guardadlas muy bien con esta cruz, para darlas al buen Duque, cuando Dios le trajere con bien. Están en raso colorado, porque siempre tengais en vuestra memoria la preciosa sangre que nuestro Señor Jesucristo derramó por todo el género humano, y Sacratísima Pasion, porque no hay mas alta contemplacion que es la Pasion de Jesucristo; y cualquiera que de ella fuere devoto no se perderá con ayuda de Jesucristo. Tres son las letras, porque tres son las virtudes que nos encaminan al cielo: La primera es fé, creyendo todo lo que cree y tiene la Santa Madre Iglesia, y guardando sus mandamientos, y poniéndolos por obra: la segunda es caridad, tener caridad primero de nuestras ánimas, limpiándolas con la confesion y con penitencia; luego caridad con nuestros prógimos y hermanos, queriendo para ellos lo que queremos para nosotros: la tercera es esperanza en solo Jesucristo, que por los trabajos y enfermedades que por su amor pasáremos en esta vida miserable, nos dará la gloria eterna por los méritos de su sagrada Pasion, y por su gran misericordia. Las letras son de oro, porque así como el oro es tan preciado metal, para resplandecer, y tener la color que ha de tener para ser preciado, es primero apartado de la tierra é inmundicia en que se cria, y despues purgado por el fuego, para quedar limpio y apurado: así conviene que el ánima, que es joya tan preciada, sea apartada de los deleites y carnalidades de la tierra, y quede sola con Jesucristo, y despues purgada en fuego de caridad con trabajos, y ayu-

nos, y disciplinas, y áspera penitencia, para que sea preciada de Jesucristo, y resplandezca delante del acatamiento divino. Cuatro esquinas tiene este paño, que son las cuatro virtudes que acompañan á las tres que hemos dicho primero, y son estas: la Prudencia, y Justicia, y Templanza, y Fortaleza. La Prudencia nos muestra, que prudente y sabiamente nos hayamos en todas las cosas que hubiéremos de hacer y pensar, tomando consejo con los mas viejos, y que saben mas. La Justicia quiere decir ser justo, y dar á cada uno lo que es suyo; lo que es de Dios darlo á Dios, y lo que es del mundo darlo al mundo. La Templanza nos enseña, que templadamente y con regla tomemos el comer, y el beber, y el vestir, y todas las otras cosas que son menester para servicio de los cuerpos humanos. Fortaleza nos dice, que seamos fuertes y constantes en el servicio de Dios, mostrando alegre rostro á los trabajos, fatigas y enfermedades, como en la prosperidad y consuelo; y por lo uno, y por lo otro dar gracias á Jesucristo. Tiene este paño de estotra parte una cruz á manera de aspa: que cada uno que desea salvarse ha de llevar, cada uno como Dios es servido, y le da la gracia, aunque todos tiran á un blanco; mas cada uno vá por su camino, como Dios le encamina: unos son Frailes, y otros Clérigos, y otros Ermitaños, y otros son casados, así que en cualquiera estado se puede cada uno salvar, si quiere. Todo esto, buena Duquesa, lo sabeis vos mucho mejor que no yo, y por tanto me huelgo de hablar con quien me entiende. Tres cosas debemos á Dios, amor, servicio y reverencia. Amor, que como á Padre Celestial le amemos sobre todas las cosas del mundo: servicio, que le sirvamos como á Señor, no por interes de la gloria que ha de dar á los que le sirvie-

ren, sino por sola su bondad : reverencia como á Criador, no trayendo su santo nombre en la boca sino fuere para darle gracias, y bendecirle su santo nombre. En tres cosas habeis de gastar el tiempo cada dia, buena Duquesa, en oracion, y en el trabajo, y en mantenimiento para el cuerpo. En oracion, dando gracias á Jesucristo luego que os levanteis por la mañana, por los bienes y mercedes que siempre os hace en haberos criado á su imagen y semejanza, y nos dió gracia que fuésemos Cristianos; y pedir misericordia á Jesucristo, que nos perdone, y rogar á Dios por todo el mundo. En trabajo, que trabajemos corporalmente, ocupándonos en algun ejercicio que sea virtuoso, porque merezcamos lo que comiéremos, pues Jesucristo trabajó hasta la muerte; porque no hay cosa que engendre mas pecados que la ociosidad. En mantenimiento para nuestro cuerpo, porque así como un arriero cura, y mantiene un animal para servirse de él; así conviene que le demos á nuestro cuerpo lo que le hace menester, para que con él tengamos fuerzas para servir á Jesucristo. Hermana mia muy amada, y muy querida, por amor de Jesucristo os ruego, que tengais tres cosas en la memoria, y son estas: La primera, la hora de la muerte, de cual ninguno puede escaparse; y las penas del infierno, y de la gloria, y bienaventuranza del Paraiso. En la primera pensar como la muerte consume, y acaba todo lo que este miserable mundo nos dá, y no nos deja llevar con nosotros sino un pedazo de lienzo roto, y mal cosido; y lo segundo pensar como por tan breves deleites y pasatiempos, que presto se pasan, hemos de ir á pagarlos (si en pecado mortal morimos) al fuego del infierno, que siempre dura: la tercera considerar la gloria y bien-

aventuranza que Jesucristo tiene guardada para los que le sirven; las cuales nunca ojo vió, ni oreja oyó, ni corazon pudo pensar. Pues luego, hermana mia en Jesucristo, esforcémonos todos por amor de Jesucristo, y no nos dejemos vencer de nuestros enemigos el mundo, y el diablo, y la carne. Sobre todo, hermana mia, tened siempre caridad, que esta es madre de todas las virtudes. Hermana mia en Jesucristo, mucho me aqueja este dolor, y no me deja escribir: quiero descansar un poco, porque os quiero escribir largo, que no sé si nos veremos mas. Jesucristo sea con vos y con toda vuestra compañía, &c.



Es-

Esta Carta sea dada á la muy noble y virtuosa señora doña María de Mendoza, Duquesa de Sesa, muger del generoso señor don Gonzalo Fernandez de Córdoba, virtuoso y buen Caballero de nuestro Señor Jesucristo, deseosa de servirle. Amen Jesus. Sea dada en su propia mano en Cabra, ó adonde estuviere. Amen Jesus.

En el nombre de nuestro Señor Jesucristo, y de nuestra Señora la Vírgen María, siempre entera, Dios delante sobre todas las cosas del mundo. Amen Jesus. Dios vos salve, hermana mia, muy amada en Jesucristo, la buena Duquesa de Sesa, á vos y á toda vuestra compañía, y á cuantos Dios quisiere y mandáre. Amen Jesus. La presente será, virtuosa Duquesa, para haceros saber como luego que de vos me partí, vine á Alcaudete á ver á doña Francisca, y de allí me fuí á Alcalá, donde estuve muy malo cuatro dias, y me empeñé en tres ducados para ciertos pobres muy necesitados, porque hallé todos los principales de Alcalá muy revueltos contra el Corregidor; y luego en estando bueno, me fuí para Granada, sin pedir en Alcalá. ¡Dios sabe la necesidad con que me esperaban los pobres! Hermana mia en Jesucristo, la buena Duquesa, la limosna que me hicísteis, ya los ángeles la tienen asentada en el cielo en el libro de la vida. El anillo está bien empleado, que dos pobres llagados hice vestir, y compré una manta con lo que me dieron por él. Esta limosna está delante de Jesucristo rogando por vos: el alba y los candeleros puse luego en el altar en vuestro nombre, porque alcanzeis parte en todas las Misas y oraciones que aquí se dijeren: plegue á nuestro Señor Jesucristo de daros por todo ello el galardon en el cie-

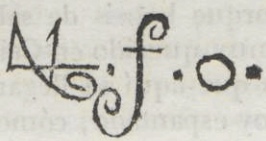
lo. Dios os lo pague, que tan buen recibimiento me hicísteis vos y todos los de vuestra casa: Dios reciba vuestra ánima en el cielo y de todos cuantos hay en esa casa. En mucha obligacion soy á todos los señores del Andalucía y de Castilla; pero mucho mas al buen Duque de Sesa y á todas sus cosas: mucha es, y muy grande la caridad que de su casa he recibido y de sus cosas. Dios se lo pague cuantas veces me ha sacado de cautivo y desempeñado: plegue á nuestro Señor Jesucristo de traerle con bien, y le dé hijos de bendicion. Buena Duquesa, lo que me encomendásteis (ya me entendeis) siempre lo he tenido en la memoria. Dios delante sobre todas las cosas del mundo, confiando solo en Jesucristo, que es la perfecta certidumbre. Digo yo, *Juan de Dios*, si Dios quisiere, que con la ayuda de Dios el Duque vendrá muy presto y con salud del ánima y del cuerpo; y como venga, si Dios quisiere, le preguntareis lo que yo os dije, y vos vereis si es verdad con ayuda de Jesucristo. Confiad solo en Jesucristo: maldito sea el hombre que confia del hombre: de los hombres has de ser desamparado, que quieras ó nó; mas de Jesucristo no, que es fiel y durable: todo perece, sino las buenas obras. Siempre, buena Duquesa, andad á duerme y vela el pie en el estribo; pues estamos (si bien lo miramos) en una continua guerra con el mundo y el diablo y la carne, y siempre es menester que miremos por nosotros; pues no sabemos la hora que llamarán á la puerta de nuestra ánima; y cual nos hallaren, tal nos juzgarán. Cuando os fuéredeis á acostar, buena Duquesa, signaros y santiguaros y refirmaros en la Fé, diciendo el Credo y Pater Noster y Ave María, y Salve Regina, que son las cuatro oraciones que manda decir la Santa Madre Iglesia; y mandad que las digan todas vuestras doncellas y criadas,

como yo creo que siempre lo mandais que las digan, que ya les ví decir la doctrina cristiana cuando estuve allá. Muy desconsolada estareis, hermana mia la buena Duquesa de Sesa, que me han dicho que son ya partidos don Alvaro y don Bernardino: Jesucristo vaya con sus ánimas, y los guie y lleve con bien á ojos de vuestra virtuosa y humilde madre doña María de Mendoza. No esteis desconsolada, consolaos con solo Jesucristo: no querais consuelo en esta vida, sino en el cielo; y lo que Dios os quisiese acá dar, dadle siempre gracias por ello. Cuando os viéredes apasionada, recorred á la Pasion de Jesucristo, nuestro Señor, y á sus preciosas llagas, y sentireis gran consolacion. Mirad toda su vida, ¿qué fué sino trabajos, para darnos ejemplo? De dia predicaba, y de noche oraba; pues nosotros pecadorcitos y gusanitos, ¿para qué queremos descanso ni riqueza, pues que aunque tuviésemos todo el mundo por nuestro, no nos haria un punto mejores, ni nos contentariamos con mas que tuviésemos? Solo aquel está contento, que despreciadas todas las cosas, ama á solo Jesucristo. Darlo todo por el todo, que es Jesucristo, como vos lo dais y lo quereis dar, buena Duquesa. Decis que mas quereis á Jesucristo, que á todo el mundo, fiando siempre en él, y por él quereis á todos, para que se salven. ¡O buena Duquesa! ¡cómo estais sola y apartada, como la casta tortolica, en esa villa, fuera de conversacion de Córte, esperando al buen Duque, vuestro generoso y humilde marido, siempre en oraciones y limosnas, haciendo siempre caridad, porque le alcance parte á vuestro generoso y humilde marido, el buen Duque de Sesa, y le guarde Cristo el cuerpo de peligro, y el ánima de pecado! Plegue á Dios de traerlo presto delante vuestros ojos, y os dé hijos de bendicion, para que siempre le sirvais y le ameis, y le ofrezcais

el fruto que os diere, para que de ello se sirva. Mucho os debe el Duque, pues siempre rogais por él, y teneis tanto cuidado y trabajo en sustentar esa casa: ahí cumplis las obras de misericordia, dando de comer y de vestir á todos los de esa casa. Unos son viejos, y otros mancebos; y esas doncellas y dueñas, y otras huérfanas y viudas ¿dónde irán sin vos? Todos son obligados á serviros y seros leales, y vos hacerles bien, pues Dios á todos quiere. Si mirásemos cuán grande es la misericordia de Dios, nunca dejaríamos de hacer bien mientras pudiésemos; pues que dando nosotros por su amor á los pobres lo que él propio nos dá, y nos promete ciento por uno en la bienaventuranza ¡ó bienaventurado logro y usura! ¿quién no dá lo que tiene á este bendito Mercader, pues hace con nosotros tan buena mercancía, y nos ruega los brazos abiertos que nos convirtamos y lloremos nuestros pecados, y hagamos caridad, primero á nuestras ánimas, y despues á los prógimos? Porque así como el agua mata al fuego, así la caridad al pecado. Hermana mia en Jesucristo, habeis de saber que estoy en gran trabajo, como mi compañero Angúlo os lo puede contar bien, que estoy renovando toda la casa, que estaba muy perdida toda, y se llovia, y con esta obra estoy en grande necesidad; y he acordado de escribir á Zafra al Conde de Feria, y al Duque de Arcos, porque está allá el Maestro Avila, y será buen tercero, y me enviarán algun socorro para salir de cautivo: pienso que lo harán con ayuda de Jesucristo. Hermana mia, siempre os doy importunacion y enojo; mas yo espero en Dios que algun dia os será descanso para vuestra ánima. Habeis de saber que el otro dia cuando estuve en Córdoba, andando por la ciudad ha-

llé una casa con muy grande necesidad, en que eran dos doncellas, y tenian el padre y la madre enfermos en la cama, y tullidos diez años habia: tan pobres y maltratados los ví, que me quebraron el corazon; y desnudos, llenos de piojos, y unos haces de paja por cama: socorrílos con lo que pude, porque andaba de priesa, negociando con el Maestro Avila; mas no les dí como yo quisiera. Mandóme luego salir el Maestro Avila, y que me volviese á Granada, y con esta priesa dejé encomendados estos pobres á ciertas personas, y pusiéronlo en olvido, ó no quisieron, ó no pudieron mas. Hanme escrito una carta, que me han hecho quebrar el corazon de lo que me enviaban á decir. Yo estoy en tanta necesidad, que el dia que tengo de pagar á los que trabajan, se quedan algunos pobres sin comer; y Dios lo sabe, y os lo aclare, que no me hallé sino con un real, que dí á Angúlo para el camino. Pues buena Duquesa, yo quiero, si Dios fuese servido, que ganeis vos esta limosna que aquellos perdieron, que son cuatro ducados: los tres para aquellas pobres que compren dos mantas y dos faldellines; que mas vale un ánima que todo el tesoro del mundo, y no pequen aquellas doncellas por tan poca cosa; y el otro ducado será para Angúlo mi compañero, con que vaya á Zafra y vuelva, que lo quedo aguardando hasta que vuelva con algun socorro. Mas obligada sois á vuestros vasallos, que no á los estraños: mas dar acá, dar allá, todo es ganar: mientras mas moros mas ganancias; y si no tuviéredes aparejo para poderlo hacer, volverá Angúlo á vender dos cahices de trigo á Alcaudete; y si se los diéredes, ya él sabe cómo lo ha de hacer, y adonde viven aquellas pobres. Hermana mia, dareis gracias, y mis encomiendas al ama vuestra de

Valladolid, y á todas esas doncellas, y á la que canta, y á todas las de casa, y á Mosen Juan. Nuestro Señor Jesucristo os guarde, mi buena Duquesa. Vuestro menor y desobediente hermano *Juan de Dios*, si Dios quisiere muriendo; mas empero callando, y en Dios esperando, el que desea la salvacion de todos, como la suya misma. Amen Jesus. Buena Duquesa, si le diéredes esa limosna, dadle una carta de dos renglones, para que me traiga y sepa si la hicisteis; y el trigo su tiempo le vendrá, y despachadlo presto á Angúlo con lo que Dios quisiere y mandare, y vos le diéredes. Amen Jesus.



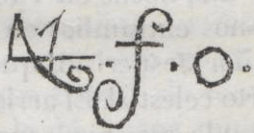
Esta carta sea dada al muy noble, virtuoso y generoso Caballero de nuestro Señor Jesucristo, Gutierre Laso, esclavo de nuestro Señor Jesucsisto, deseoso de servirle. Amen Jesus. Sea dada en su propia mano en Málaga, ó adonde estuviere. Amen Jesus.

En nombre de nuestro Señor Jesucristo y nuestra Señora la Vírgen María, siempre entera. Dios delante sobre todas las cosas del mundo. Amen Jesus. Dios vos salve, hermano mio en Jesucristo, muy amado y muy querido en Cristo Jesus. La presente será para haceros saber como yo estoy muy apasionado, y con mucha necesidad, gracias á nuestro Señor Jesucristo por todo ello; porque habeis de saber, hermano mio muy amado, y muy querido en Cristo Jesus, que son tantos los pobres que aquí se llegan, que yo mesmo muchas veces estoy espantado, cómo se pueden sustentar; mas Jesucristo lo provee todo, y les dá de comer, porque solamente de leña es menester siete y ocho reales cada dia; porque como la ciudad es grande y muy fria, especialmente agora de invierno, son muchos los pobres que se llegan á esta Casa de Dios; porque entre todos enfermos, y sanos, y gente de servicio, y peregrinos, hay mas de ciento y diez; porque así como esta Casa es general, así reciben en ella generalmente de todas enfermedades y suerte de gentes: así que hay aquí tullidos, mancos, leprosos, mudos, locos, perláticos, tiñosos, y otros muy viejos y muchos niños; y sin éstos otros muy peregrinos y viandantes que aquí se llegan, y les dan fuego, y agua, y sal, y vasijas para guisar de comer; y para todo esto no hay renta; mas Jesucristo lo provee todo, porque no hay dia ninguno que

no son menester para provision de la Casa cuatro ducados y medio, y á las veces cinco: esto para pan, y carne, y gallinas, y leña, sin las medicinas, y vestidos, que es otro gasto por sí; y el dia que no se halla tanta limosna, que baste á proveer lo que dicho tengo, tómolo fiado y otras veces ayunan. Así que de esta manera estoy aquí empeñado, y cautivo por solo Jesucristo, y debo mas de doscientos ducados de camisas, y capotes, y zapatos, y sábanas, y mantas, y de otras muchas cosas que son menester en esta Casa de Dios, y tambien de crianza de niños que aquí echan. Así que, hermano mio mucho amado, y querido en Cristo Jesus, viéndome tan empeñado, que muchas veces no salgo de casa por las deudas que debo, y viendo padecer tantos pobres mis hermanos, y prógimos, y con tantas necesidades, así al cuerpo como al ánima, como no los puedo socorrer, estoy muy triste; mas empero confio en solo Jesucristo, que él me desempeñará, pues él sabe mi corazon. Y así digo, que maldito el hombre que fia de los hombres, sino de sólo Jesucristo: de los hombres has de ser separado, que quieras ó no; mas Jesucristo es fiel y durable; y pues que Jesucristo lo provee todo, á él sean dadas las gracias por siempre jamas. Amen Jesus. Hermano muy amado, y muy querido en Cristo Jesus, he querido daros cuenta de mis trabajos, porque sé que os dolereis de ellos, como yo haria de los vuestros: y porque sé que quereis bien á Jesucristo, y os doleis de sus hijos los pobres, por tanto, os doy cuenta de sus necesidades y mias: pues todos tiramos á un blanco, aunque cada uno vá por su camino, como Dios es servido, y le encamina; razon será que nos esforcemos los unos á los otros. Por tanto, hermano mio en Jesucristo muy amado, no de-

jeis de rogar á Jesucristo por mí, que me dé gracia y esfuerzo para que pueda resistir y vencer al mundo, y al diablo, y á la carne, y me dé humildad, y paciencia, y caridad con mis prógimos, y me deje confesar con verdad todos mis pecados, y obedecer á mi confesor, y despreciarme á mí mesmo, y amar á solo Jesucristo, y tener, y creer todo lo que tiene, y cree la Madre Santa Iglesia, lo tengo y creo bien, y verdaderamente: como lo tiene y cree la santa Madre Iglesia, así lo tengo yo, y creo, y de aquí no salgo, y echo mi sello, y cierro con mi llave. Hermano mio en Jesucristo, mucho descanso en escribiros, porque hago cuenta que estoy hablando con vos, y os doy parte de mis trabajos, porque sé que los sentis como yo lo he visto por la obra, que dos veces que he estado en esa ciudad, me habeis hecho tan buen recibimiento, y mostrado tan buena voluntad. Nuestro Señor Jesucristo os lo pague en el cielo la buena obra que por Jesucristo hicisteis, y por los pobres, y por mí: Jesucristo os lo pague. Amen Jesus. Hermano nuestro en Jesucristo, dareis mis encomiendas á toda vuestra casa de mi parte, y á vuestros muy amados hijos, especialmente al Maestre-Escuela, mi amado hermano en Jesucristo, y al buen padre y mi hermano en Jeucristo el Obispo, y á doña Catalina, mi huéspeda, y hermana muy amada en Jesucristo, y á todos los demas cuantos Dios quisiere y mandare. Amen Jesus. Hermano mio en Jesucristo, allá envio ese mancebo, que la presente lleva, sobre un mancebo que murió en este Hospital, natural de la ciudad de Málaga, y dejó ciertos bienes á esta Casa sobre una heredad de viña ó censo, lo cual él os podrá mejor contar, porque lo ha negociado de principio. Yo quiero que se venda, porque tengo mucha necesidad

de los dineros, y es poco el tributo para irlo á cobrar cada año: por tanto, por amor de nuestro Señor Jesucristo, si supiéredeis quien lo quiera comprar, que luego se lo vendais, con que no pierda el que lo comprare, ni los pobres, y sea con toda brevedad, porque el que la presente lleva se vuelva luego con los dineros, que es persona de quien me fio, y lleva todo mi poder, y las obligaciones que de allá trajo: y perdonadme, que os doy tanto trabajo, que algun dia os será descanso en el cielo; y por amor de nuestro Señor Jesucristo os encomiendo este negocio, porque de los dineros que trajere, hemos de comprar algunos vestidos á los pobres, porque rueguen á Dios por el ánima del que lo dejó, y para pagar carne y aceite, que ya no me quiere fiar, porque debo mucho, y deténgolos, que les digo, que agora me traerán dineros de Málaga. No quiero pediros agora aguinaldo, porque sé que hay allá hartos pobres á quien hacer bien, sino que nuestro Señor os dé salvacion para el alma; que en esta vida cuitada el buen vivir es la llave de aquel que salvarse sabe, que lo otro todo es nada. Vuestro obediente y mejor hermano *Juan de Dios*, si Dios quisiere muriendo; mas empero callando, y en Dios esperando, el que desea la salvacion de todos como la suya mesma. Amen Jesus. De Granada á ocho de enero de mil y quinientos y cincuenta años.

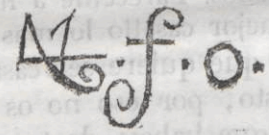


Esta carta sea dada al muy noble y virtuoso, y generoso Caballero de nuestro Señor Jesucristo, Gutierre Laso, esclavo de nuestro Señor Jesucristo, deseoso de servirle. Amen Jesus. Sea dada en su propia mano en Málaga, ó adonde estuviere. Amen Jesus.

En nombre de nuestro Señor Jesucristo, y nuestra Señora la Vírgen María, siempre entera, Dios delante sobre todas las cosas del mundo. Dios os salve, hermano mio en Jesucristo Gutierre Laso, á vos, y á toda vuestra compaña, y á cuantos Dios quisiere y mandáre. Amen Jesus. La presente es para haceros saber como yo llegué muy bueno, á Dios gracias, y traje mas de cincuenta ducados: con lo que teneis allá, y lo que yo traje, pienso que allegarán á cien ducados; y despues que vine me he empeñado en treinta ducados, ó mas, que ni basta eso, ni esotro, que tengo mas de ciento y cincuenta personas que mantener y todo lo mantiene Dios cada dia: que si con esos veinte y cinco ducados que allá teneis, podeis allegar alguna cosa mas, todo es menester, y enviadme cuantos pobres llagados hubiere allá; y si no pudiere ser, no tomeis pena ni trabajo. Enviadme luego los veinte y cinco ducados, porque esos y muchos mas debo, y los están esperando, por señas que os los dí en un talegoncillo de lienzo una noche en vuestra huerta de los naranjos, paseándonos entrambos en el huerto. Yo espero en nuestro Señor Jesucristo, que algun tiempo os paseareis en el huerto celestial. El arriero estaba muy de priesa, por eso no pude escribir largo, porque es tanto el trabajo que he tenido acá, que aun no me vaga estar un Credo despacio. Por amor de nuestro Señor Jesucristo, que luego á la hora me envieis esos dine-

ros, porque me dán harta priesa por ellos. Por amor de nuestro Señor Jesucristo que me encomendeis á la muy noble, y virtuosa, y generosa esclava de nuestro Señor Jesucristo vuestra muger, la que tanto desea servir, y agradar á nuestro Señor Jesucristo, y á nuestra Señora la Virgen María, siempre entera, y por amor de Dios obedecer y servir á su marido Gutierre Laso, esclavo de nuestro Señor Jesucristo, deseoso de servirle. Amen Jesus. Tambien dareis mis encomiendas á vuestro hijo el Arcediano, que anduvo á pedir conmigo la bendita limosna, que es el menor esclavo de los esclavos de nuestro Señor Jesucristo, y de nuestra señora la Vírgen María, siempre entera, el que desea siempre servir y agradar á nuestro Señor Jesucristo, y á su bendita Madre nuestra Señora la Vírgen María. Decidle que me escriba luego con ayuda de Dios. Y tambien vos, buen caballero y buen hermano en Jesucristo Gutierre Laso, me escribid, y dadme mis encomiendas á todos vuestros hijos y hijas, y á todos cuantos vos quisiéredeis. En Málaga hablareis por mí, y dareis mis encomiendas al Obispo, y á todos los demas que vos quisiéredeis y viéredeis, que obligado soy á rogar por todos. Vuestro hijo el caballero, que me parece es el mayorazgo, será como Dios quisiere, y nuestro Señor Jesucristo haga en sus cosas y obras, y hechos. Paréceme á mí que si Dios quisiere, que será mejor casallo lo mas presto que pudiéredeis, si él dice que quiere ser casado: y aunque os digo lo mas presto, por eso no os habeis de matar, que la matanza que habeis de tomar, ha de ser en rogar á Dios que le dé buena muger, porque agora me parece que es harto mancebo; plegue á nuestro Señor Jesucristo que en el saber sea viejo, mas cada uno debe de tomar estado aquello que Dios le diere,

aunque los padres y las madres no deben de tomar agora tantos trabajos y congojas, sino fuere para rogar á Dios que les dé estado de gracia á todos, y á todas cuando Dios quisiere. El uno se casará, y el otro cantará Misa; y en esto todo lo que aquí digo yo no sé nada, que Dios sabe todo. Plegue á nuestro Señor Jesucristo que haga vuestros hijos como vos deseais, y como nuestro Señor Jesucristo sea mas servido. Nuestro Señor Jesucristo sabe mejor lo que ha de hacer con vuestros hijos y hijas; y todo lo que nuestro Señor Jesucristo hiciere, lo habeis vos de dar por hecho, y lo habeis de tener por bueno. Los pecados que yo hiciere, confesallos y hacer penitencia de ellos, porque los bienes que los hombres hacen, no son suyos, sino de Dios. A Dios la honra y la gloria, y la alabanza, que todo es suyo de Dios. Amen Jesus. El vuestro menor hermano *Juan de Dios*, si Dios quisiere muriendo; mas empero callando, y en Dios esperando, el que desea la salvacion de todos como la suya. Amen Jesus. Plegue á nuestro Señor Jesucristo que lo que vos hiciéredeis y vuestros hijos y hijas, todo sea para servicio de nuestro Señor Jesucristo, y de nuestra Señora la Vírgen María: que nuestro señor Jesucristo no permita que hagais cosa que á él no sea agradable. Amen Jesus.



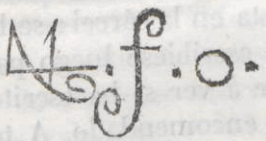
Copia de la carta que nuestro bendito Padre San Juan de Dios *escribió á Luis Bautista, que estaba en la ciudad de Jaen, respondiéndole á una, en que le pedia consejo, si haria ó no cierta jornada; y se le dá muy especial y espiritual, y lleno de buenos ejemplos.*

En nombre de nuestro Señor Jesucristo y de nuestra Señora la Vírgen María, siempre entera, Dios delante sobre todas las cosas del mundo. Dios os salve, hermano mio en Jesucristo, y hijo mio muy amado Luis Bautista. Una carta vuestra recibí, que me enviastes de Jaen, de lo cual hube mucho placer, y me holgué mucho con ella; aunque del dolor que habeis tenido de vuestras muelas, me ha pesado, porque de todo vuestro mal me pesa, y de vuestro bien me place. Enviaisme á decir que no hallasteis ahí ningun recaudo para lo que íbadeis á buscar. Por otro cabo me decis que quereis ir á Valencia, no sé donde: yo no sé cosa que os diga, estando de rebato esta carta para que luego se envie, dándome tanta priesa, que casi no tengo lugar de encomendarlo á Dios; que es menester encomendarlo mucho á nuestro Señor Jesucristo, y de mas espacio que estoy yo. Y viendo yo como vos sois tan flaco muchas veces, ende mas con esto de las mugeres, que no sé yo qué os diga para traeros acá, porque Pedro no es ido, ni sé cuándo se irá; mas él dice que se quiere ir, mas yo no sé de cierto cuándo será su ida. Si yo supiese de cierto que acá aprovecharíadeis para vuestra ánima y para la de todos, luego os mandaría que os viniésedeis; mas hé miedo, no sea otra cosa: mas paréceme que seria mejor correr ahora algunos dias crugia, hasta que viniésedeis muy bien hecho, sujeto á trabajos, y dias de muy mucha mala ventura, y de mucho bien á vueltas; mas por otro cabo me parece que si os habeis de

ir á perder, que seria muy mejor volveros; mas en esto Dios sabe lo mejor y la verdad. Por eso me parece que será mejor que antes que de ahí os mudeis de esa ciudad, lo encomendeis mucho á nuestro Señor Jesucristo, y yo tambien que haga acá lo mismo, y para eso que me escribais muy á menudo; y os informareis ahí de los peregrinos que pasan para un cabo y para otro: ahí os dirán qué tal está esa tierra de Valencia. Si fuéredeis á Valencia, vereis el cuerpo santo de San Vicente Ferrer, pues que me parece que andais como barca sin remo, pues á mí muchas veces me hacen dudar, como hombre sin tiento, pues estamos ambos á dos que no sabemos cosa que hacernos vos, ni yo; pues Dios es el sabedor y el remediador, él nos dé remedio á todos, y consejo. Pues á mí me parece que andais como piedra movediza, bueno será que vais un poco á rasgar vuestras carnes y pasar mala vida, hambre y sed, y deshonras y cansancios, y angustias y trabajos y enojos: esto todo ha de ser por Dios pasado, que si acá venís, habeis de pasar todo esto por amor de Dios. Por todo habeis de dar muchas gracias á Dios, por el bien y por el mal. Acordaos de nuestro Señor Jesucristo y de su bendita Pasion, que volvió por el mal que le hacian bien: así habeis vos de hacer, hijo mio Bautista, que cuando vengais á la casa de Dios, que sepais conocer el mal y el bien; mas vos, si de todo en todo supiésedeis, que con esa ida os habiádeis de perder, mas valdria volver aquí ó á Sevilla, donde nuestro señor Jesucristo mas os guiase: mas si acá venís, habeis de obedecer mucho y trabajar mucho mas que habeis trabajado, y todo en cosas de Dios, desvelaros en curar los pobres. La posada está abierta para vos, querríaos ver venir de bien en mejor, como á hijo y hermano. En esta carta no me tomareis tien-

to, porque estoy muy de priesa, y no os puedo escribir cosa larga, porque no sé si el Señor será servido que volvais á esta casa tan aína, ni si quiere padezcais por allá: mas acordad que si venís, que habeis de venir de hecho, y os habeis de guardar mucho de las mugeres como del diablo. Ya se vá allegando el tiempo que habeis de tomar estado: si habeis de venir acá, habeis de hacer algun fruto á Dios, y habeis de dejar el cuero y las correas. Acordaos de San Bartolomé, que lo desollaron y llevó el pellejo á cuestas: que si acá venis, no habeis de venir sino para trabajar y no holgar, que al hijo mas querido se le dán mayores trabajos. De la venida de acá haced lo que mejor os pareciere, y Dios os diere á entender. Si os parece de correr agora el mundo, y buscar alguna ventura, donde Dios mejor se sirva, haced todo como quisiere, y fuere servido, como aquellos que van á las Indias á su ventura. Haced de manera que siempre me escribais donde quiera que estuviéredeis. Todos los dias de este mundo ved á Dios, ved Misa entera siempre, confesaos á menudo, si posible fuere: no durmais en pecado mortal ninguna noche: amad á nuestro Señor Jesucristo sobre todas las cosas del mundo; que por mucho que vos le ameis, mucho mas os ama él. Tened siempre caridad, que donde no hay caridad no hay Dios, aunque Dios en todo lugar está. En pudiendo, iré á dar vuestras encomiendas á Lebrija. Vuestra carta ya la dí á Bautista en la cárcel: se holgó mucho con ella, y le dije que escribiese luego para enviar la carta; agora quiero ir á ver si ha escrito, para enviarla: á todos tened por encomendado. A todos dí vuestras encomiendas, á grandes y á chicos, y á la Ortiza, y á Miguel; y dice Pedro que si venís, que estareis allí con él hasta que se vaya; y si viniere, lo mismo. Aquí

no hay mas que deciros, sino que Dios os salve, y os guarde, y os encamine en su santo servicio á vos, y á todo el mundo. Ceso, y no de rogar á Dios por vos y por todos. Seos decir que me ha ido muy bien con el rosario; que espero en Dios de rezallo cuantas veces pudiere y Dios quisiere. Ya os tengo dicho que si viéredeis que os habeis de perder en esta ida, haced lo que mejor viéredeis. Primero que os mudeis de esa ciudad, decid algunas Misas al Espíritu Santo y á los Reyes, si tuviéredeis con qué, y si no, la voluntad buena basta: si esto no bastáre, baste la gracia de Dios. El hermano menor de todos *Juan de Dios*, si Dios quisiere muriendo; mas empero callando, y en Dios esperando, esclavo de nuestro Señor Jesucristo, deseoso de servirle. Amen Jesus. Aunque no soy tan buen esclavo como otros, que muchas veces doy en zaino, muchas veces le soy traidor, aunque me pesa harto de ello, aunque mucho mas me habia de pesar. Dios me quiera perdonar á mí, y á todo el mundo Dios quiera salvar. Escribidme todo lo que pasa por allá. Una carta os envio aquí cerrada, que me enviaron que os la diese: yo no la quise abrir por seros leal, ni sé si viene á vos ni á Bautista el de la carcel: si viniere para el de la carcel, leedla, y enviádmela, para que se la dé; y si Bautista hubiere escrito, su carta irá con estas dos. Agora quedaos con Dios, y andad con Dios.



CARTAS

DEL V. P. M. JUAN DE AVILA

Á SAN JUAN DE DIOS.

Carta primera, en que le instruye cómo ha de llevar adelante sus deseos, y empresa del bien de los prógimos, y que obedezca á un Prelado, y Padre, por cuya cabeza le encarga se rija, y que el demonio pone lazos no solo en las obras malas, sino tambien en las buenas.

Mucho consuelo me distes con que guardastes bien el concierto que entre vos y mí quedó, de lo que tocaba á obedecer al Padre Portillo en la administracion de los pobres; y si vos siempre hiciéredeis así, viviéradeis mas consolado, y yo tambien; porque tengo gran temor no os engañe el diablo, rigiéndoos por vuestro parecer; que cuando no puede acabar con uno que haga malas obras, hacele que haga desordenadamente las buenas; y lo que no tiene orden, no puede durar, y luego se dividen unos contra otros, queriendo uno echar por una parte y otros por otra: y el Señor dijo en el Evangelio, que todo reino dividido será destruido. Por tanto, hermano, tened gran cuidado de sujetaros á parecer ageno, y no os engañará el diablo; porque el Santo dice, que el hombre que se cree así mismo, no ha menester demonio que le tiente, que

él es el demonio para sí; y aunque os parezca bueno lo que haceis, sabed que tambien pone el diablo lazos en lo bueno como en lo malo; y aunque al principio parezca ir bien guiado, al cabo da con todo en el suelo, y hace que haya rencilla y otros pecados, y descubre el lazo que tenia armado al que poco sabia. Ruegoos, hermano, otra vez por amor de nuestro Señor, me hagais esta caridad, que tomeis agora el mismo concierto y obediencia hasta que nuestro Señor quiera que yo vaya allá, ó vos vengais á verme do yo estuviere; porque cuando estoy donde vos estais, no se me dá mucho, aunque algun poco os desmandeis; mas en ausencia, se han de parecer los amigos y hijos de obedientes á sus padres; y hánse de guardar no hagan cosa con que les dén enojo cuando lo sepan, sino vivir tan bien, que cuando se vean se gocen en nuestro Señor. Y pues nuestro Señor quiso que yo tuviese cuidado de vos, y él nos juntó en la hermandad y amor, hagámonos á una, y vereis cómo huye el demonio, y lo venceremos con el favor de Jesucristo: que por eso el demonio anda por quitar esta obediencia y paz: como hace el lobo para matar á la oveja, que primero la hace apartar de la compañía de las otras, y á la sola presto la ase. No creais al engañador, sino á nuestro Señor Jesucristo, que es muy amigo de obediencia, y fue sujeto á nuestra Señora y San José; y esto para darnos ejemplo: que si él sabiendo tanto, obedecia á los que eran menores, que así nosotros nos obedezcamos, y sujetemos unos á otros por su amor. E mirad mucho que las mugeres que traeis para servir á Dios os son grande impedimento y costa, y sería mejor no tener que guardar, sino casarlas luego, ó ponerlas con señoras, á quien sirviesen, que de otra manera ellas se perderán y da-

rán con todo en el suelo; y los que viéredes que son chismosos, no los consintais en vuestra compañía, que son para disfamar el Hospital: que aunque á vos os parece que es falta de caridad echar á alguno, engañaisos, porque veces hay que por no hacer enojo á uno echais á perder á muchos; y cuando está un miembro podrido, cortarlo, porque no se pierda el hombre entero; y si alguno de compasion no quisiere cortar aquella parte podrida, no sería compasion, sino gran crueldad; porque por no lastimar una parte mataria todo el hombre. Así que, hermano, alguna vez es menester negar algo que nos piden, y echar al que no es bueno para el bien del Hospital, y otras cosas de estas, que vos no sabeis; y como lo quereis guiar por vuestro juicio, erraislas, y despues castigaros ha Dios, y pensábadeis vos que le servíadeis, porque Dios no os llamó á vos para regir sino para ser regido, y por eso no le servís sino cuando obedeceis, y entonces no tomais cosa ninguna, porque él no os pedirá cuenta de lo que por ageno consejo hiciéredeis; y si á mí me quereis bien y me obedeceis, yo os pongo en mi lugar al Padre Portillo, y lo que él os dijere, os lo digo yo, y lo que con él tratáredeis, tratais á mí, y esto hasta que Dios quiera que nos veamos. Cristo os tenga siempre de su mano. Amen. Y rogadle por mí, que yo así lo hago por vos.

Carta segunda para el mismo, animándole al amor y servicio de los pobres, no olvidándose de su particular recogimiento.

Vuestra carta recibí, y no quiero que digais que no os conozco por hijo, porque si por ser ruin decís que no lo mereceis, por la misma causa yo no merecia ser Padre, y así mal podré yo despreciaros á vos, siendo yo mas digno de ser despreciado: mas pues nuestro Señor nos tiene por suyos, aunque somos tan flacos, razon es que aprendamos á ser misericordiosos unos de otros, y á llevarnos con caridad, como él hace con nosotros. Yo, hermano, tengo mucho deseo que vos deis buena cuenta de lo que nuestro Señor os encomendó; porque el buen siervo y leal ha de ganar cinco talentos con otros cinco que le dieron, para que oiga de la boca de nuestro Señor: Gózate, siervo fiel, y bueno, que en pocas cosas que te encomendé fuiste fiel: yo te pondré sobre muchas: y de tal manera tened cuenta con lo que os encomendaron, que no olvideis á vos mismo, sino que entendais que el mas encomendado vos sois; porque poco aprovechará que á todos saqueis el pie del lodo, si vos os quedais en él. Y por eso os torno otra vez á encargar que busqueis algun ratico para rezar vuestras devociones, y que oigais cada dia Misa, y el domingo sermon; y en todo caso os guardeis de tratar mucho con mugeres, porque ya sabeis que el lazo que el diablo arma para que caigan los que sirven á Dios, ellas son. Ya sabeis como David pecó por ver á una, y su hijo Salomon pecó por muchas, y perdió tanto el seso, que puso ídolos en el Templo del Señor; y pues nosotros somos muy mas flacos que ellos, temamos de caer, escar-

mentemos en agenas cabezas, é no os engañeis con decir, quiérolas aprovechar, que debajo de los buenos deseos están los peligros, cuando no hay prudencia; y no quiere Dios que con daño de mi alma yo procure el bien ageno. E acerca de las necesidades que teneis ya os he escrito como hay donde quiera tantas; que si vamos á pedir, dicen que harto tienen que remediar en lo que tienen delante. E pensé que el Señor Duque de Sesa os habia enviado recado, porque me decian que le habíadeis enviado á pedir. Si no os ha enviado, tornadle á pedir, que él os enviará, que os quiere mucho por entender en los pobres; y si no, el Señor ha de proveer, aunque se dilate; y héme holgado mucho de la caridad que habeis hallado en la casa que decís, y dad mis encomiendas á quien os las dió para mí. E porque estoy de camino no os escribo mas, sino que esteis firme en Jesucristo, que él os ha de favorecer, y que mireis por vos, porque no se goce el demonio con haceros pecar, sino Dios con ver vuestra penitencia de lo pasado, y enmienda de lo porvenir, y sea el Espíritu Santo con vos. Amen.

Carta tercera al mismo, animándole á la perseverancia del servicio de Dios y guarda de su alma; y en particular le encarga la prudencia en los negocios que tratáre.

Vuestra carta recibí, y no penseis que me dais pena porque me escribís largo, que como el amor es mucho, no puede parecer larga la carta; y ruegoos que os acordeis de ser tal, que cuando me escribiéredeis, ó yo de vos sepa, me alegre yo de saber tales nuevas, cuales deseo; y pues vos deseais no darme enojo, no seais perezoso en ponerlo por obra, aunque algo os cueste; que el amor no se parece en las palabras, sino en las obras, y entonces se demuestra mas, cuando mas duele lo que hacemos por quien amamos. Mirad, hermano, cuan caro costó á nuestro Señor el bien que en vuestra ánima puso, y como si os hubiera dado una joya que le costára su sangre, la pusiéradeis en buen recado; así habeis de hacer el bien que en vuestra ánima os dió, pues por eso se os dió, porque él lo ganó, no como quiera, sino peleando por vos en el Monte Calvario, y perdiendo la vida porque vos la cobrásedeis; ¿pues qué sería entregar vos debajo de los pies de los puercos lo que nuestro Señor os dió para que fuésedeis semejable á los Angeles? ¿Qué sería si perdiésedeis aquella hermosura que él pone en las ánimas, con que son á él mas agradables, y hermosas que él mismo sol? Mas vale morir, que ser desleal á nuestro Señor; y para ser fiel es menester ser prudente, que así dice nuestro Señor que ha de ser su siervo, que puso sobre su familia, fiel y pudente; porque si no hay prudencia, cae el hombre en mil cosas, que desagradan á Dios, y es castigada su necedad con recio castigo,

E por esto hemos de aprender de una vez para otras, y basta que el hombre sea necio una vez, para escarmentar toda su vida, pues el perro apaleado no osa tornar donde le apalearon, ni el pájaro á la losilla donde se libró; porque si el cuerdo escarmienta en la cabeza agena, y el necio en la propia, ¿qué será de aquel, que aun despues de muy escalabrado, no escarmienta? ¿Qué merece este tal, sino que el Señor le deje del todo, para que sea castigado con los muy necios que van al infierno? Grande obligacion tiene de mirar por sí, y por la honra de Dios, el que ha recibido dones de Dios, y lo ha sacado Dios del infierno, y dádole prendas del cielo; é mientras mas vamos adelante en la vida, es mas raro que nos mejoremos en las buenas costumbres; porque poco aprovecha haber comenzado bien, si acabamos mal; é grande enojo siente un cazador, que teniendo una ave, que ha cazado, en la mano, despues de tenida se le vá sin mas verla; y no tiene tanta pena de la cual nunca tuvo en su poder. Casi nuestro Señor se ofende mas viendo que una ánima, que él ha ganado, y alimpiádola, y héchola templo suyo, se le vaya con su enemigo el demonio, que no de otras, que nunca fueron suyas; y el demonio se huelga mas de ganar estas tales ánimas, que primero servian á Dios, que las que fueron antes malas; y por esto, hermano, es razon que abramos los ojos, y tengamos en alto la vandera de nuestro Señor muy enhiesta, y no le demos este enojo, ni al demonio tal placer, que dejemos el camino que hemos comenzado; y quedando ya tan poco que andar, llamad á nuestro Señor de corazon, y no olvideis el rezar y el oir Misa, que es cosa muy buena; y mirad donde poneis el pie, para que por hacer bien á otros, no os hagais mal á

vos: no pierda vuestra ánima su pesebre; porque si anda hambrienta, y desconsolada, y mala, ¿qué aprovecha todo el bien que á otros haceis? pues dice nuestro Señor: ¿Qué aprovecha al hombre que gane todo el mundo, si pierde su ánima? Entended, que la cosa en que mas podeis agradar á Dios, es tener vuestra ánima limpia delante su acatamiento; y la mayor misericordia que podeis hacer, es tener vuestra ánima agradable á él; por tanto velad y orad, como dijo nuestro Señor, porque no os halle el demonio desapercebido, que os anda buscando mil achaques y lazos para os derribar; y paréceme bien que vais á la Córte á pedir por esos Señores de Castilla, siquiera porque no os adeudeis tanto estando ahí; y mirad por vos estando ahí, y fuera de ahí, porque hagais á nuestro Señor servicio, y ganeis la gloria para que nuestro Señor os crió, y él sea siempre vuestro favor y amparo. Amen. Aquella persona que os rogaba con pagaros las deudas, y echaros á cuestas la otra carga, debiera ser el diablo en figura humana, que os queria engañar, y con deciros; no es pecado, queria hacer que perdiésedeis el llamamiento para que Dios os llamó. San Pablo dice, que cada uno permanezca en el llamamiento que Dios le llamó: porque si Dios quiere que yo le sirva de camarero, é yo no quiero sino guardar puercos, pecaré contra él, y darlebe cuenta de todo lo que pudiera ganar en el otro oficio. Y así, hermano, si un muy resplandeciente os apareciere que dijere ser Angel de Dios, y os tragere tal embajada, decidle que no es sinò diablo, y que no quereis vos dejar el camino en que Dios puso; que él dijo en el Evangelio: *Quien perseveráre hasta el fin, será salvo.* Y leed esta cédula muchas veces, y Dios os guarde de todo mal. Amen. No tengo ves-

tidos que os enviar agora: yo diré Misas por vos en lugar de ellos, que os cubrirán mejor.

CONCLUSION.

Resta para conclusion de la Obra (Lector devoto) ponerte, no los Decretos de Beatificacion y Canonizacion de este Fenix Patriarca, porque una vez que compendian cuanto se ha escrito, contemplo que fueran para tí repeticion fastidiosa; sí únicamente decirte, que N. SS. Urbano VIII le beatificó en veinte y uno de setiembre de mil seiscientos treinta; y Alejando VII le canonizó en diez y seis de octubre de mil seiscientos y noventa: cuyo Breve no expidió por arrebatarle la muerte. Hízolo la Beatitud de Inocencio XII en quince de julio del siguiente año, concediendo perpetuo Jubileo plenísimo para el dia de este glorioso Padre, mandando ponerle en el Martyrologio Romano, y aprobando el Rezo. Con esto cierro la plana, dejando patente á todo el globo cristiano una imagen (aunque de tosco buril) de *san Juan de Dios*: aquel que en la humildad llegó á lo sumo: en la hospitalidad á lo eminente: en la mansedumbre á lo máximo; y en la misericordia, y limosna á lo insondable: elogio que tributó san Isidoro al Padre de la Paciencia por realce de su santidad heróica (1), y ajustó el docto Enriquez á nuestro Santo (2). Y si los antiguos Romanos colocaban en el remate de sus célebres edificios la efigie de sus progenitores, á fin de que la posteridad, no solo leyese sus virtudes, sino para que leyéndolas, quedase estimulada á imitarlas, segun Valerio Máximo (3); igual norte ha dominado en hacer sudar con este volumen las prensas. ¡O glo-

(1) S. Isidor. de Vit. Vet. PP. (2) Enriquez Orat. Paneg. t. 1.
(3) Valer. Max. c. 8. lib. 8.

rioso Patriarca! cuantas heroicidades os labraron para el Empíreo reconocieron á la caridad por nobilísima corona (1). Fuiste uno de los corifeos, que en las levantadas almenas de la gracia tremolaste su mas fogoso estandarte (2); y hoy dia le tremolais en las de la gloria: de caridad fue, no habiendo admitido vuestro valor la menor cobardía (3): de caridad fue, habiendo sufrido las mayores afrentas con gusto (4): de caridad fue, atendiendo siempre á la comodidad del prógimo (5): últimamente de caridad fue, prosiguiendo en acrecentar vuestras liberalidades en el alcazar que os sirve de eterno descanso (6): y siendo este mundo hospital, segun el Pictaviense (7), lleno de pobres mendigos enfermos, que gimen al rigor de varias calenturas malignas, en explicacion del gran Padre san Ambrosio (8): á vos como enfermero mayor recurrimos todos, para que con vuestra intercesion quedemos sanos. Sírvame singularmente á mí la nobleza de ser hijo de otro *san Juan de Dios* (así le llama á mi adorado P. Francisco Caraciolo uno de los coronistas de mi Religion Sagrada, cuando le presenta por las calles de Nápoles cargado con un esporton pidiendo para los pobres enfermos) (9): y sirva para bien universal de vuestros hijos y devotos aquel clamor, que en cierta ocasion obligó vuestras compasiones: *Padre de pobres, nadie lo es mas que nosotros: aquí estamos pereciendo, si vuestra piedad no nos socorre* (10). Sea así, para mayor gloria vuestra, y del Señor resucitado. Amen.

FIN.

(1) Alcuino de Ani. Rat. (2) Cant. 2. Versio. heb. (3) Joan. Ep. 1. c. 4. (4) Ad Corint. cap. 13. (5) Ibid. (6) Ibid. (7) Pict. V. Hosp. (8) Ambr. lib. 4. in Luc. cap. 4. (9) P. Franc. Garcia in Chr. inedita. (10) Vida del Santo. C.